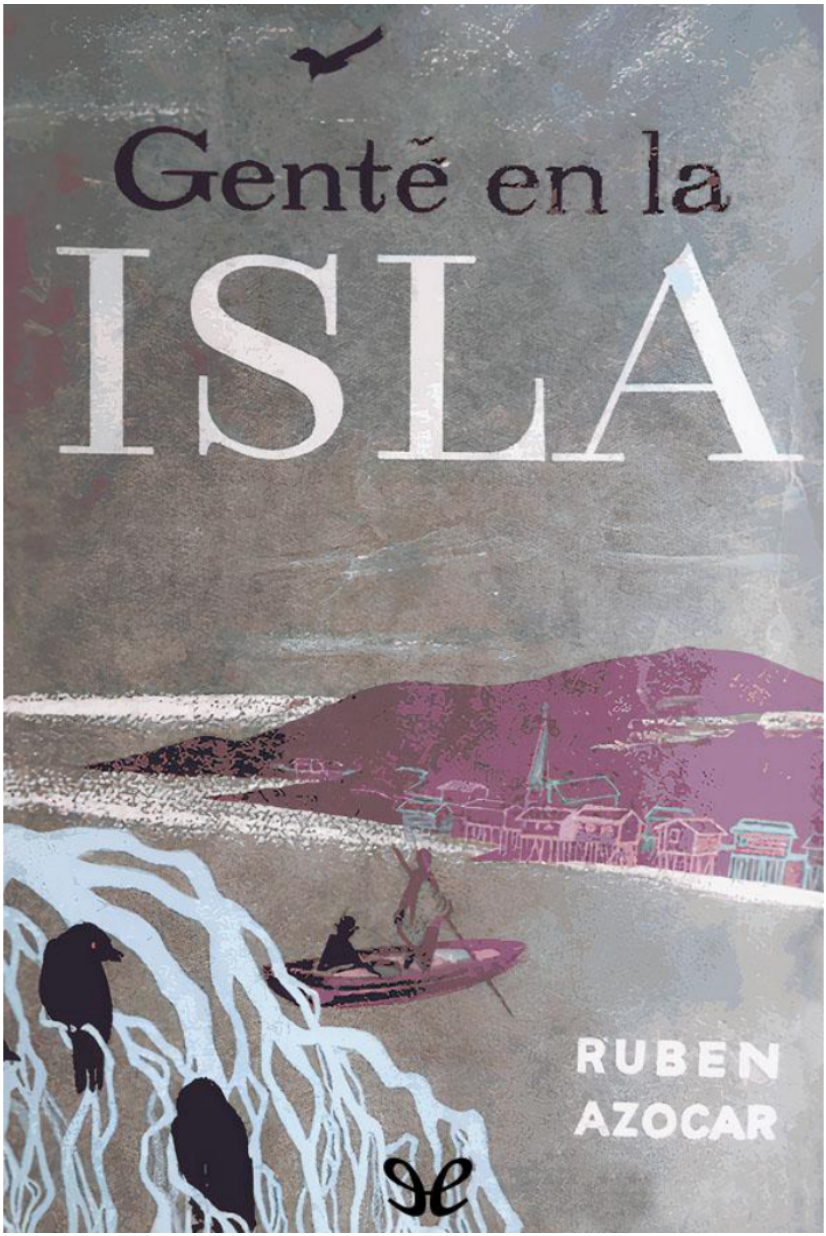
Gentĕ en la ISLA



RUBEN AZOCAR

Esta novela presenta la vida humilde de un Chiloé lejano en el tiempo. El autor narra la vida isleña de principio del siglo XX haciendo propias las formas de hablar, expresiones y preocupaciones de chonchinos y demás isleños. La belleza del paisaje, el misterio de los mitos chilotes, la nobleza y la dura vida de seres en medio de un territorio próximo al fin del mundo, son los grandes protagonistas de este libro. Escrita por Rubén Azócar cuando enseñaba en un liceo de Chiloé, Gente en la Isla fue premiada en el concurso de novela de la Editorial Zig-Zag y el Premio Municipal de Santiago.

Rubén Azócar

Gente en la Isla

ePub r1.0
Titivillus 31.03.2025

Título original: *Gente en la Isla*
Rubén Azócar, 1938
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

PUERTO CHILOTE

Iglesia de Chonchi

Iglesia Nuestra Señora del Rosario de Chonchi
Isla Grande de Chiloé, Chile. Patrimonio de la Humanidad, UNESCO.
Tsumaqu Chile

Chonchi

«… lo cual referido por mi después, no atreviéndose a decirme que mentía, el bueno de mi interlocutor improvisé la palabra poesía».
Pérez Rosales, Recuerdos del pasado.

La isla de Lemuy tuerce la ruta del canal que sale al golfo. A lo lejos se divisan las costas del archipiélago de Quinchao, el perfecto relieve de sus islas como un mapa de pequeños países verdes, flotando sobre el color azul del océano; las costas de Chile, al norte; al oriente, tocando el cielo, los nevados picos de los volcanes.

Las montañas se inclinan sobre el mar, al borde de los secretos fiordos, proyectadas como ilusorias nubes; las tierras aparecen peinadas de melgas de papas, con sus potreros de *gualputra*, sus huertos de manzanos, sus manchas de bosques que bajan suavemente o se empinan hasta el horizonte.

Hay barrancos abruptos, abras y rías profundas, ocultas entre el follaje de los árboles; cabos y vueltas, surgideros y ensenadas; enredo de canales verdiazules; delgados caminos que suben y bajan o atraviesan la fresca verdura de las landas; lejanas casas, perdidas en la selva, arriba, en la montaña, o al pie de las peñas, sobre las playas, en torno de una iglesia de aguda torre.

Los sembrados suben por las lomas, se esparcen sobre las pampas, simétricos, con infantil gracia de geometría en torno de los campanarios; las papas asoman sus verdes tallos; los manzanos cimbran sus grávidas inflorescencias; ya nacen los almácigos de hortalizas; llegan las aves del mar, las aves de los bosques, las mariposas y las tibias brisas del oeste.

Aquí, frente a Lemuy, en la Isla Grande de Chiloé, un paisaje de poesía o égloga circunda a CHONCHI, encerrando el caserío de su aldea, entre el cielo, el mar y la montaña.

El pueblo trepa unas colinas, con sus casas pintadas de rojo, de gris, de blanco, dispersas entre los árboles; son casas de madera, de empinados techos, con largos corredores y un portalón que cierra el

huerto.

La ancha calle se descuelga desde el cerro más alto; atraviesa la aldea; cae al mar.

Asentadas en gruesos pilotes de *luma*, veinte, treinta casas se internan sobre las aguas, semejantes a groseras embarcaciones de cuadradas proas; en los días de temporal, cuando los vientos levantan montañas de olas, se tiene la impresión de verlas navegar desveladas y náufragas.

En el puerto, el pequeño astillero es como una colmena; aquí se reparan los bergantines y goletas, cuyas quillas la broma ha barrenado; todo el mundo se precave para el tiempo de la pesca del róbalo, para la caza del lobo, para las expediciones al sur de las Guaitecas, por los Chonos y Taitao, en busca de las preciosas pieles de *chungungo*, o hasta las inhospitalarias costas del Pacífico, al occidente, a lavar en las tolvas las arenas auríferas.

En el campo, hay que vigilar los animales, esperar la época de los *quechatunes*, traer de la lejana montaña de Tarahuín las delgadas tablas de alerce; refaccionar las casas.

Bajan de sus bosques los pobres indios *huilliches*, impávidos sobre sus caballejos; traen el oro que han recogido en las marinas de Cucao, las cargas de estopa, las sartas y *chiguas* de mariscos, hilados y choapinos; y *chungas* de manteca, con huevos y aves, pescados y algas. El terraplén del astillero es un mercado en el cual se truecan los productos, se vocean las medidas y el pueblo se apiña curioso.

—¿Serán frescos?…

—¿Frescos? ¡Puah! Sí, señor; de este *pilcán* no más, caballero…

—¡Uh! *Pelrudos* están… ¡Uh!… Indio de los carajos… ¡Je! ¡Je!

—¡*Catay*! Que no, caballero; que son frescos; «reparen» [1] bien, señor —rezonga el indio, y sonríe satisfecho.

—Para irrisión lo dices…

Pero el caballero Nicolás Andrade se ha acercado al indio y le sopla a la oreja:

—Me llevarás dos *chiguas*…, pero de lo granado; ya lo estás oyendo: de lo granado; azúcar y harina tengo…; se lo dices de mi parte a la patrona.

—¡Yo preciso la estopa!…

—¡El viejo Pallacar trae la estopa!…

—¡Eh! Viejo, ¿trocamos?

—Bien, señor… ¿No quisieran darme dos medidas de la harina blanca?…

—¡*Velo*! ¡Indio ladronazo! Dos medidas…, dos medidas… ¡Ji!… ¡Ji!… Si lo convienes, una medida por dos cargas…; así trueco. ¿Acaso te piensas que la harina la vengo robando? ¡Oh! Una medida por dos cargas… ¡Ji!… ¡Ji!… Dímelo, viejo, dímelo…

—¡Sí, señor! Una medida por dos cargas… ¡Ay! Caballero Cárdenas, y una libra de azúcar…; esto sí, don; una libra de azúcar: es un encargue de la mujer, ¿saben? Lo están viendo, señor; el indio Pallacar no escatima la estopa —suplica el pobre viejo, mientras separa las cargas.

Otros porfían, llevando en la mano las amarillas bochitas de oro; se asoman a la luz; las sopesan.

—¡Oh! —dice don Ciriaco Gómez—, siquiera fuese *quemado*…

—*Quemado*, don; es el trabajo del invierno, caballero.

—¡Quiá!

—¡No se engañen!

—¿Por trueque?… ¿Asientes?…

—¡Hum! Esto no; el indio no trueca el oro —refunfuña, meneando la cabeza.

—Y en plata, ¿cuánto estimas?

—Ya veremos… Ya veremos… Bien se lo saben, señor, el precio de la onza —agrega, y anuda cuidadosamente las pequeñas bochas en la punta de su *cambray*.

La taberna de Urruztarrazu está llena de parroquianos; ahí se juega a los naipes, menudean los tragos, sigue la borrachera. Los *huilliches* beben sus vasos de aguardiente, silenciosos y taciturnos como hombres que se resignasen a sufrir el peso de graves cargas. Luego se les ve, borrachos perdidos, subir la calle, rumbo a sus bosques, como viajeros que vuelven de largas caminatas.

Las mujeres llaman a sus maridos para la merienda; entre la sombra de la tarde sus gritos se escuchan como traídos por el viento del mar:

—¡Don Ñicooooo…; les preciiiisaaan!…

Y el hombre echa a andar desconcertado hacia su casa.

Llega el verano; con el verano las cosechas. Y el año habrá dado otra vuelta.

Los brisas del oeste refrescan el aire, limpian el cielo; el cielo es alto, azul, transparente; las humaradas de los roces se arrastran pausadas sobre los bosques, se esponjan sobre las aguas del océano.

Hombres y mujeres abandonan sus casas al amanecer, con el toque del alba, y se van por el campo hasta que cae el sol, con la hora del Angelus.

Inclinados sobre la tierra cavan con ardor; recogen los frutos en los *lloles*; apartan los *aitus*; otros siegan el trigo, perdidos entre las espigas, o cortan los pastizales; conducen las carretas a los *campanarios*; se cruzan por los caminos; se escuchan las cantigas de los boyeros, las algazaras de los mozos.

De Lemuy vienen las chalupas tripuladas por familias enteras que se ofrecen para las faenas. Estas gentes lemuyanas traen las mejores cuadrillas para *tirar del mango*, trabajo pesado que agota las fuerzas.

Las gavillas caen en la boca de un armatoste de primitiva confección. Los duros engranajes de luma trituran las espigas, mientras el mango de la máquina voltea al compás de las brazadas.

—¡Vamos, chicooos! ¡Halaaaa! ¡Halaaa!…

—Diez…; veinte…; cincuenta…

—¡Vamos, chicooos!… ¡Halaaaa!… ¡Halaaa!…

—¡Cientooooo!… ¡Cumplidoooo! —grita el tarjador.

Pero la gente lemuyana que *tira del mango* en las trillas, cumple su tarea al desgranar doscientos manojos de espigas y, mientras los otros aguardan tendidos sobre la hierba, dentro del *campanario* siguen gritando:

—¡Vamos, chicooos!… ¡Halaaaa!… ¡Halaaa!…

Agotados, el pecho y las espaldas mojados de sudor, revueltas las mechas de la pelambrera, sueltan el mango y caen deshechos.

La campana menor lanza sobre los campos los sones del ángelus. Los labradores recogen sus aperos y se retiran al descanso.

En el pueblo, la playa, el terraplén, el muelle, se ven atestados de gente. Suena un acordeón, rasguea una guitarra: hombres y mujeres aplauden los corridos, animan los bailes. El pueblo se llena de música y de gritos.

Un mozo danza «La Nave», en medio del corro; ora se acerca a

una muchacha, ora se aleja al otro extremo, con el sombrero en alto, la manta de hilados ahuecada como una vela; el canto golpea los oídos:

¡Busca tu vida, mozo,
por los rincones;
estará tapadita
cual los ratones!…

Se avivan los movimientos de la danza, y él va y viene solemne, al ritmo de la barcarola.

¡Búscala, búscala, buscaláaaa!…
¡Si no la encuentras pronto,
a otro dejaseláaaaa!…

El danzarín ha escogido su moza, quien, tocada ya con el sombrero del hombre, avanza llena de gracia, balanceándose. La danza se torna entonces, viva, ágil, alegre; la música, el canto, los palmoteos zarandean el aire. Ellos se mueven con los brazos en alto, giran en redondo, se apartan, se acercan; ella afecta desdén; luego, mimosa, le incita a cogerla, y él la coge por la cintura y dan vueltas rápidas para seguir con lentas precauciones; cadenciosos, ya avanzan, ya retroceden, entrelazados amorosamente.

A la primera vuelta,
súbete a un roble…

Se detienen entonces; él se desprende, ella gira con las polleras ahuecadas, los brazos suspendidos.

¡A la segunda vuelta!
¡se sienta el hombreee!…

Ahora la muchacha está sola y danza con ligero pie; el murmullo tapa los acordes.

Busca tu vida, niña,
por los rincones…
Estará tapadita,

cual los ratones…

Excitada, aturdida, mientras el pie del baile suena:

¡Búscala, búscala, buscaláaaa!…

Ella se yergue al lado de un mozo, el agraciado, echándole el sombrero a la cabeza.

El corro se divierte y grita; crece el entusiasmo; sigue la ronda.

A la primera vuelta,
sube a la rama;
a la segunda vuelta
se va la dama…

Los *Fiscales* aguardan en las *Casemitas*. Esto en Notuco, en Teupa, en Dicham y Terao; en Rauco y Canán: en cada capilla de la parroquia. Ahí se acercan los feligreses, llevando bolsas de harina morena, vasijas de chicha nueva, mansos corderos, vellones de la primera esquila: la ofrenda de las primicias; la tasa de los diezmos.

El señor párroco se mueve entre las aldehuelas, bendiciendo los campos, santificando las casas, armonizando las familias.

Por los canales, desde Chauques y Queilen, por las rutas de Achao y Quehue, desde Castro y Melinka, vienen las embarcaciones con sus blancas velas desplegadas. Grandes goletas, minúsculos *bongos*, ágiles balandros, echan las anclas en la ría y desembarcan las tripulaciones. Otros peregrinos se descuelgan por las laderas de Pindaco y Tara, al trote de sus bestias; otros llegan a pie desde los villorrios cercanos. Aquí hay gentes de todas las islas: del archipiélago de las Guaitecas, de Cailín y de Coldita, de Huildad y Apiao, de las poblaciones de la Isla Grande, de Rauco y Nercón, de Agoni y de Teupa, de Canán, Tenaún y Terao; también de Lemuy y Chaulinec, de Imelev y de Imerquiña. Indios, mestizos y blancos; unos, pescadores, otros, labradores; todos, navegantes que han corrido los canales por el laberinto de las aguas magallánicas hasta el Cabo de Hornos, o se han aventurado por los mares de Chile hasta Arica o Guayaquil; bravos lobos de mar: ¡chilotes! Hormiguean por el camino, halando la cuesta que sube hasta el

Santuario. Se aprietan en torno de la hornacina sobre la cual se alza la imagen de la Candelaria.

Las campanas de la parroquia mueven sus badajos y sus voces vuelan por encima del mar, por sobre las islas.

El párroco avanza a la cabeza, seguido de *El Cabildo*; en *El Cabildo* van los *Supremos*, el *Fiscal* y los *Abanderados*, batiendo enseñas de colores. Roncos tambores golpean el aire; dos indios, de los principales, rascan sendos rabeles; otros hacen vibrar las guitarras; rompe a sonar una corneta.

Bajo los arcos de avellanos pasan las imágenes de los santos, llevados en andas; la Virgen de la Candelaria, venerada reliquia colonial, que salvara a Chonchi de los piratas holandeses; San Miguel, con un fiero demonio ensartado en la punta de su lanza; San Ignacio de Loyola, de duros ojos, calvo; un San Francisco casi cubierto de exvotos, collares de vidrio, estolas; San Antonio y el Niño, y diez más; todos de bulto, de palo de luma, clavados por los pies sobre las andas.

El clamor de los peregrinos sube y se extiende; este clamor es destrozado de súbito por las descargas de unos fusileros apostados a los pies del Santuario. Las mujeres caen de rodillas, avivan a la Virgen, arrojan a su paso manojos de azucenas, cantando sus loores que agitan el aire como un plumero de gritos monocordes:

Virgen de los marineros,
sálvanos… Amén…
Guía de los navegantes,
acórrenos… Amén…

El vocerío gorgorea y se apaga; un soplo de supersticioso temor queda flotando sobre las cabezas, cae sobre el polvo para levantarse de nuevo:

Santa Patrona,
bendita seas…

Entre disparos de fusiles contra los imaginarios piratas de Holanda, entre música de rabeles y ásperos golpeteos de cuero y espesos toques de corneta, los santos de palo avanzan enhiestos, fieros como soldados en un campo de victoria.

El cura va adelante, soberbio, dignamente, parece una figura escapada de una estampa con su ropón y su casulla adornados de piedrecillas.

Frente al Santuario se detienen. El *Supremo* saliente acomete la ceremonia de la entrega, y se retira con sus allegados; el nuevo *Supremo* permanece al pie de la hornacina, batiendo la azul enseña de la Candelaria.

Los días del invierno pasan con su carga de lluvias y de vientos. El pueblo se arrebuja entre las cuestas de sus cerros, colgado al borde del mar, bajo los truenos, bajo la negra esponja de un cielo que se mueve al acorde del océano embravecido. El caer del agua golpea los techos, asalta los refugios de los pescadores, pone su frío lustre sobre los árboles, los sembrados, las piedras; colma los cequiones y huye calle abajo, dibujando su precipitada carrera, arrastrando hojas, ramas, blancas espumas.

Se vive bajo la lluvia pertinaz, enloquecida entre las ropas del temporal que viene empujado desde el norte hacia los golfos magallánicos. Allá abajo se revuelve al pie de los cerros; asalta los farallones de Cululil; levanta las mareas; avanza sus olas, su ronco clamor, soplando y soplando, mar afuera, mar adentro, las corrientes de Chacao y Huafo.

La niebla vela las distancias; las faenas en el mar se paralizan; las grandes goletas que vienen de Terao pasan rayando las casas, sin detener su carrera; las aves vuelan y vuelan en filas interminables y se pierden sobre el océano, siguiendo la dirección de los vientos.

Los hombres de la aldea merodean por la playa, por entre las casas; se meten en la taberna a beber sus tragos de aguardiente, o se quedan agazapados bajo los aleros, mirando caer los gruesos hilos de la lluvia.

Las noches son frías, largas, interminables. En las casas bulle la animación familiar de los cantos, velados por el rumor de las olas, el caer sin fin de la lluvia, el ulular pavoroso del viento.

El brasero de *cancagua*, como una gran flor de fuego, aroma de dulces olores la sala; las mujeres ceban el mate, sirven trozos de carne, de *milcao*, de queso; azucaran las brasas. La india de la servidumbre hace bailar sobre el enraje los husos de hilado, callada en su rincón. El abuelo sienta en sus rodillas al muchacho; los hijos

conversan en voz baja; el padre se duerme en el estrado.

Afuera hay un tiempo de todos los diablos. Tingles y techos se remecen al embate del viento: se inflan como velas los cortinajes, y parece, de súbito, como si todo el pueblo se hiciera a la mar inesperadamente.

En otros tiempos, Chonchi estuvo asentado sobre el cerro más alto, a un paso de los bosques. Sus pobladores eran gente industriosa, labraban sus tierras, exportaban en grande; había alambiques para extraer el alcohol de la cosecha de papas y trigo que sobraba; se aprovechaba el *traiguén* en el molino; había aserraderos para la elaboración de la madera, un astillero en la boca del abra; se lavaba oro en las arenas de sus ríos; vino la afortunada expedición a las Guaitecas en busca del ciprés, y una época de grandes negocios madereros le dio a Chonchi una envidiable nombradía.

Esto ha desaparecido ya.

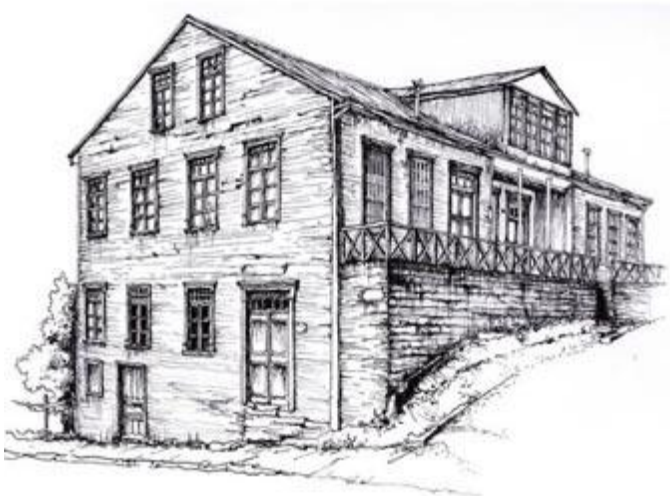
Siembras de papas, pequeños cultivos de trigo y lino, crianza de animales, un pequeño comercio, y los trabajos y viajes marítimos ocupan hoy las actividades de sus pobladores.

Alguna vez arraiga entre ellos un extraño, y mezcla su sangre con la de los Andrade, Álvarez, Díaz, Oyarzún y Vera, que son los blancos o *castellanos*, gentes sencillas, laboriosas, de añejas costumbres españolas, acogedoras, supersticiosas, unidas como en un clan por remotos y renovados vínculos.

Si alguno entre ellos abandona la Isla, la familia ha de quedar aguardando su regreso; enriquecido o pobre, viejo o enfermo, el chilote volverá para morir sobre la cuja en que su madre le echó al mundo y, amortajado en la cobija que le abrigó al nacer, le meterán a descansar su muerte bajo un metro de tierra, dentro de un ataúd que es como un barco.

Y en el cementerio, que está sobre el alto de Huicha, se levanta la enorme cruz de madera que orienta las aves y las naves.

Libro Primero
La Deuda de Antonio Andrade



1.- ¡Chilotes!

—Extraña ocupación.
—¿Pequeña os parece? Hay muchos que solo viven
para indicar el paso de las cosas invisibles.
Pedro Prado, La casa abandonada.

—De volver, habían de volver… Muerto no andaban…

—¡Seguro!

—¿Y usted les vio? —interrogó Morruco, mientras alargaba el pescuezo para echarse un trago de *uva* con la bota en alto.

—Yo les vi…

En ese mismo instante, la novedad de una ráfaga zarandeó los aparejos y aflojó las amarras de la trinquetilla.

—¡Hum! El viento va a castigarnos duro y duro en el golfo —rezongó Naím, que era el piloto, y, dejando su sitio, anduvo lentamente hacia proa.

Ahí estiró los cabos, azocó los nudos y se vino al timón.

—Yo les vi a don Antonio Andrade —empezó a decir otra vez—; donde el mestizo Cárcamo les vi, ¿saben?

—¡Jesús!

—Él mismo me lo preguntaron por lo del tío Nicolás —siguió hablando Naím—; a estas horas don Antonio andan en Chonchi ya… —acabó sentencioso.

—Andarán…

—El hombre vienen *fuído*, ¿saben?

—¡*Catay*!

—¿Se han *fuído*?… ¿De dónde se han *fuído*?…

—Quién lo sabrá…

—Será de las estancias… Así lo hablaba Paco Bórquez que volvió de las esquilas…

—¡Qué palo de hombre, amigos!

—¡Carajo!

—Plata…, ¿traerán?

—Traerán… ¡Puah!

—Yo sentí decir que traían muchos pesos nacionales…

—¡Velo! Serán decires… ¡Psh!

—Para ti, todos son decires —saltó Manquemilla, el más viejo de los marineros, quien, por ello y por ser suegro del piloto, se tomaba sus mayorías.

—Son decires, me pienso —porfió Morruco—; son decires… ¡uh! ¡Bobadas! Ni han de venir *fuído*, ni han de traer plata… Son decires… Que se conchabaron en la ballenera de Huafo…; que en Quellón firmaron el rol del gringo Stenie…; que se vuelven a la Patagonia… y averigüe Dios en ello…, y así todo. Bobadas, amigos… —concluyó Morruco, encogiendo los hombros y soltando a reír.

La goleta enfilaba ya la boca del golfo, muy pegada a la costa; las ráfagas soplaban más y más revueltas, rizando las aguas; el piloto aguardaba el favor de la marea.

—¡Bordeamooos!… —cantó de pronto Naím, y a su grito, los hombres se aprestaron para la maniobra.

—¡Listoos!… ¡Luegooo! ¡Bordeaar!… ¡Asíí!… ¡Avantee!…

La Navidad se inclinó de babor, y los marineros empujaron las velas a la otra banda. El viento del golfo hinchó los trapos; al frente surgieron los peñascos de la angostura y la goleta cortó ligera las bulliciosas aguas del canal de Coldita.

—Arriba de Laytec, la brisa nos va a golpear el culo de lo lindo. ¡Jua!… ¡Jua!… —reía Morruco y, ¡zas!, que se empinaba la bota.

—No bromees, amigo; mira que de Laytec a Chonchi te has de plantar al timón, y al alba me dirás si se te ha escarchado el culo…

Los cuatro hombres rieron de buenas ganas.

—No hay que avanzarse, amigo, en demasías —comentó Cuyul, al tiempo en que encendía una farola que luego estuvo balanceándose en lo alto del mastelero.

La noche se levantaba desde el mar; emergía de las aguas, oscura y húmeda, sonante de olas, semejante a una enorme sábana negra que el viento iba desplegando sobre las islas.

Naím movía la caña del timón; los otros, sentados a popa, fumaban silenciosos y taciturnos.

De pronto el piloto estiró su brazo.

—La chalupa del tío Nicolás —dijo, y señaló hacia la costa en

donde brillaba una fogata.

—Encargues no les traemos… Está bueno…

—Por anoticiarse vienen; esto sí…

—¡Seguro!

—¡*Jueto*! ¿Qué se creerán la autoridad? ¡Velo!

La chalupa avanzaba hacia ellos rápidamente.

—¡Holaaa!, ¡los de a bordooo!

Los hombres se alzaron perezosamente; Naím ordenó el bandeo, rezongando; la chalupa atracó en la bordada, y un hombre de poncho saltó sobre la cubierta.

—¡Gracias!… ¡Hasta la vueltaa!…

Una racha se llevó los gritos del tío Nicolás; sobre las olas, la chalupa desapareció como tragada por las sombras. El piloto, sin hablar, indicó a su gente la maniobra, y *La Navidad* enderezó su rumbo.

El viajero había avanzado hasta ellos.

—¡Buenas noches, amigos! Estoy a sus órdenes —habló con voz enérgica.

—¡Manden, caballero! —exclamó Naím, volviéndose al viajero. ¡*Cataу*! ¡Si son don Antonio Andrade!… ¿De dónde salen, señor? —agregó sorprendido verdaderamente.

Los indios se miraron estupefactos y permanecían silenciosos.

—Precisaba andar a Chonchi, y el tío Nicolás me notició de la ocasión de esta goleta… La he hecho buena esta vez, ¿saben?

Ellos no salían de su asombro, y por lo bajo atisbaban sus gestos, recelando.

—¿Gustarán un trago de *uva*, amigos?

Antonio Andrade se acercó a la fogata que relumbraba sobre la cubierta y, desembarazándose de su poncho, mostró una bota y un bolso de provisiones; los indios le miraron ávidos; luego le rodearon, apercibiéndose para la merienda.

Andrade permanecía erguido, con los brazos cruzados sobre el pecho. Los tumbos de la barca le mecían al compás de los mástiles; el viento alborotaba su pelo, zarandeaba las haldas de su capote, hacía crujir los aparejos. Las primeras estrellas caían como lentas saetas sobre el mar oscuro y espeso.

Aquellos hombres, sentados bajo su ancha mirada, al vivo resplandor de la lumbre, alzaban los rostros para contemplarle entre

extrañados y sumisos.

Antonio Andrade era un mozo de elevada estatura; la cabeza, más bien pequeña, resultaba en desproporción con sus espaldas, que eran anchas y recias; el cuello, alto; la barbilla, hendida; la boca, de labios afinados; los bigotes, en guías, tercos, negrísimos; la nariz, aunque delgada, fuerte, enérgica; los ojos, grandes y vivos. Una arruga apretábale el ceño por entre las cejas; tenía la frente espaciosa y la cabellera abundante y negra.

Terminada la pitanza, los indios depusieron sus recelos; ya el aguardiente les soltaba las lenguas.

—Descansen, don —habló Manquemilla, alzándose para cederle un sitio junto a las brasas.

—¿Vendrán de pasada, caballero?…

—Quizá sí; quizás no; ha de verse —respondía.

—¿Qué sería aquello que les tiraron a volver, don?…

—¡Oh! —interrumpió, encogiéndose de hombros—: vaya uno a saberlo…

Andrade alternaba entre ellos con la llaneza de un verdadero chilote.

—Mira que te voy conociendo… ¿No eres, acaso, Morruco, de Quilán, el hijo del viejo Chodil, el inquilino de mi padre?…

—Soy, caballero —una risa jovial sacudió a Morruco de pies a cabeza.

—¿Lo ven, amigos? Por mí no ha pasado el tiempo… ¡Vamos!

—¡Uh! Eran un niño apenas cuando dejaron la Isla…

—Y hace un mundo de tiempo que andan ausente, caballero…

—No les van a conocer en Chonchi, señor…

—¡Qué cosas!…

—El pueblo se arrimó a la marina; no más que las casas de don Eulogio Álvarez y de Enérico Vera están arriba, cerca de la parroquia…

—Lo tengo sabido…

—Y en su casa de Huitauque, don, no viven nadies, desque sacaron al finado de su padre…

—Se lo sentí decir a Paco Bórquez…

—Están malos los tiempos, señor; tal vez lo sabrán… La Compañía de los chilenos lo manejan todo en la Isla… ¡Psh!

—Ahí andamos los chilotes hombreando palos en la montaña, y

dar y dar duro y duro con el hacha, y peor cada día, y de plata no se ve ni esto, caballero…

—Malo…; malo…

—¿Qué hará el indio pobre, señor?… Hay que meterle el hombro al ciprés; sin *deso* se muere uno de hambre…

—Qué torpeza, amigos…

—Y así en todo, señor…

—No van a creerlo… Escasean las papas… ¡Uh!; y las siembras… ¡Puah! La carne no la comen ya ni los caballeros… ¡Uh! Todo se lo están llevando los chilenos…

Antonio Andrade los observaba al resplandor de la lumbre, inclinados sobre los restos de la merienda, inmóviles, en la sumisa actitud de quienes aguardan una limosna o un consuelo. Estrujada como un puño de orujo, la bota de aguardiente yacía a sus pies. La conversación languidecía.

Andrade se apartó de aquel sitio y fue a apoyarse en la barandilla de proa. Reconoció, a pesar de la oscuridad, la Punta de Detif; de ahí, bien lo estaba recordando, unas pocas millas le separaban de Chonchi, de Huitauque, de su aldea. La Punta de Detif fue alejándose de su lánguida contemplación; se escondía detrás de las sombras; persistía dentro de sus ojos, balanceándose en los tumbos de la goleta, y luego se esfumaba del todo, como para que él fuese representándose los caseríos, los refugios, los surgideros, las peñas, que no podían verse y que hablan de estar ahí a lo largo de las costas.

Antonio Andrade se abismaba como en un sueño. Tal vez le parecía que desde allá, de lo lejano, le seguían, como en una escolta, las fatigas de los años vividos fuera de la Isla, los trabajos sufridos en otras tierras. Una especie de ternura, mezcla de alegría y de tristeza, sobresaltaba su pecho.

¡Chonchi! ¡Huitauque! Antonio Andrade corría por la aldea, por los cerros y caminos; el lago, el río, la Roca de los Cuervos, y luego su casa en Huitauque, a un tiro de piedra del villorrio; el camino bordeaba la ribera; su casa estaba asentada en lo alto del cerro; allá, la montaña; el mar, enfrente bajo los grandes ulmos, rugía todo el invierno, y en la primavera sosegaba sus olas, copiando los escarpes, meciendo las chalupas de los pescadores.

El viento que soplaba frío y áspero le hizo estremecerse.

Entonces vino hacia popa. Sus compañeros, tumbados sobre las tablas, dormían ya; solo Morruco estaba en vela, de pie frente a la caña del timón, inmóvil, silencioso. Sobre la cubierta, a impulsos de las rachas, rebrillaban las brasas de los leños, bajo la ceniza. Se escuchaba el rumor sin fin de las olas que azotaban el casco, el crujido de los mástiles, el aleteo apagado y hueco de las velas.

De improviso, Morruco rompió a cantar medio borracho.

En la mar de Calbuco,
¡manamanamay!…
perdí mi bote…
con una sarta de piures,
¡manamanamay!…
cuatro chilotes…

Antonio Andrade detuvo sus pasos; su alta figura se volvió al timón; aquel canto, como un conjuro inesperado, le trajo un mundo de añoranzas.

Morruco, impávido, movía el timón y cantaba bajo la noche.

Cuatro chilotes, síií…
¡manamanamay!…
vamos y vamos…
Y al puerto que lleguemos,
¡manamanamay!…
desembarcamos…

Andrade se vino al timón, junto a Morruco, y le hizo silenciosa compañía, hasta que la mañana mostró su frente por detrás de las islas.

2.- El hombre se trae sus fantasías

Verdaderamente, la vuelta de Antonio Andrade al cabo de los diez años cabales de su fuga, no provocó entre los habitantes de Chonchi grande extrañeza; antes, al poco tiempo, ya les parecía a los vecinos como si el hombre no hubiese movido sus pasos más allá de los caminos aledaños. Su retorno hubiese causado tal vez asombro a su padre, a sus familiares; pero el viejo Lorenzo Andrade descansaba ya bajo un metro de tierra en el alto de Huicha, y sus familiares habían desaparecido del pueblo y poco o nada se sabía de sus andanzas.

Antonio Andrade había abandonado la Isla cuando aún no cumplía los dieciocho años. El muchacho era holgazán y pícaro y vivía como un pequeño salvaje. Por ese tiempo, su padre atendía la labranza de sus tierras en Quilán, al otro extremo de la Isla, y el mozo podía hacer de las suyas. Mas, a tanto llegaron sus hazañas, que el viejo Lorenzo vino a buscarle y le llevó consigo al campo. Aquí la vida se le hizo insoportable, y volvió a las andadas. Se mezclaba con los labradores para asistir a las fiestas, y bebía como ellos, o se escapaba con otros mozos de su edad y se iban por las casas de los bosques, haciéndoles el amor a las muchachas. Vinieron las quejas, y su padre, que era un viejo colérico y medio loco, le azotó bárbaramente.

Un buen día, el mozo desapareció. De él se tuvieron periódicamente vagas noticias. Unos contaron que iba de marinero en una de las barcas de Euquiza, y que en Holanda había desertado; otros dijeron más tarde haberle visto en alguna de las estancias de la Patagonia argentina, y que vivía de puestero; hasta se sintió decir que era rico y que poseía hacienda de ovejas y un poco de tierra. La verdad es que se formó en torno de su ausencia una leyenda que las lenguas y el tiempo avivaban de vez en cuando.

Antonio Andrade regresaba derrotado y pobre.

Unas doscientas cuadras en Quilán, algún potrero a poca distancia de Chonchi, y la poca tierra que subía el cerro de

Huitauque, sobre el cual se asentaba su casa, constituían su herencia.

La casa estaba a punto de caerse; él había nacido ahí; entonces era una hermosa vivienda. El huerto, sombrío y abandonado; las cercas, torcidas, desdentadas; las *murras* cubrían el parapeto; el mar venía a morder las orillas del camino; la acción de las aguas había destruido las defensas. Más allá veíanse el río y las tranquilas aguas de la albufera; la vieja rueda del molino volteaba pausadamente. ¡Cuántas añoranzas, Dios mío!

La Juana Chacón vino a vivir a su lado. Ésta era una mestiza que su madre de él había criado para servirla, y que, a la muerte del viejo Lorenzo, abandonó la casa de Huitauque para irse a vivir con sus parientes del interior.

—Ya me lo sabía yo que volverían, caballero… Cómo se ha ido el tiempo, señor; esto decían su padre; mas no les maldijeron nunca; don Lorenzo les querían como a las niñas de sus ojos… Créanlo, caballero…

Andrade le contó entonces sus andanzas, sin saltar los detalles; la Juana le escuchaba aturdida, demostrando su espanto con vagos gestos. Mas cuando le tocó hablar, aquello fue un chorro de palabras. Antonio Andrade debía hacerla callar para percatarse de lo que podía interesarle.

—¡Ay, señor! A don Lorenzo les bajaron de Quilán, con fiebres; echaban sangre por la boca; maganto, sí, señor, venían el buen caballero; luego trajeron al doctor; de Ancud les trajeron, y nada, nada… Su cuñado Vargas anduvieron a Quicaví, a consultar el *Macho de la Cueva*, por la *Revisoria*, ¿saben? Tiempo perdido, don. ¡Hum! Bien saben usted cómo eran su padre; él hacían su voluntad en todo, y tenían sus enemigos… Una no puede saber qué fue aquello; pero cosas de brujos, sí eran, caballero; así lo decían en el pueblo… Luego todo quedó tirado. ¡Miren usted qué barbaridad! Ahora mismo, allá en Quilán los indios andan como en lo propio… Lo he sentido decir, señor…

—Cuenta… Habla…

—Vienen un hombre, caballero; mas para mí son iguales a cuando eran un niño…

—Igual no más, mujer; sí que soy el mismo —la palmeteaba las espaldas. ¡Vamos! Dímelo…

—Él mismo; sí, señor…

La Juana Chacón era una mujer de poco menos edad que su amo; de agradable presencia; de piel morena; los ojos rasgados y astutos; los pómulos abultados; el pelo en alto copete; sin el copete, la mestiza hubiese parecido pequeña; y era ágil como una ardilla. Siempre estaba sonriendo como si en su interior no existiesen preocupaciones o penas. Iba por la casa, satisfecha y oronda, atendiéndolo todo, como una gran señora. Parecía haber llegado allí para alegrar la casa de Huitauque; Andrade la sentía pasar como una sombra, cruzando los días de su infancia; ella le servía como entonces, con voluntad de sierva, con amistosa vigilancia; en ella recordaba a su madre; él la había perdido cuando muy niño; la Juana le evocaba la presencia del viejo Lorenzo, tan astuto y siempre apegado a su trabajo; regañón y violento. ¡Oh! Aquella vez en que su padre se allegó a él, allá en Quilán, y con voz de amenaza le preguntó, echando chispas por los ojos:

—Vamos, Antonio, ¿es que tú le has hecho una criatura a la moza de Antipani?… Qué infamia…

Él se había reído, a pesar de todo, pero el viejo se abalanzó a él y le zurró hasta dejarle medio muerto.

Involuntariamente, al recordar estas cosas, Antonio Andrade se sobrecogía como un niño que espera un castigo que no llega, y meneaba la cabeza perplejo, aturdido por los recuerdos. Las imágenes del tiempo pasado surgían lentamente, se mezclaban y confundían. Los mismos campos, las siembras dispuestas en un mismo dibujo; escuchaba los mismos gritos de los campesinos; veía los mismos árboles; el mar, el mismo; nada diferente; las gentes eran las mismas; todo seguía igual. Él, que parecía un huésped, un extraño que buscara un lugar en donde apoyar su vivienda para descansar de sus viajes y quebrantos, también era el mismo.

A poco, Antonio Andrade se entregó a hacer como se acostumbra: convocó una *minga* para labrar las vigas de ciprés de los puntales, y aserrar el alerce de las tejuelas, y cortar en la montaña los esbeltos palos de laurel para los tijerales; en suma, refaccionó la vieja casa de Huitauque.

Antes del mes podían distinguirse por sobre los muermos que sombreaban la orilla del mar, lucientes de sol o lluvia, el empinado techo de color rojo, el alto mirador de la culata. Salían los perros a

ladrar y los viajeros divisaban a Andrade ocupado en el arreglo del huerto que daba al camino.

Por las tardes atravesaba el pueblo y bajaba hasta la marina; aquí provocaba largas conversaciones con las gentes de los tenduchos; luego venían los curiosos y Andrade se entregaba placentero y jovial a contar su vida.

—¡Uh! —exclamaba Urruztarrazu al oírle—. ¡Demonios! ¡Qué va, hombre!

—La vida me ha enseñado de todo…

Sus gestos enérgicos y severos producían una impresión de dominio y violencia; en sus ojos podía advertirse una señal entre pícara y misteriosa, una expresión sagaz y viva como una lumbre.

—Yo no reculo nunca, amigos… Y de nada me quejo… ¡Puah!

Saboreaba las palabras con graciosa naturalidad; reía a carcajadas. ¡Oh! Aquella maldita lengua holandesa, decía; sin hablarla, imposible, amigos, el trabajo; *sin deso* que uno andaba *fuído*… Pero él había logrado romancearla; ya lo estaban oyendo; lengua de gringos. Y proseguía:

—Esto era un astillero; un astillero que albergaba a cientos de trabajadores; las faenas terminaban con un largo pitazo; luego se encendían los focos eléctricos, y los obreros nos íbamos a las casas.

Así conducía a sus oyentes por las calles de Amsterdam, sus parques públicos, sus muelles, el río, los barcos. Había nieve todo el tiempo, y por las noches se escuchaban los aletazos de las olas contra las defensas.

—Cuente, amigo Andrade…

Pero Antonio Andrade parecía no tener gran prisa; se atuzaba los bigotes con aire despreocupado; su pensamiento se desvanecía por un instante, mas no le costaba demasiado trabajo recomenzar.

—¡Oh! Alguna historia de amores también me ha tocado… ¡Lo juro! ¡Vaya! En todas partes las mujeres son un mismo bicho. Ya van a oírlo…

Su mirada erraba entonces por el techo y volteaba la cabeza con misterioso gesto; una sonrisa ancha y reposada extendía sus labios, y por su frente corría un rápido enarcamiento de cejas.

—Roswita se llamaba la pícara… Cayó en mis manos tan de improviso; caprichos de ella, amigos…; no se vaya a creer otra cosa…

Interrumpía la charla con estudiada perplejidad; el corro le escuchaba boquiabierto.

—Tenía los brazos como leche de blancos, y el cuello y todo; los ojos verdes, era rubia, delgadita de cintura, ¿saben?, y andaba meneándose con un garbo, ¡amigos! Casi un año anduvimos juntos al trabajo, porque, esto sí, allá la mujer se desempeña como un hombre; ni más ni menos, como un hombre…

—¡Jesús!

—Aquí conmigo hubiese llegado; pero Roswita se quedó en la dársena con el pañuelo en el aire… Yo había firmado el rol a bordo de la *Canowe*… ¡Ja!… ¡Ja!… Adiós, Roswita…

Un murmullo de admiraciones apagaba la charla.

El *cambray* de colores, el sombrero de paño, calañés, que ladeaba su rostro o sus ojos, le daban un aspecto exótico, singular; ahí en Chonchi, solamente el señor párroco se tocaba con un sombrero así de estrafalario; un ancho *tirador* de cuero amarillo, cerrado por breves correoncillos con puntas de plata, ceñía su cintura.

—¿Dinero? He tenido así… —y con las manos simulaba mostrar un montón de billetes sobre el mesón de la taberna; Urruztarrazu abría los ojos espantado—; y lo he botado así… —y esta vez simulaba desparramar el dinero por aquí y por allá, por el suelo, en el aire, por todas partes.

Había conocido capitanes y buques que era una gloria oírle nombrar. ¡Uh! Con otros chilotes audaces y temerarios como él, se había embarcado en Bahía Blanca a bordo de una ballenera: *La Oceola*; la ballenera naufragó frente a Dúngenes.

—Del naufragio salvamos el piloto, el cocinero y yo…

Esto era verdad. Sin embargo, a los parroquianos de Urruztarrazu les corría una sonrisa de incredulidad por el rostro y cuchicheaban, y el grupo se deshacía fríamente. Entonces era cuando a Antonio Andrade se le alteraba el ánimo y desataba la lengua que era un espanto oírle.

—¡Que el diablo me lleve, amigos! Ésta es mi ley…

¿Por qué había estado tanto tiempo ausente? Vaya uno a explicárselo. Allá en Holanda; acá en la Patagonia, en todas partes, nada lograba detenerle; algo le tiraba a andar; sin embargo, él no olvidaba la Isla; ocasiones tuvo para volver; no lo hizo; ya habría

tiempo para pensar en el regreso.

Antonio Andrade, el hijo del caballero Lorenzo, había vivido en verdad a trastabillones, cayendo y levantándose, construyendo a golpes de suerte sus empresas, sin vacilar ante los obstáculos, sin entender qué fuerzas le empujaban a seguir un camino diverso y apresurado, como si le apurase equivocarse en cada vuelta.

Ahora estaba aquí, en su Isla; ¿adónde irá mañana? «Hay que asentar la vida, amigos, decía; luego se llega a viejo, y uno se muere, y nadie ataja su destino».

Y estaba siempre repitiendo:

—«¡Ya lo verán, amigos! Hay que hacer algo»…

Ese algo era unas veces un gran aserradero; otras, la construcción de una planta para dotar de luz al pueblo, o una fábrica de conservas o de cola de pescado. En fin, Antonio Andrade volvía animado de grandiosos proyectos.

—¡Hum!; ese hombre se trae sus fantasías —hablaba don Remigio Cárdenas, el caballero más principal de Chonchi.

—Loqueras, señor —rectificaba doña Asunta.

—Hablan que viene *fuído*…

—Y luego que nadie le ve mover las manos no más que en la cháchara…

—Qué trazas se tiene —agregaba la maestra.

—¡Calle, doña!… Si no parece cristiano; hace como los *gentiles* —terminaba el señor párroco.

3.- La taberna de Urruztarrazu

La taberna estaba situada en la marina, arriba del embarcadero; el embarcadero era una plataforma de gruesos tablones de ciprés con su correspondiente barandilla; la plataforma avanzaba sobre el mar y sobresalía unos veinte pies por delante de las construcciones vecinas. Las embarcaciones atracaban a su bordo y se amarraban a los pilotes de luma que sostenían la taberna. Un estrecho puente comunicaba el embarcadero con el terraplén; en ese extremo se alzaba la oficina del Resguardo, y en aquel otro la taberna de Urruztarrazu. En rigor, el puente era la única ruta para los viajeros que entraban o salían del puerto. Éstos saltaban de sus barcas al corredor de la taberna, y, previa la visita a Urruztarrazu, seguían a tierra firme; y eso mismo ocurría con los que se embarcaban: la vista en el Resguardo; el trago en la taberna; de aquí, a bordo.

La puerta estaba abierta noche y día; no había, por lo demás, necesidad alguna de cerrarla. La taberna, al igual que el embarcadero, estaba al socaire. El hueco de la entrada mostraba su rectángulo y la luz de una ventana ubicada en la culata de la casa guiaba los pasos de los visitantes; aquello parecía una cueva.

Abajo, al abrigo de los vientos, el mar era límpido, tranquilo como un estanque; por aquí venían los rapaces y pasaban las tardes del verano metidos en el agua, o cogiendo en sus anzuelos los róbalos que desfilaban entre los pilotes en busca de los desperdicios; o mariscaban jaibas de gruesas patas de las que se criaban entre las piedras del fondo. En más de una ocasión se armaba grande alboroto, al que no eran ajenas las personas mayores, cuando un lobo, de esos que venían persiguiendo los cardúmenes, se aventuraba por el embarcadero.

La taberna tenía pintadas sobre la cornisa unas letras toscas y desiguales: «Taberna del Oso». Pero todo el mundo prefería nombrarla taberna, a secas. Por otra parte, era la única en el pueblo.

El mesón, arrinconado en un extremo del cuarto, bajo la ancha

ventana que daba al mar, unas pocas sillas, dos mesas, la esquelética armazón de la estantería, en donde se amontonaban sin concierto, redomas, jarros y vasos; un tonel de ancha panza, dos o tres barriles, era cuanto podía verse en la sala. El resto de ella permanecía en la penumbra. El visitante divisaba a través de una vieja cortina de hilos el cuarto interior en el cual había una cama, el estrado, un pesado mueble, utensilios diversos, arreos de montar y de caza, todo en completo abandono y desorden. Ahí permanecía el Oso, un perrazo de aguas, el cual, de puro viejo, pasaba su vida echado sobre el vientre con la cabeza entre las patas. Su dueño lo cuidaba tanto o más que si se tratase de un familiar querido; y, en verdad, el Oso era su único compañero.

José Urruztarrazu era un vasco de mediana edad; ni alto ni bajo; muy delgado de esqueleto; huesudo y terco; la cara, rapada; los ojos, en extremo vivaces; la nariz, afilada y recta. Al hablar mostraba los dientes incisivos, que eran largos y curvos como de coipo, y entonces parecía como si riese, y esto, aunque su boca estuviese pronunciando las peores herejías. Según fuere el estado de ánimo en que se encontrase, así recogía poco o mucho el labio para que le mirasen aquella magnífica dentadura.

El hombre iba siempre de alpargatas, y sus pasos atormentados por los juanetes eran característicos en aquel recinto en donde entraban los hombres golpeando fuertemente el piso con los tacones de sus botas. Urruztarrazu se movía lenta y torpemente, afirmándose en los respaldos o mesas, jurando como un bandolero si por desgracia sus pies tactaban siquiera el más insignificante obstáculo o aspereza.

Parecía no sentir frío nunca; así se estaba en mangas de camisa, lo que permitía ver sus brazos llenos de pelos colorines y crespos, tan rojos como los que poblaban su cabeza.

Nadie, a las primeras luces, hubiera podido adivinar que este hombre fuese tan blando de carácter. Se comprenderá que su oficio le mantenía en un constante pie de guerra, pues debía lidiar con los borrachos que habitualmente eran su clientela, y luego, aquella mirada de águila, y la terca quijada, y aquellos juramentos por fruslerías; para él las cosas más sagradas valían mucho menos que el estropajo con que fregaba las ollas, y Dios salía bastante mal parado de entre la retahíla de franquezas —esta era su justa

expresión— que escupía en el aire; y ¡ay! de aquel que en broma o en serio fuese a tener la ocurrencia de pararse frente a Urruztarrazu en actitud impertinente o le llevase la discusión. Exactamente era entonces cuando vociferaba y golpeaba las mesas y gesticulaba como un mono enardecido; de entre sus dientes tan blancos y hermosos salíanle a borbotones las palabras más negras y feas; se desfiguraba. Mas todo era cuestión de poco momento; se dulcificaba al menor ensayo de ruego o arrepentimiento, al menor gesto de debilidad que notase en su contrincante.

Como le conocían, gozaba entre los parroquianos de una alta estima, y se le consideraba como un verdadero amigo. Solamente con don Remigio Cárdenas no había logrado avenirse nunca; don Remigio Cárdenas le demostraba grande inquina, y le espiaba el negocio.

—El vasco es un contrabandista —solía decir—, y es un verdadero peligro en el pueblo.

—¡Hum! ¡El viejo Cárdenas ha de pagar las hechas! Ya le veréis agonizar, revolcándose en su propia salsa… Viejo del demonio… Malditas sean su ralea y la madre que le echó al mundo… —regañaba Urruztarrazu, y hablaba periquitos del viejo y se alegraba ostensiblemente por cada mal negocio o daño que sufría su gratuito enemigo.

Al vasco nadie le trampeaba; él abría un crédito, y eso era ya suficiente para que el favorecido supiese cumplir con él como un caballero que pierde en el juego. Con los indios sí que tenía sus entredichos y líos, y esto era por razones de zalagardas o borracheras; pero entonces ni se agitaba ni juraba; rengueando, se allegaba al indio; le cogía por los hombros amistosamente, le sacaba a la plataforma del embarcadero y le zampaba al mar. Lo sabían todos los *huilliches* que por ahí llegaban, mas nunca faltaba alguno que quisiese tomar un baño de estos; en alguna ocasión, la broma había logrado caracteres de trágica, pero ni por eso dejaba de hacer lo mismo en presentándose la oportunidad.

José Urruztarrazu era bilbaíno; había venido a Chonchi a bordo de *La Nelson*, una barca de las de Euquiza; la barca permaneció en el puerto un par de semanas en espera de los vientos favorables. Por ese tiempo el vasco se enredó en amores con una muchacha campesina. Y así fue como se quedó en la Isla, y con él, el Oso, el

perrazo de aguas, pues *La Nelson* zarpaba inesperadamente. Urruztarrazu hizo cuantofue posible para alcanzarla; mas debió resignarse a esperar el paso de otra barca.

Él mismo, así lo ha dicho, no ha podido explicarse jamás por qué, al conocer el zarpe de La Nelson, le dijo a la mujer:

—Por el gran cuerno, que tú no has de hacer como esa, ¿eh? —y alargaba el brazo hacia el rumbo que llevaba su buque.

Y como ella pareciese no comprender, añadió:

—Pues que me ha dejado, mujer, y mucho me temo que sigas tan mal ejemplo…

La moza se llamaba Francisca, de la familia de los Báez, gente modesta. Francisca era bastante hermosa; viva de genio; saludable y naturalmente rústica.

Durante el primer tiempo vivieron amancebados; luego Urruztarrazu concluyó casándola. Con el poco dinero que Francisca aportó al matrimonio, instaló la taberna. Antes de los tres años, la mujer le abandonaba como lo había hecho *La Nelson*.

Francisca le dejó dos hijas: Elvira y Sebastiana. La madre huyó sin dejar rastros con uno de los mozos que iban a la Patagonia. El hombre llevó, al parecer, tamaña desgracia, con resignación; mas lo cierto fue que la fuga de Francisca le afectó tan profundamente, que permaneció un año entero metido en su casa, sin asomarse por el pueblo, y con él, el perro. Elvira y Sebastiana pasaban la mayor parte del tiempo en casa de sus abuelos, en el campo; estos las habían criado y rara vez se las veía con su padre.

Por entonces fue cuando Urruztarrazu, con su propia mano, pintó este letrero en el frontis de su casa: «Taberna del Oso».

—Mi perro no me abandonará; es un fiel camarada —decía, y callaba, clavando los ojos en un punto lejano.

Urruztarrazu se había quedado aquí, sobre el embarcadero, siempre atento al mar, en espera de los prófugos. La Nelsonno había vuelto a fondear en la bahía; a Francisca se la había tragado el tiempo; pero él seguía aguardándolas, e interrogaba a los viajeros que venían del litoral magallánico.

Ahora el Oso estaba muy viejo, y no salía ya con su amo por los campos cuando este se iba en son de caza; ni le acompañaba como antes a la lobería en Tablaruca, a donde Urruztarrazu solía ir de año en año. El perro era algo así como un Urruztarrazu derrotado;

gruñía, amenazaba, mas era de carácter bonachón, aunque misántropo. Conocía a los parroquianos tanto como a su amo; parecía nostalgioso del mar; paseaba por el corredor de la taberna, con aire preocupado, o se asomaba a la plataforma del embarcadero cada vez que una barca enfilaba la proa al puerto.

4.- Peripecias

A los fríos de agosto sucedieron los soles de septiembre. Los hombres se entregaron al trabajo. Unos preparaban sus expediciones pesqueras; otros se iban a Tarahuín a cortar el alerce; los demás estaban metidos en sus *cierros*, arando o extendiendo el abono de algas.

Los indios bajaban de sus bosques, seguidos de sus familias para conchabarse en las faenas de las siembras. En el astillero de Aristeo Guzmán se martillaba desde la mañana a la noche, sin descanso.

Solo los comerciantes permanecían ociosos, asomados a las puertas de sus tenduchos, o se acercaban a jugar a los naipes en el mostrador de la taberna.

Antonio Andrade no iba a estarse con los brazos cruzados, o charlando, en idas y vueltas por el pueblo, mientras todo el mundo se afanaba en los trabajos, y decidió hacer como se lo aconsejaba Urruztarrazu: irían a las loberías de Tablaruca y Chayhuaco.

—Vea usted —le decía el vasco—; me parece que no tendrá ocasión de arrepentirse; con poco gasto nos llevaremos una buena ganancia; los cueros de lobo escasean año por año, y los compradores pagan precios subidos, y luego el aceite, ¿sabe usted?

A Antonio Andrade le seducía la labranza; esto sí; pero el hombre carecía de medios; pudiera suceder que Urruztarrazu estuviese en la razón, y, sobre todo, el viaje a las loberías iba a proporcionarle la oportunidad de visitar sus tierras de Quilán; allá resolverían en definitiva; según fuese la ganancia que obtuvieran con la venta de los cueros y el aceite, se instalarían en el campo, sembrarían en grande, criarían animales, y, a ser ricos. El propio Urruztarrazu se contagiaba; la tierra era el fundamento de la verdadera riqueza.

Pero la agricultura no era por entonces un buen negocio; habían cambiado los tiempos; ya no se veían como antaño, campos extensos, piños de animales; los rendimientos eran escasos. La Sociedad Explotadora de Chiloé había acaparado las actividades

mayores y extendía año por año su poderío. El Gobierno de Chile habíale otorgado el derecho de explotar las reservas forestales de la Isla Grande. Buques de diversas nacionalidades permanecían anclados en las caletas de la Isla, cargando las preciosas maderas del ciprés, del alerce, del mañíu, y arrastraban también con las cosechas y el ganado; pagaban precios irrisorios, obligando así a los mestizos y a no pocos blancos a abandonar los trabajos de la labranza. Por ese tiempo, los chilotes empezaban a emigrar a la Argentina, a las estancias de la Patagonia y Tierra del Fuego. Lentamente, la agricultura fue careciendo de brazos; se sembraba apenas para la mantenencia; el comercio languidecía, escaseaba el dinero. La pobreza inducía a los isleños a conchabar su trabajo en las montañas por la alimentación y el vestuario de sus familias, y pasaban meses y meses lejos de sus habitaciones, y no recibían un centavo. Frecuentemente sucedía que se extraviaban en la montaña cuadrillas de hacheros chilotes, sin que fuese posible prestarles socorro; había que vivir la mayor parte del año bajo la inclemencia de las lluvias; luego el traslado de las vigas a lomo de hombre; aquello era un trabajo de forzados y lleno de peligros.

Luego el Gobierno instalaba colonias de extranjeros que no lograban aclimatarse; estos abandonaban los campos; vendían o trocaban los aperos y animales, y se instalaban en los puertos, dedicados a un comercio desleal; importaban el aguardiente de uva y se apoderaban del oro que los isleños recogían con tan penoso esfuerzo, y, dueños de algún capital, se alejaban de aquellos parajes para instalarse en Chile.

Los chilotes empezaron a murmurar contra la invasión de los chilenos, contra la política que bien pronto olvidaba sus promesas electorales, contra la codicia de estos nuevos amos que les despojaban injustamente de sus antiguos fueros, les usurpaban sus tierras y desconocían sus costumbres. Sentían realmente la nostalgia de la Corona de España, de los tiempos en que el archipiélago dependía del Virreinato del Perú y había Gobernadores castellanos; y los puertos de Nueva Galicia eran obligadas escalas de los buques que venían o salían por el estrecho; había encomiendas y real situado; se podía aspirar a elevados cargos en la administración del Virreinato o en las milicias del Rey, y no era difícil allegar riquezas. Los astilleros de Dalcahue construían grandes barcas que paseaban

la bandera española por todos los mares; los chilotes eran llamados los navegantes más famosos de las costas del Pacífico.

Las milicias chilotas supieron, dentro y fuera de la Isla, resistir gloriosamente a los ejércitos patriotas, y fueron hasta lo último, leales defensores de los Reyes de España. Los ejércitos realistas de la Guerra de la Independencia, en Chile como en el Perú, contaron siempre con la ayuda del archipiélago; hombres, dineros, refugios para sus escuadras.

Pero España los abandonaba. Las tropas chilenas abatieron el poder del brigadier Quintanilla y asentaron el pie sobre aquellos territorios. La intentona de separarse de Chile durante los años de 1865 y 1866, había fracasado; los barcos españoles se retiraron de los canales; los chilotes depusieron las armas. A los viejos cupos de guerra de Quintanilla se sumaban ahora las contribuciones del almirante Pareja, y luego, los impuestos de la República; todo lo cual trajo sobre los pueblos del archipiélago una era de triste decadencia.

Así la vida se les iba haciendo dura y miserable, como si sobre ellos pesara el yugo de una servidumbre.

Ahora Chonchi no pasaba de ser un villorrio semiabandonado. Habían cambiado los tiempos. Los hombres se arriesgaban en cada lance; en la caza, en la pesca, en la agricultura; el trabajo rendía una muy mezquina ganancia. Y los años daban vuelta con un mismo ritmo.

Antonio Andrade se aprovechaba de todo eso para exponer sus ideas de independencia, y porfiaba con los vecinos. La gente se quejaba sin que hiciesen nada para salir del atasco, decía; ahí estaban las tierras, el cultivo, la crianza de ganado; los bosques; había que levantarles el ánimo; esto era lo primero. Los chilotes no eran ya dignos de este nombre. ¿Por qué cruzarse de brazos? ¡Debemos conquistar las tierras! Traer maquinarias, capitales; abrir caminos; esta era su esperanza; ya vendrían el bienestar y la riqueza.

Los hombres le escuchaban sin disimular sus burlas.

—Tu padre gastó su hacienda, su vida en ello… Y ya sabemos qué fin tuvo el viejo Lorenzo.

—¡Hum! ¡Nada! ¡Nada! Hay que hacer algo —respondía Andrade con altivez. Lo han de ver —y le guiñaba un ojo a

Urruztarrazu, y ambos terminaban por reír estrepitosamente. ¡Lo han de ver!

—El vasco ha encontrado a su hombre —comentaba burlonamente Remigio Cárdenas, y al decirlo, se llevaba un dedo a la sien, como para indicar que aquellos hombres parecían no andar bien de los sesos. Qué par de estribos, señor párroco… ¡Je!… ¡Je!…

Don Braulio Macías, el señor párroco, fruncía el entrecejo, haciéndose como si nada supiese de todo aquello; sin embargo, respondía con aire solemne:

—Déjelos, señor; ya veremos en qué para su locura.

Eulogio Álvarez era tal vez el único que aprobaba sus proyectos; así lo decía a quien quería oírlo.

—Hombres como Urruztarrazu y Antonio Andrade hacen falta entre nosotros; los chilotes lo tenemos todo, y nada aprovechamos; ¡qué barbaridad! ¿Que no vemos cómo cualquier forastero se enriquece a costillas nuestras? En vez de burlas y refranes, debiéramos estimular con aplausos a los hijos de la Isla… —Álvarez se expresaba con calor.

Finalmente, conforme a sus decisiones, convenientemente habilitados, Andrade y Urruztarrazu partieron a las loberías, hacia el lado occidental de la Isla. El viaje era largo y penoso; había que andar a lomo de bestia el pesado camino de Notuco hasta el caserío de Pinda, a las orillas del lago; meterse en un *bongo*, y con ellos, carabinas, porras, peroles, monturas, provisiones; navegar la noche entera el lago de Huillinco hasta Cucao; cruzar la barra del desaguadero; meterse al mar.

En Cucao los esperaba Chodil, el viejo inquilino de los Andrade. Con ayuda de este reunieron la gente indispensable para tripular una chalupa y se aprestaron para zarpar.

La bahía de Cucao, abierta a todos los vientos, es una enorme herradura hasta de seis millas de extensión. La costa está sembrada de interminables risqueríos, escollos, restos de buques náufragos, descomunales esqueletos de ballenas; los vientos soplan con fuerza extraordinaria; el mar océano se revuelve allá lejos, al otro lado de las rompientes, de las rocas ahogadas, en donde una perenne muralla de espumas pugna por derrumbarse; el grande estrépito de las olas ocupa todo espacio; se suman a este estrépito los rugidos de las rompientes de Chayhuaco y Pirulil, el rodar del río, el bramido

incesante del océano.

Toda maniobra de embarque es punto menos que imposible; es necesario arrastrar las chalupas, empujarlas a brazo, mar adentro; los hombres van desnudos, guiando las embarcaciones, defendiéndose de las olas; así avanzan hasta las mismas rompientes que atajan la libre salida del mar. Se les ve internarse poco a poco; la embarcación cabecea, se tumba, surge, desaparece; desaparecen también entre las revueltas aguas los cuerpos de aquellos ágiles pescadores; puede suceder que los sacudimientos del mar los rindan, y, adiós embarcación. A los pies de los escarpes, sobre la playa, hay un hacinamiento de barcas destruidas, un verdadero lugar de naufragios.

Venciendo tales dificultades, Urruztarrazu y Andrade hicieron rumbo a las loberías; recorrieron la costa entre Pirulil y Chayhuaco; sus esfuerzos iban de mal en peor; otros se les habían adelantado y estaban en posesión de las cuevas más ricas, entregados a la caza del *popo*.

Debieron contentarse con lo que su mala estrella les deparaba. Al término del mes, regresaban trayendo unos quinientos cueros, mezquina ganancia para sus ambiciones. Debieron renunciar al aceite; era imposible transportar hasta la Isla los peroles y tambores colmados del precioso producto.

Atracaron la costa frente a Quilán, según estaba convenido. Los tropiezos aquí fueron haciéndose mayores; no había sendas; el aspecto inaccesible de la comarca los obligaba a andar a pie por entre los *tepuales* bajo la maraña de los bosques, por el espinazo de los cerros; saltaban quebradas, vadeaban ríos; iban cargados como bestias. Sus acompañantes, con ser baqueanos, mostraban señales de agotamiento.

Al cabo de dos días de dura marcha, llegaron a las tierras de Antonio Andrade.

Ahí todo estaba abandonado: cercas, potreros, sendas; del *campanario* y los establos apenas se conservaban los puntales; el ganado mayor, al decir de Chodil, vivía enmontañado; las ovejas habían disminuido hasta extinguirse; los indios robaban y vivían como en lo propio.

La Sociedad Explotadora de Chiloé había talado el cipresal; una gran extensión de tierra cubierta de negros troncos como extraños

penitentes arrodillados en silenciosa romería, era cuanto quedaba en la montaña de cipreses por donde Antonio Andrade anduvo en su mocedad; en vez del camino envaralado, una huella semiperdida atravesaba los campos hacia el lago. Las dunas, saltando los quiscales, cubrían ya buenas cuadras de tierra de cultivo; el resto estaba enmalezado y bravío; aquello era un disparadero.

No hicieron falta mayores averiguaciones para comprobar que esas tierras habían perdido casi por entero su valor.

Los amigos de Chonchi tenían razón; así comentaban desengañados. Nada iba a conseguirse con maldiciones y bravatas. Había que pensar seriamente en el futuro.

Rodearon lo que se pudo del ganado; Chodil quedóse ahí para iniciar alguna labranza; ordenaron otros trabajos, y regresaron a Chonchi, malhumorados y vencidos.

5.- Aparece Don Remigio Cárdenas

Antonio Andrade se ha propuesto ahora competir con la Sociedad Explotadora de Chiloé. Sólo que la empresa es muy grande para sus recursos y carece de capital. Pero él no es un hombre que se arredre ante las dificultades, y se ha entregado afanosamente a buscar un compañero entre los principales vecinos del pueblo; a estos les ha parecido irrealizable tamaño proyecto, y se lo han dicho así, negándose a todo. Andrade porfía, ruega, y concluye amenazando: ya se verá quién es él. Urruztarrazu mismo está sorprendido, y le aconseja ser prudente. Pero Andrade no ceja en su empeño.

Un día se presenta por la tienda de don Remigio Cárdenas.

Don Remigio Cárdenas es un hombre de unos cuarenta y cinco años; viste por lo corriente un chaquetón de cuero de huillín, gorra de lo mismo y pantalones de *huiñiporra*, bufanda blanca, que cae a esconderse bajo el abdomen, cotona de lana y unas altas botas de becerro. Anda muy erguido, meneándose pausadamente como los patos. En su rostro brilla algo verdaderamente extraño, y esto es su sonrisa que, como una pequeña brasa, se enciende y se apaga al hablar. Sus ojos son pequeños; los párpados, sin pestañas, y mira con imperturbable fijeza. Le apodan *Patranca*, y el refrán le calza exactamente. Muchos le tienen por brujo, y aseguran que *El Caleuche* tiene puerto, y carga provisiones frente a su casa, ahí donde el mar hace una pequeña entrada.

Su cuarto es un pintoresco bazar; hay unos toneles de aguardiente, unos sacos de sal y azúcar; un montón de trigo blanco; cazos, azadas, guadañas, cadenas, ferralla, cordeles, cueros; mercaderías de toda especie, traídas de Chile. Su mejor surtido es el de las hierbas y medicinas, y en este tráfico nadie, en toda la Isla, puede competirle. Su provisión de yerbatero es inagotable. Tiene hierbas para teñir, hierbas para curar las fiebres, para quebrar los empachos, para los granos, para quitar la melancolía; ralees de *pangue* o de

peyu-peyu
para las muchachas que quieren ocultar algún traspiés; posee, todo el mundo lo ha visto, un verdadero *cacho de Camahueto*, cuyas raspaduras vende a precio de oro; *piedras capucas* para fertilizar los campos, traídas de
Hui-Manao,
y conoce el arte de los machis. Tiene, además, una probeta para hacer el análisis de la orina, y descubrir, a pedido de los padres, en las muchachas solteras huellas de *trauco* o de varón. Hace también menjurjes para la cara, y los hace de diversos colores y calidades; para ello emplea manteca de culebra, polvos de la Piedra del Ara Bendita y otros ingredientes que él solo conoce. Es dueño de un anticuado termómetro Fahrenheit, recuerdo del naufragio de una barca noruega, y con él sale por las casas cuando hay enfermos.

Pero su negocio principal es el de prestamista. Hace firmar unos extraños documentos, a los que le solicitan dinero; los réditos, ni para qué decirlo, son usurarios, y como los plazos vencen siempre para el tiempo de las cosechas, se los hace pagar con productos o animales que luego vende a los compradores de los buques, y si estos no vienen, entra en tratos con el señor párroco, quien no tiene empacho alguno para revender a sus feligreses aquello que bien les ha pertenecido. Cárdenas concluye sembrando y cosechando en las tierras de las pobres gentes que no han logrado rescatarse.

Lo cierto es que don Remigio es un hombre de importancia, y, por todo ello, se le mira con temor y respeto.

Esta vez, Cárdenas se ha quedado mirando a Antonio Andrade de arriba abajo, extrañado de tenerle por delante, pues el hombre no ha aparecido por ahí desde su vuelta.

—Soy Andrade, Antonio Andrade Vargas, el hijo de don Lorenzo, ¿lo recuerda usted? —profiere, descubriéndose.

—Ya me lo sabía yo que estabas en el pueblo… —le tutea como a un muchacho—. ¡Vaya! ¡Vaya! —dice don Remigio, mientras le estrecha la mano—. ¡Cuánto me alegro! ¡Je! ¡Je! —y le mira afablemente—. Siéntate, amigo…

—¿Me ha reconocido usted? He cambiado bastante, me parece…

—Ni lo digas; mira que la pinta de tu padre se te asoma entera —dice Cárdenas, sonriendo.

—¿Qué tal?…

—Lo estás viendo…

Cárdenas sabe muy bien el motivo que lleva a Andrade a su lado; no se habla de otra cosa en el pueblo, y no ha de ser él quien ponga orejas a las locuras de este hombre.

—¿Esta vez permanecerás en el pueblo por mucho tiempo? —inquiere, con un tonillo impertinente.

—Tal vez tenga que salir, señor; ando buscando cómo hacerlo —respondió Antonio Andrade, con estudiada indiferencia, y se pasea por el cuarto.

Don Remigio sonríe; manifiestamente el viejo se está burlando de su petulancia.

—¿Sabe usted, amigo, a qué he venido a su casa? —Arruga y desarruga las cejas en un gesto de inteligencia—. ¿Quiere usted saberlo? —El tono de la voz es terco, y solemne el ademán con que se atusa las negras gulas del bigote.

«Qué necesidad hay de preguntárselo —piensa Cárdenas—; ya se explayará copiosamente»; —el viejo le mira, le está observando por lo bajo, y se rasca la nuca; entre sus labios, la sonrisa se enciende y se apaga como una brasa.

Con voz que quiere ser reposada y que se atolondra más y más, Andrade va explicando su proyecto. Cárdenas sigue pensando en que el hombre no ha asentado aún el juicio; ¿es verdad entonces lo que ha oído hablar de él? ¡Vaya! ¡Vaya! A don Remigio le brillan burlones los ojillos, y se acaricia la barba.

—¡Jesús, amigo! Me dirás ahora de dónde has sacado ese proyecto… ¡Je! ¡Je!

—¡Puah! —responde Andrade—; bien lo sabemos aquí que las islas Guaitecas son un vasto cipresal. ¡Uh! Que me novillen si no la quebramos a la Sociedad Explotadora. Y la quebraremos; sí, señor; la quebraremos. ¡Uh! Se lo está diciendo un hombre sabidor; con trabajo y unos buenos dineros la quebraremos a la Sociedad… ¡Uh! —y muy orgulloso se pasea de arriba abajo, por el cuarto.

—¿No serán fantasías? —la astuta mirada del viejo provoca en el ánimo de Andrade una viva molestia; don Remigio lo entiende de sobra. «El hombre parece no aguantar cosquillas», piensa, y, alargándole una copa de uva, le dice, con su amable sonrisa—: Aceptarás un trago de mi mano, amigo…

Andrade bebe su aguardiente, y vuelve a sus paseos.

—Hacen falta no más de veinte mil pesos; esto es un cálculo… ¡Uh!

Él no es un zonzo; se va a las seguras. Además, la Sociedad Explotadora nada tiene que ver con las islas Guaitecas; están fuera de la concesión. ¡Uh! Andrade echa chispas; él ha pensado en aquello, en esto, en lo otro; y todo ha de ir limpiamente; como si lo estuviese viendo. ¡Uh! Se frota las manos con energía, y se detiene frente a Cárdenas.

—Seremos ricos: óigalo usted bien: ricos. ¡Uh! ¡Y cuánto! Y en poco tiempo, ¿sabe usted? Mucho más ricos que lo que usted mismo se imagina —acompaña sus afirmaciones con tercos movimientos de cabeza; habla hasta por los codos—. Díga usted, ¿quién podría rechazar esta oferta?

Al pronunciar estas palabras, Andrade cree haber conseguido su objeto.

—Sí, sí —responde don Remigio—; el negocio está bueno… Todo en este mundo es un buen negocio… ¡Je! ¡Je! —pero es que él no parece ser el hombre indicado para mezclarse en tales empresas; ni podría hacerlo—; créelo, amigo; me basta y sobra con mis afanes… —mueve los brazos en un gesto como para espantar algo en el aire.

—El negocio es seguro…; mire, usted… —Andrade se acerca para apoyarse de codos sobre el mesón, y se esfuerza por aparecer sereno—; aquí nadie arriesga nada… Todo es cosa de recoger de golpe la ganancia…

—Mas para ello hace falta mucha plata, amigo; hace falta mucha plata; sí, Antonio Andrade; y hace falta cabeza, además, ¿sabes? — Cárdenas se ha llevado el dedo a la sien, en un gesto de burla.

—Le he dicho que bastan veinte mil pesos —habla Andrade, amostazándose.

—Bien —responde entonces el viejo con viveza—; ¿es que precisas ese dinero?

—De precisarse, se precisa; mas no se trata de esto solamente; crédito no ha de faltarme —agrega, comprendiendo el sentido de aquella pregunta. Estoy pensando, amigo mío, en que usted se mezcle en la empresa; esto es. Y mire, usted, que el negocio está a la vista. ¿No lo ve usted? ¿No lo está viendo? La Sociedad Explotadora embarca cuanto palo de ciprés hay en la Isla Grande, y

con lo que pagan… ¿No lo ve, usted? Y lo que venden… Vaya si no salta a la vista; negocio en grande, amigo, y seguro…

—¡Jesús!

—Ya se quisiera alguno de los otros ricos hacerse el convidado en este entierro; mire usted; haga fe en un hombre que bien se sabe lo que habla. No lo voy a saber… ¡Quiá! En las islas Guaitecas hay ciprés por aquí, hay ciprés por acá; los hacheros no van a dar abasto, sí, señor; y luego que los chilotes trabajamos ahora nada más que para los chilenos; quién lo iba a pensar. A mí me da coraje, ¿sabe usted? ¿No habrá entre los chilotes un hombre para ejemplo de los intrusos? Ése era él. ¿Que no ve cómo se lo están llevando todo? ¿Y qué es de la agricultura y lo demás? Ya me viera yo manejando algunos dineros… Le juro a usted que desalojo a los chilenos. Con vender más barato, ganamos a los clientes; y no se van a vender mil, ni cinco mil, ni diez mil pesos… No, señor. Se venderán cien mil, y más, y en poco tiempo, créalo usted —grita ya Andrade, exaltado, accionando con los brazos en alto; luego calla como si se le hubiese acabado el aliento.

Al viejo le han conmovido las razones del hombre; inmóvil, severo, parece una escultura; Antonio Andrade está suspendido de sus labios.

—¿No serán fantasías?… ¿A cuáles diantres les has aprendido estos enredos? —habla por fin el viejo y sonríe burlonamente.

El gesto de esperanza que afloraba en los ojos de Andrade se borra como por encanto.

—Puedo habilitarte con diez mil pesos; me respondes del crédito con tus tierras de Quilán y con tu casa de Huitauque… No puedo hacer otra cosa… ¡Je! ¡Je!…; piénsalo bien, amigo.

Ya le parece a Antonio Andrade que el viejo nada quiere con él, y apenas si contiene su fastidio. ¿Cómo explicarse que este viejo, ávido de ganar dinero, le rechace así, de exabrupto, sin mayor examen? Cárdenas ahora menea la cabeza compasivo; le vuelve las espaldas y se mueve patojeando al otro extremo de su tienda.

Andrade se muerde los labios; el viejo usurero es su última esperanza, y ya lo está oyendo: no quiere acompañarle.

—Dime cuánto precisas, amigo —dice Cárdenas, que se ha acercado para colmarle la copa—; nadie ha dicho que no podamos entendernos…

Antonio Andrade le lanza una mirada de desafío.

—¡Gracias! No bebo… —Y agrega—: cicaterías de su parte, señor; estamos perdiendo el tiempo —y, rezongando palabrotas, sale precipitado hacia la calle.

Se mete en la taberna y permanece con Urruztarrazu, bebiendo para ahogar el disgusto, y echan contra Cárdenas sus acostumbradas bravatas.

Sin embargo, algún tiempo después se ha plantado de nuevo en la tienda del prestamista, y han llegado a un entendimiento.

Andrade hipotecará sus tierras, su casa, sus animales; recibirá, en cambio, diez mil pesos; no le ha quedado otro camino. Pagando fielmente los intereses, podrá renovar el préstamo por un plazo mayor.

Antonio Andrade se metió, pues, a equipar su expedición; Aristeo Guzmán le vendió una vieja goleta que estaba varada frente al astillero, y los trabajos de las reparaciones se iniciaron prestamente.

En el pueblo todo fue un murmurar contra el viejo *Patranca*, porque empujaba a Andrade a un descalabro, y se murmuraba contra este, porque él mismo buscaba su ruina. Pero Antonio Andrade tenía las orejas sordas, y se reía de todos, y vigilaba cuidadosamente la obra del alistamiento.

Habilitada para una larga travesía, la *María Baudelia* se zafó de su apostadero una hermosa tarde de sol, con rumbo a los canales cordilleranos.

6.- Cárdenas y Andrade: Maderas

El éxito de la expedición de Antonio Andrade causó gran revuelo en toda la Isla. Las gentes no querían creerlo. En las islas Guaitecas el ciprés existía sobre las montañas que caen a los canales; era cuestión de pequeños esfuerzos cortar los preciosos troncos y echarlos a rodar hacia las playas; los buques podían cargar, atracados a los muelles naturales que forman los grandes acantilados. Aquello era una riqueza enorme. Allí había caídas de agua que, sin mayor coste, podían ser utilizadas en aserraderos; había caletas, seguros refugios para los temporales, y los indios *payos* eran gente dócil y trabajadora.

La noticia salvó las distancias. Pronto estuvieron en Chonchi algunos directores de la Sociedad Explotadora que venían a tratar el negocio con Antonio Andrade. Éste rechazaba todas las ofertas con que tales caballeros parecían tentarle. Estaba orgulloso de su hazaña.

—¡Al infierno me voy, amigos! ¡Lo Juro! Nada de tratos con los chilenos… —hablaba en la taberna.

Los hombres le miraban en silencio, con asombro; para ellos el negocio era lo importante, y les parecía extraño que Andrade se negara a asociarse a aquellos. Solo Urruztarrazu asentía entusiasmado, y hasta le daba sus consejos.

—Esto es, amigo; lo primero, asegure usted aquello, y luego, al trabajo; ya se verán las ganancias, y si necesita usted dinero, pues aquí está mi bolsa…; lo que tengo, aunque bien poca cosa vale, está a sus órdenes.

En Chonchi no se hablaba más que de la buena estrella de Andrade. El mismo don Remigio Cárdenas se manifestaba lleno de confianza, y lograba buena parte de los aplausos; el viejo había contribuido en la empresa; a qué negarlo, decían.

—De nada le hubiese valido a Antonio Andrade idear el negocio; sin la ayuda de don Remigio todo se hubiese ido al diablo…

En una palabra, Cárdenas ganó tanto, si no más que Antonio, en

el concepto de los pobladores; y decía, a quien quería oírle, que él estaba dispuesto a conceder nuevos créditos.

Martin Álvarez y algún otro de los ricos se apersonaron a Andrade; ofrecíanle rescatar la deuda con Cárdenas, y aportar entre ellos un buen capital de explotación. Pero Andrade era un hombre a las derechas.

—La ocasión ya la tuvieron ustedes —les dijo—; y aquella vez se negaron a favorecerme; no se trata ya de travesuras, y nada me obligará a ser ingrato con el viejo.

Antonio Andrade le habló entonces a Cárdenas de un negocio en grande, con fuertes capitales; tal vez una compañía que pudiese abatir de un golpe a la Sociedad Explotadora; esto era lo primero. Él sabía bien quiénes se interesaban en acompañarlos. Había que decidirse pronto; mañana podría ser tarde. Y luego que el ciprés existía también hacia la cordillera, al Este, en el continente, y en el Istmo de Ofqui, en San Quintín, más al sur; de mejor calidad, amigo, y más abundante… ¡Uh! ¿Por qué no solicitar una concesión del Gobierno? Este era el mejor camino. Bien sabía él lo que fraguaba.

En fin, Andrade se llenaba la cabeza de grandiosos proyectos, fantasías, como comentaba Cárdenas, pues, sin duda, al viejo le gustaba más echar sus cuentas sobre ganancias fijas y seguras, y no se atrevía a aceptar las razonables proposiciones de su amigo. Ya lo decidiría más tarde.

Con todo, Cárdenas concluyó asociándose al negocio; trabajarían a medias, bajo la firma de «Cárdenas y Andrade».

Antes del año poseían seis goletas, lanchones para el embarque, un aserradero en Melinka, y se trabajaba febrilmente.

Entonces se construyó el muelle, cuyo viejo maderamen puede verse aún sobre la bahía; se levantaron las bodegas que hoy sirven de refugio a los pescadores que vienen de las islas; se prolongó el terraplén de la marina, lo que más tarde fue convertido en mercado. Aumentaban las ganancias de los comerciantes; el pueblo estaba siempre lleno de forasteros; hubo actividades nuevas y mayor bienestar.

Antonio Andrade iba y venía entre Chonchi y Melinka con sus embarcaciones. Cárdenas transformaba su tienda en OFICINA DE EMBARQUES Y VENTAS: CÁRDENAS y ANDRADE: MADERAS. Las gordas letras

rojas, pintadas sobre el techo del caserón, eran visibles desde lejos, y le concedían al pueblo algo así como un timbre de actividad comercial en grande, de lo cual todos estaban orgullosos.

7.- Hombre en ruinas

Enérico Vera fue, en otro tiempo, armador y patrón de goletas, y dueño de unos predios y huertas. Hoy está en la miseria. Su afición a la bebida le aleja más y más de la estimación de las gentes, pues su familia es de las principales. Su mujer y sus hijos mayores han muerto; de esto hace ya algunos años. Exactamente, desde entonces la ruina ha caído sobre él. Apenas si puede decirse que posee la casa en que habita con sus dos hijas, y unas pocas cuadras para el lado de Huicha. Don Remigio Cárdenas le acredita periódicamente algunas garrafas de aguardiente y provisiones que Vera paga con las escasas *chiguas* de papas que recoge en su cierro; por este tiempo ha hipotecado su casa y así va de mal en peor.

Es alegre y dicharachero; parece como si tuviese la boca llena de refranes, y es libre como un pájaro. Conserva aún alguna presencia; es grueso, de carrillos rojos; los bigotes, de foca, los cabellos, revueltos y negros; su nariz ha enrojecido hasta el punto de cobrar un color aceitoso de sangre fresca. Su poderoso pecho es ancho y levantado; viste siempre una cotona de lana azul; la chaqueta de cuero; échansele de ver las manazas, cruzadas de gordas venas azules como tatuajes sobre el dorso; los ojos redondos como dos bochas de vidrio que parecen saltar de sus huecos; la gorra alzada en visera sobre la frente; los holgados pantalones de *huiñi*, y un balanceo en el andar; en verdad, parece un marinero.

Cuando entra en la taberna se anuncia a gritos:

El viejo Enérico Vera
se baja por la ladera
en una yegua cerrera…

Su entrada reanima la tertulia. Estimulado por los aplausos y las risas, golpea las manos sobre la mesa para imponer silencio. Su charla entretiene a los parroquianos. Y esto es, porque él ha sido un hombre que ha andado enredado siempre en aventuras, viajes y

pleitos, y ha gustado, además, de la buena vida. Improvisa versos con bastante gracia; canta en la guitarra con su voz áspera de borracho, acompañándose de gestos y maromas, como un juglar. Es extraño que en el pueblo no le hayan dado un apodo. Se le nombra Enérico Vera, a secas, a pesar de su edad, sin el don de los caballeros.

—Vea, amigo; con la mujer lo he perdido todo: dinero, embarcaciones, tierras, el don que antes me daban y hasta la sesera, señor. Usted se creerá que soy un mendigo. ¡Quiá! Yo hubiese preferido vivir como un cristiano honrado, mas la gente dice a veces tonterías, y la torpe especie se propaga, y uno que no ha hecho nada, termina por hacer aquello que viene sonando. Válgales el diablo por las mentiras que urden. De suerte que nada se remedia con llorar. No es ahora el mejor tiempo para enternecerse. Ya me lo ha de decir Dios. Todos hablan. Todos hablan, y yo no digo ni pío… ¡Jua!… ¡Jua!…

Y, ¡zas!, que se planta un trago al gaznate.

Enérico Vera bebe su aguardiente despacio, saboreándolo, traguito a traguito, con el codo en alto, como un verdadero bebedor de aguardiente.

Sus días de miseria parecen no causarle mella alguna; antes se siente satisfecho, y hasta hace alarde de ello.

—Si una puerta se cierra, otra se me abre… —repite alegremente, cada vez que alguien le amenaza con no socorrerle o pone mala cara ante sus impertinencias.

A tales sinsabores únense otras amarguras que él sabe soportar con natural desparpajo; el tiempo, el olvido por último, le dejan libre de recriminaciones y penas; sobre todo, se dice, que él no es un mal hombre.

—El alma en la palma; vea, amigo; honrado, y hombre a carta cabal; viudo y… borracho… No faltaba más; ¿de qué le sirve a uno haber sido trabajador toda la vida? —al decirlo, hace un pícaro gesto, y nadie puede asegurar que aquello signifique algo serio o una torpe alusión a su vida de casado, pues no es un misterio que su mujer le tuvo siempre atrincado y obediente.

Había deseado casarse a poco de su viudez, y hasta le había echado el ojo a una moza de los alrededores, y anduvo en trajines donde el señor párroco; este se burló del pobre viudo, y se negó a

secundarle en sus propósitos.

—Debiera usted tener vergüenza —le había dicho—; lo mejor será que cuide de sus hijos; ahí los tiene usted trabajando en la montaña por una miseria, en vez de meterlos a cultivar lo propio, acá en Huicha; ellos no necesitan de una madre; les hace falta el padre.

Al poco tiempo, fallecían sus dos hijos varones.

—Se los comió la tisis… y el viejo Enérico… —decía Urruztarrazu, con acento funeral.

Antes de considerar esta desgracia como irreparable —sus hijos eran ciertamente el sostén de la familia—, Enérico Vera se ha consolado, concluyendo por olvidar casi; y si alguna advertencia sobre tal actitud llega a sus orejas, está pronto a responder:

—El vicio mata el juicio —refrán que ha venido a reemplazar aquel otro que era habitual en su lengua: al hecho, pecho…

La mayor de las hijas de Enérico se llama Ignacia; es una joven de mediana estatura; blanca, fresca, robusta; ancheta de caderas, de ojos grandes y negros como avellanas. Ella ha cargado con los quehaceres y cuidados de la familia como una verdadera madre; luego debe atender los trabajos de la pequeña agricultura, y ella está sola para todo esto, pues su hermana Adelaida no le sirve de gran cosa. Ésta ha heredado de su padre el genio vivo y travieso, y ese aire de picardía y mocedad que aún puede verse en el viejo borracho. No cumple aún Adelaida los quince años y ya anda por ahí en historias que nada bueno dicen; pero, indudablemente, las gentes exageran; todo porque Adelaida es bonita y más atrevida de lo que conviene. Así suele Urruztarrazu decírselo a Enérico, cada vez que la muchacha aparece por el embarcadero.

—No es bueno que la chica ande suelta… Mire usted, que otra riqueza como sus hijas, no le va quedando, amigo… Cuídelas, usted; la muchacha es preciosa como el oro…

Enérico ríe de buenas ganas, halagado en lo íntimo. Él la distingue en sus afectos y la obsequia cada vez que don Remigio Cárdenas le autoriza un crédito para vestirla.

Lo cierto es que las muchachas viven de la caridad de sus parientes, pues la escasa cosecha de su campo pasa año tras año a colmar las bodegas del prestamista.

8.- Un lance inesperado

Antonio Andrade está contemplando, desde el mirador de su casa en Huitauque, el ir y venir de los hombres que hacen la descarga; las goletas se balancean atracadas al embarcadero; en el vasto corral de la marina, detrás de las bodegas, los hombres levantan los castillos de ciprés; la brisa, que sopla del mar a los cerros, trae hasta las orejas de Andrade los gritos de los capataces.

—¡Vamos, chicoooos!… ¡Halaaaa!… ¡Halaaaa!…

Un enjambre de rapaces juegan en la playa, corren por entre los botes que están con las quillas arriba, como grandes pescados oscuros. La fresca brisa matinal empuja levemente los humos hacia los bosques; las sementeras rebrillan en medio del verdor de los papales; la aguda torre de la parroquia apunta a las nubes que se mueven altísimas; un piño de ovejas se desprende hacia el pueblo; vienen y pasan los viajeros por el camino de Huicha; una mujer sube hacia el cerro de Huitauque; Antonio Andrade ha creído distinguirla; es Adelaida Vera; bien podría jurárselo.

Una alegría vagarosa penetra por su pecho, se asoma a sus ojos, inunda su alma; le hace sonreír; le torna inquieto como si él fuese un niño.

Hay que asentar la vida, amigo —suspira con dulce contentamiento. ¡Cómo iba él a pensarlo! Su vida hasta entonces, ¿qué fue si no un atolladero? Había corrido medio mundo sin descanso; los años comienzan ya a cargarle las espaldas, y todo ha sido fracaso y mala suerte. ¿Cómo iba él a pensarlo, se repite, que volviendo a su tierra hallaría su triunfo? Por cierto que el negocio del ciprés está bueno, y él será rico. ¡Seguro! Y a casarse como hacen todos. Hay que asentar la vida, amigo. Y vendrán los hijos y habrá abundancia, pues todo ha de ir con viento en popa. Adelaida parece quererle. ¡Vamos! Esto se ha de ver más tarde. ¿Qué se dice de Adelaida que gusta de los coqueteos, y otras murmuraciones? ¡Uh! Comadreos, chismes. ¡Quién va a creerlos! Es que Adelaida es hermosa. ¡Uh! ¡Y cuánto! Y luego que su padre no hace caso de ella

y viven miserablemente. Nadie va esperar que Adelaida Vera, a su edad, sea una pavota; le hace falta un hombre; esto está claro.

Antonio Andrade le ha echado, pues, el ojo a Adelaida; el asunto es ya conocido en el pueblo. En sus cortas escalas en Chonchi, Antonio Andrade se va por la casa de Enérico y pasa las veladas al canto del brasero, repite sus historias, entona canciones en la guitarra y se muestra más y más amistoso con el viejo; hasta se ha preocupado de su suerte, empleándole en las bodegas. Enérico, para qué decirlo, no opone reparo alguno a las relaciones, y ante los comentarios y comadreos, responde con cómica gravedad:

—Ese hombre se merece una chica como ella —y hace un gesto desdeñoso y vago para significar que no hay para qué preocuparse tanto del asunto.

La Juana Chacón ha andado recelando y regaña a su amo. Ella quiere entender que el casamiento con Adelaida Vera tiene sus vericuetos y misterios. Sospecha de Enérico, y enreda también en ello a don Remigio Cárdenas, porque le está pareciendo que el viejo prestamista algo lleva en el enjuague, y así su patrón llegará a responder por las deudas del futuro suegro.

—Y luego que se han fijado en doña Adelaida; ¡qué trazas de mujer! Con quien debieran casar es con doña Ignacia —le ha dicho —; esta sí son una mujer seria y trabajadora. Créanme, señor; la otra son una pierna de Judas, mi amo… ¡Válgame Dios!

Y la Juana se ha prometido hacer cuanto esté de su mano para deshacer el compromiso; pero Andrade parece tener los sesos sorbidos, y cree que la Juana ha de resignarse a recibir a Adelaida por patrona.

El rumor bronco de la marea retumba a los pies del cerro de Huitauque; Andrade voltea los ojos y suspira.

Allá siguen los hombres el acarreo de las viguetas; las gentes se asoman a la calle; Antonio Andrade reconoce entre ellas a don Remigio que cruza hacia el embarcadero.

El mar se mueve en la creciente; el sol alumbra a ratos y desaparece detrás de las nubes.

Los ojos de Andrade otean el camino; la muchacha ha asomado ya en la vuelta. ¡Vaya! ¡Vaya! Es Ignacia Vera; siempre es Ignacia, piensa un poco desalentado.

La Juana ha salido ya a recibirla. Antonio Andrade puede

percibir claramente la voz de la sirvienta.

—Entren no más, doña… El patrón aún no dejan la cama —y la ha abrazado cariñosamente.

La muchacha ha entrado y luego va por el huerto recogiendo manzanas. Andrade se las ha ofrecido la noche anterior, allá en casa de Enérico. Lo recuerda y baja. Ignacia ha de traerle noticias de Adelaida, piensa.

La Juana, al verle, no esconde su contento.

—Que he sabido, señor, de unas centollas que trajo el indio Remocoy y salgo por ellas —le dice, y luego, toma el camino del pueblo.

Ignacia aparece entonces con su haldada de manzanas, recogidas en su ancho delantal de colores; se detiene en la sala, sonriendo frente a Antonio Andrade, para agradecer el obsequio; así permanece por un breve instante. El rubor le pinta las mejillas, al observar que el hombre le clava los ojos en los suyos; pudorosa entorna los párpados.

—¡Vamos! ¡Qué guapa vienes! —la frase se le ha escapado de la boca, y Andrade no atina a decir otra cosa.

—¡*Catay*! ¿No lo había reparado usted antes? —contesta con timidez, y se le caen las manzanas, al intentar subirse el mechón de pelos que le cosquillea en la frente. En verdad, Ignacia está confundida.

—¡Guapa!, ¡vamos!, ¡eres Ignacia!… —él cree así haber salvado su turbación de un momento.

Ella se inclina prestamente para recoger las frutas; tropieza con las manos de Antonio Andrade que van por el suelo como las suyas; ella se pone a temblar avergonzada, sin levantar los ojos. Él la contempla ahora por un largo rato, y luego la toma de los hombros, más y más sorprendido.

Ignacia sigue temblando; esconde la cara; su pecho respira aceleradamente; su agitación va en aumento. Entonces él pierde la cabeza; la cubre de besos, la estrecha entre sus brazos.

La Juana ha visto a Ignacia volver apresuradamente por el camino, y pudo observar que esta le escondía la cara al pasar. Ahora sí que la Juana ha decidido entrar en la casa. Las frutas están aún tiradas por el suelo, y el delantal de la muchacha decora los choapinos del estrado.

Fue así como Antonio Andrade rompió su compromiso con Adelaida, para casarse con Ignacia, suceso que logró conmover al pueblo. Las murmuraciones de las comadres y las cuchufletas de los amigos de Vera ardieron un buen tiempo.

Enérico aguantaba las burlas y replicaba con desenfado.

—Pues, ¿qué voy a hacer, amigos? Casados están, y bien casados, y que lo diga el señor párroco, y me creo que yo soy el suegro; con que no se chisten, porque han de verlo cómo para Adelaida no ha de faltar un hombre de tanta calidad y condiciones como este mi yerno.

9.- Lo imprevisto

Los rumores que circulaban acerca de las actividades de la Sociedad Explotadora de Chiloé tomaban día a día mayor consistencia. Para nadie en la Isla era un misterio que los diputados de la provincia habían sido elegidos con dineros de la Sociedad. Ya se verían novedades.

Primero sucedió que el señor intendente había venido desde Ancud con el pretexto de imponerse del estado de los caminos; le acompañaban en los trajines dos directores de la Sociedad, llegados de Santiago; en el periódico de Ancud aparecieron más tarde algunos artículos, «en defensa de las reservas forestales del archipiélago».

Eulogio Álvarez, caballero principal en Chonchi, se lo había hecho saber a Andrade.

—Algo están tramando estas gentes en contra de sus intereses —le dijo—. Convendría un viaje a Ancud, a Santiago, tal vez…

Andrade se encogía de hombros.

—¿Qué podría ser aquello? Esperaría el fin de tales maniobras; por otra parte ya había encargado al diputado liberal, su amigo, la tramitación de una solicitud al Gobierno sobre una concesión de bosques.

Cárdenas abundaba en consideraciones semejantes; allá con los comentarios. Hasta blasonaba de su amistad con los señores diputados tales y cuales; y en cuanto al señor intendente, lo había oído de sus propios labios: «Estaba bien impresionado de las actividades comerciales del pueblo».

Así y todo, la Intendencia de Ancud notificaba algún tiempo después a la «Firma Cárdenas y Andrade, Chonchi» que… «el Gobierno de la República decretaba poner bajo el control de la Sociedad Explotadora de Chiloé las reservas forestales de las islas Guaitecas y otras islas hasta el paralelo 46.º latitud…».

—Esta es la nota de la Intendencia, y esta la orden del cúmplase —le decía el subdelegado a Antonio Andrade. Andrade no quería

creerlo.

—¿Qué demontres tiene que hacer el Gobierno con mis cipresales? Mi trabajo me cuestan; antes que yo, nadie se interesó por ellos. No puede ser, amigo; no puede ser…

—Vea usted, señor Andrade; me llega de Ancud un Oficio; aquí está; ya lo ha leído usted; yo mismo no esperaba tal cosa… Y luego que la Sociedad Explotadora exige… Sépalo usted, me apura; sí, señor, me amenaza, en una palabra. Póngase usted en mi lugar…

—Esto es una porquería… Al infierno me voy, amigo, pero es que antes de entregar mis cipresales los quemaré de punta a punta. —Andrade bravuqueaba como un condenado. ¡Ladrones! ¡Codiciosos! Me roban, sí, señor; ya sabré responderles lo que es debido… —golpeaba el mesón con los puños, y sacudía la cabeza, enardecido y fuera de sí.

—Hágalo así, señor Andrade. Usted sabrá defenderse —suplicaba el subdelegado—; yo respeto las órdenes, cumplo solo con mis deberes.

Andrade abandonó la oficina y se fue echando maldiciones y amenazas por todo el trayecto; le seguía una tropa de muchachos; las gentes se asomaban a los corredores, con aire de extrañeza, o detenían su marcha; él les gritaba:

—Me roban mis cipresales; sí, señores, mis cipresales. ¡Chilenos avarientos! Aquí no hay justicia, amigos; los chilenos atropellan a los chilotes; los matan en la montaña, estrujan a los indios… ¡Ah! ¡Por mi madre, amigos que no he de darles en el gusto! —Agitaba los brazos con los puños en alto, amenazando y jurando.

Con don Remigio Cárdenas se enredó en una agria disputa; el viejo era temeroso y se ponía siempre del lado de la autoridad, cualquiera que ella fuese, y, más que esto, no quería enredos con la Intendencia a la cual temía como al azote; era preferible vivir tranquilo.

—¡Velo! Qué escándalo has provocado en el pueblo —empezó, amonestándole como a un chico.

Él tenía sus razones para no indisponerse con nadie; y luego, que ya le habían denunciado a Ancud por usurero y brujo; mas el señor intendente le trataba ahora como a un caballero; este era el trato que él se merecía.

—Nada vamos a sacar con gritos, amigo Andrade… —con esto le

daba a entender que todo se haría como conviniera a sus intereses.

Hasta habló de disolver inmediatamente el negocio.

—Sí, amigo; hay que acabar con el negocio; acataremos lo que ordene la Intendencia… ¿Quién va a oponerse a la autoridad? Por otra parte, nada arriesgas y nada vas a perder con ello… —estas fueron sus palabras.

Por último, molesto ya con la violencia de Andrade, le replicó que en todo caso, era él, y solo él, y no Antonio Andrade, el llamado a decidir.

Ahí ya entendió el otro que las cosas se complicaban de veras. El viejo avanzó aún más. Andrade debía recordar que le era deudor de un crédito por diez mil pesos.

—Sí, amigo; el crédito del año anterior, más los intereses, naturalmente, más los intereses…

Antonio Andrade estalló en una cólera terrible.

—Cállese usted —le gritó desatentado—; déjese de romances… ¿Qué ha dicho usted? Por esa huella no le sigo… ¿No tiene usted vergüenza? Cállese usted se lo repito —Andrade se ahogaba.

—Hombre impaciente… ¿Por qué has de estar hablando a gritos como si peleásemos? Mira que vamos a ser la irrisión de las gentes —le dijo con voz arrastrada y suplicante.

—¡Ah! Viejo de la grande p… Esto se lo merece usted; ¿venirme a mí con desconocidos? Está bueno… Aquí mismo vamos a arreglar el enjuague; —Andrade se paseaba a grandes trancos por la sala, para detenerse cada vez frente a Cárdenas con la mirada ardiendo de indignación. ¡Viejo del demonio!…

El viejo le contemplaba extrañadísimo.

—Qué cosas dices, hombre… ¡Vamos! Nadie piensa que este asunto nuestro no tenga arreglo. Lo tiene… ¡Seguro! ¿Cuándo serás un hombre de juicio?

—Todo cuanto dice usted es una porquería —habló Andrade, lleno de cólera—; aquí se miente; me arma usted una trampa; me engaña; sí, señor… ¿Qué enredos se trae con los chilenos? De ello estoy certísimo. ¡Uh! ¡Todos sois unos inmundos ladrones! —sus ojos echaban chispas y golpeaba el mesón sin ningún miramiento.

Cárdenas le miró con sus ojillos agudos, fijos, duros como de pez; Andrade agachó la cabeza; tenía un aspecto terrible; había empuñado las manos y parecía como si ya no más fuese a lanzarse

sobre él. Cárdenas se atemorizó visiblemente y se le movía la mandíbula como si masticase su miedo, presa de extrema cobardía.

—Quién iba a pensarlo que te enrabiarías —comentó en voz baja y temblorosa, ensayando una sonrisa.

—Es vergonzoso; el juego está a la vista; me roban los chilenos; me roba el Gobierno; me roba la madre que le echó a usted al mundo… ¿Qué me queda si no defenderme? ¿Acaso espera usted que de mi boca salgan flores para adornar tamaña inmundicia?

El viejo le miró un buen rato, sorprendido más y más, y, aunque permanecía inmóvil y aparentaba calma, Andrade veía temblarle los labios y las barbas; veía su cara sin sangre, sus ojos que se le apagaban como dos chispas al fondo de su frente. El viejo estaba muerto de miedo.

—¡Vamos! ¡Vamos! Entra en razón, amigo Andrade —articuló con dificultad—. ¿Por qué hemos de disputar? ¡Estaba bueno!

—Cállese usted por todos los demonios —un secreto instinto empujaba a Andrade a amenazarle, como si sintiese un deleite singular, viéndole tiritar como una hoja—, ¿a qué provocarme? ¿Cómo es que no le rompo a usted el alma ahora mismo? — Andrade se acercó al viejo, al parecer, dispuesto a sacudirlo…

Entonces Cárdenas fue hasta un rincón; esto no era un pretexto de huida solamente; una idea feliz acababa de cruzar por su cabeza. Luego volvió a su sitio, patojeando. Una sonrisa misteriosa jugaba entre sus labios. Traía el libraco de sus cuentas y comenzó a voltear las páginas con fastidiosa lentitud.

—Tú me adeudas, según está escriturado en estos papeles — comenzó a decir—, diez mil pesos; luego trabajamos juntos; ganamos algo —y se golpeó el pecho con un gesto que otras veces hacia reír a Andrade—, pero ¿es que me has devuelto aquel dinero? ¿Y los réditos? ¿No has salido además fiador de tu suegro? ¿Y no están hipotecadas tus tierras y tus casas? Las ganancias por el lado tuyo han cancelado los réditos, en parte, solamente —recalcó—; sí, señor —alzó la cabeza para echarle una mirada—; ¡Je… Je!… — ahora se acariciaba las barbas—; las ganancias mías —prosiguió, en tono más alto y con segura voz— están ahí: en el muelle, en las goletas; el aserradero aún se debe; en dinero todo esto, ¿qué es, si no una friolera? ¿Qué te has creído, amigo? ¡Vamos! ¡Vamos! ¿Qué me dirás ahora?

El viejo dejó de hablar, esperando el efecto de su maniobra; apretó los labios e hizo un gesto con el brazo como para indicarle que respondiese. Él sabía también ser enérgico.

La cara de Antonio Andrade se congestionó; temblaba de pies a cabeza, y de un salto se le fue encima y comenzó a golpearle.

Los hombres que se habían agrupado frente a la puerta intervinieron.

—La verdad es esta —explicaba don Remigio, apenas estuvo libre y con alientos—; las ganancias están invertidas; no faltaba más; *sin deso* Andrade me adeuda los diez mil pesos primeros, más los intereses, naturalmente, más los intereses… Ahora el Gobierno me ordena abandonar el trabajo en las Guaitecas, y que todo pasa a poder de la Sociedad Explotadora… Digan Uds.: ¿no harías, tú amigo, lo mismo que yo?… ¿Y el otro? Está claro: todos haríamos lo mismo; nadie va a ponerse contra la autoridad.

—Ya veremos… Ya veremos… —amenazaba Antonio, quien iba en medio de dos amigos que le sujetaban fuertemente y le aconsejaban cordura, pero él forcejeaba por desasirse y volver a castigar la desvergüenza del viejo prestamista.

Luego vinieron los descalabros. Un convoy de tres goletas fue arrastrado por el temporal hasta el sur de la Isla de Huafo, perdiéndose la tripulación y un cargamento de veinte mil viguetas de ciprés. Las actividades de las ventas se paralizaron; hubo que desahuciar contratos ventajosos; en suma, el fracaso era completo.

Don Remigio habló con algunos directores de la Sociedad Explotadora que aparecieron por el pueblo; estos ofrecían por las bodegas, el muelle, las instalaciones de Melinka, una miseria. Por ahora no les interesaba explotar el ciprés de aquellas Islas: quizás más tarde podrían decidirse a hacerlo.

Lo supo Antonio Andrade y se opuso tenazmente a subastar nada. Anduvo a Castro, donde el Juez de Letras —Urruztarrazu no era ajeno a sus decisiones—, a iniciar una querella contra Cárdenas, mas como entre él y el viejo no existían papeles ni estipulaciones legales sobre el negocio del ciprés, su demanda no pasó más allá de un primer trámite.

—¡Puah! Nadie vive de bravezas; a ver si me le rompes el alma al viejo de una vez por todas —le dijo una tarde Álvaro Gómez.

—Debieras negarle la cuenta; que no se crea el viejo que eres un

bobo, amigo —agregó Martín Díaz.

—No lo haré eso que dicen, amigos; con el tiempo me rescataré; lo han de ver un día. Yo soy un hombre a las derechas… Lo pasado, pasado está; lo traigo pensado. Entonces ha de verse quién es Antonio Andrade.

Ignacia animaba a su marido; a ella le agradaría abandonar el pueblo; se irían a Quilán; ella se resignaba a todo.

—¡Velo! —le decía—; bien puedes empezar de nuevo.

—Tienes razón, mujer, que no deja de ser lindo; bien se puede empezar otra vez.

—¿Por qué no vivir en el campo? Las ganancias son escasas; esto es cierto, pero son ganancias seguras; luego puedes vender las cosechas en Chile, como lo hizo Bruno Álvarez, y además no se arriesga gran cosa…

—¡Calla! ¡Calla! Qué sabes tú, hija… Yo no le he hurtado nunca el hombro al trabajo; vas a verlo; no has de creer que vaya a quedarme con las manos cruzadas frente a la desgracia. Hay que emprender un nuevo negocio; tal vez ahora sí tenga suerte…

—Con lo que nos queda se puede vivir, Antonio; solo habrá que pensar en los réditos…

Entonces intervenía la Juana.

—Antes debieran pensar en el hijo, señora —repetía y con un alegre gesto señalaba el vientre de Ignacia.

Andrade guardaba silencio, pero, a todas luces, las intervenciones de la Juana le llenaban de gozo, pues sonreía a su mujer y toda diferencia se iba al olvido.

10.- La hora de la vaciante

Por aquel tiempo nació Lorenzo. Fue la Juana Chacón quien porfió para que el hijo de Andrade llevase el nombre de su abuelo.

—Para que se congracien con la memoria de su padre, señor; van ustedes a verlo: el niño les traerán la buena suerte…

Lo que no le pareció de buen augurio a la sirvienta fue que su amo le diese por padrinos a su abuelo Enérico y a su tía Adelaida; ella hubiese escogido a gente de más calidad.

—El padrino son un holgazán, y además borracho, y no poseen más que trampas; y doña Adelaida… ¡Hum! Esa anduvieron templada de mi amo; quién no lo sabe; y qué enredos van a verse; si lo andan ya diciendo por el pueblo; no son cosas mías solamente, doña Ignacia…

—Calla, mujer, que no es menester el andar con mentiras — respondíale Ignacia, quien continuaba postrada de resultas del parto.

La Juana veía, pues, con malos ojos la presencia de Enérico y Adelaida, quienes empezaron a frecuentar la casa de Huitauque; el viejo vivía ahí a sus anchas; Adelaida cuidaba de su hermana; la Juana, del niño.

Antonio Andrade, abandonando sus preocupaciones, permanecía todo el tiempo entre los suyos; consideraba ahora reposadamente que su vida había alcanzado un límite; de ahí en adelante iría por un camino nuevo; esto era verdad, porque su hijo estaba aquí para prolongar sus días, y él le dejará el porvenir abierto; trabajará para Lorenzo; a su turno le entregará la herencia que él recibió de su padre, limpia y acrecentada; esta era su ley.

Pero la desgracia parecía perseguirle sin tregua. Su mujer empeoraba; él fue a Castro en busca del médico; este diagnosticó fiebres. De nada sirvieron las medicinas y los cuidados. Ignacia estaba peor cada día.

Enérico no se movía de Huitauque; por las noches, al canto del fogón, sollozaba medio borracho, y con la Juana se enredaban en

largas consideraciones, supersticiosos como eran.

—Que es un mal tirado… un *cachín*…

—¿Y no sospechan, de nadies…, don?…

—¡Jesús! ¿De quién quieres que sospeche, mujer?

—Es un mal tirado, caballero; jadea y jadea la enferma cual si tuviese un sapo dentro del pecho… El viejo Cárdenas la han flechado; por esto, don… —Y la buena mujer hacía en el aire la señal de la cruz. Y hablaba por lo bajo—: lo he visto con estos ojos: doña Ignacia amanecieron el mismo día de las fiebres con cinco sajaduras en el espinazo. Cinco uñas como los cristianos tiene la pata de la lagartija, don. El brujo ha entrado a esta casa; y el brujo son don Remigio; quién otro se atrevieran a hacerles mal a don Antonio…

—Díselo a Andrade; ¿vas a creer que me pienso lo mismo? —respondía el viejo con voz misteriosa.

—Hombre que yo fuese, señor, andaría a Quicaví por la *Revisoria*; en la cueva de los brujos se halla el remedio para el mal de mi patrona.

Enérico permanecía caviloso y terminaba por decir:

—Pues, que vaya Antonio…

—Mas mi amo no irán; no lo creen así… Son poco cristiano don Antonio, señor —luego le decía como en un ruego—: anden usted a Quicaví, don; ahora mismo; no dilaten. Doña Ignacia me lo han manifestado, caballero; yo voy a encargarme de juntar las compañas; la habilitación saldrá de esta casa.

Enérico Vera resolvió salir para Quicaví a consultar el *chayanco*; le acompañaron tres hombres y, siguiendo la costumbre, partieron a medianoche, sin que nadie en el pueblo se enterase del viaje.

Andrade no se apartaba del lecho de la enferma; comprendía que su muerte era inevitable, y desesperaba, abatido, amortiguado por el dolor.

Cuando don Braulio Macías, el señor párroco, vino hasta Huitauque, Andrade no quería recibirle. «¿Se piensa que no he sabido que él tiene también su parte en mis descalabros?». A ruegos de la Juana le hizo entrar.

Don Braulio entró como una tromba, hablando a gritos, gesticulando, como en tierra conquistada; llevaba en las manos un crucifijo.

—Arrepiéntete, pecadora —exclamaba—; mira que vas a llegar a la presencia de Dios; aquí te traigo la salvación y la vida eterna.

Antonio Andrade le interrumpió bruscamente:

—Ignacia está muy mala, ¿sabe usted? Le ordeno que usted guarde silencio; lo mejor será irse —agregó, levantando el tono—; perdone usted, señor cura, ella no puede oírle, le hace daño, se lo ruego. —Estas últimas palabras las dijo conmovido, temblando.

—¡Nada! ¡Nada! Esto es un castigo del cielo, amigo Andrade; tú has estado ciego y sordo a la gracia divina; sí, ciego y sordo… ¿Has oído? —y le echó una mirada de ira; volteó la cara y avanzó hasta el lecho, colocó el crucifijo sobre el pecho de Ignacia y soltó a rezar con su gangosa voz de cuervo para ayudarla a bien morir.

A no ser por las circunstancias, a Andrade le hubiese parecido risible la actitud de don Braulio; el señor párroco era un hombre bajito y rechoncho; su voz hacía gorgoritos en el aire y sus ojos giraban suspendidos en el techo.

Ignacia, sin movimiento, exhalaba débiles gemidos.

Antonio Andrade, cruzado de brazos, apretaba los labios para detener el chorro de injurias que rompían ya su garganta. Finalmente se allegó a don Braulio; le fue ya imposible dominarse y, asiéndole por los hombros, le sacó en vilo hasta la puerta.

—Lo hago por ella, por mi mujer; ¿lo entiende usted? Déjeme tranquilo; ¿que no comprende usted que se muere? ¡Adiós!

La puerta se cerró bruscamente. Antonio regresó al lado de Ignacia.

—¿Me dejarás sin reconciliarme con Dios? —balbuceó con su apagada voz de moribunda.

La Juana agregó sollozando:

—No harán como los gentiles, mi amo; consientan, caballero…

Pero Antonio Andrade lloraba con el rostro oculto entre las manos.

La Juana fue a asomarse al mirador; oteaba hacia las islas; reconocía la chalupa de Enérico. La lluvia caía tupida y gruesa; el viento soplaba con furia, levantando los ruidos para llevarlos de puerta en puerta; ahí azotaba los postigos, se colaba al zaguán; más allá silbaba entre las tablas de las cercas; sacudía sordamente los ramajes. Era la hora de la vaciante; su rumor hueco subía prolongado y lejano. Sobre las oscuras aguas, la pequeña

embarcación de Enérico Vera se distinguía apenas como un madero que derivaba hacia la playa.

—¿No vuelve aún mi padre? —suspiró Ignacia.

—Ya vienen, mi ama; no desesperen; ahorita llegan…

Mas, temblando de manera extraña, hablaba para sí la buena mujer:

—¡La hora de la vaciante!… ¡Dios mío!… Se mueren… Van a morir… ¡Virgen Santa!

Antonio Andrade torció el cuello hacia la sirvienta, sobresaltado, y corrió a la ventana.

La Juana, movida por un secreto impulso, fue a agazaparse a los pies de la imagen de la Candelaria, y rezaba la oración de los moribundos, en espera del milagro:

Santa patrona,
bendita seas;
ruega por el alma del cristiano
en la hora de la baja marea…

De súbito, el grito ronco de una voladora cayó como ama piedra sobre la casa. La Juana se estremeció de espanto y se puso de pie con el rostro descompuesto, los ojos preñados de llanto.

—¡El *Duam* viene volando!… ¡El *Duam* viene volando!… ¡Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo!… Amén.

Andrade estaba ya junto al lecho. Ignacia era presa de los estertores; él se mordía los puños y un nudo de sollozos le ahogaba el pecho. Su mujer agonizaba con los ojos abiertos, fijos en la ventana cuyos vidrios golpeaba la *voladora* con las alas abiertas. La sirvienta rompió a llorar a gritos; agitaba los brazos espantada; cayó sobre las tablas.

Antonio Andrade tocó el rostro de Ignacia y estaba sin aliento, sudoroso, desencajado.

En su cuna, el pequeño Lorenzo sonreía y estiraba los brazos hacia la ventana; la presencia de aquel pájaro grotesco debió causarle espanto, porque de improviso volteó la cara hacia el lecho de su madre, como para denunciar su miedo, y soltó a llorar desconsoladamente.

11.- Barco en derrota

Antonio Andrade vivió amargas horas de desesperación. Andaba como extraviado; iba y venía por la casa; no recibía a sus amigos, y permaneció durante algún tiempo sin salir de Huitauque.

La Juana le vigilaba, temerosa de una nueva desgracia; bien podía el amo, pensaba, acabar consigo mismo.

—Bueno es dolerse por los difuntos, señor; mas antes deben pensar en el niño —le decía—. Luego que usted descuidan la salud; no está bueno, don; no está bueno… —añadía cariñosamente, meneando la cabeza.

El silencio de Antonio Andrade le daba ánimos y, mostrándole al pequeño Lorenzo, que reía en sus brazos:

—No se apensionen, mi amo; miren que Dios les ha dejado un consuelo en la criatura de su hijo; por él y usted velan en el cielo doña Ignacia —terminaba, sin que ella misma pudiese ya contener los sollozos.

Andrade se apartaba ceñudo, terco, sin responder; la sirvienta le veía alejarse; movía la cabeza en señal de compasión y refunfuñaba:

—El patrón terminarán por perder el seso…

Antonio Andrade no se apartaba de sus cavilaciones ni rompía el silencio. Se veía como sumergido en un mar de sombras, buceando la luz, rastreando una ruta.

¡Reconstruir su vida! Esto le habían aconsejado sus amigos. ¡Hay que mostrarse hombre ante la desgracia! ¿Qué querían decirle? Más dignos de lástima eran ellos, pensaba con rabia, como si le ofendiesen en su orgullo las condolencias, los consejos recibidos a raíz de su desgracia.

Su vida no era más que un desecho en el cual se extraviaban sus rastros y se borraban como las huellas en la arena. No parecía sino que un demonio le hubiese marcado la frente con el signo del fracaso. Nada le quedaba de sus afanes, de sus luchas; efímeros triunfos, satisfacciones desvanecidas de pronto y continuas zozobras, derrotas sin cuento, miserias. Así había vivido.

Todo lo ha llevado, esto sí, con orgullo. Hasta entonces no se había quejado de nada. Con firmeza, porfiadamente resistió siempre los mayores descalabros. Su carácter, su genio batallador, su energía le alzaban sobre los desatinos de su vida. Pero ahora su desgracia le conducía a un último límite, y él estaba agotado. Bien lo comprendía que esto era verdad.

La quiebra de sus negocios había sido ya un duro golpe y a este se le ayuntaban la muerte de su mujer, la orfandad de Lorenzo. ¿Qué hacer? Nada se ganaba con maldiciones, con gestos y rabias. Un desaliento que no había conocido antes, le sujetaba el ánimo. ¿Qué hacer? ¿Qué nuevo camino podría explorar?

El dolor por la muerte de Ignacla no era, sin embargo, con todo lo profundo que era, tan fuerte como la desesperación que le consumía, viéndose incapaz, débil, atajado, solo ante el destino, acosado y vencido por los acontecimientos.

No hallaba otro refugio para su desaliento que la soledad; pero aun ahí sentíase perseguido; a él acudían desde su pasado más lejano los recuerdos, como sombras hostiles, y le cargaban el pecho, le acorralaban, le aplastaban en lo oscuro. Hundido en tales meditaciones veía desfilar los días de su infancia; ni siquiera había conocido a su madre. ¿Qué secreto poder resolvía el destino de los hombres? Su hijo, a quien escuchaba llorar por las noches, habrá de seguir, seguramente, detrás de sus pasos por un camino igual; se ha de fugar un día de la isla; recorrerá el mundo como él; batallará contra los obstáculos y, ¡ay!, retornará a su vez. Esta es la ley.

La Juana se acercaba a distraerle y le participaba de las novedades del pueblo.

—Don Remigio, han hablado de ayudarles a usted, don… Su suegro trajeron la noticia…

—¡Al diablo con el viejo!…

Enérico y Adelaida vinieron a pedirle el niño; eran sus padrinos y tenían el deber de criarle. El abuelo había andado en entendimientos con don Remigio Cárdenas; este se aconsejó con el señor párroco.

—Lo primero —habíale dicho don Braulio— ha de ser criar al niño cristianamente… Luego ha de verse lo otro…

Lo otro eran los deseos que discretamente le expresara don Remigio.

—Deje usted que pase el tiempo; no ha de faltar la ocasión —respondía el señor cura—; porque, mire usted, el hombre no ha de resignarse a la soledad, y ya comprenderá la necesidad de casarse con Adelaida…; el niño no va a criarse huérfano de madre…; descuide usted, don Remigio.

—Dice usted bien, señor párroco; con todo, he tomado mis prevenciones; el viejo Enérico ha de ayudarme… ¡Je!… ¡Je! —la cara de Cárdenas se alumbraba, y terminaba sobándose las manos de gusto—; y luego que con casarle con Adelaida hacemos una buena obra; nadie ha de pensar que esto tenga algo que ver con la deuda de Enérico, con el crédito de Andrade, con aquello y lo otro… —reía el viejo, accionando frente a don Braulio.

Pero Antonio Andrade empezó por no atender a los ruegos de los padrinos; Lorenzo crecería al lado suyo y de la Juana; esta era su madre.

Algún tiempo después, Andrade había cambiado de opinión. Si a su suegro le convenía, vendrían a vivir con Adelaida en la casa de Huitauque; lo hacía por Lorenzo; el niño necesitaba de algo más que los cuidados de la Juana. Enérico se le hizo el remolón; su yerno le había ofendido rechazándole sus servicios y él no se merecía humillaciones. Finalmente Andrade debió suplicarle para que se dignase aceptar la hospitalidad que le ofrecía.

—Antonio Andrade ha caído lindamente en la trampa —comadreaban en la taberna. El niño pasará a mejor vida…

—Esta es la verdad, amigos, que no deja de ser una cosa triste; el niño pasará a mejor vida; así me lo dijeron en la *Cueva*; y con él, el padre, amigos. —Y luego Enérico se levantaba, borracho ya, para decir—: El mismo hombre que ***ha flechado*** a tu hija, le matará la cría, le matará al marido…

—¡*Jueto*!

—Qué cosas dices, viejo…

—Lo vi con estos ojos…; con mis propios ojos lo vi, amigos; la candela se movía de aquí para allá sobre el agua del *chayanco*, y de abajo subían las burbujas… ¡Uh!, y rebrillaba aquello como escamas de perlas… ¡Uh! Y más abajo, al fondo, un espejo grande como un mar y por ahí se miraba… Y… luego se vio todo; y salió aquello que he dicho… —explicaba Enérico con gestos llenos de misterio que infundían respetuoso silencio a los circunstantes. Lo vi en el

chayanco; lo vi, amigos, por esto… —y besaba la cruz en su puño.

Recobrado de su supersticioso estupor, uno le interrogaba:

—¿Y lo has dicho así a Andrade?

—Quién se entiende con él… No cree en el *Arte*, ¿saben? «¡Patrañas!… —dice—, ¡embusteros!»… El pobre está mal del ánimo, sabrán…; mas, para mí, Antonio está embrujado… —y el viejo borracho reía con maliciosa risa, y se llevaba el dedo a la frente—. Allá él —concluía.

Andrade era un hombre abrumado, deshecho; sus amigos le miraban compasivamente; algunos aconsejábanle que casara con Adelaida; era lo que se conversaba en todas partes; además, era la costumbre, o, como decía doña Asunta Oyarzún, solo esto era lo decente.

—Mire usted que aquella mujer vive en su misma casa; y ya se oyen las murmuraciones —salió a decirle a don Antonio apenas le vio en el pueblo—; y usted ha de casarse con ella; ahí no más está lo de Cárcamo que casó con Dolores, hermana de su primera mujer; lo de Loayza, el subdelegado, y otros más; siempre se ha hecho así entre nosotros; ¡ah!, mi amigo Andrade —agregó con picardía—, los hombres están echándole el ojo a la hermana mayor, y si quedan viudos, apetecen la mediana… Es la costumbre —terminó doña Asunta, haciéndole un guiño, y sin darle ocasión a que su amigo respondiese, se alejó con ligereza tal como le había salido al encuentro.

Aquello hizo sonreír a Andrade; ni siquiera podía pensar seriamente en tales cosas.

Estaba derrotado para siempre, acechado por los desastres que empujaban su vida, no sabía a dónde, como un barco en derrota.

12.- La «María Baudelia»

El cielo es una red cuajada de peces sombríos.
Aquí vienen a dar todos los vientos, todos.
Se desviste la lluvia.
Pasan huyendo los pájaros.
El viento. El viento.
Pablo Neruda, 20 poemas de amor y una canción desesperada.

En el embarcadero yacía varada la vieja goleta de Antonio Andrade; apenas se distinguían bajo la popa, las gruesas letras de su nombre: *María Baudelia*.

Antonio Andrade se detenía a veces a contemplarla; se acercaba hasta el casco; trepaba por los cabos para asomarse a la cubierta, y salían volando las gaviotas. Ahí le parecía escuchar ahogadas voces, ruidos que se colaban; por las rendijas, pasos perdidos que se deslizaban por el fondo.

Se restablecía la paz; la marea levantaba blandamente la quilla; la sombra de los mástiles temblaba desvelada y terca sobre las aguas; bajaba el silencio. Las gaviotas revolaban fugitivas sobre las vergas que les hacían reverencias, llamándolas a su compañía. O venía el viento y entraba en tumulto, remecía el casco y abría la puerta de su cámara como una mano apresurada; el flujo de las aguas golpeaba el timón, y arriba, la caña volteaba pausadamente como movida por el brazo de un piloto fantasma. La *María Baudelia* cabeceaba, se tumbaba de estribor, porfiaba por libertarse, prisionera de las amarras que la sustentaban al muelle.

Antonio Andrade permanecía sobre la cubierta durante largos momentos. La cubierta de la *María Baudelia* era como un negro espejo en el cual aparecían y desaparecían, vacilantes, sus recuerdos. Ninguna esperanza le quedaba ya, y, sin embargo, le parecía estar esperando algo.

Tal vez por esto era que gustaba acercarse, día a día, por el embarcadero; reanudaba así sus visitas a la taberna. Urruztarrazu le observaba con secreta complacencia. «El hombre recobra sus

ánimos, sacude la pesadumbre de su derrota», pensaba. Mas, ni el uno ni el otro se explicaban qué era aquello que los aproximaba.

Un día el vasco, entre otras cosas, le dijo:

—¿Por qué echarse a morir? ¡Váyase al diablo! Abra usted los ojos, amigo; ¿a qué ese aire taciturno? ¡Vaya! No parece sino que el cielo se le ha caído encima… ¿Por qué no arreglar sus asuntos familiares? Se lo dice un hombre de experiencia, y no ha de tomar a mal este consejo. Escuche usted. Lo primero ha de ser casarse… —Urruztarrazu sonrió, al tiempo que le golpeaba los hombros—; la criatura de su hijo no ha de quedarse mañana mirando las estrellas —agregó, cambiando de tono—. ¿No lo ha pensado aún? Vea; mañana entrega usted el alma, y…, ¿piensa en la suerte que le aguarda a su hijo? ¿Quién le defenderá de las garras de Cárdenas? ¿O es que ha resuelto usted, entregar al viejo su casa, sus tierras, todo, en pago de su deuda? ¿Qué piensa usted hacer? Pues lo primero ha de ser casarse; sí, amigo; arregle aquello del niño; entréguele a él cuanto a usted le parezca; con documento, ¿sabe? ¡Oh! Todo puede hacerse legalmente, señor; la criatura queda al amparo de la ley y de la madrastra… Y, luego, al trabajo…, que ahora sí habrá tiempo para pensar en el rescate de su crédito, y no ha de faltar por ahí a qué meterle el hombro… No ha de decirme que todo cuanto le he dicho es bobería… Piénselo usted; sea razonable…

¡Estaba bueno! Estas eran exactamente las preocupaciones que le agitaban, y Andrade se apresuró a replicarle.

—Sí, amigo; ya haré como usted ha dicho; lo estoy pensando, señor; es lo justo. Y en cuanto a rescatarme…

Al otro lado del Istmo de Ofqui, hacia las cordilleras, el ciprés aparecía manchando el verde claro de las selvas; él irá allá; lejos de las concesiones de la Sociedad Explotadora; y ha de verse cómo triunfará en su porfía.

Urruztarrazu se sentía dichoso; he ahí cómo Andrade volvía a ser el hombre de antes; así quería verlo. Andrade se exaltaba.

—Mas, ¿cómo hacerlo? Me hace falta el dinero; ahí está el escollo; estoy con los brazos atados, y luego Lorenzo, y la deuda… y los mil diablos… Es verdad que aún poseo el casco de la *María Baudelia*, mas sin dinero, ¿de qué podrá servirme?…

Pero ahí estaba también Urruztarrazu; se lo dijo de golpe:

—Yo tengo unos dineros, ¿sabe usted?; ganancias del negocio; bien me alcanzan para volver a la patria; y, sépalo usted, con tal fin los he guardado; pero yo le digo a usted que ya no abandonaré la Isla; mis hijas están crecidas; ¿dónde como aquí podré atender a sus necesidades? Además, espero que ella ha de volver… Francisca…; ¿me entiende usted?; quince años han pasado, y estoy solo… ahora; no se crea que solamente la vida le ha aporreado a usted amigo… —el vasco se emocionaba. Está resuelto; no he de volver a la patria… aquí he de seguir solo…

Andrade paseó los ojos por la sala; el Oso no estaba en parte alguna.

—Pues, no lo sabía —dijo con débil voz Andrade—, movido por un sentimiento de solidaridad fue a abrazarle.

Recobrándose, el vasco agregó:

—Disponga usted de unos dos mil pesos; ¡vamos! En mí tiene usted un verdadero amigo; ya se verá cómo nos entenderemos…

Antonio Andrade parecía otro hombre. Cárdenas y el señor párroco eran los más asombrados. Don Braulio no esperaba que Andrade se resolviese así no más a contraer matrimonio, y blasonaba entre sus relaciones:

—El hijo pródigo ha regresado al seno de la iglesia; la oveja descarriada vuelve al rebaño —y otras cosas por estilo.

Cárdenas no disimulaba su contento; la deudas de Enérico Vera quedaban aseguradas definitivamente.

La decisión de Antonio Andrade produjo en Adelaida gran extrañeza; acostumbrada a ver en él al marido de su hermana, comprendía que era solo el cariño a Lorenzo lo que movía a su cuñado a tomarla como esposa. Otras mujeres de su tiempo estaban casadas, y parecían felices; por cierto que ella misma anhelaba casarse, mas no había pensado en Antonio, contra quien, en el fondo de su pecho, se movía el rencor que la martirizara en aquel tiempo en que ella fue su prometida; Andrade la había abandonado entonces por Ignacia, y Adelaida sufrió tal vergüenza con simulada resignación. Ahora Adelaida andaba en coqueteos con Álvaro Gómez, aunque sospechaba que este no tenía miras de casarla.

Sería el despecho, o tal vez renaciese en ella el amor, lo cierto fue que Adelaida consintió en el matrimonio.

La Juana estaba perpleja. ¡Qué barbaridad! —decía. ¿Qué falta

puede hacer una madre a Lorenzo, estando ella para criarle? Así anduvo mal humorada, y hasta se atrevió a advertir a Andrade que ella no deseaba ya permanecer en Huitauque. Pero aquello no pasó de ser una amenaza.

Enérico Vera llevó cierta vez a Huitauque un recado de don Remigio Cárdenas. No se trataba ahora de exigirle a Andrade el rescate de los réditos. Tenía gracia; Cárdenas quería burlarse de él, seguramente; pero él no le daría ocasión para ello.

Un día fue hasta su tienda. El viejo no manifestó encono alguno. Antonio Andrade le pidió el estado de su cuenta.

—Según los papeles, son diez mil pesos; los intereses…, ¡bueno!, los intereses podrás pagarlos en lo venidero…; me ha afligido tanto tu desgracia —siguió dictándole—, y ahora tienes la oportunidad de un nuevo crédito…; no digo que este vaya a ser en grande; no, amigo; si lo convenimos, puedo entregarte hasta unos mil pesos; ¡vamos!; con esto puedes trabajar.

Se comprendía que el viejo usurero hablaba ocultando algún propósito; mas Andrade se le hizo el indiferente.

—¡Gracias!; tal vez más tarde… no lo preciso por ahora…

El viejo le miró extrañado, y se quedó pensativo.

—¡Vaya! ¡Vaya! ¿Qué piensas, pues, hacer, hombre?… —preguntó, sonriéndole amablemente.

—¿No lo sabe usted todavía?… Saldré a San Quintín, al sur de Taitao; ahí está mi fortuna —hablaba dándose un aire importante —; y esta vez, amigo mío, no me fiaré de nadie; de nadie; ¿lo oye usted?; yo solo correré con los riesgos; también cancelaré mis trampas.

El viejo se quedó abismado; la noticia le tomaba de sorpresa, y apenas pudo contener un grito. Ahora sí que le creyó puesto fuera de juicio. ¿Qué clase de hombre era este?

Andrade equipó la goleta apenas Aristeo Guzmán terminó las reparaciones; varios fueron los hombres que se ofrecieron para acompañarle; él escogió a seis; estos bastaban; ya se vería más tarde.

Los días seguían iguales, con sus lluvias, sus cerros de nubes y los fuertes vientos; estaban hechas las prevenciones; Andrade deseaba partir cuanto antes, pero surgían los inconvenientes. El tiempo no tenía visos de cambiar; sus gentes empezaban a aburrirse

y hablaban por lo bajo, murmuraciones que llegaron a las orejas de Andrade.

Ordenó entonces el zarpe de la goleta. Era una tarde de junio. El cielo se despejaba por instantes; el viento soplaba tibio y revuelto; las nieblas velaban las distancias.

El pueblo entero concurrió a la marina para ver partir a Antonio Andrade, que, animoso, gritaba sus órdenes, y la vieja *María Baudelia*, impulsada por el fuerte viento, ganó prestamente la salida del canal.

De pronto, el cielo, al norte, se ennegreció; los relámpagos fulguraron entre las nubes; se oyó el distante retumbo de los truenos, y se desencadenó el temporal, revolviendo las aguas de la bahía.

Las olas arrojaron los botes a la playa; las balandra de la carga cortaron sus amarras y fueron a golpearse contra las casas de la marina. En poco tiempo la tormenta se extendió por todo el cielo de la Isla.

Desde el alto de Huicha, en el cementerio, los muchachos hicieron señales para indicar que la goleta de Andrade regresaba al puerto. Los vecinos corrieron a la playa.

Rayando las casas, a todo trapo, la *María Baudelia* torció la punta de Ichoac y cruzó el estero empujada por el huracán, a tres cuadras escasas del muelle. Ensayó después la bordada, navegando de bolina, para acercarse a su apostadero, sin conseguirlo.

Desde la playa se podía contemplar esa tarde la silueta de Antonio Andrade, de pie junto a la caña del timón, y sus gritos alcanzaban a oírse entre el fragor del viento y de las olas. El temporal iba en aumento.

—¡Sí que es temeridad!… —decían unos.

—Debiera rumbear hacia Quinched…

—Siquiera pudiese mantenerse hasta la noche; pueda que el viento amaine…

—El viento no amaina ya —sentenció Morruco—; salir al golfo le conviene…

—Eso mismo…

—Buenas se las juega ahora don Antonio…

Y otras exclamaciones semejantes salían de las bocas de los vecinos que seguían aterrados las desesperadas maniobras de la

goleta frente a Chonchi.

Andrade ordenaba bandear las velas para intentar la vuelta y acortar la distancia; la marea les era favorable, pero el viento, a la ronza, los arrastraba aún más lejos.

Toda la tarde permanecieron los vecinos junto al mar, bajo la lluvia que se descargaba horrible; calados de frío; nada podían hacer desde la tierra. La idea de acercarse en la balsa que se zangoloteaba amarrada a los pilotes de la taberna, llevando la espiga del remolque, fue rechazada como una locura. Algunos corrían a lo largo de la playa, y, en su impotencia para ahogar sus temores, movían los brazos como semáforos, haciendo absurdas señales a la tripulación.

El cielo se cerró lentamente y vino la noche; entonces encendieron algunas fogatas bajo improvisados cobertizos y se mantuvieron a la expectativa.

La noche fue lluviosa y áspera; el viento subía y bajaba por los cerros como un piño de bestias perseguidas; bramaba entre los peñascos, se revolvía enloquecido sobre el mar, a la siga de la embarcación, acosándola incansablemente.

Desde la cubierta, Antonio Andrade veía moverse las fogatas en el embarcadero, y una secreta esperanza hinchaba su pecho. Entregó la caña del timón a uno de sus hombres, y a saltos de gato iba de aquí para allá, o paseaba lentamente, agarrándose a la borda. Crujían los maderos de la María Baudelia, inútiles ya los esfuerzos por mantenerla en su rumbo, con peligro de ir a estrellarse contra los farallones de Cululil; las olas lavaban la cubierta; volteaban la goleta de babor a estribor, de popa a proa, con bruscas sacudidas; el mar trepaba a veces por las paredes de la noche hasta confundirse con la lobreguez de las nubes; se levantaban desde la Isla sombras enormes que el viento rasgaba al pasar.

Antonio Andrade maldecía a grandes gritos; rompió a patadas el portalón del cubichete; hundió su linterna entre la niebla, descubriendo los gruesos hilos del aguacero; se echó abrumado y terrible sobre su jergón en la pequeña cámara, pero un sentimiento de lealtad para con sus compañeros le llevó de nuevo al borde de la escotilla. Su cabeza de poblada cabellera se agitaba avanzando en dirección al cerro de Huitauque, allá donde una luz parpadeaba, prendida al mirador de su casa.

Sus hombres se movían sobre la cubierta como sombras zarandeadas por los golpes del viento; siempre se oía el mismo ulular, el mismo rugido sin fin de la tormenta. La luz de la farola suspendida en el mastelero oscilaba violentamente.

Andrade se mordía los labios, apretaba los puños, cargado el pecho de pesadumbre. Toda su vida caía de bruces a sus pies; él se precipitaba hacia el abismo; era su destino; su ley; sentía que un frío espeso avanzaba sus duras aguas y circundaba su alma.

La voz de Alvarado desde el timón, le hizo dar un salto.

—¡Rocas a estriboor! ¡Patróon, manden arriaaar el boteee!…

Abajo el mar zangoloteaba con brusquedad la quilla, apretando sus cuadernas como una prensa, haciendo crujir los mástiles, arrastrando la goleta hacia los peñascos.

Su voz pareció amatar el ruido del viento, romper la espesa bruma.

—¡Listooos!… ¡Preparar los cabooos!…

Lo ha intentado todo para evitar el naufragio, mas aún hace un postrer esfuerzo. Corre hacia proa, y, cogiendo la cadena del ancla, con todas sus fuerzas comienza a arrastrarla, jadeante. Luego, tres, cuatro, seis hombres silenciosos le acompañan en la dura maniobra. El ruido de los fierros se apaga entre el viento como las llamas.

Sobre sus cabezas retumba el espantoso golpe del trinquete que, tronchado en su base, cae al mar.

—¡Esto se acabóo!… ¡El que pueda se salvaa! ¡Listooos! Arriaar.

La *María Baudelia*, sin trapos, a golpes de viento y marea, en medio de la noche, se estrella contra los farallones de Cululil, lejos de toda esperanza.

13.- Ya puede descansar en paz

Al asomar las primeras luces del alba, corren los hombres al embarcadero. Los muchachos, desde Huicha, otean hacia Lemuy. Sobre la rugosidad del mar no se distingue más que la flor de las olas, moviéndose en un ritmo violento.

En Cululil se ve el casco de la vieja *María Baudelia* que resiste aún el golpe de las ráfagas, solitaria, inmóvil ya entre las rocas. Trozos de mástiles, cordeles, restos del pequeño bote, derivan en la vaciante.

Don Remigio Cárdenas en persona ha venido a intentar algo; aquí está entre todos, con su chaquetón de cuero y sus altas botas, haciendo señales con los brazos, dando órdenes a los cuatro hombres que desatracan la balsa de su apostadero. Ahora estos van sobre las olas para desaparecer en un abismo y surgir nuevamente. Todas las miradas están clavadas en ellos que acompasadamente mueven el pesado remo de la cingla.

La Juana ha venido también; trae la cabeza cubierta con un manto de hilados que le baja hasta las cejas; no ha dormido; en sus ojos enlutados tiembla una expresión vidriosa y amarga; perdido el control de sus ideas avanza con el grupo que sigue por la playa el rumbo de la balsa.

Adelaida, en Huitauque, se asoma al mirador; siente llorar a Lorenzo y corre a su lado; le llama: su hijo, su pequeño; le aprieta a su pecho; le parece escuchar la voz de Antonio Andrade y se queda suspendida, medrosa.

Han vuelto los hombres de la balsa. Nada dicen; nadie pregunta nada. Tendido sobre los maderos, Antonio Andrade parece dormir; a su lado viene el cuerpo hinchado y tieso de un marinero.

Enérico Vera rompe a llorar grotescamente; está borracho como un asno; los demás contemplan los cadáveres y se descubren; la Juana se abalanza y gimotea; luego se destoca y cubre con su manto el rostro de su amo; le baña de lágrimas las manos; chilla como una loca.

Alguien ha traído un trozo de lona y en él conducen los cadáveres hacia el pueblo.

Don Remigio Cárdenas se adelanta con su andar patojo y solemne; tropieza con sus hombres y les ordena vigilar el casco de la goleta y, sobre todo, dice, alzando la voz:

—¡Buscad los náufragos!

En silencio se han deshecho los grupos. La taberna de Urruztarrazu se llena de pescadores y marineros; la gente de calidad se ha ido a Huitauque.

Morruco explica cómo él vio esta noche las luces de *El Caleuche*.

—¡Uh! Que no parecía sino que el diablo lo empujara…

—¡Jesús!

—Sí, amigos, y luego pasó bordeando los peñascos…

—¡Uh!

—Los otros hombres no aparecerán jamás… Se los llevó el *barcoiche*, amigos… Se los llevó el *barcoiche*…

—¡*Jueto*!

—¡Lindos chilotes!

—¡Tan vivos estaban ayer! ¡Valme!…

—Más ahora no es lo mismo…

—Qué patrón nos hemos perdido… Coraje no les faltaron nunca. ¡Uh!

—Bueno, sí eran. Y hombre muy bravo, amigos…

—Unos para los otros… ¿Qué hacerle a la muerte, amigos? Esta es la ley…

Morruco baja la voz, revolviendo entre los dientes el trozo de tabaco, y con misterio suelta estas palabras:

—El viejo Cárdenas tuvieron alumbrado su cuarto anoche, amigos, hasta la amanecida… Me lo ha dicho Ñancul… Dilo, hombre, dilo…

—¡Lo vi! Ciertísimo —asiente el indio—; eran luces pequeñitas, lo mismo que las candelas…

—¡*Catay*!

—Y hoy les hemos visto entre las gentes, arrogante y comedido; ya puede descansar en paz…

—¿Quién podría decirlo eso que dices?… Ahí en Huitauque les han quedado una cría a don Antonio, ¿saben?

—¡Ajá!

—¿Y a este, no le ha de tirar la sangre de los Andrade?… ¿Qué? ¿No sabemos acaso que don Remigio Cárdenas le han empujado a este destino?…

—Así es, amigos…

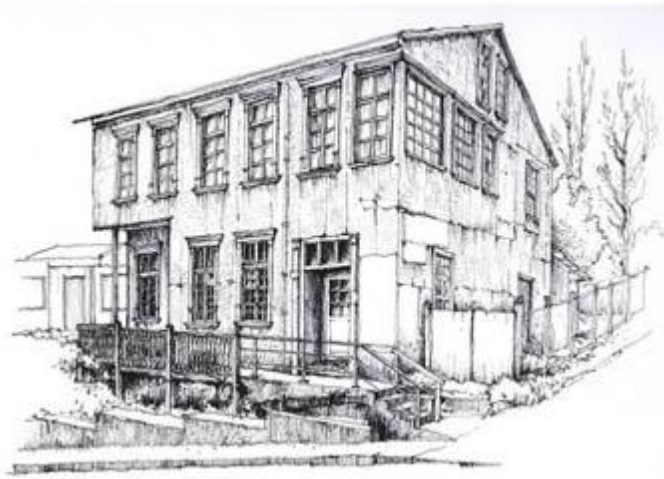
Los hombres se miran los rostros; luego beben en silencio; chupan el áspero cigarrillo; permanecen inmóviles, taciturnos, pensando en el mar, en la muerte, en el destino.

Afuera la lluvia golpea incansable y fría; solamente los muchachos merodean por la playa; algunos han estado porfiando por echar un bote a las olas, pero el mar los rechaza sin esfuerzo, con leves sacudidas.

Han regresado por la tarde, desilusionados y vencidos.

Y la noche se cierne sobre el pueblo como un horrible telón que chorrea agua, que aplasta contra el mar y la Isla la oscuridad del cielo.

Libro Segundo
El Rescate de la Deuda



1.- La Oreja del Lobo

El verano tocaba su fin. Iban por los caminos las carretas cargadas de pasto, o conduciendo los sacos de papas y trigo, los aperos de la labranza. Los campesinos aseguraban sus cosechas en los *campanarios*; los indios regresaban a sus bosques, llevando en sus bestias de tiro, los bastimentos para el invierno. La bahía se atestaba de embarcaciones, goletas, bergantines, grandes chalupas, vaporcitos de Aysén o de Llanquihue; era la vuelta de los cazadores de lobos y *chungungos*, la vuelta de los esquiladores y pescadores. Los comerciantes se mostraban jubilosos. Aquí era el desquitarse de los anticipos o prevenciones entregados a las familias de los viajeros; aquí el vender o trocar la mercadería; se asomaban también los negociantes chilenos que recogían el oro y la plata de los indios, los billetes argentinos de los esquiladores, los cueros, los productos, a cambio de aguardiente y mezquinos billetes de la república. La taberna de Urruztarrazu era un jolgorio de la mañana a la noche.

El pueblo se animaba de golpe; la gente parecía tener un apresurado afán de diversiones; no escaseaban los motivos; hierras, carreras de caballos, festividades religiosas.

Luego vendrá el tiempo de la *maja*, vendrán los días de campo con sus *curantos* y asados de cordero; está cercana la fiesta de Cucao, que es la última, y volverá el invierno, pues, en la Isla, el otoño es imperceptible.

Fue por esta época cuando don Remigio Cárdenas se decidió a ir a casa de Adelaida Vera, en Huitauque; él escogía la ocasión más oportuna. La casa de Antonio Andrade está de duelo, se había dicho; bueno era asomarse por allí. Por otra parte, Enérico le tenía informado: aquello es una soledad; Adelaida no sabe qué hacer; la pobre no tiene una amiga siquiera que vaya por ahí a distraerla; día a día aumentan los sinsabores y estrecheces.

Cárdenas subió una tarde hasta la casa de Huitauque. La Juana le introdujo a la sala.

—Sienten, don —le dijo, mostrándole el estrado, y le echaba feas miradas de recelo; luego salió rezongando para advertir a su patrona.

Adelaida Vera arrugó el ceño, extrañada. «Qué motivo puede traerle por acá», pensaba; recordó entonces que el viejo no había estado a cumplir con la visita de pésame; «ha de ser esto», se dijo, apercibiéndose. La Juana la contemplaba acicalarse, y le habló por lo bajo, con desprecio:

—¡Puah! Vean cómo este hombre han de venir a hurgar entre nosotras; ¿qué se han creído? —luego, exaltándose, exclamó en voz más alta—: ¡Hum! ¡Si vivieran don Antonio!…

Adelaida volvió la cara bruscamente; estaba con los codos en alto, ajustándose la toca; una mirada de viva ternura iluminaba su semblante.

—Calla, mujer —exclamó—; ¿a qué hablar de esa manera? —y salió al pasadizo.

Don Remigio Cárdenas estaba muellemente apoltronado y no alzó la cabeza sino en el instante mismo en que Adelaida se detuvo frente a su sitio. Se puso entonces de pie y saludó sonriendo, ceremonioso y cordial. Los ojillos del viejo se posaron largo rato sobre el rostro de ella; Adelaida no atinaba a hablar. Ocupó un asiento cercano, y nerviosamente estuvo moviendo las manos sobre la falda. El viejo podía contemplarla a sus anchas.

El amplio vestido negro, la ajustada blusa de crespón, la toca de velo realzaban la blancura de su semblante, de su seno, de sus manos. Ella se mordía los labios, la cabeza gacha, sin hallar cómo iniciar una charla. Su actitud resultaba graciosa para don Remigio, y por esto tal vez sonreía y meneaba la cabeza de arriba abajo.

—No todo ha de ser preocupaciones y duelos —rompió a hablar, haciéndose el distraído; y agregó—: yo hubiese deseado venir antes… Va usted a creérmelo, Adelaida… ¡Je!… ¡Je!…

El viejo sonrió con misterio como si su sonrisa fuese la expresión de aquello que había dejado sin decir. Adelaida levantó los ojos.

—Se agradece, señor —respondió ágilmente—; no debiera usted haberse tomado la molestia. Hablaba con verdadera naturalidad, y, así, el embarazo que la confundió en el primer momento se transformaba ahora en desenfado. Como Cárdenas guardaba silencio, se apresuró a decir: —mi padre ya me lo ha manifestado

cuánto ha hecho usted por nosotros, y se lo agradecemos de veras; mire usted que pasamos por tantas aflicciones —concluyó graciosamente.

Cárdenas la escuchaba con regocijada perplejidad; se rascaba suavemente las barbas, asintiendo entre risueño y serio.

—El viejo Enérico está muy mal traído —balbuceó—. Ahora está en Quilán, ha de saberlo; no faltará después en qué meterle a trabajar; descuide usted.

Enérico Vera realmente vivía sin mayores preocupaciones, borracho como era su costumbre. Don Remigio habíale puesto en Quilán, en este mismo tiempo, para que vigilase las cosechas en las tierras que fueran de don Antonio Andrade, y maldita la ganancia que le reportaba a Cárdenas el tenerle al cuidado de aquellos trabajos. Adelaida sabía todo esto, mas se abstuvo de hacer un comentario; las palabras del viejo la avergonzaban.

—Los rendimientos han sido escasos —siguió diciendo Cárdenas, como si el recuerdo de Andrade le obligase a hablar de estos asuntos—. No hay en la Isla un solo agricultor que no se traiga estas quejas; de papas y trigo, una mezquindad; ¡Uh! Y vaya uno a saber lo que será de los animales; el pasto, ralo y pobre, *tripulado* de arvejilla y cizaña, y para qué hablar de la manzana…; el viento no ha dejado una fruta en los árboles…

El viejo estaba locuaz; ella le escuchaba sin comprender mucho; solía encogerse de hombros o movía la cabeza de un lado al otro en son de comedimiento o compasión, o abría los ojos extrañada, al oírle decir que él estaba dispuesto a no cobrar por ahora la recolección de Huicha; ni siquiera retiraría de Quilán las crías de ovejas que en buena ley le correspondían en pago de los réditos de su difunto esposo; Cárdenas hablaba comedidamente. ¡Oh! A él le agradaba ser gentil; ya vendrá el día en que Enérico y ella logren saldar sus cuentas.

La Juana apareció entre ellos; la seguía Lorenzo.

—La merienda está lista ya, doña Adelaida —dijo en alta voz, y tornó a la cocina.

Don Remigio llamaba a Lorenzo; le cargó en sus rodillas y le puso ante los ojos su gran reloj de oro. El muchacho le contemplaba con asombro, sin atreverse a hablar; después se debatía por desasirse; el viejo le hizo algunos arrumacos, pero el pequeño se

asustó de su voz de cuervo y rompió a llorar.

—¡Vamos!, niño; ¡qué zonzo eres! —regañó Adelaida, y, alzándose, le cogió entre sus brazos—. ¡Vamos!

Lorenzo berreaba sin contenerse; agitaba sus manos, sacudía las piernas, aturdiendo la casa.

—¡Hum! ¡Arisco como vitelo sin madre! —Cárdenas romanceó el refrán con un tonillo de picardía y se acercó a acariciarle, pero el muchacho seguía con sus gritos.

La Juana acudió apresurada; un gesto de hostilidad fulguraba en sus pequeños ojos; cogió a Lorenzo y, sin decir palabra, abandonó la sala.

El viejo arrugó las cejas.

—No está bueno que el niño se acostumbre mal —dijo, con un tono de reconvención mal disimulada, y le brillaron como chispas los ojos—. ¡Je!… ¡Je!… ¡Je!…

—Ha de quedarse a la merienda —acertó a decir Adelaida—, y perdonará…; haga usted la merced de aceptar el convite; tiene usted su casa… —terminó sonriendo.

—Gracias… ¡Je!… ¡Je!… —el viejo estaba ya de pie. Luego cogió su gorra—; ¡gracias! —repitió—, gracias; para otra ocasión, Adelaida… —concluyó haciendo un ademán de despedida. Adelaida le acompañaba hasta la puerta.

Cárdenas volvió por Huitauque repetidas veces y estaba enviando día a día una redoma de leche para Lorenzo.

La Juana sospechaba más y más de estos ires y venires, y, sin decirle nada a Adelaida del paso que pensaba dar, fue a entrevistarse con el viejo. Le habló de las cosechas en las tierras de su amo, y que don Remigio ya había asegurado en sus bodegas. Ella venía a reclamar esas cosechas; no era tolerable que el hombre viniese usufructuando de las propiedades del finado; las cosas iban a cambiar; esas tierras, las siembras, el ganado, pertenecían a Lorenzo Andrade, a nadie más; estas fueron sus palabras.

Cárdenas no perdió los estribos. Afable, cariñoso, accedía, sin comprometerse; enviaría la cosecha a Huitauque; no faltaba sino que fuesen a creer que él era un miserable; además, no pasaba de sesenta *chiguas* de papas y algo menos de trigo lo recolectado; el año había sido malo; él ni siquiera cobraría los costes; esto quedaba de su cuenta.

—Para este año —le dijo la Juana sin titubeos—, pondremos inquilino allá en Quilán, y nos encargaremos de las siembras.

Con esto sí que no contaba don Remigio, y no supo qué responder, limitándose a agitar las manos y sonreír; la despidió con golpecitos en el hombro, rezongando que las cosas marcharían en mejor forma de ahí en adelante.

2.- La Sombra de Antonio Andrade

Enérico Vera se las arreglaba siempre de tal modo que el aguardiente y la comilona corrían a su encuentro. Había dado ya en la fea costumbre de beber a costillas de los demás. El exiguo crédito con que le favorecía Urruztarrazu, a fuerza de súplicas extendido hasta mucho más allá de lo razonable, estaba copado y, habiéndose negado don Remigio Cárdenas a ayudarle con dineros, el pobre borracho tenía perdida toda esperanza de rescatarse en la taberna. Pero los amigos parecían generosos, aunque maldicientes, y Vera sabía gratificarlos cumplidamente en pago de una y otra cosa.

—¿Qué nombre podría cuadrarle mejor que el de Tragaborras? —rezongaba uno de los de la comparsa que tarde a tarde se daban cita allí para jugar a los naipes.

—¿Tragaborras? ¿Tragaborras?… ¡Quiá! ¿Qué se han figurado? Yo bebo *uva* y solo *uva*, de la mejor, ¿saben? ¡Jua!… ¡Jua!…

Era Enérico Vera, que entraba en aquel mismo momento y soltaba el trapo a reír.

—¡Y han de verlo! ¡Eh! Traed aquí una botella de aguardiente para beberla con los amigos —gritaba en medio de la sala, haciendo bocina con las manos, como si estuviese dando órdenes desde el puente de un barco.

Todos reían, exceptuando a Urruztarrazu, quien refunfuñaba:

—¡Nada! ¡Nada! Por la Virgen que este hombre va para perdido. ¡Se ha de ver! ¡Se ha de ver!…

—Lo que se ha de ver es la botella de *uva*… —cortaba Enérico con énfasis—; ¿qué? ¿No hace usted fe en un caballero? —Y adoptaba al unísono una actitud distinguida, paseando de arriba abajo con los pulgares en las axilas, la cabeza alta, el paso mesurado, hasta ponerse frente al vasco, a quien interrogaba con un gracioso e inesperado enarcamiento de cejas; luego, él en persona cogía la botella, e, imitando el atormentado andar del buen tabernero, se acercaba a sus amigos y servía las copas, al tiempo que tarareaba:

Dice don José
que mi rayado,
bien me lo sé,
ya está copado…

Entonces reían todos, y el propio don José tomaba parte en la algazara, y bebía «una copa por la salud de Vera, a quien deseo una larga vida…».

—… para pagar así sus trampas —concluía heroicamente el aludido.

Y esta era la vida de Enérico. Adelaida apenas si le veía llegar por Huitauque.

—Su padre se han entregado al vicio —comentaba la Juana.

Con frecuencia, Vera sostenía altercados con don Remigio Cárdenas. Este le reprendía con aspereza o no le recibía. Bastante había hecho habilitándole año por año, y ni siquiera trabajaba; ¿a qué pensar en el pago de los réditos? Sin embargo, a Cárdenas no le parecía mal que se entrampase tanto como quisiese él mismo. Le había puesto en Quilán; ¡trabajo perdido! Vera apareció muy pronto de vuelta por el pueblo; le había perdonado la entrega de la cosecha de Huicha; no podía ya hacer más. Y aquí era el regañar del viejo; Enérico aguantaba el malhumor de don Remigio; empezaba por callarse para concluir riendo con alegre desvergüenza en las mismas barbas del prestamista, y suplicaba entonces una nueva trampa; la última; renunciaría a rescatarse de la hipoteca de su casa. Cárdenas demostraba condolerse y le adelantaba algo de provisiones y aguardiente, cuyo avalúo inscribía en el grueso libro de sus cuentas.

Un día don Remigio le retuvo para exponerle sus pretensiones; tal vez él mismo no desease hacerlo así tan de improviso; pero fue que las cosas se arreglaban de tal manera, que no podía despreciarse la ocasión que se le presentaba. Cárdenas esperaba que su hombre fuese razonable y accediera.

—Me parece que tu hija Adelaida no ha de oponerse; además, el plazo del duelo va para su término, ¿y qué tendrá que ella se case apenas deje el luto? He aquí lo que he pensado; Adelaida no ha de pasarse el resto de su vida sin hombre; esto es lo cierto; y no te creas que yo eluda confesarle a ella misma este propósito. No, amigo; sin embargo, quiero dejar el asunto en tus manos. Yo deberé casarme con Adelaida… —concluyó, mirándole fríamente.

Vera no esperaba otra cosa para sentirse satisfecho. Ya lo sospechaba él; y luego que todo terminará con felicidad. Sobre todo que Cárdenas no iba a quedarse en simples promesas; bien se le conocía que su deseo era sincero, y por lo que tocaba a Adelaida, ¿qué mejor suerte podía caberle?

Enérico, que era calculador, estiró de ahí en adelante sus exigencias. No en balde don Remigio, así se lo decía a él con exagerada familiaridad, pronto pasaría a ser su hijo político.

Pero Cárdenas sonreía, pues en el fondo de su cabeza movíase un pensamiento tan ruin como el de Enérico; ya sabría desprenderse del viejo borracho.

Vera subió una tarde hasta Huitauque. Venía arrastrando una borrachera de seis días; se tambaleaba al andar; su figura era repugnante; el pelo, revuelto, le caía en mechones sobre los ojos; el traje, desbaratado; las botas, estropeadas. Daba lástima.

Adelaida, habituada a sus borracheras y berrinches, hacía poco caso de su padre, mas en esta ocasión no pudo menos que alarmarse; dejó el sitio que ocupaba junto al brasero y fue a su encuentro. Lorenzo apareció en ese mismo instante en el umbral, y, al ver la figura de su abuelo, se puso a llorar; Enérico lloraba también y hacía visajes como un loco.

—¡Uh! ¡Nieto lindo!… ¡Uh! Yo soy un viejo borracho… ¡Hip!… ¡Hip!… Eso es lo que me digo siempre; ¿a qué te emborrachas, viejo feo?… ¡Hip! Y no tengo dónde arrimarme… ¡Uh! Como un perro, amigo, ni un rincón donde echarme; esto es… —hipaba como un condenado y se restregaba los bigotazos de foca con el revés de la mano.

El muchacho seguía con su llanto.

—Vamos, padre, pareces enfermo; ahora mismo te irás a dormir —se lo dijo con temor y en tono de ruego.

—¡Nada! ¡Nada! ¡Hip! ¡Hip! Es que me traigo una borrachera como una carga de leña, mujer…

—Pero te has de sentar…; esto sí; ¡vamos!

El pobre borracho, que no podía ya con su cuerpo, se tumbó pesadamente sobre el estrado.

Lorenzo cesó de llorar y desapareció por la casa. En su sitio, Enérico rezongaba, tartamudeando a causa del hipo, y movía los ojos de una manera extraña.

—Las mujeres deben casarse… ¡Sí!… —dijo, haciendo ruido con los dientes y estirando el brazo en un gesto desolado—. Y luego que Dios lo manda… No pensarás quedarte viuda hasta la muerte… ¿Eh? —y soltó a reír con risa torpe y cascada—. ¿Lo estás oyendo, hija? ¿Eh?

—Calla, padre; debes dormir —Adelaida se acercó al estrado; Enérico se alzó un tanto para tomarla de un brazo.

—Qué enojada te has puesto, mi pequeña niña…

Vera inclinó el pecho sobre la cabeza de su hija y la acariciaba con los bigotes; se enterneció y medio que sollozaba, diciendo:

—Tú debes casarte, hija; tu viejo se va a morir mañana o después; ¿qué será de ti entonces? Te casarás, Adelaida, te casarás…

Pero si no hay en el pueblo un solo hombre que la pretenda seriamente; es verdad que Álvaro Gómez la mira y ella coquetea; además, es viuda y pobre, y su padre es un borracho y viven casi de caridad en casa ajena; y nada poseen; todo está empeñado…; Adelaida ha pensado en todo esto.

Enérico, entre hipos y sollozos, proseguía:

—Te has de casar, hija; y te casarás con un hombre rico, con un caballero principal…

—Ya se verá, padre. ¡Vamos! Déjame.

—Con don Remigio Cárdenas te vas a casar…

Enérico soltó estas palabras sin poder aguantarse ya.

La Juana entraba en ese mismo momento.

—¡Bueno! ¡Bueno!… Vayan a su cuja, don, y déjense de disfarear —habló con voz agria…

—¿Has oído, Juana? Mi padre dice que he de casarme —dijo Adelaida sonriendo.

—¡Sí!… ¡Sí!… —el viejo se incorporó para decir a gritos, aturdiendo a las mujeres—; mi amigo Remigio Cárdenas, el rico, te ha pedido en casamiento; yo he dicho ¡bueno! y así se hará… Conque… ya lo sabes. ¿Eh?

—Te has vuelto loco —ella quiso agregar algo más y solo atinó a reír con risa burlona y nerviosa. Al cabo de un rato agregó—: ¡Velo! ¡Viejo *fiura*! —y rió ahora a carcajadas.

La Juana estuvo contemplando a Vera de alto abajo. El viejo mascullaba algo que ella no alcanzó a comprender; su mirada reflejaba ira y temblaba de pies a cabeza. De súbito se abalanzó

sobre Adelaida, quien seguía riendo, y quiso castigarla, excitado y fuera de sí.

La Juana se interpuso entre ambos, y embrazando al viejo por la cintura, le fue empujando hasta su cuarto. Enérico, que no podía ya de fatiga y de sueño, al cabo de algunos instantes dormía a grandes resoplidos.

La Juana sostuvo que «don Enérico dicen la verdad»; Adelaida, que «todo esto no es más que un desvarío de mi padre».

—¿Y usted qué saben? Don Remigio Cárdenas, señora, quieren llevárselo todo, y se casarán con usted doña Adelaida.

Las dos mujeres platicaban animadamente. Adelaida no podía explicarse cómo don Remigio pudiese desear casarse con ella, y a las palabras de la sirvienta respondía con burlas, picada en su amor propio. Mas, luego se calló para oír de labios de la Juana algunos asuntos que no debía ella ignorar. Que «don Antonio Andrade no rescataron su crédito»; que «Lorenzo y usted son sus herederos»; que «todo está hipotecado». Y «el viejo Cárdenas son mañoso y se traen sus proyectos».

—¡Bah! Si hasta lo dicen ya en el pueblo.

—¡*Catay*! Viejo brujo… ¡Velo!

—He sido yo, mi señora Adelaida, quien se lo ha dicho en su mesma cara, que las cosechas de Quilán son de Lorenzo… ¿Qué? ¿No lo sabían, doña? Ya lo están oyendo… El viejo *pichicato* se lo quieren todo para él.

Adelaida empezaba a entender.

—Así sucedieron las cosas, mi doña Adelaida.

—¿Y el viejo Cárdenas, dices, se va a quedar con todo?

—Y ¿qué han sido de su padre de usted, doña? ¿Dónde están sus tierras, sus bestias? Luego, ¿no han perdido ya la casa? Aquí les tienen; borracho… ¡Uf!; fundido para el trabajo… Dios me lo tengan perdonado; pero su padre de usted les habrán vendido o trocado a usted también, doña Adelaida.

Luego agregó en voz baja, haciendo un gesto de inteligencia con los ojos:

—Pero usted no se han de casar con don Remigio… ¿Verdad, señora? —concluyó suspirando.

Adelaida permanecía verdaderamente amedrentada; daba vueltas y vueltas a sus ideas; ¡qué locura! Se representaba a don

Remigio llevándola del brazo por el pueblo. ¡Ah! Ella sabrá responderle como se merece. No faltaba más. Cómo iban a burlarse de ella las mujeres. Esto no; no ha de casarse otra vez en su vida; es pobre y huérfana; y los años van pasando; a qué pensar en nadie; pero el recuerdo de Antonio Andrade inundó su pecho de improviso y se estremeció; la vida había echado contra ella tan gran desgracia; veía como algo cercano ahí dentro de la sala la alta figura del finado que la miraba con ojos severos y tristes; Adelaida, enternecida, sollozaba en silencio.

—Si usted se casa —le dijo fieramente la Juana—, las desgracias no mermarán ya sobre la familia. ¿No lo pasan bien aquí entre nosotros? Don Antonio Andrade la trajeron aquí como la señora de Huitauque para darle una madre a Lorenzo. No; no; no han de casarse con ese hombre —movía la cabeza de un lado al otro y se puso a lagrimear—. Eso no pueden hacerlo, doña; aquel hombre hicieron morir a don Antonio; no han de hacerlo por su memoria del finado.

Ambas sentían saltar dentro del pecho el recuerdo de Antonio Andrade, y permanecían sin moverse, calladas, una frente a la otra. La tarde se entraba a la sala ensombreciendo las cosas; a través de los vidrios se veía caer una lluvia menuda y fría. Llegaban desde los cerros los gritos de los peones, los bramidos de las bestias en los *campanarios*. El viento del mar azotaba los tingles, y el rumor de las olas en el pretil se escuchaba sordamente.

Las dos mujeres seguían inmóviles y silenciosas, al acecho, como si escuchasen un secreto ruido de pisadas que se acercaban con extraño ritmo. Tuvieron miedo y se estrecharon en la sombra.

Lorenzo estaba ya junto a ellas.

3.- Los Consejos de Doña Asunta

Doña Asunta Oyarzún era tía abuela de Adelaida. Viuda dos veces, había continuado al frente de los negocios de don Ciriaco Vargas, su segundo marido. No le nacieron hijos, y vivía teniendo por compañera a una india del interior que era tan vieja si no más que su ama. Muy derecha y compuesta, terca, un tanto varonil, pequeña, de ojos vivarachos, doña Asunta a su edad conservaba una salud y agilidad propias de una mujer joven. Ella vigilaba sus cierros y su agricultura; iba por todas partes; llevaba en la uña la cuenta de sus animales; y, si por desgracia los indios le robaban una oveja, ella caía en encontrar al ladrón, y se hacía entonces justicia por sí misma.

Su casa era algo así como el centro de la vida social chonchina. Conservaba viejos recuerdos, joyas, monedas, vestiduras y vajillas de plata, y unas enormes peinetas de carey, todo lo cual solía mostrarlo a sus amistades. Uno de sus abuelos, el capitán Felipe Ruiz, había peleado contra el ejército chileno en Pudeto y Bellavista, bajo las órdenes del brigadier don Antonio Quintanilla, de quien era también un poco parienta. Doña Asunta se ufanaba de ello cada vez que se ofrecía hablar de sus títulos de tierras. Estos títulos estaban signados con la rúbrica del brigadier español y llevaban el real sello de S. M. don Fernando.

En bautizos, bodas, velorios o festividades de alguna importancia, doña Asunta era una figura magnífica; alegre o solemne según conviniese al caso, se movía entre todos, aconsejando aquí, censurando allá, revolviendo los ánimos, dicharachera y oportuna siempre. Para hablar movía la mano derecha, levantando en alto el dedo índice como hacía la maestra; y hablaba con un afectado acento de gran señora, a chillidos, cual si lamentase cada vez una desgracia irreparable. No todos en el pueblo la miraban con buenos ojos; corrían cien comentarios más o menos aviesos o burlescos, aunque nadie hubiese podido señalar en ella mancha alguna.

Adelaida Vera había recurrido a doña Asunta.

—Veamos, hija; tu padre nada tiene, es un pobretón, y borracho por añadidura; y has de saberlo, la hacienda de tu padre se la ha atrapado el hombre que ahora va a ser tu marido; esta es la verdad, y ustedes viven del crédito de Cárdenas…; y dándole una cómica entonación a su plática, golpeándole el hombro, hizo un melancólico gesto para añadir: —¿Qué ha sido de lo de Antonio Andrade? Remigio Cárdenas es un hombre sin entrañas; y no ha de bastarle recoger la deuda solamente… Qué desgracia, hija. Qué desgracia la tuya…

Adelaida escuchaba en silencio.

—Enérico Vera no alcanzará ya a ser lo que fue, y tú no vas a quedarte viuda toda la vida —decía la señora con compungidas voces—; ni te irás a pasar los años pagando y pagando los réditos de tu difunto marido… Y luego que en cierta manera rescatarás el patrimonio de Lorenzo, porque esto sí: Lorenzo Andrade es el dueño de todo…

La imaginación de Adelaida vagaba en torno de sus recuerdos. Qué desgracia; verdaderamente estaba sola en el mundo. ¿Qué sería de ella?

Doña Asunta, segura del efecto de sus palabras, repetía, moviendo su brazo, zalamera y jovial:

—Debes casarte con este hombre; ¿no asentarás el juicio alguna vez? ¿Todo ha de ser travesuras y coqueteos? ¿Qué? Te piensas que no he sabido lo de Álvaro Gómez, y que tú le pones unos ojos…; mira que has andado jugando con fuego. Yo no digo más de lo que sé. La edad va pasando, hija; lo que te digo… Las mujeres deben casarse, y si son viudas, mayor razón para hacerlo; el matrimonio es cosa santa. Hoy la suerte te depara otro marido, y este marido no es algo de rehusar; todo ha de llevarse con resignación, hija mía; yo tuve dos maridos… ¡Ji!… ¡Ji!…; y ya lo estás oyendo, no me quejo por ello, sino de no ¡haber hallado otro… ¡Ji!… ¡Ji!… —terminó riendo maliciosa, escondiendo los ojos en las manos.

Después se acercaba a Adelaida con pasos menuditos, casi hasta tocar con su cara de ardilla el rostro de la sobrina; la cogía de la barba en un arrumaco de fingido afecto, y luego levantaba el dedo para decir, afinando la voz:

—Una mujer casada es feliz; su marido es su compañero; ya has

tenido tiempo de saberlo; ella ha de servirle de madre, de hermana… —sonrió acariciando otra vez la barbilla de Adelaida—; si tú lo quieres, con Cárdenas serás como una hija…

A doña Asunta le hizo gracia esta ocurrencia y estuvo riendo un breve instante.

—A poco me dices que seré su nieta —dijo Adelaida, y soltó a reír como una chicuela.

—¿Asentarás el juicio, muchacha? Me temo que de esto resulte algo malo —cortó de súbito la señora, reportada ya—; sin embargo debes casarte con Cárdenas. ¿Qué más podrías desear? ¿A qué haces caso de repugnancias y pequeñeces? ¿Y Cárdenas no es un hombre acaso? ¡Vaya, vaya! De esta manera asegurarás tu hacienda, y recuperarás para Lorenzo lo que en ley le pertenece.

Adelaida miraba a su tía con profunda extrañeza; solamente ahora entendía que doña Asunta hablaba seriamente, y las razones que venía escuchándole causaban en su ánimo secretas resistencias; y aquello de preguntarse si Cárdenas era un hombre. ¡Huy! ¡Qué fastidio! Como si ella no supiese que era un viejo… ¿A dónde iba la señora?

La señora Asunta pareció entenderlo, porque se apresuró a seguir con aire conciliador y afectuoso.

—El marido es lo que su mujer quiere que sea, pues el cariño es semejante a una soga, ni más ni menos —dijo, y, presentándole el porongo del mate, e instándola a servirse, se inclinó sobre el brasero a remover el fuego y se arrellanó luego en su cómodo sillón.

Doña Asunta no perdía el hilo de su pensamiento. Miraba a su sobrina de soslayo, y continuó:

—Ni más ni menos: una soga; tiras tú para acá, para acá viene el hombre; hala tú para allá, para allá te sigue el marido; quieres salvarle de una desgracia, le salvas; ¿apeteces enredarle? ¡Oh! También se puede, y cuidado con ello, pues entonces se rompe la reata y una no sabría ya dónde vivir; el hombre, los hijos, la casa, todo queda tirado, y tú pasas a ser la burla de todo el mundo. Sí, hija mía; el marido es lo que una quiere que sea. ¡Oh! Y luego que una mujer que ya ha tenido marido no va a pasarse el tiempo como una casta Susana, y vienen las habladurías y su nombre anda en la boca de todos, y lo hagas o no lo hagas, eso que se dice por allí, lo cierto es que te dirán *arrecha*… Otra cosa que decirte: ¿dónde

hallar un hombre que prefiera la viuda a la soltera para el matrimonio?

Tía Asunta quedó satisfecha de su requisitoria y guardó silencio durante el tiempo en que cebaba su mate.

Adelaida habló de otras cosas; despidióse prontamente, y se fue resistiendo como una carga dentro del pecho; su tía se había mostrado tan confiada y había tal fuerza de razón en su consejo, que Adelaida sintió ligeros escrúpulos para negarse a aceptar las proposiciones de Cárdenas; deseaba estar tranquila, o alegrarse y reír; pero ahora ya le parecía que sobre su existencia venía cayendo un rodado de sombras, algo oscuro y espeso, y ella no podía huirlo.

«¿Qué sería de nosotros si él nos quitase su apoyo? En sus manos está el arrebatarnos cuanto te ha tocado de Antonio Andrade… ¡Vamos! Ahora es la ocasión, Adelaida… ¡Guay de ti si rehúsas!»; y el borracho echaba maldiciones y se tiraba los bigotes ante el mutismo de su hija. Adelaida seguía vacilante. Don Remigio Cárdenas vino hasta ella; un aire jovial, unas gentiles maneras le hacían parecer un hombre correcto, agradable, distinguido como el caballero que era para sí mismo. Adelaida, indiferente, aunque no desdeñosa, aceptaba sus obsequios; y alguna vez se estuvo algunas horas conversando con él, y hasta anduvieron juntos por el pueblo.

A las protestas de la Juana opuso el pretexto de Lorenzo; el niño a quien ella quería como un hijo, recuperaría su hacienda, ganaría un padre. Pero la sirvienta que consideraba astutamente las cosas, no pudo comprender nunca cuál era el destino que decía Adelaida que la obligaba a tomar a don Remigio por esposo, ni por qué debía Adelaida aceptarlo.

—Sí, doña Adelaida, todo le sale siempre bien al demonio…; no lo olviden —le dijo medio sollozando de coraje, derrotada, la tarde de las bodas.

El viejo Cárdenas obsequiaba a su novia el traje para la ceremonia, el grueso anillo de oro, y pasaba entre la gente con su aire de gran señor, como un hombre ante el cual se aclara el sendero, pues todos lo saben, él ha luchado para triunfar y su obra parece acabada.

4.- Saldrá como su Padre

La casa de Eulogio Álvarez se alzaba a dos cuadras escasas de la parroquia, a la subida de Huicha; era la única vivienda del contorno. Su pintoresca ubicación sorprendía de inmediato; parecía un refugio o posada para los viajeros que venían de Teupa o Terao, pues el camino terminaba ahí mismo, al subir la cuesta, y la calle lo continuaba, bajando torcida como un cuerno hasta la marina. Hacia arriba, un chaflán sostenía el cerco de la huerta, que era como un gran proscenio con sus álamos al fondo y unos pocos manzanos cual bellas decoraciones. La huerta tenía una portada ancha y se abría a la calle o camino. Dentro de ella había un alto cobertizo de los llamados campanarios, bajo el cual los viajeros dejaban sus cabalgaduras y avíos al entrar al pueblo. Al frente, sobre el pasto que crecía en abundancia, entre las matas de arrayanes, un arroyo movía su cola y caía sonando en la hondonada que dicen de las Vargas.

El corredor de la casa era ancho, cubierto por el alero, inclinado como un párpado; dos grandes ventanas se levantaban hasta la cornisa, orientadas al mar. Una gran puerta de toscos tablones de ciprés, partida horizontalmente en dos mitades, como es la costumbre, completaban la fisonomía de la casa en que vivía Eulogio Álvarez.

Al subir por cualquier extremo hasta la explanada o montículo, parecía como si ahí no más fuera uno a toparse con el empinado techo de color rojo; pero, a medida que se avanzaba, ocurría que la casa empezaba a alejarse lentamente, para destacarse de golpe en el borde de la loma, frente por frente del caminante, apenas este asomaba la cabeza en la cumbre.

Eulogio Álvarez estaba inmovilizado por la parálisis entre los duros brazos de una banqueta de ruedas. Álvarez tenía las piernas baldadas, endurecidas las rodillas, las espaldas encorvadas. El pelo, blanco ya, le caía revuelto hasta los hombros; la frente era espaciosa, tersa; la cara, grande; la nariz, afilada y prominente. Las

hebras de sus bigotes y de sus barbas eran de un color amarillo como de estopa. La firmeza de su fisonomía se suavizaba en su mirar apacible, fresco como agua de vidrio.

Su bondadosa presencia, su aspecto taciturno atraían de inmediato las simpatías de todos. Soportaba aquella invalidez desde su infancia, y a la sazón tenía algo más de cuarenta años.

En Chonchi era un hombre singularísimo. El pueblo entero recurría a Eulogio Álvarez en busca de consejos para sus dificultades; él consideraba atentamente las consultas; seguía el desarrollo de los sucesos; educaba con el ejemplo. En su sala de recibo había un estante repleto de libros, los únicos en el pueblo, y él los hacía leer a los más jóvenes, cumpliendo así con un apostolado que bien le agradecían los vecinos.

Ramón Pérez, un hombre silencioso y bonachón, el herrero, vivía a su lado; por este hecho Pérez había adquirido algo así como una aureola de virtud, y en muchas ocasiones era él quien atendía a los que llegaban por la casa de Álvarez a presentar sus quejas.

Eulogio Álvarez redactaba algunos artículos para el periódico de Ancud, en donde se le estimaba verdaderamente como un profundo conocedor del archipiélago. Los políticos o viajeros de importancia que se asomaban por aquí de tarde en tarde, era a él solo a quien veían.

Los amigos de Álvarez llegaban por su casa y salían llevándole en la silla de ruedas por las calles o caminos. Al verle pasar, chicos y grandes le saludaban con respeto; él respondía con la mano o hacía detenerse a su acompañante para echar un párrafo con Fulano o Zutano, o para imponerse de las novedades del pueblo.

Solamente con el señor párroco tenía sus dificultades, y esto parecía muy extraño, pues Eulogio Álvarez era un fervoroso católico y cumplía con la parroquia como nadie. Lo cierto era que Álvarez había criticado la vida poco edificante del señor cura Macías, y este le culpaba de ser el autor de unas coplas en las que se aludía a sus deslices con la mujer de Ramón Haro, de Vilupulli:

Dicen que el cura Macías
va a Vilupulli en las noches;
amarra el zaino en el quincho
y él se mete por el monte…

Álvarez, sin embargo, nada tenía que ver con tal asunto, y respetaba en don Braulio al cura de almas y acataba su mandato con humildad cristiana.

Lorenzo Andrade se sintió vivamente impresionado al contemplar de cerca al hombre que iba a ser su maestro, y no apartaba los ojos de la silla y le escuchaba como olvidado de sí mismo.

Eulogio le había hecho acercarse; le hablaba con sus bondadosas maneras, le acariciaba la cabeza, mientras oía las peticiones de la Juana Chacón, quien hablaba a chorros, alegre, porque Lorenzo Andrade iba a quedar en tan buenas manos.

—El niño quedará a mi cuidado; lo hago por la memoria de su padre; ya veremos lo que deberá hacerse para el estudio —terminó.

La Juana partió orgullosa, y se fue llenando la cabeza de ilusiones. Todo le estaba saliendo ahora mejor de lo que ella misma imaginaba.

Lorenzo Andrade poseía un caballito de los llamados chilotes, muy alazán, de hermosa estampa, graciosamente aviado. Montado en él atravesaba el pueblo todas las mañanas para regresar a Huitauque a la oración. Despertaba entre los vecinos delicadas simpatías; al verle pasar recordaban en él a Antonio Andrade, pues el muchacho tenía sus grandes ojos, sus facciones afinadas y enérgicas, su hermosa cabellera y su aire desenvuelto y marcial.

—Saldrá como su padre —decían los mayores—; el muchacho promete ser corajudo…

—Es mi hijo de crianza —alardeaba la Juana Chacón ante las comadres—. Hay que educarle, dicen doña Adelaida; llévale a la escuela, me dicen don Remigio; dicen también que no escatimarán el dinero para que Lorenzo sea un hombre lindo…; mas como yo mando con lo de él, le he puesto en casa de don Eulogio Álvarez…; este hombre sí han de saber ser su maestro…

Eulogio cultivaba el carácter del niño con admirable constancia; quería hacer de él un chilote a carta cabal. Gustaba animar su imaginación relatándole la historia del archipiélago, sus mitos, sus glorias. Escuchando de su maestro las bravas hazañas de los españoles que defendieron las tierras de Nueva Galicia contra los piratas holandeses, Lorenzo se dolía de no haber vivido en aquellos tiempos.

Antonio El Negro y *La Fidelidad*, la nave capitana de Cordes, eran nombres que hacían bailar la imaginación del muchacho. El viaje de Juan García que, en tres dalcas, partió en busca de la ciudad de los Césares, y la expedición de fray Menéndez, que estuvo a pique de quedarse para siempre entre los felices habitantes de aquella ciudad, y las cien aventuras emprendidas por bravos marineros chilotes por las remotas regiones de lo del César, provocaban en el ánimo de Lorenzo una profunda admiración. Aquello de: «Reinando don Carlos II, el Justo, el temeroso de Dios y devotísimo de su preciosa madre la Virgen María… Rey de las Españas en continuación de la antigua y nunca disputada posesión de estos mares, dominios y Reynos de Nueva Galicia…» —encabezamiento de un viejo pergamino que Álvarez conservaba—, le parecía cosa de cuentos.

Álvarez, que era amante de las tradiciones isleñas, le educaba en el respeto de las costumbres hispanas; las figuras de Femando VII y del brigadier Quintanilla decoraban las paredes de la sala. Poseía también un mapa del archipiélago, en el que Lorenzo huroneaba con ojos de ensueño; por aquel laberinto de canales e islas iba su dedo recorriendo las rutas, deteniéndose en los puntos que marcaban los mil refugios y puertos.

Por esta época, Ñancúpel, en las islas del sur, cometía toda clase de tropelías; asaltaba las goletas y mataba las tripulaciones; robaba, incendiaba los pequeños villorrios. La gente tejía alrededor de tan miserables hazañas, historias que ponían espanto a todo el mundo. Lorenzo Andrade hubiese querido ser un hombre para salir en la expedición que partió por entonces de Chonchi a reducir la banda que capitaneaba el feroz indio de las Guaitecas.

Álvarez corregía los arrebatos de genio, frecuentes en Lorenzo; eso sí que sin recurrir a regaños o a castigos. «El niño es semejante a los animales», solía decir; y agregaba: «bestia amansada a güipe, ni las pidas ni las envides…».

Lorenzo manifestó bastante afición por el estudio, y al cabo de poco tiempo podía leer con facilidad en los libros de Eulogio, y escribía pasablemente. Llegó a sentir cierto desprecio por sus amigos que andaban a la escuela con la maestra, y no pasaban aún la cartilla, ni podían sacar una cuenta. Él la sabía de memoria desde el A, E, I, O, U hasta «El baile de los enanos».

Fue entonces cuando Eulogio Álvarez aconsejó a don Remigio Cárdenas para que el muchacho pasase a la escuela, al curso de los mayores.

—Los estudios deben ser metódicos; allá aprenderá lo que yo no puedo enseñarle; además, el muchacho es ya crecido y conmigo terminará por aburrirse —le dijo.

La fama de que venía precedido despertó entre sus nuevos compañeros más envidia que admiración. Y como Lorenzo desconocía las costumbres escolares, anduvo cohibido, y ellos estaban todo el tiempo burlándose de su pavería; le acosaban en los recreos, le avergonzaban en la clase cuando respondía a la interrogación de la maestra.

Lorenzo hubiese deseado ser un ejemplo de alumno, como le había pedido Eulogio, pero sus propósitos cambiaron repentinamente. Uno de sus compañeros apareció una tarde con la nariz quebrada, y los otros debieron comprender desde entonces que Lorenzo no solo los superaba en las lecciones, sino que no iba a tolerar superioridades de ninguna especie.

Fue aquí en la escuela en donde nació su amistad con Liborio Bórquez, muchacho de unos quince años; este era vecino de Tara, para el lado de Cudehué; su familia, en otro tiempo principal y rica, le había enviado a la escuela de Chonchi en la esperanza de hacer de Liborio un mozo de provecho. Audaz, violento, alborotaba la escuela con sus gritos y pendencias; daba mucho trabajo a la maestra y malos ratos a sus padres. Hablaba mixturando siempre en la conversación palabras groseras que solamente hablaban los hombres; cualquier motivo le enfurruñaba el genio; no toleraba las burlas y se engrifaba por naderías.

Con Lorenzo sostuvo en los comienzos discusiones y riñas y, si en las primeras no siempre Lorenzo estaba puesto en razones, en las riñas sacaba cada vez la mejor ventaja. Después buscaba a Liborio con afectuoso respeto y le suplicaba hacer las paces. Pero Liborio era rencoroso y no desperdiciaba la oportunidad de afrentar a su amigo delante de los demás, y se complacía haciéndole burlas con las muchachas, a quienes decía que Lorenzo era un zonzo entero, y que nada sospechaba de los asuntos de las mujeres; porque, esto sí, la autoridad de Liborio sobre los rapaces descansaba en su bien adquirida fama de burlador. Aquí nadie, no digamos le igualaba,

pero siquiera era capaz de escribir una carta de amor como él sabía hacerlo. Estaba, además, impuesto de ciertas intimidades de las mozas hasta donde le había sido posible, y lo que no distinguía en su verdadera realidad, lo hacía visible su imaginación. Perdía las tardes enteras siguiendo las idas y vueltas de las mozas, a quienes había servido de secretario, y siempre tenía feas historias que contar; en todo caso estaba impuesto de algo más de lo que sabe el común de los muchachos.

Era un peligro para todos; los chicos caían en sus redes y él los explotaba de mil faciones; ya les hacía hurtar un caballo que luego él montaba alegremente, mientras su dueño maldecía en el pueblo; ya los aficionaba al juego o los iniciaba en feas prácticas sexuales.

Sobre sus aventuras con las muchachas se conocían detalles que no daban lugar a dudas.

Lorenzo le admiraba en secreto; le hubiese gustado ser como su amigo; él no se atrevía con ninguna, y por haber sorprendido a Liborio burlándose de él con la sobrina del señor párroco, le había zurrado la otra tarde delante de todos.

Estas rencillas eran pasajeras y juntos capitaneaban los desórdenes y algazaras, y empezaron así a darse a conocer en el pueblo.

5.- Los Rapaces de Chonchi

Salían al campo y se internaban por los bosques o iban hasta la orilla del río, entre los arrayanes y notros, buscando nidos de pájaros; recogían culebras y toda especie de bichos, que luego soltarían en la escuela para asustar a la maestra. Les gustaba pasar las tardes bajo los *hualles* y muermos, a orillas de la albufera, en donde se levanta hasta hoy el molino que fue del señor párroco.

El molino era una obra de gruesos pilotes que sostenían el ancho canalón de la represa hasta el enorme rodezno que movía la muela. Ahí venían las mujeres trayendo bolsas de trigo en la cabeza y desaparecían por la portada del caserón, en donde aguardaban la molienda.

El agua caía desde la altura, golpeaba con fuerza las paletas, produciendo un ruido sordo y lejano, y veinte o más cascadas se precipitaban por la otra banda bulliciosamente. Con la creciente, el mar colmaba la albufera, y las olas venían a lamer las piedras sobre las cuales se asentaba la construcción que era el molino.

Lorenzo hablaba a sus camaradas de este paraje y los atraía a contemplar de cerca la rueda que giraba solemne. Todos se acercaban con precaución; miraban hacia arriba asombrados realmente del espectáculo, y guardaban silencio. Solo Lorenzo hablaba confiadamente. Cierta vez sostuvo que él podía subir, agarrándose a las paletas, cuando la rueda estuviese en su mayor movimiento, y que daría la vuelta, desapareciendo por el lado del mar, y que no tenía miedo alguno. Entonces los otros se burlaron de su audacia, pues la empresa les parecía irrealizable.

La rueda tenía doce varas de diámetro; la humedad había hinchado monstruosamente los maderos, que estaban cubiertos de una espesa vegetación como terciopelo verdoso, muy resbaladizo. Para Lorenzo, sin embargo, el armatoste era un caballito manso que él subiría en pelo cuando le viniese en ganas.

Una mañana concertáronse para hacer venados y decidir a Lorenzo a intentar la prueba. Liborio Bórquez era el más animoso,

pero Lorenzo comprendía que, ostensiblemente, su amigo quería meterle en un atolladero; en esto había algo de envidia o de rivalidad.

—Si no te atreves tú —le dijo—, yo puedo hacerlo ahora mismo.

Los otros advertían las intenciones de Liborio y se tragaban su estupor, impacientes por ver cómo acabaría aquello.

Lorenzo se acercó por último a la rueda, y, sin atender a los gritos de sus compañeros, se colgó con ligereza del canto de una de las paletas y empezó a ascender lentamente. El agua que chorreaba del canalón le mojaba la ropa, le mojaba la cabeza y no le permitía respirar. Iba ciego, colgante como un estropajo. Apretó las manos con desesperadas fuerzas; aquella ascensión no terminaba nunca. Alcanzó la altura, y le vieron aparecer por el lado opuesto; parecía un pelele; las piernas enganchadas entre los resquicios de las paletas, la cabeza hacia abajo, los brazos en flexión; abría los ojos espantados para mirar el abismo, que esto debió parecerle el ojo verde y sosegado de la albufera; se notaba en su rostro un gesto de un inmenso terror. Se desprendió de pronto, hundiéndose en las aguas crecidas con gran ruido. Tambaleándose como un ebrio, se levantó y anduvo hacia la ribera; allí corrieron todos; le desnudaron, secaron sus ropas al sol, y le admiraban en silencio.

—A ver si te atreves ahora, Liborio —dijo apenas estuvo con resuello.

El otro se encogió de hombros y desvió la vista.

Lorenzo creció en la imaginación de los muchachos, y a Liborio la envidia le roía el alma.

El hecho fue conocido en el pueblo al poco tiempo. La Juana le regañó; el mismo don Remigio Cárdenas le habló con alguna energía sobre su conducta en la escuela. Lorenzo se prometía cambiar, pero muy pronto volvía a las andadas.

Otra tarde vinieron los de la pandilla a convidar a Lorenzo. Se trataba de ir en bote hasta Lincay. Allí echarían un lance con las redes y fisgarían erizos. La Juana los oyó y llamaba a Lorenzo, pero este iba ya por el camino sin hacer caso de sus gritos.

En Lincay se entretuvieron hasta la noche. De regreso, las sombras les cerraron el rumbo y los paseantes empezaron a sentir secretos temores.

Lorenzo venía al timón y cantaba para distraerlos. Se oía como

un acorde el chapoteo de los remos en el agua, y el acompasado crujir de las chumaceras. La aguda voz de Lorenzo resonaba en *aumén* lejano, mientras ellos parecían soñar. Allá, hacia Chonchi, se encendían y apagaban las luces de las casas con un parpadeo de luciérnagas.

Cuando Lorenzo concluyó su canto, alguien avanzó una conversación sobre *El Caleuche*. Lorenzo conocía algunas historias del buque fantasma; sus tripulantes llevaban una vida de alegre felicidad; lindas luminarias colgaban de sus mástiles; se oían también canciones; sobre la cubierta pasaban las siluetas de los marineros bailando en un pie solamente; el otro iba pegado mágicamente a sus espaldas. *El Caleuche* corría sobre las olas como una flecha, o se elevaba en el viento o se perdía bajo el agua.

—Mi hermano lo ha visto alguna vez —agregó Ñungo, el hijo del señor subdelegado. Ñungo era un muchachote mentiroso. Venía así como vamos nosotros ahora, y *El Caleuche* salió de repente de en medio de la oscuridad. Esto fue allá, frente a las bodegas, bajo la tienda del viejo *Patranca*, o el brujo, que también le llaman.

Lorenzo soltó a reír.

—Desde entonces es que mi hermano quedó mudo… Eso cuentan en casa —terminó de decir.

Ellos se representaron a Federico, le veían hacer gesticulaciones, mover los labios, los brazos, impotente para hablar.

—Así fue; lo dice todo el mundo —terció Liborio.

—¡Qué bobo!

Lorenzo reía de buenas ganas. Luego aseguró que si él se encontrara con *El Caleuche*, no tendría miedo alguno.

—Me gustaría conocerlo de cerca, subir a la cubierta… ¡Puah! Tal vez ni exista el *barcoiche* —afirmaba.

De súbito, al doblar la boca del canal, aparecieron contra su rumbo, a poca distancia, las velas de una barca que corría impulsada por las brisas del este. Las velas se iluminaban a intervalos; las llamas subían y bajaban al compás de las olas; se acercaba hacia ellos derechamente; se oían voces que cantaban, mezcladas con los ruidos del cabrestante y las cadenas; se oían también plañidos, como si a bordo tocasen un instrumento.

Quedaron mudos, sobrecogidos; unos soltaron los remos, otros se estrecharon en lo oscuro y miraban a Lorenzo, cuya silueta se

recortaba a popa, firme, relevada por las luces cada vez más vivas de la embarcación, la faz volteada hacia ella. Él sentía correr por sus espaldas el mismo frío espanto que adivinaba en sus compañeros. Pasaron por su cabeza los gritos con que la Juana le llamaba mientras él corría esa tarde con sus amigos; hubiese sido mejor no haber venido; pero ahora, aquí ante un hecho como el que tenía frente a sus ojos, él no podía vacilar. ¿Si aquello fuese de cierto el buque fantasma?

El ruido de las aguas cortadas por la barca, el canto que en la noche se extendía muy lejos, la silueta del casco que surgía para ocultarse entre las olas, las velas que se inflaban y se enrojecían, la solemne actitud de sus acompañantes, infundíanle un pavor indescriptible.

La embarcación se venía contra ellos, que estaban sin gobierno y en un instante más caerían al agua. Se levantó, entonces, Lorenzo, y con voz áspera y potente gritó, haciendo bocina con las manos:

—¡Holaaaa!… ¡Los de a bordoooo!…

—Botee a proaaa… ¡Eh!… ¡A estribor el de la cañaaa!… ¡Asíií!… ¡Asíií!… —gritaron arriba de la barca.

—¡*Catay*!… ¡*Catay*!…

En interjecciones de asombro disolvieron la horrible tensión.

La goleta pasó justamente por su lado; a popa cuatro hombres se asomaron a contemplarlos. Un gran fuego sobre los ladrillos del cubichete; colgando de una cadena, el perol en que cocinaban la merienda; alguno tocaba un acordeón; otros cantaban; esto era *El Caleuche*.

Atracaron al embarcadero, y cada cual contó a su manera la nocturna aventura.

—*El Caleuche* ha recurrido a sus maulas —decíanles en sus casas.

—No ha habido tal goleta —aseguraba Enérico Vera en la taberna. ¿No voy yo a saberlo?… *El Caleuche* se trueca en nube, en barco pesquero, en olas, o desaparece…

Pero los rapaces de Chonchi convenían en que Lorenzo Andrade era un verdadero demonio, y su amistad se la disputaban hasta los más grandes.

6.- Las Artes de Don Remigio

«Es malo creer en brujos;
pero hay que guardarse de ellos.
El abuelo de mi madre
por brujo se fue al infierno».
(Cantar popular).

Don Remigio Cárdenas llega hosco, severo, y ni saluda a su mujer al entrar, ni se detiene en el huerto; pasa de largo hasta la sala.

—¡Puah! La pena que me causa; más le valiera no llegar —dice Adelaida, con desdeñoso gesto.

Luego el viejo se asoma al zaguán.

—¡Juanaaa!… ¿No traerás la merienda?…

Su voz arrastrada surge de lo oscuro.

—Luego no más viene, don…

Adelaida y Lorenzo entran alborotando la sala con su algazara; bromean como dos chicuelos.

—A ver si acabamos de merendar pronto —rezonga el viejo en la cabecera de la mesa.

La Juana aparece con la fuente de papas que humean; Adelaida y Lorenzo ocupan sus lugares.

—Me echarás de la sopa en el lebrillo —dice Cárdenas, acercando su tiesto.

—Haberlo advertido antes de salir; tenemos *polmay*; sopa no se ha hecho.

—¡Hum! Bueno; *polmay*, pero en el lebrillo —habla con su voz de cuervo.

Gustarán un poco de sazón; ese *polmay* está desabrido —interrumpe la Juana, acercando la salsa.

El viejo traga en silencio, agachado sobre el lebrillo: de cuando en cuando alza los párpados y mira de soslayo. Adelaida en un extremo charla alegremente. Lorenzo ríe por cada ocurrencia. Es casi un mozo y se gasta sus mayorías.

—¿No han de estarse quietos? —grazna Cárdenas.

Lorenzo suelta a reír desatentado.

—Calla, chico —dice la Juana.

Pero Lorenzo sigue riendo.

—¿Se recogerían los huevos?

—Seis apenas…

—¡Hum! El perro se come los huevos… ¡Seguro!

En esto ha entrado Enérico; el viejo le dice gravemente:

—Se ha de ir a Quilán, amigo, y se llevará el perro…

Al día siguiente Enérico se iba a Quilán, pero Morel abandonaba la marcha a la salida del pueblo, y no acababa nunca de irse.

Don Remigio gruñe cada noche su orden, hasta que ha decidido que Enérico ha de llevarse a Morel atado a una soga.

—Así no se perderán los huevos —dice sonriendo con picardía, y agrega—: ni han de hurtarme el aguardiente, ¿sabe? ¡Je!… ¡Je!…

—¿Aguardiente? ¡Vaya! ¡Vaya! De seguro que no ha de ser Morel… ni los duendes —comenta Enérico con desvergonzado desplante.

—Bien me lo decía yo; maldita la gracia que me hace; y oiga usted, esta vez ha de quedarse en Quilán hasta la primavera…

Pero Enérico estaba de vuelta a los pocos días.

—Si el suegro no se mueve de Quilán, no se oye hablar de duendes; habrá que poner atajo a esto, porque, vean ustedes: aquí se derrocha —masculla el viejo—; de harina y carne se gasta en vicio, y con lo que está costando todo…

En el ánimo de Adelaida, los caprichos y regaños de su marido producen vivas molestias; en él todo la mortifica. Su estarse horas de horas en silencio, con las manos cruzadas sobre el abdomen; sus misteriosos trajines, sus regaños, todo la lleva a considerarle como un hombre extravagante. Por la noche, al lado de su esposo, se le entra por las narices un olor a boñiga mojada o a manteca; ella simula dormir, mas ahí está moviéndose nerviosa, sin pegar los párpados. El viejo, al sentirla, la palpa, estira sus duras piernas; ella siente su vientre frío, de pez; sus brazos que se desovillan lentamente, sus gruesas manos que resbalan entre sus ropas; ella se despereza como de un sueño; sacude su cuerpo, y termina accediendo a los deseos del esposo. Pronto esta condescendencia la amarga, y mientras el viejo resopla su sueño, ella le maldice con

desprecio, con rencor, desalentada.

El matrimonio le ha traído a Adelaida labores y afanes a los que no ha estado acostumbrada; ahora debe pasar inclinada sobre las calcetas y los zurcidos; debe vigilar la casa, como él se lo ha dicho, desde la mañana a la noche, sin descanso.

Y así pasa el tiempo, abriendo en su pecho un espacio a la desesperación. En su exterior es la misma de siempre: alegre y traviesa; hace locuras y juega con Lorenzo como si ella fuese aún una niña.

Mas la Juana Chacón lo va viendo todo y disimula. Nadie como ella sospecha del viejo y de sus maleficios. «Si son una *fiura*», se dice. Se estremece de miedo cuando Lorenzo enferma de pasajeras dolencias, propias de su edad; anda atisbando sus pasos para sorprender algún indicio que ponga en lo claro sus creencias sobre las mañas del patrón, pues la Juana sigue pensando a ojos cerrados que las desgracias que han afligido la casa son la obra de este hombre, y no tiene empacho alguno para contarlo así entre las comadres del pueblo.

Ella sufría periódicamente de dolores a la cintura; al principio creyó que esto sería algo pasajero y sin importancia; mas, como le repitieran, no sabía ya a qué atribuirlos. Siempre había sido una mujer sana y vigorosa; no había conocido enfermedad alguna; ahora llegaban a faltarle las fuerzas cuando cargaba la leña o degollaba un cordero. Empezó así a sospechar que sus dolores no podían ser otra cosa que un *mal tirado*, y se asustó de tal manera, que anduvo al párroco. Don Braulio se rió de la zoncera de su feligresa. Lo cierto debía ser que padecía del hígado o cosa así.

Una tarde, al echarse una carga de leña a las espaldas, sintió un agudo dolor, como si le hubiesen desgarrado la piel bajo el vientre, y cayó sobre las piedras del corral. Adelaida vino a hallarla, y en su turbación no atinaba a hacerle nada.

Lorenzo salió para avisar a don Remigio.

Entre ambos lleváronla a la cama y desataron sus ropas. El viejo fue descubriéndole el vientre; un globo de tripa, del tamaño de un puño, le asomaba por el ombligo.

—¡*Quebradura de tela*! —exclamó Adelaida.

—¡*Catay*!

—Hernia, y gorda —dijo Cárdenas.

Ante las miradas miedosas de Adelaida y Lorenzo, terminó por introducir pacientemente el trozo de intestinos en su sitio; maniobró en seguida con una agujilla en forma de arco y le saturó con crin la pequeña grieta del vientre. Luego la fajó, le dio una infusión de yerbas, y la Juana, aunque continuaba quejándose, dijo sentirse mejor.

La Juana pensaba:

«¡Son brujo; son brujo!; no me pasa otra cosa por la cabeza: ¡son brujo!».

Instigado por ella, Lorenzo empezó a visitar el cuarto de la tienda. Se introducía a ocultas del viejo y desde ahí atisbaba.

Veía entrar a los ricos del pueblo que se *pillunteaban* con don Remigio; venían a entregarle ciertos secretos; él aconsejaba, discutía, conocía sus miserias; les concedía a algunos un crédito, a sabiendas de que no podían rescatarlo, y luego tendrán que hipotecar la tierra y la cosecha; entraban contritos, compungidos, con grave rostro, y salían alegres, sin soltar la cháchara. Llegaban también las indias; venían descalzas, mostrando sus rollizas piernas, su hermoso color cobrizo; unas eran mozas de anchas caderas, de abultadas tetas; otras tenían los ojos azules y arrollaban sus blondas trenzas en torno de la cabeza; ya eran viejas astutas con el rostro rasguñado por las arrugas, o eran mocetones huilliches de mirar taciturno, silenciosos, humildes.

Don Remigio Cárdenas saludaba con la misma cara a todo el mundo y les preguntaba por sus parientes; se imponía de los sucesos más pequeños, como para demostrarles hasta qué punto los conocía y estimaba. Mas, en realidad, para entender lo que se podría sacar de cada uno. Ellos veían sus ojillos que los observaban con benevolencia, lo cual los llenaba de confianza. Entonces don Remigio los interrogaba sobre aquello que los traía por su tienda.

Los indios apenas si explicaban sus deseos; trataban siempre de ocultar algo, de engañar, y mentían a sabiendas de no ser creídos por el viejo, para quedarse en espera de sus preguntas. El viejo entraba en detalles, y entonces ellos meneaban la cabeza.

Casi siempre se trataba de un *duam*; ellos venían solo como mensajeros; que a la nuera o a la hermana *las había flechado* Peyo Coo, el brujo tan mentado de Teupa; o que el *huema* tenía pústulas, y el *quepuche* lloraba toda la noche; que la moza andaba preñada;

aquello era *mal tirado*, un *cachín*, cosas de Paco Talcao, o el *trauco*, tal vez; un *pauto* o *huautunes*.

Concluían pidiendo agua para curar el espanto, o de *peyu-peyu*, o raspaduras de cacho de *camahueto*, aguardiente de culebra, polvos quitapesares. Si había un asunto más serio, Cárdenas lo entendía de inmediato. Luego entraba al cuarto en que estaba oculto Lorenzo. Este sentía que el viejo iba y venía, que machacaba algo en el mortero, que enjuagaba una botija.

Todo esto fue viendo Lorenzo y se lo contaba a la Juana; pero él, ¡qué iba a creer en las brujerías de Cárdenas! El muchacho se burlaba de la simpleza de los hombres mayores; el viejo usurero era un vivo y se llevaba su admiración.

El abuelo Enérico, que era muy dado a la mentira, le llenaba la cabeza de cuentos; ya eran sobre *El Caleuche* o historias de *traucos* o *pincoyas*; ya sobre los brujos, los cuales volaban por las noches, llevando el *macuñg* en el pecho, y entraban a los huertos a arrancar la yerba del *puelo*, o se metían por las cocinas a saciar sus apetitos.

Al abuelo le había dado en el último tiempo por buscar entierros, y cada vez que descansaba de una borrachera, invitaba a Lorenzo por las noches, a las afueras del pueblo; ahí, asegurábale haber visto luces que saltaban de la tierra, y no cabía duda alguna: el entierro le había sido asignado a él. Los vecinos hablaban que Enérico Vera iba perdiendo el juicio.

El abuelo, para decir verdad, iba casi siempre borracho y se presentaba por Huitauque con la ropa descuidada, los pantalones raidos, sucio, y hablaba palabrotas. Lorenzo le había sorprendido cierta vez hurtando una botella de *uva* a don Remigio, y fue a esconderla en el sobrado, tras el telar; ahí estuvo haciendo visajes y daba pequeños saltos como los zorzales, en cuclillas; y una noche le vio abrazar a la Juana, junto al fogón, pero esta le había dado su merecido, golpeándole con un palo.

El propio don Remigio desconfiaba más y más de su suegro, y le trataba con despreciativa dureza; luego envió un recado donde Urruztarrazu, pues Cárdenas no pagaría ya ni una trampa más de su suegro.

—Si quiere beber, que trabaje…; es un camastrón de siete suelas…

Y terminó quitándole el caballo moro y el machete que le obsequiara al casarse con Adelaida.

7.- Gente Forastera

El cielo ha amanecido despejado; el sol brilla sobre los techos, reverbera sobre las aguas, sobre los pastos de los potreros; las frescas brisas mueven las ramas de los árboles; las veletas voltean enloquecidas.

El pueblo está lleno de forasteros que han venido a pagar sus trampas, o a conchabarse para las siembras. Se puede observar que, desde temprano, los hombres han iniciado sus faenas; frente a las casas se ven gentes que ojean los desperfectos que el invierno ha causado en los tingles, techos y cumbreras.

Bajan desde Pinda las carretas cargadas con los tablones y vigas que elabora el aserradero de la Sociedad Explotadora de Chiloé; por la playa avanza un piño de animales; los muchachos corren bulliciosos, haciéndolos trotar, enredados de las astas. Los hombres de don Remigio Cárdenas aprestan las reatas en el embarcadero. Se oyen los mugidos de las bestias y el galope de los caballos.

El Lobo desatraca de Puqueldón, ahí en Lemuy; su pitazo sacude el aire y sus ecos se propagan hacia la montaña, hacia todas partes.

El empleado del correo ha subido ya a bordo. Se sabe que *El Lobo* trae algunos pasajeros; también recogerá los animales. Los comerciantes se han juntado en el muelle para ver el embarque.

—Ese pintado es el toro de Manuel Antipani, el indio rico de Dicham —dice Santiago Bórquez.

El hermoso animal muge lastimeramente.

—Y ésa es la yunta de Martín Gómez…

Martín Gómez, que está entre ellos, es un hombre que tiene sus buenos reales; pero Dios sabe solo qué deudas se trae con don Remigio Cárdenas.

—Allá está la mancorna de Bernardo Macías; nadie podrá creerlo; los negocios de Macías iban hasta ayer con viento en popa, y ahora se le ve entregar sus yuntas. Vaya uno a saber qué ha sido aquello…

Los animales van a dar algunos miles de pesos en la feria de

Osorno, pero Cárdenas solo cobra los intereses.

Bajan unos comerciantes viajeros y unos turistas que salen a dar una vuelta por el pueblo, mientras el vaporcito completa su carga.

Las señoras y las muchachas han venido al embarcadero para ver al maestro. El nuevo maestro es un hombre joven, alto, rubio; baja acompañado de un señor que se atusa los bigotes con aire de importancia.

El subdelegado hace las presentaciones: don Ricardo Krausse; este es el nombre del maestro; el otro es un escritor; él mismo lo ha dicho con voz sorda y grave; escribirá una novela y viaja recogiendo los «necesarios materiales para la obra…»; ha agregado algo más, pero nadie ha comprendido gran cosa.

Don Remigio Cárdenas está ya junto a los viajeros; ceremoniosamente los va empujando hasta su casa, por la orilla del mar.

—Ya estaba advertido —dice— de vuestra llegada, y, no habiendo en el pueblo una casa de huéspedes…, pues, han de hacerme tamaño favor de descansar en la mía —el viejo sonríe lleno de ceremonia al grupo de curiosos. Ya lo están viendo cómo él sabe comportarse con tales personajes.

Todos aprueban, sintiéndose comprometidos en lo íntimo; así el nuevo maestro no ha de creer que él llega a vivir entre gentes que ignoran las buenas prácticas de la hospitalidad; seguramente el pueblo ha de salir ganando con la presencia de este hombre que dirigirá la educación de los niños.

El novelista se franquea con su huésped.

—Sí, mi amigo —habla—; dicho habíaseme que el archipiélago austral era abundoso y fértil como el que más en temas literarios; pero, sabed, señor, que yo he encontrado poca cosa…

—Nosotros qué vamos a saber de esto, señor —replica el subdelegado, que es la persona más leída después de Eulogio Álvarez en el pueblo.

—¡Horabuena fuese así ello que os hablo! ¿Cómo deciros? —Y les echa a sus acompañantes una aguda mirada de observación, mientras piensa: «¡Nada! ¡Nada! Tipos rústicos, isleños sin gracia alguna…».

El nuevo maestro no ha abierto los labios; sonríe secamente; anda con soltura, cimbrándose, dándose un aire de gran señor.

En Huitauque hay animación inusitada; ahí se mueve una cuadrilla transportando las vigas para los andamios; acá otras gentes están aserrando los grandes troncos de ciprés. Don Remigio y sus visitantes están ya junto a ellos. El viejo ordena a sus trabajadores con voz de autoridad.

—Parece cosa de *minga*, ¿eh? —comenta el novelista. Decidme, señor, ¿cuáles son los *baemes*? —Para decir todo esto ha consultado su libreta.

—No, mi amigo; no se trata de *minga*, ni hay *baemes*; aquí solo se trata de cumplir con los compromisos, y estos hombres han venido aquí para eso; sí, mi amigo; ellos han venido a pagar sus réditos; el indio pobre no tiene plata, mi señor…; se cargan solamente de deudas, y ahí los tiene, dale y dale al trabajo…

El escritor le mira entonces con unos ojos que expresan claramente la desilusión que tales palabras le han causado; por cierto que tal espectáculo ha dejado ya de interesarle, y prefiere indagar por su cuenta. Ahora se ha enredado a discutir con uno de aquellos infelices.

—Te digo que eso es un *hualle*; no lo voy a saber; es *hualle* de los que abundan en Cautín, Arauco y Pucón; ¡oh!, aquello lo conozco como la palma de mis manos… Es *hualle*; no se diga otra cosa.

—Coihue lo he oído mentar desde pequeño, don…

—Que no, he dicho; es un *hualle*; el coihue tiene las hojitas aserradas y un color glauco característico; es *hualle*, —apunta, mostrando una pequeña rama que ha cortado del único coihue que sombrea el camino.

Sus acompañantes sonríen; don Remigio acaba con la discusión; todos penetran en la casa.

En el corral, sobre un dornajo un cerdo berrea desesperadamente. Cárdenas se ha acercado a cerciorarse de la firmeza de las amarras; luego pide un cuchillo.

—No debieran molestarse, don —le aconseja uno de sus peones.

¡Nada! ¡Nada! Ya verán los chilenos cómo él sabe hacerlo mejor que nadie.

Se agacha y con certero ojo hunde el puñal en la garganta del cerdo, que se menea en el dornajo y aturde las orejas: todo es cosa de brevísimo tiempo.

Sobre la hoguera de virutas dos peones bornean el cuerpo del animal para quemarle las crines.

—¡Bravo!, señor —dice con entusiasmo el novelista—: me estáis proporcionando momentos inolvidables; esto es lo típico, lo pintoresco, el color local que llamamos nosotros los escritores; lo había buscado en las islas Guaitecas cuando fui por aquello de Ñancúpel y no lo encontré; señor Krausse, creedme, esa historia del indio pirata que tanto ha sonado en Chile, no vale lo que vale este precioso instante. Mirad qué curiosa costumbre. —Al instante ha cogido un lápiz y escribe algunas notas en la libreta.

El subdelegado explica tímidamente, a pedido del escritor, lo que resta hacer con el cerdo.

—Qué interesante; ¿y no sabéis tal vez lo que significa *lloco* en lengua beliche? Esperad; voy a decíroslo… y hace el ademán de sacar otra vez su libreta.

—Será regalo o cosa así, señor —habla el subdelegado—; aquí decimos *lloco* simplemente.

Adelaida y Lorenzo han venido hasta ellos. El viejo habla en secreto a su esposa.

Durante el almuerzo habla solo el novelista: hay que responder a sus consultas; se hace repetir las respuestas; discute; lo apunta todo, y los presentes, incluso el señor Krausse, se muestran incómodos.

El hombre es de carácter simple y no tiene empacho para expresar cuanto deseo le viene en ganas. Ahora quiere echar una siesta; luego se asomará a la montaña; redactará en seguida…

En esto se oye el pitazo del barco; es la señal de la partida. Los gringos turistas bajan a la carrera desde los cerros; saltan a la chalupa y se alejan cantando alegres coros.

Don Felipe Díaz aparece acompañando al escritor; el maestro ha quedado en Huitauque.

—Volveré a veros quizás para el verano próximo; la Isla me parece interesante. ¡Vivís rodeado por el océano en medio de la salvaje verdura de vuestras montañas!

Se despide de todos, afectuoso y lleno de corrección; ha dejado una cartulina en manos del subdelegado: Próspero Pedregales; este es su nombre.

Los turistas, desde la cubierta, contemplan el pueblo con unos largos anteojos como armas de fuego. Las gentes se retiran a sus

casas. *El Lobo* se pierde ya detrás del islote.

En el pueblo se van apagando los ruidos, como si sobre él cayese un mar de silencio.

8.- El Señor Párroco

«El cura no podía conformarse con la pérdida de sus manzanas,
pues las tenía como gajes naturales del curato».
Pérez Rosales, Recuerdos del pasado.

—Decidme, hijos, ¿hay Dios?…

Y un sordo rumor, como si una bandada de pájaros levantaran el vuelo graznando:

—¡Sí, padre; Dios hay!…

—¿Dónde está Dios?…

—En el cielo…, en la tierra… en el mar…

Las palabras vuelan atolondradas y ciegas; huyen por las ventanas; afuera el viento las lleva entre la lluvia y se apagan confundidas en el rumor de las olas.

—Los mandamientos de Dios son:

—No hurtar…

—No jurar…

—No matar…

—No fornicar…

—No mentir…

Así hasta el largo murmullo de un amén que se arrastra sordamente y agoniza en la oscuridad de los rincones.

Luego el señor párroco explica la Doctrina, o se entra por los pasajes de la Historia Sagrada.

¡Oh! Cuánto fuego arde en sus palabras. Su voz es fragorosa; el discurso le quema la lengua, flamea en sus manos, cae sobre las cabezas de los pequeños oyentes en forma de lluvia de cenizas.

—De Sodoma a Gomorra, de Nínive a Babilonia, de Belén a Sión, de Cafanaúm a Roma, la eterna, ha ido Dios, queridos niños, anunciando su poder, castigando a los hombres; ¡su Hijo Jesús murió en la Cruz por salvarnos!

La prédica se interrumpe. Con voz chillona, avanzando su brazo, grita:

—¡Sal de la casa de Dios! ¡Tú, Ramón!… Sí, sal, réprobo, y

espera en la puerta.

Anuda su discurso:

—El Hijo de Dios se hizo hombre…

En el breve silencio suenan los fugitivos pies descalzos de Ramón Chahuín, que abandona la iglesia.

—Pero el hombre, esta vil criatura, le niega; le escarnece al Hijo de Dios; es que el hombre es una bestia; es polvo inmundo y en polvo se ha de convertir: *Pulvis es et in pulverem reverteris*… ha escrito Dios con letras de fuego en las frentes de todos ustedes…

Los muchachos se miran las frentes y suelen reírse maliciosos.

—Venid a mí los justos; id y sentaos a mi diestra; atrás los réprobos; id al infierno, en donde es el crujir de los dientes; el fuego eterno, las llamas, las tinieblas…

¡Oh! Cuánto fuego arde en sus palabras; estas salen de su boca, brillantes, cortantes, rígidas como espadas.

—Huid de la mujer, instrumento del demonio; huid del demonio, del mundo y de la carne…

El señor párroco mueve los brazos como un ahogado; el pecho se le cierra. Los rapaces permanecen sobrecogidos, esperando verle caer exánime. Pero el discurso está terminado.

Una gran inquietud, que traducen en cuchicheos y ruidos, se apodera entonces de los pequeños catecúmenos. Don Braulio se allega a ellos, atildado, severo, con tranquilos ademanes.

—Que ya le he enviado a decir a tu madre que venga a confesarse; dila que ha de ser luego; dila que mañana será tarde…

—Bien, señor cura —responde, avergonzándose, Perico Vargas.

—Que no lo olviden en tu casa, ¿eh? La vaca de tu rastrojo me está fundiendo el quincho…

—Manden, señor cura…

El señor cura le retuerce la oreja y repite su amenaza.

—Ahora entenderás, bobo…

Miguelito Díaz sale disparado.

—Pues que tu padre va a decirme quién se roba las estacas del cerco…

—Que le vieron a este, ayer noche, señor párroco —salta Antuco Miranda, aludido por don Braulio—; se lo sentí decir a Lucho Barría…

—Que yo no lo he dicho, padrecito… —suplica, enrojeciendo.

—¿Lo ves? ¿Lo ves? El ladrón de tu padre me devolverá las estacas…

—Que no, señor cura —se defiende tímidamente Antuco Miranda—; que mi viejo no tiene ahora esas mañas; el ladrón es de Tara, arriba de Cudehué; por esto, padrecito. —Antuco Miranda besa la cruz en su puño.

—Grandísimo pillo… Ya ha de ver tu padre si devuelve o no aquellas estacas…

Antuco Miranda se va llorando a gritos.

—Anda acá, Juan Bongo, y di en tu casa que me han de recibir en su potrero unas veinte ovejas que no sé dónde ponerlas…

—Así lo haré, padre; mas han de saberlo, señor cura, que el potrero no tiene pasto casi…

—¿Que no tiene pasto? ¡Ah! No voy a saberlo…

—Ahorita salgo, padre.

—Los otros se han de ir por la tarde al monte con mi yunta, ¿eh?, y cortarán unas pocas varas…, y mañana trabajaremos en el arreglo de las cercas.

Don Braulio Macías era un hombre pequeño, delgado de cuerpo, muy ágil. Tenía el rostro cruzado de arrugas, aunque no contaba con más de cuarenta años, de los cuales quince había vivido en Chonchi ejerciendo la cura de almas. Su traje de clérigo destacaba su silueta y favorecía en mucho su pequeña estatura. Siempre le preocupaba el parecer más alto de lo que era, y para esto calzaba unos zapatos de elevados tacones y caminaba cimbrándose, echando el pecho hacia la barba, con la cabeza erguida y un gesto de autoridad en los labios. Era su costumbre llevar un sombrero calañés que le concedía a su presencia un aire pintoresco y estrafalario; se echaba sobre los hombros un largo poncho de lana que flotaba al viento como una bandera cuando galopaba su gran caballo zaino.

Don Braulio Macías vino a Chonchi en el carácter de sotacura; a la muerte de su superior fue ascendido al grave cargo; para ello se dio sus trazas; anduvo al obispado, movió cien influjos y consiguió quedarse solo en el curato. El curato de Chonchi comprendía veinte capillas entre Rauco y Aytuy; un párroco activo como él bastaba para los servicios, y luego que se evitaban las rivalidades que siempre surgían entre el párroco y el sotacura. El hecho agradó bien

poco a los vecinos, quienes veían su iglesia rebajada en cierta manera, y no faltaron lenguas que aseguraban que don Braulio se traía entre manos escondidos propósitos. Muy pronto, sí, debieron comprender que el nuevo párroco era un hombre emprendedor. Reorganizó los *Cabildos*; decretaba sagazmente el calendario de las festividades; las fiestas habían decaído bastante en los tiempos de su antecesor; terminó diversas mejoras en las capillas de las aldehuelas; remozó en la de Chonchi las imágenes de bulto; diezmos y primicias se pagaban justamente; adquirió en Ancud la campana menor, la que hasta hoy anuncia la salida del sol, el mediodía, el ángelus de la oración.

—La voz de Dios acompaña a mis feligreses por donde ellos vayan —solía decir a los viajeros que bajaban de los buques—; los hace acudir al trabajo, los llama a reponer sus fuerzas, los convoca al descanso.

El pueblo, en fin, no había tenido otro párroco como él.

Don Ignacio Oyarzún, vecino entre los principales, donó a la parroquia un predio de dos cuadras, para hacer ahí un nuevo cementerio. Don Ignacio fue enterrado como todos en el cementerio de Huicha, pues don Braulio, tal vez considerando que en el pueblo raramente fallecía algún cristiano, decidió usufructuar del predio en beneficio de la parroquia, y apenas don Ignacio entregó el alma, envió a hacer allí sus siembras; adquirió luego los terrenos colindantes y puso animales; montó después el molino para aprovechar el *traiguén* que existía no lejos de este ejido. Construyó ahí mismo una bodega o casemita; en ella depositaban los pobladores las provisiones para el culto que eran los diezmos y primicias. Así los negocios de don Braulio prosperaban año por año. Mas no vaya a sospecharse que don Braulio desatendiese los destinos de su parroquia. Se le veía siempre cumplir con sus deberes; y bajo su ojo vigilante, los servicios y oficios de la religión y los trabajos de sus feligreses se desenvolvían cumplidamente.

Los días de fiesta convocaba al pueblo en la pequeña iglesia para hacer sentir a su amado rebaño, esta era su frase, que la felicidad no se encontraba en la tierra sino en el cielo; ni en los goces sino en el sufrimiento; ni en las riquezas, sino en la renunciación, en la contemplación de Dios. «Reconciliaos con Dios, hermanos míos», era su estribillo. Periódicamente recorría los campos y villorrios; las

gentes salían a recibirle, le besaban el pie o el estribo y se santiguaban humildes y temerosos. Bautizaba aquí, casaba allá; presidía las fiestas; bendecía las siembras y aconsejaba a los labradores:

—El año viene para seco; sembrad trigo…

—No ha de ser como hace años, señor cura, en que nos fuimos a quedar sin papas…

—Nadie les ha dicho que no siembren papas…

—Así sería, padrecito…

Conocía a sus feligreses con sus defectos y enredos; de esto se valía para resolver el precio de una yunta, la partición de un terreno, un negocio cualquiera, y con ello la parroquia aumentaba su hacienda.

Se mezclaba en los embrollos de las familias y los sabía resolver con terca justicia. Sabía hacer callar a tiempo las habladurías de las comadres y metía paz en donde había guerra. Sin embargo, nunca logró amatar completamente los chismes y decires que corrían por el pueblo y los campos a propósito de sus relaciones con la mujer de Ramón Haro de Vilupulli. Esta mujer se llamaba Oliva y estaba casada con un hombre ya entrado en edad; era alta y gruesa; coloradota y fea. Sobre el asunto circulaban unas endiabladas coplas que hasta los chicos repetían:

Don Braulio tiene una moza;
Ramón Haro una mujer,
parece que fueran cuatro,
pero no son más que tres…

El señor párroco las conocía de sobra y no encontraba a quién atribuir su invención. Por último sospechaba de Eulogio Álvarez, por ser este el caballero más letrado del pueblo.

9.- La Sobrina del Señor Párroco

—Ya me quisiera yo a Carmen Gómez para un día de fiesta —le dijo Liborio Bórquez a su amigo, en su propia cara.

Lorenzo Andrade le respondió con un insulto y se trabaron a pelear. Lorenzo, que era más crecido, le sacudió al otro de lo lindo.

—Para que no se meta en mis asuntos —explicó, rojo de cólera.

Pero no se hubiese atrevido a confesarle a nadie que él era un muchacho zonzo, y que se avergonzaba delante de Carmen; además, para decirlo francamente, él la huía, y rara vez habían andado juntos; pero no hacía falta que él lo contase para que supiesen los de la pandilla que Carmen Gómez distinguía a Lorenzo, y, no por envidia seguramente, se burlaban de él. Lorenzo era un pavote; lo decía así ella misma.

Carmen Gómez era la sobrina del señor párroco. Su padre, don Pedro Gómez, había sido patrón de goletas y viajaba entre Melinka y Calbuco, transportando las maderas de la Sociedad Explotadora. Don Pedro fue un hombre muy conocido no solo en la comarca, sino que en todas las islas del archipiélago. Cuando él vivía, nadie puso en duda su fortuna, que algunos hacían subir a unos cincuenta mil pesos; pero a su muerte se supo, con la natural sorpresa, que no dejaba un solo centavo, y que las embarcaciones pertenecían a don Braulio; este se hizo cargo de la viuda, de quien era hermano, y, naturalmente de la niña.

Carmen Gómez era solo dos años menor que Lorenzo, aunque aparentaba serlo aún más, pues, a la edad en que las muchachas son nombradas mozas, Carmen parecía apenas una chicuela que no contara con más de diez años. Menuda, ágil, viva de genio; de grandes ojos, de labios carnosos, de nariz respingada; sobre los hombros flotaban sus negros rizos; la muchacha era linda y graciosa como una muñeca.

Lorenzo dejó esta vez a sus amigos comentando el incidente; Liborio se lo tenía bien merecido. Él le demostrará ahora que no es tan zonzo como lo andan diciendo por ahí; ya habrán de verlo

todos. Y se fue en busca de Carmen.

Al poco rato Lorenzo y Carmen atravesaban la calle, orgullosos y decididos; luego dejaron la marina y se fueron a Cululil; no todos los muchachos habían tenido tal atrevimiento. Lorenzo lo sabía bien, y este paso merecería, sin duda, escabrosos comentarios entre los rapaces, y Liborio sujetaría sus burlas en adelante.

Los altos peñascos, la empinada loma, los árboles de la cumbre se proyectaban sobre las aguas que se revolvían incesantemente; las olas corrían a desmenuzarse en blancos remolinos, o trepaban las rocas; parecían gruesas raíces o monstruosos reptiles, pausados, verdinegros, que desaparecían entre las grietas.

Lorenzo subió a los acantilados; arriba recibió en la cara el frío golpe del viento y gritaba a pulmón lleno; una alegría de chicuelo le refrescaba el alma.

Carmen, que había permanecido huroneando entre las rocas, le instaba a venir a su lado.

—¿Qué te has creído?… Dejarme sola… ¡Bobo!

—Pues, sube acá —le gritó desde arriba, y corrió a esconderse en el pequeño bosque de la loma.

Al poco rato pudo divisar por entre el follaje, que Carmen le buscaba inquieta. Él se agazapó entonces sobre la hierba; desde allí la veía moverse, sin que apartara los ojos del bosquecillo.

—¿Dónde estás?

Él la llamó con un silbido; ella soltó a reír.

—¡Ah, pícaro! —habló—; ya he de hallarte, y corrió ligera hacia el sitio en que él se ocultaba.

No le fue difícil dar con su escondite; riendo con una alegría salvaje se plantó ante sus ojos. Lorenzo enderezó el cuerpo con ágil movimiento, como si intentase escapar; ella le contuvo, sujetándole de los hombros. El muchacho la miraba ahora con unos abultados ojos de sorpresa; Carmen le rodeó el cuello con su brazo, y se apoyó graciosamente en él para sentarse a su lado, sin dejar de reír.

—Ya estaba creyendo que te hubieras ido —le dijo.

Lorenzo, movido por un impulso que le nació repentinamente en lo profundo de su pecho, se desprendió de su brazo, y permaneció silencioso y confundido. Ella se quedó observándole entre asombrada y risueña, y se apartó un tanto, al tiempo que decía:

—¿Qué? ¿No te gusta? —e hizo un gesto con la boca. ¡Phs! —

luego inclinó la cara y se cubrió los ojos con ambas manos.

Estuvieron un buen tiempo sin hablarse. No se escuchaba allí rumor alguno; las ramas de los árboles estaban quietas; la luz de la tarde caía por entre la maraña como una lluvia silenciosa; el aire estaba impregnado de olores de cortezas, de hierbas aplastadas y raíces húmedas.

Primero fue que Lorenzo la estuvo mirando de soslayo; luego debió apelar a todas sus fuerzas para no estrecharse a Carmen, que seguía ahí tumbada, tan solitaria. Dentro de su cabeza, el deseo de besarla saltaba como una bolita diabólica; pero también sentíase presa de una extraña cobardía, turbado, resistiendo aquel deseo que le partía el alma.

Carmen abrió los ojos; luego se arrimó suavemente, y, alzando el cuerpo, reclinó la cabeza sobre el pecho de Lorenzo.

—¿Por qué callas? ¿Qué bicho te ha comido la lengua?… —rió con su risa clara y fina.

Por un momento él no pudo apartar la mirada de su blusa; no lo había observado antes; a Carmen le crecían los pechos; nunca él la había mirado como ahora. Ella se lo decía, con una voz entrecortada, como si la timidez se hubiese apoderado también de su alma.

—Nunca me habías mirado con esos ojos —y temblorosa se apegaba más y más a él.

Sin saber cómo, él la había cogido por el talle; esperó un instante que ella desprendiese aquel brazo que la ceñía; «hará como yo; se apartará de mi lado», pensaba. Pero Carmen permanecía quieta; los latidos de su corazón sonaban junto al suyo. Lorenzo movió el brazo que descansaba sobre la hierba, y fue a posarlo sobre uno de sus pechos. Ella se dejaba estar, y apenas un movimiento de su espalda denunció su deseo de caricias; aquel pecho era menudo y duro como una fruta; a su dulce contacto, Lorenzo se estremeció.

Ella ahora simulaba dormir, tan inmóvil se hallaba. A Lorenzo le nacieron unos impulsos de quitarle los zapatos, de acomodarle los cabellos, de cubrirla con su chaqueta; y como en un vértigo, todo se borró de su vista, su figura, su presencia; no sentía su aliento; sobre su pecho le pareció sostener una carga de plumas; las yemas de sus dedos tactaban una suavidad virginal de flor o brisa.

«No, no», se decía turbado, como una criatura; su aliento se helaba; un sollozo como un nudo ahogó su voz.

A Carmen debió extrañarle su silencio, porque, resbalando de sus brazos, con ágil movimiento enderezó el cuerpo para mirarle el rostro. Lorenzo retiró sus manos.

—¿Crees que alguien puede espiarnos? —le preguntó, con mal disimulado azoramiento.

Lorenzo no atinó a responder; volteó la cara en torno. Bien entendió que Carmen le acusaba, y se halló ridículo. ¿Le acusaba de qué? Ahora fue él quien se sorprendía a sí mismo en un delito; su situación se tornaba más y más embarazosa.

—¿A qué me has traído? Mira cuánto rato ha pasado ya —e hizo un respingo malicioso; después rió y se apartó un breve trecho para ir a sentarse sobre las raíces de un *tenúu*, frente al muchacho.

Este estaba ahora contemplando unas flores de azucenas silvestres que asomaban su vivo color por encima de los helechos. Su primera intención fue coger algunas y ofrecérselas; mas pronto desistió de hacerlo. Le echó entonces una tímida mirada; el vestido se recogía más allá de sus rodillas; por un instante él no pudo apartar los ojos de sus piernas, que ella parecía mostrar con verdadero descaro; y sorprendió en su mirada algo que quería decir que aquello no era una travesura. El rostro de Lorenzo se puso rojo. Carmen le suplicaba con extraño gesto que fuera a su lado.

El muchacho se puso de pie.

—Es tarde ya —dijo él. Debemos irnos —y echó a andar hacia la huella, sin volver ya la vista, con lento paso, sintiendo saltar aún aquella diabólica bolita dentro de su cabeza.

Carmen le contempló alejarse. Lorenzo descendía ya la loma; primero desaparecieron sus piernas; luego el cuerpo hasta las espaldas; a ella le pareció que su cabeza flotaba en el aire.

—¡Lorenzo! —gritó, plantándose de un salto sobre la huella.

El muchacho se detuvo.

—¡Hola! —exclamó—; creí que deseabas continuar ahí hasta la noche… —su voz era tranquila.

En cambio, ella no lograba dominar su fastidio.

—Que para traerme contigo y abandonarme, no te habría acompañado —dijo, e hizo un gesto de desprecio.

Lorenzo no respondió; la cogió de un brazo delicadamente, y

con suave paso la condujo hacia la ribera.

La sombra de la tarde caía sobre el mar; los farallones, la playa, los corrales de pesca iban quedando sumidos en la niebla; apenas se distinguía la costa hacia Lincay; las casas de Chonchi se desdibujaban, se esfumaban en la distancia.

Tomaron la vuelta. Lorenzo venía silencioso, sumido en ingratas recriminaciones. Carmen le abandonaba por instantes; corría a recoger una piedra que arrojaba a las gaviotas amparadas en la Roca de los Cuervos; o se quitaba los zapatos y se entraba a las olas. Inquieta volvía a su lado y le arrastraba de la mano, incitándole a perseguirla; así lo hacía él; luego dejaron la carrera, se cogieron de los brazos; a la entrada del pueblo él la atrajo dulcemente a su pecho.

Una luna como una inmensa farola subía apresurada desde el fondo de las aguas.

—Liborio Bórquez se lo ha dicho a todos que él y yo hacemos bellaquerías.

Lorenzo se apartó con violento ademán; una sensación de calor le corrió por el rostro.

—Mentiras, Lorenzo; no vayas a creerlo…

—¿Por qué, pues, me lo dices? —el muchacho le volvió las espaldas.

—A Liborio no le quiero ni pizca…; no te creas; te quiero a ti, Lorenzo… —le hablaba ella, porfiando por mirarle los ojos. Luego agregó, picada de malicia—: Liborio hace zumba de mí, Lorenzo.

—Ya le he dado su merecido —habló él con seriedad.

Carmen se abrazó a su cuerpo; Lorenzo no supo qué hacer, y como movido por un impulso que naciese en lo profundo de su pecho, se desprendió de ella, y continuó ahí, silencioso y confundido. Ella le atisbaba con viva inquietud; qué extraño le parecía aquel proceder. Estaba asombrada y triste.

—¡Bah! —dijo—; mas ya lo sabes…

Permanecían sin avanzar al borde del arroyo.

—¿Por qué no ir conmigo hasta mi casa? ¿Lo quieres? —suplicaba.

Lorenzo seguía silencioso; en verdad, cuanto ella le decía era una nueva aflicción para su pecho.

—O volveremos al bosque… Mañana he de aguardarte… Dilo,

Lorenzo.

—Está bueno —respondió, acercándose a ella. En su pecho, en sus ojos temblaba un deseo que le quemaba el alma.

Carmen se empinó repentinamente hasta su rostro y le dio un beso; luego se alejó a la carrera. Su delantal blanco desapareció en la sombra.

Un largo instante estuvo Lorenzo sin resolverse a seguir su camino; con los ojos cerrados evocaba desde el primer recuerdo hasta este último; estaba bueno. Pero todo seguía teniendo para él un sentido informe, vago; finalmente se halló ridículo, y tuvo un estremecimiento como si sospechase que alguno de sus compañeros le estuviese observando.

Entonces decidió continuar hacia el pueblo.

«Hay que irse de aquí», pensaba. Un repentino deseo de huir, de abandonar la Isla le creció poderoso; aquí quedarían la Juana, tía Adelaida, don Remigio, Liborio y Carmen. ¡Puah! ¿Qué lazos podían contenerle? ¿Por qué no decidirse de una vez?

El muchacho se allegó al astillero y fue a apoyarse en la borda de una balandra que cabeceaba en el surgir de la marea. Ahí se estuvo dando vueltas y vueltas a sus pensamientos; sus reflexiones hacían un mismo camino siempre y llegaban siempre a un mismo término; se iría de la Isla; cuanto antes, mejor; qué le importaba a él Carmen y lo demás. Él no tiene padres; es un huérfano; bien puede hacer su voluntad. Es el tiempo en que zarpan los pescadores, los cazadores de lobos, las comparsas de la esquila. ¿Por qué no irse con ellos?

Una voz le sacó de sus meditaciones. Liborio Bórquez se allegó a él y reía con sus habituales carcajadas. Era indudable que los había espiado; no podía ser otra cosa. Lorenzo volteó el cuerpo dispuesto a reprocharle su conducta. Pero ya el otro le golpeaba el hombro al tiempo de cuchichearle en la oreja:

—En la chacra del indio Quereb tengo una moza… ¡Carajo! ¿No me acompañarás, Lorenzo? Para ti no ha de faltar otra que se ayunte a la mía. ¿Qué me dices? —agregó en voz alta.

Lorenzo apartó la cabeza bruscamente.

—Si la vieras, amigo… Qué yegua te montarías —continuaba Liborio, moviéndose como un mono, en medio de sus risotadas.

Lorenzo mismo no pudo evitar la risa; fue una risa franca, una

risa que sacudía su cuerpo y que le libertaba del peso de sus aflicciones.

Echaron a andar. Debían subir la calle hasta la casa de Eulogio Álvarez y de ahí surgirían por el camino de Huicha. El camino estaba oscuro y no transitaba un alma. Liborio no hacia más que hablar, imponiéndole de su historia.

En la puerta misma de la vivienda de Quereb, Lorenzo detuvo a su amigo.

—Debo regresar a Huitauque, ¿sabes? —dijo, disculpándose—; es tarde ya…

Pero al tiempo de decir esto: «es que Liborio ha tenido sus enredos con las mozas y lo sabe todo el mundo», pensaba, indeciso aún; y pensaba también en que él no sabría mostrarse delante de aquella niña.

—¡Zonzo! Haz lo que te parezca…

Lorenzo se alejó avergonzado. Tomó el camino de Huitauque y apuró la marcha. ¡Qué falto de resolución! ¡Qué bobo! Un instante no más que se prometía huir, y he aquí como ahora se hallaba caminando apresurado hacia su hogar. ¡Qué torpe! Se detuvo mascullando un juramento; había alcanzado el alto de la cuesta.

Liborio estaría allá, al otro lado del pueblo, y con él alguno de los muchachos; mañana lo sabrían todos que Lorenzo Andrade es un zonzo.

Alzó los ojos para contemplar la luna que justamente cruzaba por encima de Lemuy. Entre la débil claridad de la costa, pegada a los peñascos, una barca desplegaba sus velas; zarpaba inclinada de babor, casi rozando las aguas con la borda; sorteó las embarcaciones que atajaban su rumbo; cortó las tranquilas aguas, y lentamente fue alejándose, con todo el velamen al viento, hasta desaparecer detrás de la isletilla.

10.- Engañifas, Lorenzo

La Juana quería hacer de Lorenzo un cristiano legítimo.

—No es bastante saber las oraciones, Lorenzo; acércate por la casa de Dios.

Pero no eran solamente los consejos de la Juana; también tía Adelaida le instaba a ir a la doctrina.

—Y harás tu primera comunión, ¿sabes? ¡Jesús! Eres casi un mozo y aún no te confiesas; el señor párroco se lo ha dicho a Cárdenas.

Esto era verdad.

—Guapo hombre va a sacar usted de Lorenzo Andrade… Todo el tiempo se le ve ir suelto; ya se oyen algunas quejas…; óigalo usted, don Remigio: árbol que crece torcido…; a los mozos les hace falta freno, y que no vaya a decirse más tarde que usted está criando cuervos para que le saquen los ojos…

Lorenzo había estado en la capilla una vez solamente. De esto hacía un buen tiempo. Entonces había sentido un miedo espeso y frío que se le entraba hasta las tripas, se le atascaba en el vientre y le hacía temblar; había tanto silencio y un olor a humedad y sombras; de súbito los ruidos más pequeños se agrandaban, rodaban por el suelo como perseguidos, topaban las paredes, subían al coro; después, un silencio mayor. Una mujer encubierta permanecía inmóvil ante una imagen, con los brazos en cruz, murmurando oraciones. A Lorenzo le dieron ganas de huir, y desde esa tarde no volvía por la parroquia.

Ahora asistía a la doctrina.

La persona de don Braulio le simpatizaba y no perdía ocasión de allegarse a su lado. Comenzó a frecuentar su casa; revolvía los libros del señor cura y leía con avidez las «Vidas de los Santos».

Su conducta con Carmen no había variado; ella parecía realmente enamorada del muchacho y se llenaba de alegría cada vez que este se presentaba por la casa. Le consideraba como a un novio y le atendía con tierna solicitud.

Don Braulio no escondía su satisfacción ante el cambio que advertía en Lorenzo; le había visto en la iglesia, de rodillas, con los ojos levantados, las manos juntas, adorando a una Virgen María, que era de palo de luma, revestida de enaguas y polleras, al uso de las mujeres del pueblo. En la enseñanza se estaba atento, sumido en difíciles pensamientos; en más de una ocasión había sentido sobre su alma como un vuelo que le enervaba y le ponía casi en éxtasis.

—La Gracia ronda como una paloma el corazón de los jóvenes —le había explicado el señor párroco.

Esto debía ser ciertamente, pensaba el muchacho.

—El mozo es de talento, y manifiesta una verdadera vocación; convendría educarle en Ancud —le había dicho el señor cura a don Remigio.

—Ha de verse…

La Juana observaba con íntima alegría la transformación de su niño; para sus ojos nada permanecía oculto u oscuro si se trataba de Lorenzo.

—Te has de hacer un santo, niño; confiarás siempre en el Ángel de la Guarda…

A Lorenzo le parecía entonces que la Juana era ese Ángel; él había crecido apegado a sus polleras; por ella no se creía tan huérfano y la amaba como a una verdadera madre.

Lorenzo se llenaba la frente de bellos símbolos. A solas se representaba con signos muy concretos cada pasaje de la doctrina; así Dios era una rueda, una rueda enorme como el horizonte, o mayor sería tal vez, y daba vueltas sin parar; el mundo era su barrilete; de esta manera se mueve el universo: cielo, tierra y mar, y Dios está así en todas partes. Salen los días, suben las noches, el tiempo pasa y no puede de esta guisa detenerse jamás. Todo viene en camino desde muy lejos, a través de la vida, y todo se va muy lejos, hasta ahí mismo donde ha salido, a través de la muerte.

Lorenzo vivía ahora extraño a las cosas y sucesos del pueblo; a sus amigos les sorprendía la singular conducta del muchacho y se burlaban de él.

—Eres un raspasantos —le decían—; cargarás sotanas, cuervo…

—El señor cura te arrancará las orejas; ya sabrá él las bellaquerías que le has hecho a Carmen Gómez…

Pero Lorenzo había dejado ya de preocuparse de Carmen y sufría

las cuchufletas con amable resignación, como si le agradase oírlas. Más de uno, entre los rapaces, había llevado su insolencia hasta el punto de provocarle; a Lorenzo le hubiese quizás agradado recibir un castigo de aquellas manos.

La tarde de su confesión el sacerdote recibió sus más secretos pensamientos; él se los entregaba con inocente, alegre complacencia. Ahí, a sus pies, arrodillado y contrito, sentía cómo su corazón iba desprendiéndose de una cáscara, cual si fuese naciendo dentro de su cuerpo una criatura nueva.

Al regresar a Huitauque, la brisa del mar, fresca y limpia, le bañaba enteramente; una gracia deliciosa le envolvía y se hallaba liviano y purificado.

Don Braulio, en mitad de la misa, subió al púlpito; las madres se mostraban orgullosas y miraban a sus hijos que estaban atentos a la prédica y levantaban en alto sus ramos de azucenas.

La voz del señor párroco llenaba la alta nave:

—El Hijo de Dios entrará en vuestros corazones y seréis como los ángeles…

Lorenzo Andrade permanecía sumido en un ensueño; bajo su frente, sus ojos se llenaron de sombra; algo se estremecía secretamente en el fondo de su alma; había allí una pesada mano apegada a su pecho que amataba sus latidos. Sonaban lejanas, en sordina, dentro de sus orejas las notas de los rabeles, las dulces voces de los cánticos que desde el coro acompañaban el oficio, las palabras del señor párroco.

Algo semejante al miedo crecía y crecía como la marea y le ocultaba pesadamente. Le pareció encontrarse de súbito en el mar, entre la bruma, llevado por las olas y el viento; alguna vez, navegando en las chalupas había sentido ese mismo pavor que era de vértigo como si ya no más fuera a sumergirse en el abismo. Así era ahora. Estaba solo, completamente solo frente a Dios, y él era pequeñito, tan pequeñito como una oruga, exactamente como una oruga. Lorenzo estaba ausente de todo lugar, transportado.

Al abrir los ojos vio las débiles luces del altar a través de una vaga penumbra; los rayos del sol que penetraban desde lo alto del coro venían a caer como lanzas sobre las maderas; aspiró el olor de las azucenas; retumbaron en sus orejas las palabras del señor cura. El muchacho seguía desconcertado y volteaba la cabeza a todas

partes.

Siguiendo un rayo de sol alzó los ojos hasta el coro; arriba desde la baranda, Carmen, de pie, le miraba fijamente. ¡Ah! Es que ella estaba ahí, y él no lo sabía. ¿Cuál de las claras voces de los cánticos era la suya? Este pensamiento fue tan fugaz como un pestañeo.

No pudo evitar mantener los ojos en el coro; primero vio sus piernas regordetas, rosadas, desnudas; en seguida su sexo como un breve molusco adherido dulcemente a su vientre; ella parecía no darse cuenta de su mirada; él no podría asegurarlo tal vez. Una tenue racha hinchó apenas sus ropas. Lorenzo quiso apartar de ahí sus ojos; Carmen se inclinó a cuchichear con su vecina, y ambas rieron. Lorenzo la miró allí, una última vez, a hurtadillas. El demonio rondaba ahora cerca de su corazón. Un rayo de luz penetró como una saeta sus polleras y fue a posarse rectamente en su sexo; él lo vio; así fue. Lorenzo no pudo ya detener la carrera de sus pensamientos.

Se escuchaba ahora la voz del señor párroco:

—Huid de las tentaciones.

El muchacho volvió la cara al púlpito; se cubrió la cara con las manos e inclinó la cabeza hasta su pecho; quedó nuevamente a oscuras. Pero entonces veía más cercanas las piernas de Carmen, vio relevado y vivo su sexo, su delicado vientre, y las manos de él, que subían atrevidas por debajo de aquellas ropas como debieron subir la otra tarde en el bosque, cuando él la había abandonado. Lorenzo temblaba entero. Alzó los ojos y se enjugó la frente. El párroco le contemplaba a él; a él se dirigía; no cabía duda:

—Hay que ser limpios de corazón… Huid de los malos pensamientos…

Pero el mal pensamiento se apegaba a él; no podía desprenderlo, se apoderaba de su ser, ávido y poderoso.

Don Braulio concluyó deseando «felicidad en los hogares en cuyo seno Dios permanecerá como guardián de la pureza y de la inocencia».

Mengo, el sacristán, agitaba la campanilla en el instante de la consagración. Lorenzo cayó de hinojos. ¿Qué iba a suceder ahora? Le latían las sienes, su cara estaba pálida y fría y temblaba sin poder contenerse.

Cuando sus compañeros se alzaron para acercarse a la reja del

presbiterio, Lorenzo los siguió. Avanzaba, perdida la conciencia, como si penetrase sonámbulo por una caverna.

El párroco estaba ya a su lado. Él oyó confusamente las palabras que el sacerdote repetía frente a las cabezas de sus vecinos; a él le contemplaba con ojos severos; luego, con una hostia entre los dedos, hizo una cruz en el aire. Lorenzo abrió la boca con los ojos entrecerrados. La hostia se le pegaba al paladar, en la lengua. Todos volvían ya a sus lugares; solo él permanecía de rodillas, porfiando con las bascas, sin poder tragar la delicada forma. Se levantó finalmente y fue a echarse de hinojos a los pies de su Virgen de luma.

Afuera le esperaba la Juana; le acarició como si él fuese aún un chicuelo, y le arrastraba de la mano. Lorenzo pisaba sobre espinas y estuvo a punto de soltar las lágrimas.

—¿Qué pasa si un muchacho comulga en pecado? —se lo preguntó tímidamente, a sabiendas de que ella habría de decirle cuánto él sabía.

—Es un pecado muy grande, mi niño…

—Uno se irá al infierno por eso, ¿sabes?

—No he sentido decirlo; eso ha de saberlo el señor párroco…

Este y los días que vinieron Lorenzo anduvo inquieto, presa de graves preocupaciones. Vino a la capilla, esperando encontrarse con don Braulio. Este había salido por el campo y no volvería hasta algún tiempo más. Regresó finalmente, y Lorenzo estuvo a verle, mas se cuidó bien de interrogarle sobre el asunto. Era que la presencia de Carmen le perturbaba y se abstuvo de visitar aquella casa.

Entonces hacía penitencias como él había leído en las Vidas de Santos. Pronto sí, le asaltaron hondas sospechas, dudas continuas. ¿No había visto acaso cómo algunos entre sus compañeros se burlaban de los sacramentos, de Dios y del señor párroco? Y juraban en falso; sin embargo, vivían felices, sin temor alguno y hacían mofa de sus aprensiones.

—Engañifas, Lorenzo… Engañifas… ¡Ni más ni menos! Patraña para embaucar a las mujeres. ¡Zonzo! El propio señor cura comete graves faltas… ¡No habré yo de saberlo! Y no te creas: son pecados mortales con las mujeres… Óyeme, Lorenzo… —Liborio Bórquez le llenaba la cabeza de porquerías.

Lorenzo se iba de nuevo por la iglesia y pasaba de rodillas a los pies de las imágenes; seguía pensando en que Dios era bueno y justo, y en que él había pecado gravemente. Pero su castigo no llegaba aún; esto debía ser porque había renunciado a meterse con Carmen, a pensar en ella siquiera, y decididamente la rehuía cada vez que ella le llamaba desde la ventana de su casa o le atajaba en la plazoleta…

—¡Eh!, Lorenzo…, Carmen Gómez te está haciendo señas…

La muchacha, desde el cerro agitaba su pañuelo blanco. Pero Lorenzo prefería volverse a Huitauque.

Una tarde en que Lorenzo permanecía entre la sombra, bajo el altar, le pareció percibir unas pisadas que venían del fondo de la iglesia. Volvió los ojos, mas no pudo distinguir a nadie.

«Ha de ser Mengo —pensó—; tal vez el señor cura».

Y tuvo un estremecimiento. Ahora sí le confesará su pecado.

La silueta de una mujer apareció por detrás de una columna y anduvo hacia la sacristía. La puerta se abrió y la diminuta figura de don Braulio se mostró en el umbral. La sorpresa de Lorenzo iba en aumento. El señor párroco, sin recelo alguno, acariciaba a aquella mujer a los pies de aquella Virgen, ante la cual Lorenzo lloraba sus penitencias; luego vio cómo se entraban por la sacristía.

El muchacho quedó alelado; sentía una creciente irritación, no sabía contra quién. Lo que él veía vino a oscurecer su cerebro y le estremeció hasta el fondo del alma. Un grito se deshizo pesadamente en su lengua.

11.- Compañero de Soledad

¿Por qué razón se murmura contra él en el pueblo? ¡Ah! Las gentes baten ahora sus lenguas, vengando viejos agravios; mas él no se merece los desprecios. Todo a causa de su matrimonio. Se ha casado, y bien, ¿qué mal hay en ello? ¡Hum! No va a ser él quien haga caso a las torpezas de la gente. Cualquier otro, ¿no hubiera hecho lo mismo? ¿Qué remordimientos pueden, pues, herirle? ¡Ajá! ¿Es que la gente esperaba que él renunciase a los diez mil pesos que Antonio Andrade malgastó en sus trabajos? Eran diez mil pesos contantes y sonantes, de buena plata castellana; eran su trabajo, su sudor; sí; las gentes se imaginan que él es un miserable y quieren que proceda como un bobo. No; él no iba a quedarse mirando la luna. ¡Je! ¡Je! Al diablo con las bromas.

Sin embargo, Cárdenas parece hacer caso a los comentarios y se abandona un poco a la violencia. Alguna recriminación le punza de pronto como una espina; sus ideas se enredan, y entonces siente como si anduviese descalabrado y falto de aire.

Y luego que ha dado en pensar en que su mujer no es buen negocio; ¿no había vivido hasta entonces tranquilo y solo? Pero ahí tiene que se lió en el asunto del ciprés con Antonio Andrade, y todo lo demás.

Él ha gastado su vida penosamente; esta es la verdad; él se ha consumido en el trabajo y ha caído ahora en complicar sus asuntos. «Debo ordenar mis cosas», se repite. «Allá, a ese lado, quedan la deuda de Antonio Andrade, la mujer y el hijo, el suegro y la sirvienta. ¡Cuánto no significa en dinero todo esto! Acá quedamos mis negocios y yo; no es lo mismo, pues por allá sale lo que por acá entra; y el problema parece no tener arreglo posible». ¿Cómo podría decir que las tierras y casas de su suegro y su hijastro le pertenecen? Por ello es que piensa que su matrimonio no ha sido un buen negocio.

De todo resulta que él no es el mal hombre que dicen. ¡Quiá! ¿Quién se atrevería a decir que Remigio Cárdenas hace como los

demás? En el pueblo se le conoce tanto como él conoce a sus vecinos.

Bien lo está recordando. Treinta o más años hace que él llegó a Chonchi; era un mozo todavía cuando abandonó su pequeña isla, en una de las goletas que de tarde en tarde se acercaban por Imerquiña; vino a dar a la Isla Grande. ¡Cómo ha volado el tiempo, Dios mío! Allá en su isla los niños crecían en el mar, metidos en las chalupas, corriendo los canales hasta las cordilleras; era una vida de indios; recogían peces, abrían el vientre de los lobos, descueraban *chungungos*, secaban los mariscos; andaban vestidos miserablemente. Todos parecían vivir felices en medio de las lluvias y temporales, llevados por las mareas y los vientos, arrimándose a las caletas para dormir bajo los árboles o para guarecerse bajo los enrocados, revueltos en torno de las fogatas.

La isla de Imerquiña no tenía tierras cultivables, ni tenía bosques, ni había pueblos ni caseríos. Bajo las peñas alzaban sus cobertizos que llamaban cuarteles; ahí se amparaban cristianos, gentiles y bestias; ahí cosían los cueros de lobo para reemplazar las velas podridas; arrufaban los palos que traían de las cordilleras para armar el esqueleto de sus *dalcas*; trabajaban como salvajes payos y, al mar nuevamente, a pelear por la pitanza.

En Chonchi él había iniciado sus trabajos vendiendo las yerbas que recogía en los bosques y cuyas virtudes iba conociendo; tuvo suerte y prosperó. Ahora es rico; es el caballero más principal en el pueblo.

Primeramente con secreto asombro, luego con avidez, sin lástima para con nadie, ha aumentado su fortuna. Le llaman brujo y dicen de él otras tonterías. ¡Patrañas! Es que son supersticiosos; mucho más lo son los blancos y los mestizos que los mismos gentiles. Él nada hace por destruir tan oscuras sospechas y deja crecer la leyenda. ¡Bobos! ¡Ni él es *gente del Arte*, ni proveedor de *El Caleuche*! ¡Bobos! ¡Je!… ¡Je!…

No cuenta el valor de las tierras que han pasado a sus manos, ni las casas, ni las hipotecas; tiene dinero sonante; unos cien mil pesos. Nadie en Chonchi puede decir que posee otro tanto. Todo lo debe a su trabajo. Bien lo dejó demostrado cuando le denunciaron como usurero a las autoridades de la Isla.

Él no roba en las medidas ni en el trueque, como lo hace don

Carlos; ni niega los suples a las mujeres de los cazadores que salen a la lobería, ni siquiera conchaba indios por bastimentos. Si necesita un servicio, lo paga; es lo mejor; se evitan compromisos. Cuando los clientes no cumplen con los réditos, él no apura la devolución del dinero; no, señor; ni hace como don Ignacio que embrolla con trampas y cuchufletas a la pobre gente; ni como don Juan, que prefiere no recibir de un golpe el pago de las cuentas para retener en su chacra las mujeres y mozas de sus conchabados. ¡Ah! ¡Bien conoce él las mañas de sus vecinos!

Hoy, lo observa, las gentes se mofan y le desean desgracias y le cubren de murmuraciones. ¡Comadreos! Malas lenguas que están infestando el pueblo.

Estos y otros pensamientos le cruzan por la cabeza al regresar de su tienda hasta Huitauque; contempla a su mujer y toma en su presencia un aire desconfiado; ella le habla con alguna dureza.

Es entonces cuando don Remigio Cárdenas, para cortar por lo sano, como se dice, le interroga por las aves, por la comida, por la ropa, o le gusta permanecer solo y se pone huraño y taciturno.

—Parecen soledoso hoy…, ¿o es que están enfermo? —le pregunta la Juana.

—¡Nada, mujer! —responde; y luego agrega—: el viejo de la panadería quiere plata y aún no paga los réditos vencidos; el párroco me notició del robo de la vaca Pinta… —Por último, como para aliviarse de su fastidio, refunfuña—: el suegro está borracho, tirado ahí en el camino… Le he visto al pasar… ¡Uh! Es un bribón…

—Ahorita salgo y le traigo —interrumpe con acritud Adelaida. ¡Jesús! Le tratan a mi padre como si él fuese un perro…

—¡Hum!

El viejo va a decir algo; pero se traga las palabras y crece en su pecho el desaliento como una mala hierba y, resignado, movido por un secreto impulso, acaricia a Lorenzo como a un compañero de soledad.

12.- Mozo sin Juicio

Allá en la loma de Huicha, la gran cruz del cementerio sobresale, alta, más de tres varas por encima de los cipreses. Como el cielo está despejado, se pueden contemplar las cumbres de los Andes, la torcida silueta del Corcovado; pasan muy arriba sobre la Isla, como rasando el cielo, dos cóndores; dan solemnes vueltas, bajan lentamente en busca de los rebaños.

El cielo tiene un color azul profundo; el mar sosegadamente copia las montañas, dejando en el centro del canal como una luminosa estela; la tarde es fresca, apacible.

En toda la extensión del cementerio no se ven más que cruces como pájaros de delgadas alas blancas, y parecen como si vinieran posándose en este mismo instante sobre las rejas de las tumbas.

Lorenzo Andrade contempla la cruz y la reja que guardan el pedazo de tierra bajo el cual descansan los huesos de sus antepasados. Aquí, Eulogio Álvarez le recuerda por centésima vez la vida de Antonio Andrade, ejemplo de hombres, chilote emprendedor y valiente, y los fracasos que le llevaron a la muerte. Los chilotes fueron siempre los mejores marinos de América; gente industriosa, trabajadora; leales y honrados; siempre anduvieron detrás de la aventura, pues el mar y los vientos están aquí incitando a los isleños, llamándolos al misterio de los viajes…

Eulogio habla con el entusiasmo de un mozo.

No se quiere otra cosa Lorenzo; él acaricia esos propósitos. Se irá de la Isla en una de las barcas de Euquiza, que son las únicas que emprenden grandes viajes por la ruta del Cabo de Hornos.

—¿Como tu padre?

—Igual que mi padre.

Lorenzo tiene de su padre una idea heroica; imagina que fue un hombre como alguno de aquellos que ha encontrado en las páginas de las novelas que Eulogio le hace leer de vez en cuando.

—Te estás haciendo un hombre, Lorenzo, y aún no asientas el juicio…

La voz de Eulogio tiembla al hablarle de las responsabilidades de quien está obligado a ser tanto o más que su padre:

—Lo primero ha de ser hacerse un hombre a carta cabal, y esto, la vida solamente puede enseñártelo.

Entonces Lorenzo está en su gloria. Habla con ardor, defendiendo sus proyectos. En las estancias de la Patagonia argentina, los braceros chilotes son muy estimados, y cuando regresan traen en los tiradores muchos pesos nacionales; además conocen la vida; se hacen hombres lindos; él irá allá; o a Rivadavia, para el lado del Atlántico, en donde, así lo contaban los que allá han ido, hay una gran ciudad de mucho movimiento, con su puerto siempre atestado de buques de Europa que llenan sus estanques con el petróleo; el petróleo brota a raudales de la tierra y vale tanto o más que el oro, y luego la posibilidad de embarcarse a correr el mundo; *sin deso* puede habilitar unas goletas; irá por los Chonos o más al sur a cazar lobos y *chungungos*, pues venían a Chonchi los compradores chilenos y pagaban los cueros a precio de oro.

Él ha visto a los marinos chilenos que bajan de los buques de guerra cuando hay maniobras en los canales; bajan con sus brillantes uniformes y caminan severos y llenos de orgullo; también él se ha acercado hasta los mismos buques y ha oído el ruido de las máquinas y ha visto desempeñarse a la marinería en las faenas del alistamiento. ¡Oh! Lorenzo no hubiese deseado ser otra cosa que un marino.

Sí; se irá de la Isla como lo hacen todos; él, piensa, no iba a ser el único entre los muchachos de su edad que permanecería en Chonchi como un *popo* en su cueva. Liborio Bórquez ya ha partido para la Patagonia y con él, cuatro mozos amigos. ¡Oh! ni siquiera avisaron su partida. Y así lo hacían todos, y así se había hecho siempre. Y así habrá de hacerlo él.

En fin, Eulogio puede comprender que Lorenzo no tiene nada determinado; en él no hay otro anhelo, como chilote que es, que el de salir de la Isla, zarpar un día cualquiera a bordo de una goleta, de un bergantín o de una chalupa, con rumbo a lo desconocido.

—Don Remigio Cárdenas ha resuelto enviarte a Ancud, a Grumetes…–Eulogio deja caer estas palabras lentamente, y acecha.

Lorenzo ha dado un brinco; y si Álvarez le interrogase en este mismo instante sobre lo que esto significa, él no sabría decir si ha

estado todo el tiempo junto a su maestro o si viene de vuelta de un viaje.

—Que ha sabido lo que se habla sobre tus relaciones con Carmen Gómez, la sobrina del señor cura… —continúa Eulogio—; ¡zonzo! ¿Aún no lo has sentido decir? Liborio Bórquez ha averiado a esta niña, y no faltaría más sino que tú fueses a pagar las consecuencias.

Lorenzo se ha quedado mirándole de hito en hito, y ha abierto la boca en un gesto de absoluta idiotez. ¿Cómo puede ser esto verdad? Y él no lo ha sabido ¡De manera que Liborio va de fuga! ¡*Catay*! ¡Ahora sí estaba bueno!

Eulogio atisba al muchacho; grande ha sido el efecto que le produce la nueva.

—Además —prosigue—, no está bien que andes alborotando al pueblo, y pierdas el tiempo en bobadas; mira que tienes que hacer algo para rescatar la herencia que ha dejado tu padre; para rescatar esas tierras y lo demás.

—¿Cómo podría hacerse eso? —pregunta arrugando el ceño.

—¡Qué cosas dices! ¿Es que no entiendes que Cárdenas retiene lo que derechamente te corresponde? Y todo a causa de la deuda que Antonio Andrade no logró cancelar. ¿Eres tú dueño, acaso, de lo que fue de tu padre? ¡Qué cabeza tienes, hijo mío! Cárdenas ha movido ya sus pasos; ha hablado con el párroco…; él no pierde oportunidad para afirmarse en la posesión de aquellos bienes…

Lorenzo le contempla con un marcado aire de incredulidad en el rostro.

—¿Pero no ha dicho usted que él ha resuelto enviarme a Ancud?

—Eso es; te irás a Ancud, a Grumetes; él confía en que serás un hombre de provecho, y, ¡vamos!, entonces podrás recibir tu herencia y saldar la deuda de tu padre…

Lorenzo se ha allegado a la silla en que Álvarez reposa. No sabe qué es lo que le consuela al oír hablar a su anciano maestro; pero esto es cosa de breve tiempo; ya el pensamiento de Lorenzo se aleja otra vez tras el recuerdo de Liborio Bórquez; ¡qué grandísimo bellaco su amigo! ¡Vaya! ¡Vaya! ¿Y Carmen? Se encoge de hombros; sí; todo está acabado… Quién lo hubiese creído…

—Es cosa resuelta, amigo —habla Eulogio, jovial y satisfecho—; yo mismo he intervenido en ello; se ha hecho por tu bien, Lorenzo;

mira que el enredo ya iba haciéndose un nudo, y mañana no se sabría qué hacer para ordenar las cosas.

El muchacho permanece sin responder, sumido en sus pensamientos; Eulogio se ha visto obligado a llamarle por su nombre.

La tarde cae sobre el mar; por el canal avanza una barca de tres palos con todas sus velas en lo alto.

Ellos vienen de regreso hacia el pueblo que se divisa por entre el bosque, con su iglesia, sus techos, sus huertos, casi encima del mar.

Lorenzo empuja la silla de ruedas y echa a volar sus ensueños. ¿Dónde estará Carmen Gómez? «Vamos a ver», se dice. Esta vez él salía de la escuela; ella bajaba la cuesta de los Barrientos; iba con otras muchachas; de pronto estuvo a su lado; Carmen se asustó y se puso a correr por la plazoleta; luego se metía en su casa; después se asomaba a la ventana; qué extraña le pareció entonces su fuga. Y fue aún más; cuando él se acercó a hablarle, ella se puso como una guinda. Todos estos días había sido igual. Más que antes, ahora que Liborio estaba en viaje, él deseaba reanudar sus relaciones. ¡Ah!, si hasta esperaba que irían otra vez al bosque, y ahora sí él sabrá portarse como es debido; ella estaba cambiada; ya no tenía aquel pícaro gesto con que le acechaba al pasar; ¡oh!, y aquella tarde en que ella se cayó al mar por ir reculando sobre el terraplén. Eso fue porque él pasaba por aquel sitio; se lo habían dicho las Vera, sus primas; y recordaba también el coro de risas que hacía burla de su desgracia. Luego Carmen cruzó nadando hasta el astillero. Cuando él pasaba frente a la parroquia, Carmen le llamaba desde el otro lado de las estacas del corral, y él pasaba muy serio, sin hacerle caso; solo que siempre volteaba la cara desde lo alto, pero ella no podía ya verle. O le enviaba recados con las Álvarez; estas eran dos muchachas que se pintaban las mejillas y se ponían trajes costosos y se mostraban con orgullo y andaban pizpiretas y eran la tentación de los hombres. ¡Puah! A él no le agradaba charlar con ellas. No hacían más que reírse burlonamente de él; y no les paraba la lengua; que Carmen ahí, que Carmen acá, que Carmen te llama. ¡Uf! Como si quisiesen que les confesara cuánto había sucedido entre Carmen y él. «Estas muchachas se han figurado que yo voy a contarles aquello del bosque. ¡Nones!». Esta palabra la había oído en boca del señor párroco; y ahora la usaba por primera vez; le hizo

gracia y se puso a reír.

—¿De qué ríes, Lorenzo?

La voz de Eulogio le golpea inesperadamente, mas no logra apartarlo de su pensamiento.

Carmen ha dejado de hablarle; ¡qué cosas! Liborio Bórquez va en fuga; y ahora, ¿qué? Lo mejor será irse.

Ahí va el muchacho empujando la silla de ruedas por el respaldo; distraído se aparta del camino; la silla se detiene con brusquedad.

—¡Vamos! Si parece que has perdido los ojos, Lorenzo.

—¿Verdad que iré a Grumetes? —interroga sin atender a la advertencia, y pone las ruedas en la huella. Qué buen hombre es don Remigio —acaba por decir, siguiendo el destino de su pensamiento.

—Deberás darte una vuelta por mi casa; mira que es necesario alistarse; deberemos acordar tu partida y lo demás…; poca cosa, hijo, poca cosa…, y luego, a ser marino.

Entran en el pueblo. Las luces del atardecer van muriendo sobre los bosques, ahogándose bajo las aguas; la oscuridad sube con lentas alas, abatiendo sosegadamente los últimos resplandores del crepúsculo.

13.- Extraño Vértigo

—¡Regalo! ¡Eh! ¡Chus! ¡Largo!

El hombre le arrojó una piedra desde este lado del cerco; el perro sorprendido echó a correr; el hombre lo contempló un momento, y, cuando lo vio saltar el último tranquero, se puso a silbar. Luego se fue alejando hacia un rincón del huerto. El pasto le cubría hasta las rodillas y le entorpecía la marcha; andaba a zancadas, trabajosamente.

La casa de don Remigio Cárdenas quedaba a su derecha; él volvió los ojos para observarle, al pasar; unas gallinas picoteaban sobre el cuero de una oveja, tendido a secar bajo la ventana; el caballo de Cárdenas pacía, yendo de aquí para allá, en el potrero; el viento batía las ropas prendidas a una reata; la puerta que daba al corral recibía el reflejo del sol de aquella tarde; el camino, el huerto, solitarios.

El ladrido de Regalo iba ya lejos; el hombre apuró el paso; bajo un frondoso camueso se detuvo; tendióse de espaldas y se quedó inmóvil, mirando pasar las nubes.

Al poco rato llegaba Adelaida Vera; venía sobresaltada, inquieta, y volteaba la cabeza hacia el corral. El hombre alzó su cuerpo.

—Siéntate aquí —le dijo—; más cerca. La cogió bruscamente de la cintura y la abrazaba.

—Suéltame; no puedo estar aquí mucho tiempo, ¿sabes?; el viejo llegará en un momento.

—¿A qué has venido?…

—Suéltame…

—¿Qué te pasa, mujer? No te soltaré todavía —la acostó sobre la hierba y se entregó a besarla.

—Déjame ya —rogaba Adelaida.

—Tonterías… ¡No te vayas! Quiero decirte algo; espera; ¿por qué no me abrazas? Abrázame así; más fuerte…

—Déjame —dijo ella, suplicándole una vez más— él puede haber llegado ya.

Ricardo Krausse, afiebrado por el deseo, sin hacer caso de su ruego, la apretó a su cuerpo; la incomodidad de la postura, dibujaba bajo su nuca un grueso pliegue; su cuello enrojeció como el de un pavo en celo.

—Quiero que te vengas conmigo; ¿entiendes? Prométeme que lo harás —y con voz amenazadora—: ¡ahora mismo me sigues; acabemos de una vez!…

—No; tengo miedo; déjame…

El hombre la asediaba; la acariciaba rabiosamente.

—Te vendrás conmigo, mujer… Te quiero; vente, Adelaida…

Entonces la sacudió torpemente sobre la hierba y la miraba con los ojos puestos sobre los de ella.

—¡Bueno!… Bueno…; sácame de aquí…; llévame contigo…; pero iremos lejos…

—¿A Chile?…

—Sí, Ricardo…

—¡Ja!… ¡Ja!… Tú estás loca, Adelaida…

Le echó los brazos al cuello y Adelaida cayó de espaldas, mostrando sus piernas, pues en el movimiento se le arremangaron las polleras hasta muy arriba de las rodillas.

En un apretado abrazo rodaron un trecho sobre el pasto que los ocultaba casi enteramente. Adelaida forcejeaba y se afanaba más y más por desprenderse. Él entonces la subía, le estrujaba la boca entre sus labios, la mordía, brincaba entre sus piernas y parecía hablarle en voz baja y jadeante.

Adelaida se escurrió finalmente; ahora estaba de rodillas; el pañuelo se le había deslizado hasta las caderas; el viento alborotó su pelo que voloteaba, enroscándose en el aire; una expresión extraña y salvaje brillaba en sus pupilas y le hermoseaba el rostro. El hombre la sujetaba aún con sus manos metidas bajo las polleras; ella hizo un nuevo esfuerzo y se arrastró de espaldas.

—¡Basta!, Ricardo; suéltame ya; te lo ruego —dijo con voz de súplica.

—¡Vamos! ¡Vamos! Un poquito más, mujer —hablaba Krausse sin soltar sus piernas—; acércate…

La atrajo de nuevo a su sitio y la tumbó de un golpe. El hombre parecía estar fuera de sí…

—¿Qué más deseas? —profirió Adelaida, arrastrándose entre la

verdura; de súbito, movida por un impulso violento, apegó su boca al brazo de Krausse. El hombre soltó una maldición.

—Lárgate… No eres más que una bestia —e hizo un ademán grosero, despidiéndola.

Adelaida Vera se levantó bruscamente, y, al querer andar, cayó enredada por sus ropas; Ricardo Krausse permaneció acostado con la cara metida entre las manos, sin atender a lo que pasaba a su alrededor. Adelaida se alzó llena de azoramiento y, echándole una postrera mirada a su hombre, se puso a correr a través del huerto y se perdió tras el portalón de la casa.

A su vez, Krausse se alzó; anduvo lentamente hacia el camino de los Bórquez; Regalo venía corriendo, y le hacía mil demostraciones; el hombre lo recibió a patadas y, sin hacer caso de sus lastimeros gruñidos, continuó la huella hacia arriba; abrió las estacas del cerco; salvó el hueco y se perdió en dirección del pueblo. El perro le seguía a la distancia.

No hacía un año que Ricardo Krausse había desembarcado en el pueblo. Venía de Chile, de Máfil, lugarejo de la provincia de Valdivia; era hijo de un colono alemán que, situado por el Gobierno en aquellas regiones, había abandonado al poco tiempo sus tierras y aperos de labranza que le fueron entregados para el cultivo. Krausse no conoció a su madre, una mujer chilena, con la cual el colono viviera algunos meses; aquella le dejó medio abandonado y fue recogido por una familia de alemanes, en donde el muchacho recibió alguna educación; le metieron después en la Escuela Normal de Valdivia y ahí obtuvo un título de maestro; por entonces no tenía empleo alguno, hasta que, cuñas por aquí y porfías por allá, consiguió un destino para la escuela de Chonchi, cargo vacante por la muerte de la maestra. Al poco tiempo de su venida y mediante los influjos de la Sociedad Explotadora, ocupaba el puesto de juez del pueblo.

Krausse conservaba los rasgos fisonómicos del europeo; era un hombre joven, de piel casi roja, alto, la mirada hipócrita; estaba siempre pestañeando; la nariz encorvada como el pico de un loro. Con su aire de hombre extranjero pasaba ante todos, saludando burlonamente.

En Chonchi frecuentaba la amistad del administrador del aserradero de la Sociedad Explotadora, y, aunque se le admitía en

otras casas, no era menos cierto que nadie tenía con Krausse amistad alguna.

Servía sus cargos perezosamente. En la escuela los niños recibían malos tratos; de nada valían las quejas de los padres, quienes empezaron por retirar de la escuela a las muchachas, pues algunas entre las mayores recibían del flamante maestro declaraciones de amor. Como juez se ganó bien pronto una fama de hombre cruel y vengativo. Era duro y sanguinario con los indios que robaban ovejas, y los perseguía a tiros por los bosques, seguido de los dos gendarmes del retén. Una tarde bajó de Pinda trayendo sobre el cuello de su caballo el cadáver de un indio; le había disparado al verle correr por entre los árboles; mas el indio era Güichipani, un honrado agricultor de Cudehué.

—El caballo de don Martín apareció con las corvas tajeadas; ¡da lástima el pobre bruto!…

—¡*Jueto*! El chileno Krausse, amigos…

—¡Carajo!…

—La sementera de doña Antuca está ardiendo…

—¡Fuego!… ¡Fuego!… —gritaban en el pueblo.

El humo blanco y acre volaba pesadamente sobre los rastrojos; ardían los zarzales, ladraban los perros.

—¡Vamos!… ¡Vamos!… —gritaban los vecinos.

Llegaban al deslinde del ejido y nada podían hacer.

El maldito Krausse se ensañaba contra todo aquel que le mostrase los dientes. Los pobladores se alarmaban; los más caracterizados andaban urdiendo acusaciones contra el juez; señalaban sus faltas de maestro a las autoridades o las enviaban secretamente a sus diputados. Pero a Krausse lo amparaba la Sociedad Explotadora, y la gente no sacaba nada en limpio.

Krausse despreciaba a los chilotes. Le parecían ruines; no entendían nunca; andaban a la greña, recelando unos de otros; se metían en todo; robaban al indio, se servían del mestizo; abusaban de las mozas y se iban a la iglesia a golpearse el pecho. ¡Uf! Si hasta el propio señor párroco era un intrigante, y esto, a pesar de ser el señor cura su mejor aliado.

Krausse quería civilizar, chilenizar, decía, a estos salvajes, y echaba a cada paso maldiciones contra la pechoñería de la aldea, contra las costumbres, y no perdía ocasión para hacer mofa del

modo de hablar de los chilotes.

Cuando supo lo de los brujos y lo de Quicaví y la rotunda fe con que cumplía todo el mundo sus consejos, Krausse se dio a perseguirlos con saña. Ya acabaría con los brujos. Una simple sospecha daba margen para que Krausse hiciese comparecer al denunciado; le amarraba de las muñecas por la espalda, le metía en un cepo y terminaba penándole con cincuenta o más azotes, y hacía cumplir su veredicto en la pequeña plaza, frente a la parroquia; el señor párroco, sin empacho alguno, autorizaba a Mengo, el sacristán, para que hiciese de verdugo.

Desde el primer tiempo de su llegada, Krausse oyó decir que don Remigio Cárdenas era tildado de brujo y de proveedor de *El Caleuche*, pero no se atrevía contra él; le pareció mejor esperar; seguramente podría sacar un buen provecho de ello.

Ricardo Krausse estaba en relaciones con Adelaida desde hacía poco; comprendía muy bien que el asunto era peligroso; así lo decía él mismo cuando hablaba con su amante; pero, qué demonios, él era al fin el juez del pueblo; la mujer de Cárdenas le había ganado la voluntad y se encaprichaba con ella; él no echaba nunca pie atrás en cuestiones de mujeres. El viejo de su marido era un mísero y a Krausse todo esto le importaba un bledo. Ya se encargaría el propio Cárdenas de ocultar los deslices de su mujer.

Adelaida se arriesgaba. En un principio acudió a las citas del huerto, temerosa, y volvía a su casa sin saber cómo ocultar su turbación. Después se entregaba sin cuidado alguno, y hasta olvidaba tomar las precauciones más sencillas.

Esta última vez los había sorprendido Lorenzo.

El muchacho fue esa tarde al huerto para recoger alguna fruta; encaramado entre el follaje del camueso vio venir al juez y luego toda la escena con tía Adelaida. Un sentimiento nuevo en él le llenó el pecho de agrios escrúpulos; lo que a él le sucedía ahí era algo enervador, de ácido gusto, como si una bola de picantes materiales se le entrara por la boca y creciese dentro de su cuerpo; aquel sabor corría por sus venas y le caldeaba la sangre y se mareaba. En su cabeza se agolparon las escenas que él había presenciado entre las bestias; le dolía el pecho resistiendo sus latidos; un ardoroso vértigo se apoderó de sus miembros y le acometió un temblor nervioso.

En la mesa, a la hora de la merienda, no se atrevió a mirar a su

tía, quien se mostraba alegre y hablaba confiadamente.

Don Remigio parecía contagiado y estuvo locuaz; acaba de conocer en su despacho la historia de una indiecita a quien el *trauco* había violado en el bosque; la historia era jocosa y el viejo reía de buenas ganas. Adelaida se levantó para retirarse. El viejo volteó la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó un tanto sorprendido.

—Ahora no más recuerdo que la señora de Bórquez me ha enviado a llamar; sí; debo ir a verla…

—Yo la he encontrado hace un momento…; nada me ha dicho.

—¿Qué iba a decir? —habló ella con acritud.

Adelaida salió decidida, arrastrando los pies. La sala quedó en silencio. Lorenzo fue presa de un arrebato; ahí mismo iba ya a decirle a don Remigio qué clase de mujer era tía Adelaida. Se avergonzó en seguida de su determinación; pretextó cansancio y fingió irse a la cama. El viejo quedó solo trinchando un trozo de carne y se llenaba la boca, pensando sabe Dios en qué asunto.

Lorenzo quería andar, correr, hacer algo. Y se fue al pueblo. Escondido detrás de las bodegas veía jugar entre las sombras a sus compañeros. Deseaba olvidar lo que había visto en el huerto, pero ahí, a pocos pasos sobre la arena, se movían los cuerpos de Krausse y de Adelaida entrelazados; luego huían sobre las aguas, se hundían bruscamente, surgían de entre las olas, grotescos, repugnantes, cubiertos de lamillas y pequeños mariscos negros. Lorenzo cerró los ojos y sintió que también a él le empujaba el deseo, que se le embrollaban las ideas.

14.- Abismo sin Fondo

Lorenzo Andrade levantó los párpados y observó que su tía le contemplaba sonriente.

—Óyeme, Lorenzo; ven acá —le dijo desde el umbral de su cuarto, acompañándose de un gesto entre misterioso e ingenuo.

El muchacho se alzó del banco, desperezándose en un lánguido bostezo.

—¿Qué quieres? —y la miraba con los ojos entrecerrados.

Adelaida no atendió a su pregunta; de seguro que ella quería hablarle a solas, pues cuando Lorenzo se dirigió hasta la puerta, había desaparecido ya y sus pasos sonaban dentro. El muchacho entró a su cuarto.

—¿Qué quieres? —le interrogó ahora con firmeza.

Ella estaba sentada al borde de su cama, y extrañada del tono altanero de Lorenzo, levantó el rostro y se quedó perpleja por un breve instante.

—¡Velo! ¡Qué trazas de hombre!… ¡Ji!… ¡Ji!… —rió; ahora sus ojos expresaban burla o cosa así.

—Dilo, tía Adelaida —dijo con voz débil; Lorenzo se detuvo en mitad de la sala; la risa de tía Adelaida le hería en lo vivo, le desconcertaba más y más.

Cuando ella acabó de reír, vino a su lado y le cogió la barbilla para decirle:

—Por ahí he sentido que una chica te anda buscando —chasqueó la lengua y, echándole un brazo por el hombro, le llevó a la ventana—. Oye, amigo; a las chicas hay que agarrarlas, ¿eh? —tornó a reír, mientras le hacía guiños maliciosos—; quién lo iba a creer, Lorenzo… ¡Ji!… ¡Ji!…

Lorenzo se puso como una guinda.

—A las chicas hay que agarrarlas, ¿eh?… Mira que los hombres se van al grano, y el *ime* lo lleva el viento… ¡Ji!… ¡Ji!…

¿A qué venía el refrán? El muchacho no atinaba, y parecía más y más confundido.

—¿No has visto qué moza está la Chaba?

¡Ajá! Tía Adelaida se refería a la mestiza de los Bórquez. ¡Vaya! ¡Vaya!

—Que la casa Belisario —contestó con ánimo de cortar con la charla.

—¡Puah! No la casa; ella no le tiene ni esto de voluntad; lo tengo sabido.

Adelaida volvió a reír e hizo un gesto con el brazo para señalar la casa de los Bórquez en donde vivía la mestiza. Lorenzo aparentó no comprender.

—¡Bah! —dijo.

—Para este lado, abajo de la huella, bien lo sabrás, se pasa al cierro de los Bórquez; ya lo estás oyendo… ¡No lo ibas a saber!…

—Está bueno…

—Me lo ha dicho ella misma. ¡Cómo te quiere la mestiza! Hace poco anduvo acá…

—¡Psh! La Chaba no es la única moza —lo dijo por echarse humos; quiso agregar algo más sin atinar con la frase; el muchacho estaba verdaderamente sorprendido de su propia audacia.

Ella le miró con los ojos muy abiertos. No esperaba oírle hablar así. Lorenzo, con las manos metidas en los bolsillos, la cabeza gacha, se movía lentamente por el cuarto.

—¡Vaya! No parece sino que te hubiera picado un bicho —habló ahora—; ¿o quieres burlarte de mí? ¡Psh! Qué extraño me está pareciendo lo que me has dicho.

La sorpresa de Adelaida iba creciendo. ¿Desde cuándo Lorenzo se gastaba estas ínfulas? El modo con que la trataba escondía un no sé qué de malicioso.

—¿No tienes ganas de irte a Ancud, Lorenzo? ¡Qué guapo marino te has de ver! —Adelaida no había hallado otra cosa que decirle, y se detuvo, meneando la cabeza.

—Don Remigio me ha prometido eso mismo —replicó el muchacho; y luego, con un tonillo de burla—: Ya veo que ambos estáis de acuerdo en que yo me vaya a ser marino, ¿no? —sonrió tristemente. Después se dirigió a la puerta, dispuesto a salir—. Dilo, tía Adelaida, si me querías para esto —concluyó mientras marchaba.

Adelaida fue tras él y, echándole un brazo por la espalda, le

retuvo. Permanecieron un momento en silencio, sin moverse, sin mirarse, sin atreverse a hablar ni el uno ni el otro, como dos cómplices, cuyos corazones sospechasen recíprocamente, porque comprenden que no ignoran el mismo vergonzoso secreto que los une. Lorenzo estaba pálido como si le faltase el aliento.

—Dímelo, tía…; ¿le has hablado de esto de la Chaba a don Remigio? —lo dijo sin saber por qué lo decía.

Hubo un nuevo silencio. Adelaida meneó la cabeza negativamente, y alzó la frente, desprendiendo con brusquedad el brazo que él acababa de afirmar en su hombro.

—No te vayas, tía Adelaida…

—¿Qué me quieres? —aparentó dominarse, y se entretenía jugando con sus trenzas; luego vino a sentarse en el estrado y se cubrió el rostro.

Lorenzo la siguió.

—¿Qué tienes? ¿Qué vas a decirme?

—¡Ah! —interrumpió el muchacho, tomando su decisión, y se apartó de su lado; pero Adelaida, movida bien sabía ella por qué incontenible impulso, se alzó para retenerle. Lorenzo temblaba.

—La Chaba puede venir a servir a esta casa; dilo, tú, hombre —sonrió—; ¿lo quieres? ¡Vamos! Qué tengo yo que entrometerme en tus asuntos… ¡Puah!

—¡Calla!… ¡Calla!… —repitió él, con voz ahogada.

—¿O te irás a Ancud? ¿Sí? Remigio lo tiene resuelto, hijo mío; mira que las lenguas te señalan ya por lo de Carmen Gómez, ¿sabes? ¡Ji!… ¡Ji!… Pero bien lo sabemos que aquello es obra de Liborio Bórquez —añadió—; mas ¿por qué te asombras? Debieras irte también como Liborio, hijo mío…

La manera como pronunció estas palabras, y algo tan extraño que él vio brillar en su mirada, produjeron en Lorenzo un estado de sobresalto, como si le hubiese sorprendido mintiendo, o tal vez, como si ella hubiese adivinado su pensamiento, su terrible secreto.

—¿Por qué lo dices? ¿Por qué lo dices? —gritó azorado—, vamos, ¿por qué lo dices? No me iré; no me iré; no quiero irme, ¿sabes? —y daba vueltas por la pieza, como un animal acorralado.

Durante un largo minuto estuvieron mirándose; de improviso, Lorenzo se echó en sus brazos y sollozaba.

—Quiero estar siempre contigo; sí; a tu lado, tía Adelaida —se lo

decía dulcemente.

Ella le acarició la cabeza.

—Te quiero mucho, hijo mío…

Lorenzo sonrió con amargura, e inclinó el cuello sobre el pecho; Adelaida seguía acariciándole. La fisonomía de ella expresaba en ese instante la ternura de una verdadera madre.

Él se apartó de su lado, la mirada extraviada, el pelo en desorden, y se puso a pasear a grandes trancos.

—¡Vamos! ¿Qué haces?

—Déjame ya; dile a Krausse que le odio; ve a decírselo, tía Adelaida; luego… luego…

Las palabras salían a borbotones de su boca, y sonaban suspendidas sobre el silencio. La cólera se apoderaba más y más del muchacho; golpeaba ahora las tablas como un desesperado y se estremecía en convulsiones de lágrimas. Ella le contemplaba atemorizada, sin atreverse a intervenir. Al cabo de un largo rato, dijo lentamente:

—Ya me decía el corazón que lo sabías…

El muchacho la inquietaba verdaderamente.

—No me quieres, sí, no me quieres; tú estás queriendo a ese hombre; ¿qué te piensas tal vez que uno no lo entiende? ¿A qué ha venido eso de la Chaba? ¿Qué tengo yo que ver con Carmen Gómez? ¡Ah! Lo entiendo todo —sollozaba con la frente oprimida entre las manos.

—¿Qué has dicho, Lorenzo? ¿Qué has dicho? ¡Jesús! —saltó Adelaida, vacilando como un acusado. ¿Qué has dicho? ¡Bueno! Le quiero a Ricardo; él es un hombre y le quiero; y tú lo sabes, ¿eh? ¿Lo entenderás ahora? Lorenzo, hijo mío, no lo digas a nadie; ¿verdad que no lo dices? —Adelaida le suplicaba tímidamente.

—¿Acaso no lo he callado hasta hoy? Yo también soy un hombre, tía Adelaida —algo frío y desnudo, como el andar de la lombriz, se arrastraba bajo su pecho.

Adelaida le miró con los ojos encendidos; se inclinó sobre el muchacho que permanecía echado sobre una silla, con la cabeza baja. Le atrajo a su cuerpo y le apretaba entre sus brazos.

Lorenzo, vencido, despreciando sus escrúpulos, le contó entonces lo que había presenciado la otra tarde desde las ramas del camueso.

—Desde entonces te ando viendo en todas partes; cuando estoy solo, en las noches, y no paso ya tranquilo.

Ella le atracaba más y más a su cuerpo; una sensación de vértigo le hizo a Lorenzo perder la cabeza; se le encendió la sangre en el cerebro y temblaba; le latían las sienes; quiso desasirse, huir de la presencia de Adelaida; porfiaba taimado y rencoroso; y luego con un impulso súbito, afiebrado, se apretó a sus brazos.

El calor de su seno, el contacto con sus tetas, la suavidad de su piel, la viveza de sus caricias le aturdieron. De pronto le pareció desprenderse y caer de la altura lo mismo que en los sueños, sin terminar nunca de llegar a la sima.

Con violento esfuerzo se apartó de sus brazos; su rostro estaba radiante y hermoso como el de un hombre que siente el triunfo después de vencer un peligro inminente.

Adelaida admiraba en él sus gestos bruscos, decididos, y ese aire de muchachote sano y fuerte que envolvía a Lorenzo.

En sus ojos se pintaban el deseo, la agitación, la fiereza de la lucha que se había desarrollado en su interior.

Lorenzo Andrade levantó la cabeza y miró a Adelaida con triste sonrisa; luego le volvió las espaldas y salió precipitado hacia el pueblo.

15.- Enemigo en Acecho

Esa tarde, don Remigio Cárdenas vio aparecer en la puerta de su negocio la alta figura de Ricardo Krausse. Entró saludando afablemente con sus maneras distinguidas, como él solo sabía hacerlo. Cárdenas se sorprendió visiblemente; qué visita más inesperada. Trabajo le costó al viejo disimular su asombro; «el hombre trae su *duam*», pensaba, y le brillaban maliciosamente los ojos. Si es por dinero, ha perdido el viaje. Bien lo sabe Cárdenas que un maestro de escuela no tiene casi sueldo, y luego que el hombre no es chilote y no posee tierras, ni casa, ni nada; ¿o vendrá tal vez por lo de Cheve Hueldeo? Esto es de seguro; las ovejas eran robadas, naturalmente, y su dueño las reclama; así lo había sospechado también él mismo. ¡Hum! Con devolver esas ovejas estará todo terminado. Ya arreglaremos con el mestizo Hueldeo.

Pero Krausse no venía por nada de todo esto. Echando humo por las narices, se paseaba arriba y abajo, charla y charla.

El viejo, que no acostumbraba andarse por las ramas, se fastidiaba oyéndole; más que la charla, le fastidiaban las miradas y los gestos de este hombre, quien parecía observarlo todo; su afán le llevó aún a asomar las narices en el aposento continuo, en donde Cárdenas guardaba sus menjurjes y medicinas; o venía hasta la puerta de calle y ahí se estaba dándole las espaldas.

Los negocios de don Remigio parecían preocuparle bastante; el hombre, sin duda alguna, estaba informado de todo. Cárdenas empezaba a inquietarse. ¿A qué venía esto de asegurar que sus ganancias no eran legítimas? ¡Je!… ¡Je!… ¿Acaso él estaba ahí para exponerse a pérdidas? ¿Qué podían importarle, además, a Krausse sus asuntos?

Mas, lo estaba viendo: el señor juez no cejaba en su empeño, y cada vez estrechaba más y más sus preguntas, y, sobre todo, que no manifestaba apuro por retirarse. Krausse hablaba ahora de Enérico Vera; traía, dijo, un recado de este para su yerno. El viejo estuvo a punto de soltar la risa, pero prefirió cruzarse de brazos,

humildemente resignado a escucharlo. ¡Vaya! ¡Vaya! Que para venir con semejante *duam* no hacía falta tanta cháchara. ¡Cómo le ha engatuzado el suegro a este hombre! Cárdenas le compadeció de buenas ganas, y ya esperaba lo que se le venía de parte de Enérico. Hizo un gesto desdeñoso con los labios, aunque podía observarse también que no lograba salir enteramente de su asombro.

—Mi suegro anda ahora en Quilán —comentó el viejo, encogiéndose de hombros.

Krausse le echó una mirada de soslayo; el viejo le resultaba ladino; verdaderamente, Adelaida no le había dicho sino lo justo; ahora recordaba aquello: «es un zorro viejo, y nunca sabe una en lo que piensa…»; ¿quién podría fiarse de lo que dice? Las últimas palabras de Cárdenas le dejaron como en volandas. «Habráse visto mayor descaro», pensó. Y le daba trabajo reanudar la plática. El viejo le miraba a su vez entre regocijado y serio.

—Pobre señor —dijo al cabo de un momento—; le veo ir como si fuera un mendigo y carecer de todo… Y pensar que en otro tiempo fue hombre de alguna fortuna; quién lo creyese hoy… Miserable, borracho, y, perdone usted, un poco demente… ¿No le parece a usted que esto es una vergüenza?…

—Eso me digo yo también, señor Krausse. ¡Je!… ¡Je!…

—¿Pero es que este hombre no es su suegro, acaso? Y… ¡Qué diablos!… —no concluyó la frase.

—Mi suegro anda ahora en Quilán —volvió a decir don Remigio; ahora Cárdenas no tuvo un instante los ojos tranquilos, y le hablaba a Krausse con mayor impaciencia todavía—; le he puesto en Quilán para que vigile las cosechas. ¡Je!… ¡Je!… Pero usted lo ha dicho: el suegro no hace más que beber; el hombre ha tenido siempre su vicio, y ha caído ahora en la demencia…; una desgracia. ¿Lo ve usted? Otro destino no iba a tener, y ha parado en eso; claro está. —Y como observara que por el rostro de su visitante corría un gesto de burla, se apresuró a continuar—: Sí, créalo usted, señor juez; es un borracho hecho y derecho; vea, señor: cada semana aprovecha la ocasión de un *chasque* para surtirse de *uva* en la taberna; ese contrabandista de Urruztarrazu le explota como si mi suegro fuese una mina. ¡Je!… ¡Je!… Mas, ya he advertido al vasco; *sin deso* le hace entramparse con los comerciantes que andan por los lavaderos de oro, allá en Cucao; sí, señor; bebe y bebe, y a mis costillas; no lo

olvide usted; y así anda peor cada día.

El viejo se acarició un largo rato las barbas. Krausse se detuvo frente al anciano, y le miró con impertinencia.

—Sin duda…; digo mal… Pero no he venido a oír sus quejas, amigo; usted no me ha comprendido enteramente…

—Diga, señor —intervino Cárdenas en tono de adulo. ¡Oh! Quién se entiende con el suegro…; un borracho…; y puede entregar el alma en cualquier momento.

—¡Seguro!

—Mire usted… ¡Je!… ¡Je!…

Ricardo Krausse se amostazó y no disimulaba en modo alguno su estado de ánimo; se movía por el cuarto como desazonado; parecía que ya no más iba a estallar. El viejo no esperaba ya nada de bueno del sesgo que había tomado la conversación.

—Dígame usted, señor maestro; dígame, se lo ruego; dígame ahora mismo —hablaba Cárdenas, quien ahora se había entregado al trabajo, y ahí en el mesón golpeaba unas hojitas que luego estrujaba cuidadosamente, al mismo tiempo que le miraba con el rabillo y sonreía. ¿Qué querría decirle el maestro?

Tal actitud pareció ofender mucho al señor maestro, porque gritó más que dijo:

—¿Qué rezonga usted ahí?

Al oír esto, Cárdenas volteó la cabeza hacia la puerta para percatarse de si algún vecino aparecía a presenciar la escena; mas, nadie se asomaba. El viejo permaneció atónito. ¿Qué significaba este grito?

Krausse echó con brusquedad los codos sobre la tarima y acercó su rubia cabeza al pecho del anciano; este no hizo amago alguno de apartarse. En su interior se revolvía un confuso deseo que no lograba encauzar. Este hombre ha de estar borracho, quizás; pero él no pudo advertirlo en su aliento.

—¿Será que usted no ha comprendido aún? Le hablo de Enérico Vera, del señor Vera… ¿Y es usted quien dice mal de su suegro?… ¿No ha sido usted mismo quien le ha traído a esta situación? ¿Me comprende usted? ¡Ah! ¡Gentes como usted son capaces de los peores crímenes!… Mas, todo tendrá su término…; quiero decir, su castigo… —Krausse se atolondraba sin contener su nerviosidad—. Es usted un pillo, sí, señor; un pillo —gritó de súbito—; ¿qué se

piensa que no estoy enterado de sus negocios? De Enérico Vera vamos a hablar. ¿Lo oye usted? ¿Y no tiene usted vergüenza de salir con disculpas así?

Se expresaba con vehemencia; no había logrado dominarse; el trabajo gastado en urdir el ataque contra el viejo usurero se derrumbaba como un castillo de naipes; lo estaba viendo que nada lograría ya; todo se iría al diablo.

Desde hacía un buen rato, don Remigio no le escuchaba; le zumbaban los oídos; se le atascaba el aire en la garganta, y le temblaban hasta los pelos de las barbas. ¿A qué salir con semejante retahíla?

—Haré justicia; tengo órdenes superiores; hay cien reclamos semejantes de la pobre gente… Usted ha robado a todo el pueblo; esto es lo cierto… Y se las da de brujo… Sí, de brujo —recalcó—, y yo estoy aquí para hacer justicia. ¿No lo sabía usted?

Tosió como si algo se le hubiera quedado en la garganta y escupió entonces sobre las tablas, con desprecio, y se paseaba muy arrogante, echando humo por las narices, ocultando los ojos con su hipócrita costumbre de mantener los párpados agachados; resoplaba de ira.

Don Remigio permaneció un buen rato sin hablar; se comprendía que no era dueño de sí; «este hombre, pensaba, ha venido a meterse en la boca del lobo»; pero podía comprender también que Krausse en modo alguno le temía.

—Yo conozco los códigos, señor Usía —empezó a decir con voz firme y pausada, apretando los labios, acariciándose las barbas—; ya voy a decirle a usted lo que pienso de su insolente actitud. Yo conozco los códigos, señor Usía… Vaya si los conozco… —y se descubrió para mostrar la calva brillante con un gesto de cómico respeto, que a Krausse le pareció una dura burla—; ¡vaya si los conozco! Dígame, señor maestro, en virtud de qué razones se mete usted en mis asuntos personales. ¿Qué hace usted aquí? Y le señaló la puerta, con dignidad. En mi casa no hay más amo que yo; sépalo para su consejo. —Apretó los puños y le clavó su astuta mirada—. Salga usted de mi casa —agregó fieramente.

Krausse se volvió hacia él como un perro que recibe un azote; no esperaba una réplica semejante; tragó su rabia; le miró ceñudo en son de ataque; mas se calló las amenazas que ya estaban a punto de

salir de su boca.

—La verdad es que le tengo entre mis manos. ¡Ja!… ¡Ja!… —rió —; le hubiera convenido más haber llegado a un entendimiento —le gritó desde la calle, mostrándole el puño.

16.- Hombre Descalabrado

«Eulogio Álvarez es la única persona capaz de sacarme del atasco», pensaba el viejo Cárdenas, mientras iba por el camino de Huicha. Había desechado la idea de acercarse a consultar de aquello con el señor párroco; él deseaba mantener el asunto en el mayor secreto, a tal extremo que ni siquiera había advertido a Adelaida.

Álvarez esperaba su visita; no se hablaba por estos días de otra cosa en el pueblo, y estuvo, compadecido y confuso, hablando vagamente. El buen caballero no hallaba otro camino que seguir. Don Remigio empezaba ya a desilusionarse de su huésped; él no ha venido aquí a escuchar pláticas; bien se sabía él esas consideraciones; lo que él busca es un medio para acabar con Ricardo Krausse; «… hay que cortar el mal en sus comienzos y de raíz; y usted Eulogio, está tomando el rábano por las hojas; ¿sabe?».

—Yo he llegado a su casa —le decía—, para que usted me ayude de tiro; yo no oculto que mi suegro está entrampado conmigo. ¡Hum! ¡Cuánto me debe!… Ni oculto que estoy usufructuando de sus terrenos y de lo demás. Pero yo no le devolveré nada, ni se podría tampoco obligarme. Usted me va a ayudar contra este hombre; usted se tiene sus relaciones con los señores diputados…; ahora, en el periódico de Ancud…; en fin… usted dirá lo que debo hacer con el tal Krausse…

—¿Me será preciso creerlo? Sí, amigo Cárdenas. Me da usted lástima; estoy a punto de considerarle un infeliz… ¡Qué bobería! Me mira usted con la boca abierta… ¿Qué quiere usted de mí? ¿O es que usted está ciego? ¿Eh? En Krausse tiene usted su peor enemigo, y le hará sufrir a usted mucho más aún… ¡Oh! Le hará llorar a usted sangre… Nada puede usted contra ese hombre… ¡Qué desgracia! ¡Y qué lengua se trae! Con qué jactancia habla de su poderío, y hace zumba de usted… Ese hombre tiene el alma podrida… ¡Y es el juez! ¡Válgame Dios, señor! Es él quien hace justicia a los pobladores. ¿Para qué sirve un hombre semejante? ¿Cómo podrá usted esquivarle?

Todo lo dijo Álvarez sin detenerse un punto, con viva indignación.

—Al diablo con Krausse… Estamos hasta la coronilla con sus mañas… —comentó Cárdenas.

—Eso mismo…, estamos hasta la coronilla… Mejor hubiese hecho en no llegar a la Isla. Estos chilenos son todos iguales, amigo Cárdenas; él es además el maestro; se burla de los chilotes, se mete en lo privado y les habla cosas sucias a nuestras mujeres… ¡Qué inmoralidad!… —divagaba Álvarez, sin decidirse a fijar sus reconvenciones en el asunto preciso.

—El señor párroco debiera meter mano en todo esto… ¿No le parece a usted lo mismo?

—¿El señor párroco? Veo que es usted un niño…

—Yo, en su lugar, le hubiese hecho apalear; ¿no hizo esto el señor párroco con el candidato radical en la política pasada?

—Soy de su opinión, amigo; el señor cura, sin embargo, nada puede contra ese hombre. Bien se ve que son aliados… ¿Qué? ¿No ha visto usted a Mengo, el sacristán, hacer de verdugo de los brujos? ¿Quién entonces le apalearía?

—¿Por ventura Krausse es un hombre superior? ¿Por qué se le teme?

—¿Podría usted asegurar lo contrario?, hago una suposición. ¿Por qué no ha ordenado usted aquella paliza? Sí; se entiende; mas siempre conviene estar preparado para lo peor… —Álvarez se detuvo, parecía querer dar a sus palabras un sentido misterioso.

—Usted dirá… Creo que no se equivoca, amigo Álvarez; mas, dígame; ¿por qué él ha venido a armar la camorra conmigo? ¿No soy acaso el más principal entre los ricos del pueblo? ¿Piensa, tal vez, conseguir de mí algún dinero?

Don Remigio se embrollaba.

—No; nunca he pensado en eso… —y como observara que Cárdenas le estaba mirando perplejo, pensó: «¿qué desea de mí este hombre? ¿A qué ha venido a mi casa? ¿Cómo? ¿Será posible que nada sepa aún?». El rostro apacible del anciano se transfiguraba; un sentimiento de profunda compasión embarazaba su pensamiento, y no hallaba cómo proseguir. Créame, amigo Cárdenas, que apenas llegó a mis oídos que Krausse frecuentaba la casa de ustedes, me he dicho: he ahí las víctimas de este hombre —dijo por fin el anciano.

Eulogio pensaba en Adelaida; le parecía tener ante sí su imagen; no había dejado de pensar en ella ni un solo instante… «¡Ah! No me he equivocado jamás con respecto a su carácter. ¡Qué mujer, Dios mío!». Hizo un esfuerzo para dominar la excitación que iba apoderándose de su pecho; sentíase cobarde, incapaz de hablar, deshecho, y permaneció sumido en su pensamiento.

Don Remigio le miraba con los ojos fijos, asombrados; vio así cómo Eulogio se enternecía y le temblaban los brazos. Algo grave, muy grave, debe haberle acontecido también, y daba vueltas a sus ideas, sin atinar con la causa de la excitación de su amigo; terminó por enternecerse como él.

—Pero ¿qué le ha hecho a usted, también, ese hombre? ¿Por qué no echarle, entonces, del pueblo? Dígalo usted, amigo…

—¿Qué ha dicho? —contestó Álvarez con voz trémula—; ¿qué se ha creído usted? —agregó indignado—. ¡Ah! Me da coraje su conducta, su tranquilidad… ¿Eh? ¿No lo sabe usted? ¿No es acaso usted el ofendido? ¡No lo sabe usted!… ¡Válgame Dios! ¡No lo sabe!… —Eulogio se tomaba la cabeza entre las manos. Escuche; no me interrumpa… ¿No recuerda usted que le he dicho que ese hombre le hará llorar lágrimas de sangre? ¡Lo sabe usted!… Y no es Krausse solamente… —Álvarez vaciló de nuevo. Su suegro, amigo Cárdenas, es un canalla. Los dos se entienden…

—¿Qué tiene mi suegro en contra mía? ¿Qué daño le he causado a Krausse? ¿Por qué, pues, reventar y amenazarme? ¡Vaya!… ¡Vaya!…

—¡Oh! ¡Qué torpeza, Cárdenas! Su mujer de usted, Adelaida Vera, le engaña, le ha deshonrado… Lo sabe todo el mundo… ¿Puede usted ser tan ciego?

Eulogio no se contuvo ya, y le contó en pocas palabras lo que se decía de su mujer.

—Esto es lo que he sabido; tal vez el señor párroco exagere —pronunció estas palabras que denotaban lástima y ternura al mismo tiempo—; hay que prepararse para lo peor.

Don Remigio Cárdenas se desplomó sobre el estrado, dobló la cabeza sobre el pecho y permaneció en tal postura por un largo momento. Daba la impresión de un lobo marino con su cabeza calva y húmeda, sus breves orejas, su chaquetón de cuero.

—Usted está casado con Adelaida Vera —dijo Álvarez clavando

los ojos en los brazos de su banqueta; luego fue alzándolos para contemplar a Cárdenas, y en ellos se reflejaba la impresión que golpeaba duramente su alma.

El viejo parecía petrificado; tenía los labios fruncidos, los ojos ocultos bajo los párpados, las cejas relevadas y respiraba por las narices. Se levantó de súbito; vaciló una vez más; en su mirada de difunto había un dolor húmedo, vidrioso, y en su rostro, un gesto náufrago y desolado.

Cárdenas no dijo nada; retrocedió en seguida chullequeando: se encasquetó la gorra con un ademán idiota. Su actitud era la de un demente. Ganó con lentitud la puerta, y, haciendo un último gesto, abandonó el recinto.

Se fue por la calle con pasos menudos y rápidos; subió luego la cuesta sin fatiga; pasó frente a la parroquia; titubeó sin decidirse a entrar, y siguió calle arriba.

Buscando, buscando en los más apartados rincones de su memoria, surgió un dato, un recuerdo impreciso: las viejas sospechas que guardaba en lo más profundo de su cerebro se agitaban ahora, y se revolvían como gusanos en su gusanera; un pesado miedo le cargaba las espaldas.

Continuó la marcha por en medio del camino de los Bórquez. Ya alargaba los pasos, ya iba con lentitud; ora se detenía con el cuello en alto, estirado como el de una potranca; ora volteaba la cabeza o echaba a andar nuevamente. Temblaba de excitación como el perro que husmea el rastro de un fugitivo.

El camino de los Bórquez baja desde Canán, atraviesa un espeso bosque, limita más acá el caserío de Chonchi, y pasa justamente rozando el cerro de Huitauque; ahí se embolsa en un recodo; del recodo sale una huella que se descuelga a través de los quinchos y cae al huerto de su casa.

Don Remigio no recuerda bien —qué cosa más extraña— si es un tranquero o un *llachi* lo que separa la huella del camino; esto le inquieta, pues así no va a saber si Krausse abrirá las estacas o saltará las varas o si dará un rodeo para entrar al huerto por el portalón. Decide cerciorarse y continúa avanzando, sin fatiga, anda y anda.

Ni siquiera tiene un perro; con un perro no hubiese ocurrido aquello. ¡Morel! ¡Oh! ¡Qué perrazo, amigo! Pero Morel está en

Quilán; lo ha llevado su suegro. Morel es un animal dañino; se come las aves y los huevos, y muerde a todo el mundo… Don Remigio recoge los labios y muestra los colmillos, como hace Morel cuando va a lanzarse contra alguien, y gruñe sordamente.

Recuerda ahora que el portalón permanece abierto día y noche, y esto ha sido un descuido funesto. Él ha pensado echarle el candado; el candado cuelga de un gancho, allá en la tienda; la llave está prendida a las argollas por un cordoncillo rojo; ahí no presta servicio alguno.

Cárdenas anda y anda. Mete los pies en los baches; gorgorean sus botas; a punto ha estado de caer al zanjón; pierde el hilo de su pensamiento y vuelta a empezar. Entrará a su casa por el huerto. «¡Adelaida!… ¡Adelaida!… ¿Qué mal te he hecho?», le dirá al verla. Esto no; mejor será callarse. ¿No la he sacado yo de la miseria? Ella no tenía nada propio; su parte y lo de Lorenzo se debían; cobrando el crédito de Antonio Andrade, Huitauque y todo lo demás hubiesen pasado a sus manos; sin embargo, él la ha casado; ha debido acicalarla, vestirla; a su padre como al muchacho. ¡Uh! «Uno debió ser enérgico, duro. Este era mi deber». Ahora, nada de miramientos; tiempo habrá para explicarle a la Juana por qué ha castigado así a su mujer; mas ¿no andará la mestiza enredada en todo esto? No, la Juana no ha de saberlo; tampoco ha de saberlo Lorenzo. Su mujer es una zorra. ¡Uh! Qué astuta es Adelaida; mire usted que ha podido engañarle; ahora ha de hallarla tranquila, con su mirada de inocente paloma. ¡Cómo va a temblar la pobre! Tal vez romperá a llorar; esto sí; Adelaida llora siempre que él la reprende. Mas hoy, ella no podrá negar nada. Seamos razonables… ¡Uh! El viejo Enérico… ¡Uh! Soy un hombre torpe. ¡Estoy descalabrado!

Mueve la cabeza como para sacudirse de sus pensamientos, y enarca las cejas sin descanso.

«No estoy loco; esto no; ¡qué vergüenza, amigo Cárdenas! ¡Malhaya!».

Saltando el último tranquero, seguido de Regalo, divisa la figura de Krausse; no puede ser otro; viene silbando alegremente; se ha detenido para encender un cigarrillo, y la pequeña lumbre parpadea bajo su frente. Detrás de él, una mujer avanza apresurada.

Don Remigio Cárdenas se para de súbito. Es que el camino se ha borrado ante sus ojos, ha desaparecido bajo sus botas; le parece que

se hunde en una espesa bruma y que traga el agua de los ahogados. Quiere andar, estirar las piernas y algo le manea las corvas; quiere gritar, y tiene la lengua reseca y dura; quiere mirar, y todo está negro; sin embargo, puede contemplarse a sí mismo, envuelto en una nube que le suspende sobre el camino.

Grita, aúlla, ladra, pero hay una mordaza estropajosa y fría que absorbe sus gritos como una esponja.

«¿Qué hacer, Dios mío? —se dice—, ¿qué hacer?».

Y en un esfuerzo que es su definitiva tortura, se encuclilla para ocultarse detrás de las *murras* que bordean el camino. No tiene fuerzas para llamar a Adelaida, para echarse sobre Krausse, que pasan mirando las nubes, apurando la marcha, porque parece que pronto se descargará el aguacero.

17.- Presencia del Destino

Los días pasaban apresurados bajo el cielo; los vientos, las nubes, las lluvias ocupaban las distancias; el temporal zangoloteaba las aguas y las olas venían a romperse más acá de las defensas. Las gentes se encerraban en sus casas y el pueblo parecía abandonado.

Don Remigio Cárdenas se acercaba a las ventanas que miraban al cerro y pasaba horas de horas contemplando el agitado menearse de los árboles, o paseaba taciturno del uno al otro extremo de la casa, o se tendía a cavilar sobre el estrado. Consideraba que su vida era un atolladero; en su desgracia todos le habían huido, y él, tan poderoso como era, no sabía cómo vengar las ofensas. Ahora era un hombre cargado de ignominias.

Y esto no era todo. ¡Qué vergüenza, amigo Cárdenas! Ahora Adelaida Vera vivía a sus anchas y se mostraba en la calle con mal disimulada desfachatez. ¿Cuándo se había visto en el pueblo escarnio semejante? Y luego que el granuja de su padre lo andaba diciendo a quien quería oírlo: «¡Psh! Vean ustedes; ¿qué ha ganado mi hija con subir tan alto? ¿Quién podría culparla de nada? La mujer, si su marido no es un hombre, no ha de ser tampoco una señora… Hay que darse a la razón. El viejo la ha tratado como si ella fuese una sirvienta».

A Cárdenas no le compadecía nadie.

Lorenzo Andrade, herido también, debió ser el único que se condolía de veras de su desgracia y procuraba servirle como se hace con los enfermos.

Adelaida, su sitio en la mesa, sus voces, su guitarra que permanecía tirada sobre el diván del dormitorio, muda, fría; sus zapatillas de cáñamo, abandonadas, abatidas, en un rincón del costurero, como dos palomas de trapo; sus risas, el eco de sus pasos; tía Adelaida entera, estaba presente ante sus ojos, cerca de sus orejas, dentro de su pecho.

Lorenzo había renunciado a irse a Grumetes, o, diciéndolo mejor, Cárdenas quería enviarle a Quilán para la época de las

siembras; aquello estaba tan abandonado. Llegaban casi a diario noticias de robos de ovejas, pérdidas de terneros; el viejo Chodil había muerto; ahí no había ya un inquilino. Don Remigio no tenía por ahora un hombre de confianza a quien encargar esas tierras. La Juana convenía en que Lorenzo se instalase en la casa de la montaña.

«Cuando hayan pasado las lluvias de agosto —pensaba el muchacho—, saldré para Quilán». La vida aquí se le estaba haciendo insoportable. Sus compañeros lo miraban con impertinencia, como si la ignominia de tía Adelaida le contaminara también; y esto era verdad; mas Lorenzo solamente podía saberlo. Tal vez por ello sonreía a los mozos con altanero desprecio, y en su interior se agitaba un vivo sentimiento, que era algo como una mezcla de celos y orgullo. ¡Ay! Cuánto luchaba él consigo mismo para ocultar la pasión que le arrastraba hacia tía Adelaida.

La Juana Chacón llevaba los quehaceres de la casa como en los tiempos de don Antonio Andrade. Ahí andaba cual una gran señora, satisfecha y oronda, y lo disponía todo. En el pueblo sabía responder a las interrogaciones de las comadres con desprecio y desenfado:

—Don Remigio están enfermo; no se vaya a creer otra cosa; y pronto abandonarán la cama; el patrón no se chistan de doña Adelaida… ¡Psh! Y Lorenzo se hará cargo de la labranza… —y otras contestaciones por el estilo.

Vinieron los soles de septiembre. Con la primavera los campos se cubrieron de surcos, de verdes siembras, de flores. Las frescas brisas del oeste limpiaban el cielo; las nubes se movieron lentamente, blancas y espesas, empujadas hacia las cordilleras; el mar arrojó a las playas las algas y jibias para el abono de los *aipes*. El pueblo se llenaba de la mañana a la noche, de labores y rumores, de galopes y cantigas de boyeros, de gentes afuerinas y juegos de muchachos.

Lorenzo permanecía en Huitauque, perdiendo su tiempo; don Remigio no se decidía aún a ponerle al frente de las labores de Quilán. La soledad, el aburrimiento le enfurruñaban el genio y le ponían taciturno; Huitauque le parecía una prisión. Entonces Lorenzo ensillaba, cogía sus arreos y salía a distraer su murria por los campos. Se detenía en las Posadas, disparaba a los pájaros y

volvía con las alforjas colmadas de palomas torcaces.

Tía Adelaida no se dejaba ver, y esto le llenaba de desaliento. El muchacho hacía algunos paseos por Chonchi; cruzaba la calle hasta la parroquia, se detenía frente a la casa de su abuelo, y más de una vez se atrevió a sentarse a la sombra del *mañíu* que se alzaba cerca del portalón; pero la casa parecía deshabitada.

Una tarde echó a andar por el camino de Notuco. Los campos verdeaban a un lado y otro de los cerros; él subía la cuesta; se volvía a contemplar el mar; la luz era frágil, suave; una claridad de espejo se movía allá, entre las verdes islas del archipiélago de Quinchao; llegaba a sus orejas el vago ruido de las olas que se despedazaban en los peñascos.

El viento se arrastraba sobre las yerbas, arremolinaba las hojas, agachaba las copas de los árboles.

Lorenzo atravesaba los pequeños ríos que aún inundaban los cultivos y *changaos*, y sonaban ásperamente al fondo de los barrancos; su *aumén* se escuchaba muy lejos, llevado entre los bosques por el viento. Las últimas lluvias habían reblandecido los terrenos, habían limpiado los pastos y las hojas de los *hualles* que sombreaban el ancho camino.

A Lorenzo todo le parecía desconocido y nuevo; aquel bosque de muermos, cuyas blancas inflorescencias se columpiaban al impulso de las ráfagas; los canelos esbeltos y ceremoniosos, con sus amplias láminas relucientes; los intrincados, bosquecillos de arrayanes; los helechos gigantes que subían del fondo de las hondonadas; los rojos racimos de los *notros*; las lumas, sus troncos, sus altas ramas, rojas de
boche-boche;
los manzanos silvestres, blancos de flores; de entre las yerbas crecidas y húmedas surgían las corolas doradas de los *amancayes* y las azules estrellitas de los unos. Oculto entre las quilas, un arroyo corría a arrojarse al fondo de un barranco, produciendo un rumor hueco, que el aire sacudía perennemente.

¡Cuántas alegres horas corrió por los campos sobre las mullidas pampas de *gualputra*!

Estuvo persiguiendo un rebaño de ovejas, que huyeron azoradas a perderse entre los pangales; de las orillas de una laguna, una bandada de cisnes levantaron el vuelo para descender nuevamente

sobre las aguas; persiguió un caballo que pacía desprevenido bajo un *hualle*; el caballo levantó la cabeza y se fue trotando hasta el camino.

Lorenzo se tendió sobre la yerba. Secretos rumores se levantaban del suelo, venían de lejos, pasaban, volvían, se apagaban como débiles llamas. Las minúsculas *pindas*, delicadas y frágiles como mariposas, voloteaban bajo las flores de los muermos; las *voladoras* cruzaban muy altas, y caían de pronto como piedras sobre las casas de la campiña, y luego seguían su viaje hacia la montaña.

El sol de la tarde relevaba los cien matices del verde, los sembrados geométricos tendidos en las lomas, los cercos que bajaban o subían hasta el horizonte, los macizos de selva, los dorados techos de las casas, en la lejanía.

Los ruidos de las ramas que se desgajaban y caían, el silbar del viento entre los ramajes, los ladridos distantes, el frío grito del *chucao* que se escuchaba ahí a veces: *huichroicheu*; más allá, luego: ¡*chuec-chuec*!;
entre las hojas amontonadas bajo las piedras, a su lado, saltando siempre: ¡*huichroicheu*!…,
¡*chuec-chuec*!,
como en un ágil juego de música, y los mil ruidos del bosque, todo eso sumía a Lorenzo en la bruma del miedo, del *anchi* que dicen los supersticiosos labradores.

Tendido ahí bajo el cielo, evocaba con los ojos abiertos, perdida la visión del cielo, ausente, suspendido sobre él mismo, solitario.

Un hombre caminaba sobre el pasto, aplastando la *gualputra*: ¡chas… chas… chas… chas!… Luego se oía su silbo: ¡fíií!… ¡fíií!… Se echaba después sobre la yerba. Lorenzo veía que sus piernas bajaban y subían nerviosas; la cabeza descansaba entre sus manos; el ladrido del perro iba ya lejos. Ese hombre era Krausse; una mujer estaba ahora junto al hombre. ¿Cómo ha llegado hasta ahí? ¡Oh! Es su tía; «mi tía Adelaida». ¡Y aquello!… ¡Dios mío!… Ha estado a punto de soltar las manos y caer del camueso. Quiere gritarles, hacer ruido, pero permanece en silencio, sacudido por ardiente impulso.

El graznar de unas bandurrias le trajo a la realidad. La tarde descendía ya; a lo lejos se escuchaban los gritos de los pastores, los

bramidos de las bestias en los *campanarios*.

Lorenzo permaneció inmóvil un corto instante; luego, con perezoso movimiento, se puso de pie y tomó el camino para regresar al pueblo.

Lentamente al comienzo, con rápidos pasos luego, deshacía la marcha a través de los campos. Sobre sus huellas iba cayendo la sombra, y él caminaba con prisa, y no sabía entender si era el miedo a la soledad de la campiña o su deseo de pasar frente a la casa de tía Adelaida lo que le golpeaba agudamente dentro del pecho.

Hacia Chonchi, alcanzando la cuesta del camino, subía una mujer; su delantal se agitaba en la brisa y parecía hacerle señas. ¡Tenía gracia! La mujer se detuvo como para esperarle. Lorenzo aligeró el paso. Pronto echaba a correr a campo traviesa. Saltó un *llachi* y se descolgó al camino. La mujer había desaparecido. Miró en torno; el camino estaba solitario.

Lorenzo, un poco sorprendido, alzó los hombros, y, sumiendo las manos en los bolsillos, continuó la marcha.

—¡Lorenzo!… ¡Lorenzo!…

El muchacho se detuvo con brusquedad.

«¡Vaya! ¡Vaya!» —se dijo.

—¿Quién está ahí? —interrogó en voz alta.

—¡Eh! ¡Ven acá, muchacho!

¡Adelaida Vera, su tía Adelaida!, le llamaba desde la orilla del cerco, escondida detrás de un árbol.

—Tía Adelaida —exclamó.

Ella reía alegremente. Lorenzo la miraba en la luz de la tarde con ojos sorprendidos; era tía Adelaida y no quería creerlo.

—¿Te doy miedo? ¿Por qué callas?

Entonces Lorenzo fue acercándose lentamente.

—Te he reconocido desde aquí… ¿Qué hacías en el bosque? ¡Vamos! ¡Habla!

¿Por qué vacilaba para responder? Hacía un instante apenas se creía capaz de llegar hasta ella; pero ahora temblaba como una criatura. Pensamientos lerdos, pesados, de silenciosa marcha se arrastraban dentro de su frente. ¡Qué pensamientos! ¡Ah! Si él fuese realmente un hombre. A veces ha pensado si no sería mejor estar muerto. También podría suceder esto; bastaría que él lo decidiese.

Cerró los párpados un instante; entonces vio las brazos, el cuerpo entero de su tía que descansaba adentro de sus ojos ciegos; su corazón se apegaba a ella como el caracol a la piedra; su boca chupaba su sangre, sus venas se nutrían de ella.

—¿Andamos?

Empezaron a andar.

—Háblame, Lorenzo.

Tía Adelaida quería saber de muchas cosas, que el muchacho debía contarle del viejo, de la Juana, de sus parientes, y de cómo se vivía ahora en Huitauque.

Lorenzo apenas si escuchaba. ¡Qué timidez! ¿No ha estado pensando hasta este mismo instante en lo que iba a decirle? Ahora le temblaban los labios, y su corazón latía con prisa; se ahogaba. ¡Ah! ¡Si él fuese un hombre!

—Mira que ya entramos al pueblo, y tú ya no podrás acompañarme.

Lorenzo se acercó a su lado hasta tocarla con el hombro. En su pecho no había ya lugar para el silencio, ni había tampoco vacilación; después de tan duro esfuerzo, su corazón descansaba dulcemente.

Cogió la mano de Adelaida y la retuvo entre las suyas; se inclinó para besarla.

—Déjame que te bese —le dijo, levantando tímidamente los ojos.

—¿Qué haces?

Adelaida rió, sin apartar el rostro.

Lorenzo se empinó hasta su boca; esto fue rápido, fugaz.

—Me voy —dijo en voz tranquila y baja.

—Espera, aguarda.

Adelaida le detuvo. Parecía preocupada, sorprendida.

«Qué extraño es todo esto» —pensó.

—Dilo, tía Adelaida…

El muchacho se había puesto alegre y sonreía.

—¿Qué iba a decirte? ¡Ah!

Adelaida le cogió la cara entre sus manos para mirarle; la tarde movía su sombra sobre ellos y no podían contemplarse ya.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó con un tono que fingía severidad.

Lorenzo no respondió palabra. Anduvieron un trecho. Ella iba de sorpresa en sorpresa. ¡Pobre muchacho! ¡Hubiese valido más no encontrarle! Sentía por él una verdadera compasión; bien comprendía que Lorenzo la amaba. Le ha visto espiándola desde el camino que rodea la casa de su padre. ¡Qué desgraciado es!

Estaban solos; nadie transitaba ya por los campos; en el pueblo se encendían las farolas de las calles y las luces en las casas, y fuera del ladrido de los perros, ningún rumor llegaba hasta sus orejas. La noche bajaba de las montañas con pasos de animal cauteloso.

Del pecho de Lorenzo subió un suspiro.

—Tú lo sabes, tía Adelaida, cuánto te amo —dijo por fin con voz de niño, con honda angustia, como en súplica.

—Vamos, hijo, ¿qué tienes? ¿Por qué lloras?

Lorenzo había echado a andar delante de ella. Adelaida estaba más y más sorprendida. Agitada por el deseo de consolarle, le alcanzó de nuevo y le retuvo del hombro. Lorenzo sintió que su corazón palpitaba con violencia.

—Pareces enfermo, hijo mío; ¿estás malo? —le preguntaba mientras descendían por la última cuesta.

Lorenzo movió la cabeza. Quería decir algo y no le venían las palabras. Ella se apoyó en su hombro y pudo ver sus grandes ojos muy cercanos; estaban llorosos, lucientes de lágrimas. Él respiró su aliento; le tendió los brazos y se apretó a su cuello. Adelaida le acariciaba como a un hijo, como al pequeño que ella había llevado en sus brazos en otro tiempo, y le besó en la mejilla con ternura profunda, maternal. Lorenzo se apretaba más a su cuerpo; la besaba en los hombros, en el cuello, en la boca, y como en desahogo, reposó la cabeza sobre su pecho.

—¡Oh! ¡Tú lo sabes! ¡Tú lo sabes! Te quiero como un hombre — y medio entre lágrimas y sonrisas, la acariciaba como a un animal querido.

—¡Basta! ¡Basta!, muchacho; es tarde ya; mira que podría pasar algún vecino.

Mas de nuevo se sintió prisionera entre los brazos de Lorenzo. Volvió a ella el mismo sentimiento de compasión; este niño es Lorenzo; ¡pobre muchacho! Le quiere verdaderamente.

—Te quiero; Lorenzo… ¡Basta! ¡Vamos! Ricardo y tu abuelo pueden haber llegado ya.

La voz de Lorenzo se disolvió en sollozos; ella permaneció inmóvil; el muchacho cayó a sus plantas, llorando amargamente.

—Te quiero como nadie podría quererte; no me reproches; no me dejes.

—¡Me voy! ¡Me voy! —suplicaba ella; pero no podía irse, pues Lorenzo la sujetaba de las faldas fuertemente.

De improviso dos perros surgieron ladrando de entre los matorrales; Lorenzo se alzó con presteza y llevó a Adelaida hasta la orilla del sendero; luego se inclinó para recoger algunas piedras; le pareció entonces que un hombre se acercaba apresurado. El hombre se detuvo a pocos pasos de aquel sitio.

—¡Morel! ¡Regalo!… —gritó, haciendo restallar el látigo de su rebenque.

—¡Vete, Lorenzo; vete! ¡Luego!, ¡luego! —imploró al oído del muchacho.

Lorenzo tuvo un súbito estremecimiento. Los perros volvieron a sus ladridos, como denunciando la presencia de un enemigo.

—¡Vete, Lorenzo; vete! ¡Te lo ruego; es él, vete! ¡Corre!

Lorenzo, movido por violento impulso, arrojó al hombre una de las piedras que apretaba en sus manos; este se detuvo desconcertado; los perros redoblaron sus ladridos y se lanzaron hacia el oscuro rincón en donde permanecían Adelaida y Lorenzo; Ricardo Krausse avanzó con cautela; el muchacho no se contuvo ya, y en el pecho de aquel rebotó un nuevo proyectil lanzado diestramente. Ahora sí que sabrá ser un hombre, ha pensado Lorenzo; se siente capaz de pelearle, de golpearle, de arrastrarlo como a una bestia inmunda.

—¡Quita allá, Morel! ¡Chus! ¡Regalo! ¡Chus! —los perros reconocieron a Adelaida.

Hubo un momento de absoluto silencio, como si ante un conjuro se hubiese hecho la soledad, o aquello estuviese ocurriendo en sueños.

Ricardo Krausse titubeaba entre arrojarse contra su misterioso atacante o sacar su revólver.

—¿Quién está ahí? Acércate o disparo —gritó amenazante.

—¡Soy yo!… —exclamó el muchacho, y avanzó al centro del camino con decidida arrogancia.

Su estatura pareció crecer de improviso, agrandándose entre la

sombra. Adelaida corrió tras él.

—¿Qué haces, Ricardo? ¿No le has conocido? Es Lorenzo, el chico de Huitauque…

En el silencio de la noche sonaron dos disparos. Los perros ladraron con furiosos ladridos. Adelaida se colgó al cuello de Krausse, suplicante.

—No le tires, no le tires, Ricardo; no le tires… ¡No! ¡No! ¿Qué has hecho? Le has matado, le has matado…

Lorenzo corrió entonces hacia el pueblo; un miedo invencible le empujaba a correr, y corrió un largo trecho; corría, sintiendo un agudo dolor a la altura del hombro y algo tibio que le mojaba las espaldas. Corría calle abajo entre la oscuridad; le seguían los perros y él corría. Frente a la parroquia cayó, perdiendo el conocimiento.

De las casas de los contornos salieron algunas gentes; permanecieron algún rato asomadas a las puertas, y como no viesen nada, se devolvieron a sus lechos.

Enérico Vera regresaba de la marina; venía borracho, tropezaba con los cercos, se ganaba a la calle; dio con el cuerpo de Lorenzo y se espantó de tal modo, que gritaba como un desaforado.

Vinieron algunos vecinos y reconocieron a Lorenzo; improvisaron unas parihuelas para llevarle hasta Huitauque.

Una bala de revólver le había penetrado por el hombro izquierdo; la sangre le mojaba hasta las piernas. Parecía muerto.

La Juana gimoteaba enloquecida, ahogada en llanto y golpeaba la cabeza contra las tablas, arrastrándose al pie de la cama, convulsa; aquello daba lástima.

Don Remigio, severo, en silencio, lavaba las heridas con precaución; colocábale emplastos de melí y parafina para detener la hemorragia. El muchacho abrió los ojos; se quejaba penosamente.

Pronto la casa fue llenándose de curiosos; la noticia se había esparcido con rapidez, y, a pesar de la noche, se reunió en Huitauque cuanto de más representativo tenía el pueblo. Las señoras se expresaban con grande indignación; los comentarios formaban un murmullo sordo y agitado. Los hombres discutían por lo bajo; un sentimiento de solidaridad reunía a todo el mundo en rededor de la desgracia de Lorenzo.

Don Remigio Cárdenas permanecía silencioso y atento al lado del herido, que deliró durante el resto de la noche.

Al día siguiente, muy de madrugada, se reunieron frente a la casa de Huitauque varios hombres montados. Álvaro Gómez se encargaba de salir para Castro a mata caballos en busca del médico; debía correr seis leguas; calculaba estar de vuelta al mediodía.

La señora del subdelegado quedaría en casa de Cárdenas para atender los quehaceres, mientras la Juana y el viejo se preocupaban de Lorenzo.

Doña Asunta Oyarzún se coló por la casa de Eulogio Álvarez, y salió al poco rato empujando su banqueta de ruedas hacia el pueblo.

—Es intolerable —le decía a Eulogio—; he ido a ver al párroco, y este se cruza de brazos; el subdelegado, bien le conoce usted, tan tímido siempre, me ha prometido enviar un oficio a la Intendencia, y nada más; no, señor, le he dicho; tome usted ahora mismo una verdadera determinación; ¿que no es usted, por acaso, la autoridad? Mas el hombre no se ha atrevido a proceder con energía; una, con ser mujer, tiene más coraje. Doña Asunta hablaba en altas voces. Ella sí sabía poner las cosas en su lugar.

Algunas personas los seguían, y las más animosas se acercaban a ellos a presentarles sus protestas de adhesión.

—El señor Krausse está aún en su cama —les dijo una sirvienta.

—Hasta allá iremos —respondió doña Asunta, y, empujando la silla de Eulogio, desaparecieron por el zaguán.

En ese mismo instante doblaban la esquina de la plaza hasta unos veinte jinetes; se adelantaron al galope y pararon sus cabalgaduras frente a la puerta del Juzgado. Se apearen en silencio y resueltamente penetraron por la casa.

Al poco rato apareció en el vano de la puerta la siniestra figura de Ricardo Krausse, quien se dejaba conducir por dos de los vecinos; le sacaron a la calle, lo izaron sobre una montura y partieron al galope por el camino de Castro.

—Buen acuerdo el de Cárdenas, caballeros; nunca le hubiésemos creído capaz de tanto —comentaba doña Asunta Oyarzún entre las gentes.

—El dinero todo lo puede, señora; ¡cosas y casos he visto!…

Durante muchos minutos permanecieron los vecinos, mirando la cabalgata que galopaba por los cerros, bordeando los barrancos, atravesando las manchas de bosques, conduciendo prisionero a la

capital del departamento al maldito Ricardo Krausse para entregarlo a las autoridades.

Eulogio Álvarez redactó un telegrama:

> *Desmanes Juez Krausse obligaron pueblo de Chonchi a hacerse justicia.*

Firmaban los padres de familia.

El telegrama iba dirigido a los parlamentarios de la provincia.

Libro Tercero
Nudo Ciego

1.- Agua de Vidrio

Lorenzo prefería permanecer solo, olvidado; durmiendo en la simulación del sueño, para evitarse a don Remigio, para alejar a la Juana, para no explicarse delante de los amigos que llegaban a saber de su mejoría.

Se entregaba entonces a la lectura de los libracos que le remitía Eulogio Álvarez. Pero, en realidad, Lorenzo se escapaba de las páginas a propósito de cualquier incidente. Los pasajes más absurdos, los que en la novela eran el ripio, la señal descuidada y sin relieve, azuzaban al animal de su instinto. Se sorprendía así, persiguiendo una idea, un súbito recuerdo que se posaba sobre su alma y que era luego como un ave que huía aleteando en el instante aquel en que se incorporaba para cogerla. Y allá iba Lorenzo, incansable, ligero, hasta perderse ahí donde se alzaba una sombra, un límite, una espesura.

¿Cómo era aquello de tan dulce sabor, de tan alegre color, de tan desconocida placidez?

Su preocupación de todo momento era ser algo impalpable; consumirse, quemarse como una brasa, desaparecer como un vuelo o un sonido fugaz.

Excitábase en la persecución de un sueño, en seguir su crecimiento, para correrlo lejos, aventarlo, dejarlo perdido en una caverna negra y alta como la noche; para disolverlo, hundirlo de un golpe, ahogarlo en el agua de su conciencia. Pero ello era vano, tiempo perdido; tiempo díscolo, solapado y ladino que se arrastraba igual que una sierpe con su cola de fuego y sus siete cabezas. Nuevos recuerdos, sucesos diversos iban hacia adelante, alejándose como perfectos soldados; tornaban, caían sus cabezas cercenadas por la espada de un ogro; surgían de entre la sangre, marciales, relevados, con sus armas brillantes y magníficas; entonces iban hacia arriba, hacia atrás, entretejidos en delgadas filas como apariciones que huían para detenerse en una espera; a punto de alcanzarlos echaban a correr. A Lorenzo se le olvidaban las voces de

mando y su lengua era dura como una daga. Primero fue a propósito de los Cuentos de Grimm, sus primeras lecturas, cuando él era todavía un pequeñuelo. Ahora en la soledad de su cuarto, herido por la mano de Krausse, veía asomarse por el hueco de la puerta a los personajes de sus cuentos, con sus ropas, con sus botas, con sus caras y sus blancas barbas, y aquellos ademanes tan distinguidos: príncipes, pastoras, gnomos, hadas, aldeanas de lindo rostro. Pero su imaginación rompía las gasas que los sustentaban y aquellos seres se deshacían como sombras, como seres de niebla y de aire, materias deleznables, sin embargo.

¿Qué fue aquello que le movió a pensar que él, en cierta manera, era el hermano de esta niña que le decía al borde de un río; no bebas, que te convertirás en un tigre? Y él no bebía; y en la orilla de un arroyo, se abalanzaba la niña para gritarle: no bebas, que te volverás un lobo… Y llegaban a un manantial y su hermanita le suplicaba con lágrimas: no bebas. Pero él bebía y se quedó convertido en un enanito; y la hermana lloraba, y él lloraba tras ella, y se metían en un bosque. Solamente que él no tenía una hermana. A continuación la niña era Carmen; sí; era Carmen Gómez, y un ogro, ¡oh!, la espiaba escondido detrás de un árbol. Así empezó todo, parece. ¡Bien! Ese niño era él.

Y no quería ser el hombre que se debate entre los celos y la timidez, entre la desesperación y la conformidad, pues él no tiene fuerzas para golpear a la amada, ni para estrangular al amante.

En esta escala se sucedían sus frágiles ensueños. Llegaba a convenir en que yacía en brazos de una mujer de carne amorosa y desnuda; sí, desnuda y virginal, dulce como aquella hermanita de su cuento; silenciosamente, de en medio de la sombra, surgían los brazos, la cabeza, el cuello de alguno que acechaba su reposo; Lorenzo abría los ojos con asombro; dentro de sus oídos resonaba la risa de Liborio Bórquez, que huía, y como de un caracol se desprendía el llanto de Carmen, apagado, lento. De su pecho se escapaba un suspiro.

Luego se encontraba en un campo verde, circundado de altísimos árboles, bajo un dosel de nubes que navegaban veloces, pero el cielo no podía verse. ¿Cómo estaba ahí? Distinguía entonces la figura de un hombre; la cabeza apoyada en tierra, el cuerpo tirado entre las yerbas, enorme como el de Gulliver en el país de

Liliput. ¡Oh! Ese hombre era Krausse; era Krausse, y ella debía ser tía Adelaida, pues a su lado gemía una mujer; esto era lo cierto. Los árboles adelantaban sus copas y todo en rededor se oscurecía.

Tendido en su lecho, veía a través de la ventana las ramas de los manzanos en la huerta, y veía, además, cómo entraba el sol con sus rayos tibios, lentos, mimosos, y avanzaban de un rincón a otro de su cuarto, y, a través de su gasa dorada, distinguía las gordas piernas de tía Adelaida, que eran blancas y salpicadas de granitos, como la piel de las gallinas, y tenían forma de peces, dos grandes peces blancos que nadaban cadenciosos en un agua de vidrio. Con la sombra de la tarde se destacaba la blancura de la mujer; crecían sobre su pecho las flores de sus tetas, rosadas, suaves, abiertas como dos amapolas.

Su voz estaba sonando sumergida y débil: «Lorenzo… Lorenzo…». Ahí sobre el polvo oscuro del camino, ante sus ojos, cabrilleaban los ojos de los perros, su luz verde, terrible, y las fugaces chispas de unos disparos.

Trabajo horrendo que él no quería verificar, y que le deslumbraba verificándose solo, desde lo alto de las paredes hasta el suelo que se transformaba en huerto, en hierbas, en ramas, en una elipsis tan pequeña como el hueco de su ojo, en aquello, Dios mío, que le obligaba a incorporarse entre las ropas de su cama para escuchar el jadeo de su tía, los besos sonoros y largos de su amante, de Krausse, a quien odiaba, a quien, cuando él fuese un hombre, perseguirá para estrangularle.

Entonces entraba la Juana con la taza de leche, y Lorenzo adoptaba un aire despreocupado, libertándose así de una carga, y sonreía para preguntar a la buena sirvienta por el tiempo, por los muchachos, a quienes ha sentido hablar en el zaguán y de los cuales escuchó cuanto dijeron, y lo que la Juana les ha contestado.

Sobre la superficie de la taza nadaban los negros ojos de Carmen, virginales y limpios; un poco más abajo los de tía Adelaida, tan grandes como el círculo que los contenía, como hoyos sin fondo, pegados a su frente, fijos, daban vértigos; y luego sus brazos tan blancos como el licor que no se atrevía a beber; brazos que crecían desovillándose como serpientes, y que le apretaban igual que aquella tarde; ahí la boca que le besaba, que le mordía con dientes de carne cálida y suave.

Pasaba de este libro al otro, y siempre era igual. Ya eran folletines de aventuras cometidas por gentes absurdas; ya novelas con amores y lágrimas, y parecía cada héroe como un peregrino solitario, extraviado y maldito que no retomaría jamás de su viaje; o eran aquellos libros espesos y amargos, revolcados sobre las miserias y la vida; en ellos encontraba Lorenzo, girando anhelantes, despedazados, lamentables, hombres, mujeres que corrían y caían azotados por el vicio, aventados por el dolor, prisioneros entre los brazos del destino. ¿Qué sería de él? ¡Qué falto de atrevimiento, qué débil! Era la irrisión de sí mismo. Él no había hecho otra cosa sino desear.

Su alma se poblaba de iluminaciones que se apagaban sin ruido, que se desvanecían como sombras de llamas, como un último fuego.

Sobre su pecho el tiempo rondaba como un cuervo; le atrapaba entre sus garras para llevarle lejos, a su infancia. La casa, el pueblo, el mar, los vientos, la lluvia; el sol a veces, la montaña, los caminos; los juegos, la escuela; en la pared de su cuarto distinguía las negras letras de la cartilla:

BUITRE… CUERVO… LA CALESA DE MI TÍA… UNA GOLETA SE HACE A LA VELA…

Caía en las noches a dormir, y su sueño era visitado por crueles pesadillas; se moría en el bosque; o era un amante extraordinario, brutal, y moría en brazos de una mujer; o era un hombre como lo son todos en el pueblo, e iba a la iglesia, llevando a Carmen de la mano como hacen los novios, y se casaban; pero él huía por el camino, solo, desamparado; o era solamente un niño que andaba por el huerto de su casa, y ahí estaban Adelaida y el juez Krausse; entonces él arrojaba una piedra a la cabeza del hombre, luego otra y otra; le mataba como a un sapo; y Adelaida le decía: «Lorenzo… Lorenzo…, ¿qué has hecho, hijo mío?».

Él de nuevo huía, gritando, sintiendo en su hombro un dolor agudo y mortal. Despertaba agitado, ronco, seca la lengua, muerto de miedo.

Don Remigio Cárdenas estaba a su lado; le hacía beber una infusión amarga, y el día aclaraba.

2.- El Sacristán de la Parroquia

Aquel hombre, desde lo alto, apegado al parapeto, escudriña a veces el camino. El camino orilla un bosque de arrayanes y surge en apretadas vueltas desde el fondo de la hondonada. El hombre recorre con los ojos el breve espacio que separa la playa del bosque. La playa se confunde con el color de los arrayanes floridos, y nada, sino el ir y venir de las olas, la señala en el fondo. La luz de la luna arde entre las hierbas, se filtra entre los ramajes; pronto ha de subir, blanca y redonda, por el cielo. El hombre contempla el cielo inmenso salpicado de luminarias; la Cruz del Sur toca las aguas con el reflejo de sus brazos; las olas cabrillean empujando la luna hacia la costa; más allá de las sombras que se recuestan sobre le otro borde del canal, surgen las espumas, aureolando los acantilados de Lemuy, entre cuyas piedras se muere el pesado rumor de la resaca.

El hombre voltea la mirada hacia los campos. El vuelo de un ave, el crujido de una rama, el lejano ladrido de los perros le apartan de su pensamiento. Entonces afirma el cuerpo al parapeto y permanece como olvidado de sí mismo. El eco de un galope que llega a sus orejas musical y distinto, le saca de su actitud pensativa; el eco se prolonga a través del bosque, resuena más allá de los potreros, y en el silencio de la noche parece llenar de ruidos la comarca; pronto, sí, deja de percibirse.

Aquel hombre abandona su sitio y va hasta el grueso tronco del *hualle*, en donde le espera su caballito; el pequeño animal vuelve los ojos hacia su amo, y parece interrogarle con el agudo signo de sus orejas tendidas a su rostro.

—Nada todavía —murmura el hombre, y le acaricia las ancas.

Bien seguro está de que Liborio Bórquez no ha subido aún por el camino. El hombre ha venido aquí con la primera oscuridad de la noche. La luna apenas si asomaba su diente detrás de las islas del este, cuando él salió del pueblo; ha hecho la marcha, silencioso, cortando las huellas, siempre con el oído atento; su caballo como él. Este galope que ha sonado ahora va en dirección a Teupa; pero

Liborio Bórquez vive en Tara, arriba de Cudehué.

Cerca de su bestia siente una gran tranquilidad; él le está golpeando suavemente las ancas para echarla a la sombra, bajo las ramas; el animal sacude el espinazo y suenan los estribos y los fierros del bocado. El hombre se estremece y vuelve la cara con rápido movimiento.

—¡Chist! ¡Chist! ¡Vamos!…

Lo ha atado por las riendas a un gancho, y vuelve al parapeto.

«Ahí, al borde del barranco, en donde justamente acaba el potrero de Martín Díaz, ahí debes esperar», le ha dicho el señor párroco; «no podrás errar, Mengo; luego que ahí existe un *hualle* colgado; bien puedes aguardarle en el hueco del tronco».

Sería por no conocer bien los senderos, sería por el deseo de llegar pronto, o por esquivar el paso de algún vecino —el señor párroco le ha advertido: «Andarás una media legua por el camino de Notuco, luego cortas por los cierros, y, sobre todo, que no te tropieces con cristiano alguno»—, el hombre ha perdido una hora entera abriendo tranqueros, deshaciendo la marcha con sigilosos pasos. «El tronco del *hualle*, si no lo sabes, marca la boca del camino que sube a Cudehué», le ha dicho también el señor párroco.

Mengo no ha visto aún a Liborio Bórquez en el pueblo. El párroco sí le vio. Esta tarde llegaron a Chonchi los viajeros que venían de la Patagonia; en el puerto todo el mundo los esperaba; entre ellos ha venido Liborio; ha andado por allá poco tiempo; hace apenas un año partió en la comparsa de los esquiladores, y ya está de vuelta; es extraño que haya regresado tan pronto.

Los viajeros que, como Liborio, viven en el campo, se han metido en la taberna.

—«Ahí está bebiendo el muy bellaco… Has de saber, Mengo —le ha dicho el señor párroco cuando le llamó esta tarde—, que Liborio se ha ganado bonitamente la paliza que le propinarás; en nombre del señor párroco habrás de advertirle».

Y él, Mengo, el sacristán de la parroquia, es un ser obediente.

Ha olvidado traer su poncho; culpa ha sido del señor cura; le ha dicho: «Saldrás de inmediato, luego, luego; ensillas en la pesebrera; de ahí apenas caiga la noche, largo; y cuida de no ser visto». Esto se lo ha repetido dos o tres veces. «Le has de dar duro, le has de dar duro, esto sí; ya creerás que es suficiente castigo… Cuánto me

mortifica hacer esto…», —y ha agregado, suspirando—: «Lo has de saber para ti solo, y guárdate de abrir la boca, Mengo: el bellaco de Liborio Bórquez se merece que le novilles… ¿Qué? El causó la desgracia de Carmen, él abusó de la pobre».

Mengo, el sacristán de la parroquia, no lo sabía. ¡Caray! Su pensamiento se mueve ahora perezosamente a aquel día en que Carmen estuvo gritando con voces que partían el alma; había venido don Remigio Cárdenas, y Carmen había bebido de sus aguas, y seguía peor: esto comentaban los peones en la cocina. Ahora, aquí en la soledad de este cruce de caminos, bajo la noche, Mengo, el sacristán de la parroquia, ha comprendido lo que nunca sospechara. ¡Qué bobo ha sido el pobre Mengo! La criatura de Carmen, el hijo de Liborio Bórquez, está en Ditif, en casa de los Albarrán… Ha sido él, Mengo mismo, he sido yo quien le ha llevado una noche como esta. «Que le críen ahí como hemos convenido… Y, sobre todo, Mengo, nada de habladurías», le dijo don Braulio, y él había observado cómo gruesas lágrimas corrían por las arrugas de su rostro.

Estos pensamientos le enternecen. «Dale duro, dale duro al bellaco de Liborio; así has de hacerlo». Pero el señor cura ha agregado algo más: «Golpea duro, duro, —repetía—, y no dejes de propinarle una patada en los testículos. Esto es. Que sepa el grandísimo bribón: por donde pecas, pagas. Este será su verdadero escarmiento».

Como el aire viene frío, echa de menos su poncho y tiembla; más no tirita solamente por eso; si fuma, ve tiritar su mano en la sombra; si está sentado, tiritan sus piernas; si permanece de pie, tiembla entero; le castañetean los dientes. Solo cuando se acerca a su caballo está en paz. El pequeño animal es un buen compañero; él no ha dejado de volver la cabeza hacia el sitio que ocupa Mengo, como si le estuviese observando su estado de ánimo. La actitud cordial de la bestia le traspasa su paz, y por ello tal vez, Mengo, el sacristán de la parroquia, gusta permanecer a su lado, apegado a él. Le acaricia, le abraza el cuello; se conmueve en una palabra, y va hasta el potrero en busca de un manojo de hierbas. El caballo, calmadamente, va triturándolas entre los dientes que crujen como un ruido de pisadas en la arena.

Al acercarse al parapeto que defiende el camino del barranco, al

mirar hacia abajo, allá al fondo, en donde se revuelven las olas y los acantilados se proyectan bajo la luna como monstruosas siluetas, al percibir los ruidos más lejanos, al recordar que él está ahí, el alma de Mengo se agita en un mar de miedo. Entonces vuelve al sitio en que ha ocultado su bestia, afirma los brazos en la montura, esconde la cara entre los brazos.

De pronto regresa al parapeto; de ahí va al hueco del tronco, se mete en él; quema un cigarrillo; y vuelta a sus trajines: del hueco al parapeto, del parapeto al caballo. O también coge el rebenque de revés; por la manilla podría resbalársele; esto le ha sucedido otras veces, y luego que el golpe con la manilla, en la cual relumbra el metal de la argolla, es más contundente. El caballo le observa entre la sombra.

La luna va ya en lo alto, grande, poderosa, misteriosa como una divinidad. Su luz borra las señales de las cercas, establece cuadros de sombra en torno a las casas que se alzan allí y allá, en los claros de los bosques; inunda los campos, ilumina el polvo del camino. El mar, abajo, profundo, mece su luz de magia en los brazos del viento.

El hombre vuelve a su sitio en la cima del barranco. El cigarrillo mueve su lumbre de luciérnaga entre la mano y la boca. Desde ahí puede contemplar los potreros, las faldas de las montañas, las primeras casas de Chonchi. Los ruidos nocturnos pasan y se ahogan en el aire.

Mengo, el sacristán de la parroquia, se empina sobre el parapeto; apaga el cigarrillo entre sus dedos; detiene el aliento. Una luz ha cruzado el claro del bosque de arrayanes; luego ha aparecido entre los troncos y avanza hacia él, trepando lentamente; ahora está sobre la cerca del potrero. Mengo se enjuga la frente con la mano; sus ojos se pegan al avance de la luminaria, la luz se oculta y desaparece, vacila, flamea como un mechero, o permanece estática, o se encarama sobre una nueva cerca. Mengo no puede asegurar nada, no alcanza a confirmarse en su idea. ¿Qué ha de ser aquello? Pero la luz existe ahí, a poca distancia, siempre ascendiendo la cuesta en dirección al *hualle*; sube en zigzag, lentamente; se detiene, avanza, flamea, vuelve a permanecer inmóvil; se posa sobre el pasto, sube hasta la altura de un hombre; alcanza sigilosa la orilla del cauce.

«Cosas de brujas, sí son», habla Mengo para sí, y le echa una

rápida, mirada a su caballito. Él ha visto otras noches un espectáculo igual. Precipitadamente ha recordado a su madre, a su hermana, su casa allá en el campo; él mismo fue quien divisó primero aquella luz que se movía a través de las ramas y que andaba hacia él, tal como ahora, y entonces corrió a avisar a su madre; su madre hizo luego una cruz con las tijeras y fue seguida de ellos a colocarlas en el dintel de la cocina; recogieron arena en el fogón y estuvieron haciendo montoncitos por las cuatro esquinas del cuarto.

«Si son brujos, las tijeras están en cruz en el dintel», díjoles su madre; «y si es el *trauco*, por la Rosa ha de venir —la Rosa era su hermana—. El *trauco* va entretenerse la noche entera contando los granitos de arena… ¡Guay de él!, si lo pilla la luz del alba»… Y todos los tres se fueron aquella noche a la cama, temblando de miedo.

Mengo trajina su pecho bajo la cotona; ahí está calentito y suave el crucifijo que pende por un cordoncillo de su cuello. Mengo siente un miedo de todos los diablos. Mejor será irse, ha pensado. El caballo se mueve inquieto, y, como él, dobla el cuello hacia el potrero; Mengo, cauteloso, va a acurrucarse detrás de su caballo. ¿Qué sería de él si Liborio Bórquez pasara en este instante?

Por un breve momento cierra los ojos. Al abrirlos, surge del barranco una figura horrible; la luz de la luna agranda su silueta, arrojándola monstruosamente mutilada sobre el camino. Del pecho de aquel extraño ser pende el farol que despide su luz rojiza; sobre los hombros, arrollada a su cuello, una pequeña oveja descansa con la cabeza apegada al brazo. Mengo ha tenido la sensación de un ser, un ser mitad hombre, mitad bestia, y de una luminaria que flota en el aire a la altura de su caballo.

El brujo se ha detenido un momento; a Mengo le parece que aún no ha notado la presencia de su animal; la luz ilumina el semblante del brujo al echar a andar hacia el otro borde del camino. El sacristán le ha reconocido de un golpe: el mestizo Hueldeo.

«¡*Cataу*!», se ha dicho, mientras se alza; ¿conque era verdad lo que se dice del mestizo? ¡Un brujo! ¡Y se roba las ovejas y flecha!… Ya tendrá ocasión de divulgarlo. Un contentamiento de niño le aligera el ánimo. ¡Ah! Se lo ha de decir al señor párroco.

Mengo le ve desaparecer en la cuesta, siempre bajando; la luz de

su farol se balancea al compás de sus trancos. Otros, como Mengo, estarán atisbando esa luz y santiguándose. ¡Chus! ¡Chus! Así engaña el muy bribón. ¡Chus! ¡Chus!… Repite las voces con que las gentes espantan a los brujos: ¡Chus! ¡Chus!, vocea ya en tono más alto y hace la cruz con el pulgar y el índice, alargando el brazo en dirección del brujo. Observa en seguida su marcha. A su propia vivienda no ha de ir; le distingue aún en el bajo, antes de atravesar el pequeño puente del Buqueldeo.

Atento a él, no ha percibido el tranco de un caballo que asciende a veinte pasos de su escondite. Al advertirlo, Mengo no sabe qué hacer; ni siquiera ha desprendido las riendas; apenas ha pensado en afirmar en su puño el rebenque por la lengüeta.

Es Liborio Bórquez quien viene sobre la montura; el caballo marcha con insegura rienda, zigzagueando. Liborio viene borracho, con el cuerpo inclinado sobre el cuello de su cabalgadura.

Mengo ha dado un salto hacia el camino; el animal se detiene de súbito; luego quiere huir, y Liborio Bórquez cae sobre el polvo. Bajo la luz de la luna, su cuerpo se destaca con claro relieve. El sombrero ha rodado un trecho. Liborio se incorpora sobre sus posaderas. Mengo está junto a él, encorvando su grueso tórax para mirarle el rostro. Liborio ha hecho un movimiento como si fuera a afirmarse sobre una montura imaginaria. Mengo se inclina aún más, hasta tomarle el aliento; huele a aguardiente; y ha abierto los ojos cargados de borrachera; en una mano, lleva del gollete, una botella de *uva*.

—Hola, amigo —refunfuña, afirmando la mano libre en el suelo —; ¿no ha de ayudarme a subir al caballo? ¡Ja! ¡Ja!… Me ha botado el muy pícaro… ¡Está bueno!

Mengo busca con los ojos alumbrados el rostro de Liborio. Es él; ¿por qué, entonces, no golpearle allí mismo?

Liborio menea la botella en lo alto de su brazo.

—¡Ja! ¡Ja! Maldita bestia; se ha asustado… ¡Ja! ¡Ja!

Intenta incorporarse del todo y cuando parece haberlo logrado, ¡zas!, al suelo de nuevo.

¿Y para estar ahí mirándole ha venido Mengo, para esto ha estado casi media noche temblando de miedo, al frío, metido en el hueco del tronco? Aquí está el hombre a quien debe propinarle una paliza; está borracho, indefenso, solo.

El borracho se lo ha quedado mirando a su vez; luego se ha cogido de una de sus piernas y ya está de pie, agarrado a sus hombros, en un abrazo torpe, y sacude la cabeza como si solamente ahora hubiese vuelto de su estupor. Y no se le ha ocurrido nada mejor que alargarle la botella de *uva*.

—Bébase un trago, amigo… —Y se ríe, enseñando los dientes y la lengua que brilla húmeda.

Se tambalea y retrocede hasta afirmar su cuerpo en el parapeto. Su caballo permanece inmóvil en medio del camino. Mengo le sigue y le mira una vez más el rostro; qué duda cabe; ese hombre es Liborio Bórquez; es solamente un mozo, pero más bien parece un hombre, un hombrón fuerte, de anchas espaldas.

—Tú eres Mengo, el sacristán de la parroquia —balbucea, abriendo los ojos desmesuradamente; un gesto de repugnancia y de recelo cruza su cara; parece comprender que le espera un desastre, que está indefenso.

Mengo, cauteloso, se acerca por su diestra, y al notar cómo Liborio enarbola en lo alto la botella y afirma una pierna al parapeto, ha decidido acabar de una vez, y se precipita sobre él con el rebenque levantado. El golpe de la argolla sobre el cráneo ha sonado seco y redondo, como un disparo de trabuco; las espaldas de Liborio Bórquez se han agachado sobre sus caderas; luego el cuerpo se va entero de bruces.

Mengo ha perdido la cabeza y le golpea en las costillas con las puntas de sus botas; Bórquez no se mueve. Mengo se aparta un breve trecho y aguarda; su hombre se retuerce ahora en el suelo; abre y cierra, y encoge y estira las piernas como un sapo monstruoso.

«Y no olvides propinarle una patada en los testículos»…; esto lo ha olvidado Mengo. Se precipita sobre el hombre y le da de patadas ahí mismo: en los testículos.

—Y que te sirva de escarmiento —grita, en tono de triunfo, inclinándose hasta sus orejas.

Un estremecimiento que corre por sus venas, por sus músculos, que sube por sus piernas, a través de su vientre hasta el pecho, le acomete a Mengo de súbito; luego siente que la vida se le está escapando, que la noche es muy negra y, además, no puede pensar con fijeza. Liborio Bórquez está muerto, y él le ha matado.

Mengo no puede pensar, en verdad; deshecho, perdido en un espacio vacío, solo la desesperación viene a acompañarle frente al cadáver. ¡Lo ha muerto! Su cara está bañada en sangre; sus cabellos brillan sanguinolentos bajo la luz de la luna que está arriba del *hualle*, misteriosa, suspendida del cielo. Liborio Bórquez ni respira ni se mueve ya.

Él quiere tocarle; pero le falta el coraje; se agacha un tanto; un débil jadeo ronca dentro del pecho de aquel hombre. No está muerto, entonces. Mengo le tiene ya entre los brazos, sobre el borde del parapeto.

¡Jesús! ¡Dios mío! Liborio Bórquez boquea con el boqueo de los agonizantes; un hipo tumbal le viene gorgoreando por el cuello, se desprende de sus labios agudizados en el ansia de un respiro y sube hasta meterse dentro de las orejas de Mengo. ¡Jesús! ¡Dios mío!

El cuerpo de Liborio Bórquez va rodando cuesta abajo, y no ha de detenerse ya hasta los enrocados de la playa, allí donde las olas cabrillean bajo la luna.

—¡No estaba muerto! ¡No estaba muerto! —repite—. ¡Jesús! ¡Dios mío! Lo juro: ¡No estaba muerto! ¡Se ha resbalado de mis brazos!

Y temblando aún de espanto, se arrima a su caballito; apoya los brazos en la silla y solloza convulsivamente.

El caballo de Bórquez permanece ahí en la orilla del camino, mordisqueando las hojas tiernas de las quilas. Bajo sus patas está el ancho tirador de cuero que se ha desprendido del hombre al caer; más allá su sombrero, como un ave negra mueve las alas en la claridad del camino.

Mengo ha levantado la cabeza y ha visto todo esto. Él quisiera coger el tirador, aquel sombrero, pero sabe que es mejor no hacerlo; mira sus manos, sus manos están pegajosas oscurecidas por manchas de sangre; su rebenque cuelga de su muñeca; así van sus ojos: del tirador al sombrero, del sombrero al rebenque, del rebenque a sus manos, y los mira con secreto horror, como si ellos hubiesen cobrado animación y se movieran contra él. Pronto su rebenque ha volado por el aire y ha ido silbando, lejos, al fondo del barranco.

El tirador parece agrandarse y tomar ya una figura de hombre. Mengo quiere huir pronto. Desprende las riendas del gancho; de un

salto está sobre la montura, y quiere partir al galope; pero ahí está el otro caballo aguardando a su amo; ahí está el tirador, ahí el sombrero, señalando el sitio de su crimen.

Entonces Mengo se acerca a aquella bestia, le palmea las ancas; él pica a la suya y ambas parten al galope en distintas direcciones.

3.- A Mengo lo han Embrujado

Mengo, el sacristán de la parroquia, galopa por el camino de Notuco, en dirección al pueblo. La noche es clara, inmensa, plana como una pista. Sobre su cabeza ruedan las estrellas y la luna galopa a su flanco. Mengo, aferrado a su caballito, hinchado el pecho de sobresaltos, sueltas las riendas, corre como un endemoniado. Las patas de su bestia golpean el duro suelo con el ritmo de un émbolo: trapatás… trapatás… trapatás…

Mientras va por en medio de los rastrojos, los ecos de su galope se enronquecen en la boca del viento, se enredan entre los ramajes del bosque, al cruzarlo veloz, le hostigan las espaldas o se le adelantan al pasar el puente del Buqueldeo; los cascos retumban con ecos musicales, al correr a lo largo de las cercas, frente a las casas de los labradores; y si voltea la cara hacia el lado de la sombra, ve su silueta fantásticamente suspendida en el aire, ve su caballo que sube y que baja, que salta en mágicas cabriolas.

Despiertan los perros y ladran furiosamente; los gallos, alertas, anuncian su marcha.

Cuánta falta le está haciendo ahora su rebenque; el caballito cede ya al cansancio; Mengo se arranca el sombrero y con él golpea el cuello de la bestia. Le parece, entonces, que no avanza, que galopa en el mismo sitio, que aún permanece ahí, en donde está el *hualle* colgado, ahí en el cruce de los caminos, al borde del parapeto, arriba de la hondonada; ahí en donde han quedado el sombrero y el ancho tirador de Liborio Bórquez.

Ahora el viento trae a sus orejas rumores de cantos, rasgueos de guitarra, bulla de zapateos. Del lado de la zalagarda viene una luz. Mengo apura la marcha; ya no sabría decir hacia dónde camina; el miedo, como un cuchillo, le rebana las tripas; su corazón se acobarda; su cabeza da vueltas en un atropellado vaivén de remolino; a Mengo lo han embrujado.

Una puerta se abre de súbito, arrojando un cuadro de luz sobre el camino, y un hombre se adelanta y le ataja el caballo, frente a la

Posada. Mengo despierta como de un extraño sueño.

—Desmonte, amigo —le dice, sujetando su animal por las riendas—; desmonte, que la noche es clara y no hay para qué apurar la marcha…

Mengo ha reconocido al hombre; algo le venía diciendo que había de tropezarle; este hombre es el mestizo Hueldeo.

—Desmonte, amigo —le dice—; y pase al fondo… ¿Qué? ¿No siente la fiesta?

Un hedor a aguardiente se le mete a Mengo por las narices; el mestizo está borracho; sí; borracho iba también Liborio Bórquez… ¡Ay! Su botella de *uva* con que le brindaba un trago. ¡Jesús! ¡Dios mío! ¿Qué fue de la botella? La botella ha quedado sobre la hierba, a los pies del parapeto. ¡Jesús! ¡Dios mío!

—Desmonte…

Pero Mengo parece clavado en la montura. Le hormiguea el cuerpo, le zumban los oídos, y dentro de su pecho, como un humo se revuelve y crece el desaliento.

Este hombre es un brujo; sí, señor párroco. Desde que oscurece, como un coo que busca su sustento, el mestizo Hueldeo sale por los campos; sí, señor párroco. Mengo ha visto su *macuñg*; y ahora le teme, le está temiendo. ¿A qué se opone a su galope? ¿A qué ha salido a detenerle? O, ¿todo serán mentiras, fantasías de su cabeza?; ¡Huy! ¡El mestizo Hueldeo le ha embrujado! ¡Eso es! Y Mengo hace *güi*, perdido por el monte, con la ayuda del diablo, señor cura, con las artes del *Macho de la Cueva*.

—Desmonte, amigo…

¿Y ha de ser él, Mengo, tan bobo siempre, quien se atreva a denunciarle al señor párroco? ¡Hum! ¡Quiá! Él no desembuchará en lo que le reste de vida lo que ha visto esta noche: es lo mejor. Se librará así de un escarmiento. «¿Cómo no ha de saber Severino Hueldeo que era yo, Mengo, quien aguardaba bajo el *hualle* colgado, en el cruce de los caminos? ¿Cómo no ha de saber ya Hueldeo que Liborio Bórquez está muerto?». Y, ¿quién le asegura, además, que hasta el mismo señor párroco no le ha de tomar en testimonio, si, por gran desgracia, se descubre el cadáver? Lo mejor es callar. «Guárdate de abrir la boca, Mengo; nada de habladurías»; tales son los consejos de don Braulio. Ahora que él solo ha cumplido una orden…; ha obedecido al señor cura… Y no es la primera vez

¡Puah! «¡Vamos, Mengo, vamos! Le acechas al indio Cuyul y le propinas unos ramalazos, y me le dejas tirado y su caballo me lo traes… ¡Mengo, Mengo!; que te ha de acompañar tu vecino Barría, y entre ambos le aligeran la carga a ese truhán de Pedro Báez, y le sobarán la badana; mira que se lo merece, y que guarde sus chanchos como se lo he advertido…». Y Mengo lo ha hecho siempre así, como se lo ordenan, y jamás le ha salido nada de malo. Pero es que ahora el señor cura le ha dicho: dale duro… dale duro…

En todo esto, fugazmente, ha pensado Mengo arriba de su caballo.

—Desmonte, amigo; es un encargue que les cumplo al señor párroco… ¿Qué? ¿Se ha avispado usted? Desmonte…; que le digo que el señor cura le aguardan dentro. —Severino Hueldeo le sacude de una pierna.

—¡*Catay*! —exclama Mengo, haciendo un gesto idiota, meneando la cabeza bruscamente, y suspende la pierna derecha arriba del anca.

—Apéese, amigo, apéese…

Sin reflexión, como un muñeco de palo, de palo las piernas, de palo el pecho, Mengo se afirma en tierra y anda como movido por un silencioso resorte.

Adentro arde la fiesta. Están don José Cárcamo, don Nicolás Vera, don Ciriaco Guzmán, caballeros de Chonchi, y hay unas niñas mozas de esos lugares, fundidos todos en la borrachera.

Mengo pasea la mirada por el aposento. Las mozas visten ligeros trajes de colores; ríen como locas sacudiendo las trenzas, abrazadas a sus caballeros. ¡Jesús! ¡Dios mío! ¡Cómo iba a creerlo Mengo en su vida! ¡Jesús! ¡El propio señor párroco!

Mengo tiembla como una hoja; un gran tormento viene a envolverle, y le aprieta el resuello; bajo la cotona percibe el rápido golpeteo de su sangre; un ronco gemido se extingue en su garganta; va a estallar.

Su insana actitud, su rostro que se desfigura en una mueca, el incesante parpadeo de sus ojos encandilados inquietan al señor párroco.

—¡Vamos! ¡Qué cara has puesto, Mengo! —le dice, y le lleva hasta una mesa y le hace sentarse. Ya hablaremos —agrega, golpeándole las espaldas, y ríe con sonora carcajada, como un

chicuelo.

Mengo intenta alzarse y seguirle; no entiende al señor párroco; luego se deja caer sobre la banqueta y permanece inmóvil, abismado, con la mirada perdida en el aire. Un puño de fuego le aprieta las sienes; su cabeza vacila; los pies le pesan como plomo; afirma la frente al borde de la mesa; contempla sus botas descomunales; ¡qué cosa más extraña! Le parecen enormes, tan grandes como los zapatazos del buzo, y él mismo se sumerge profundamente en un mar de miedo.

—¡Señor párroco!… Ande usted luego, señor cura…

Todo sucede rápidamente; dura muy poco. ¿Cuánto? Si Mengo quisiese saberlo mañana o más tarde, tendrá que reconstruir a solas esta escena que ocurre aquí, en medio de la algazara, a espaldas de los contertulios, y que comienza en el instante en que él, en un esfuerzo por zafarse de aquella vertiginosa atracción que le va sumergiendo en un océano de hielo, o en algo semejante a la muerte, ha logrado levantarse y huir penosamente, y correr hacia don Braulio, en busca de amparo. Mas, la verdad es que nunca ha de entender por qué estuvo de rodillas, ni por qué el señor cura le ha apostrofado, cuchicheándole: «Imbécil; ¿para qué escoger la ocasión más negra? ¡Eres un zonzo! ¡Idiota! ¿Por qué no te callas?». A lo cual Mengo ha respondido: «procuré hacerlo como me lo mandaron, señor: dale duro… dale duro…». Y don Braulio ha estado ahí mirándole; las facciones de Mengo denotan la sorpresa de quien padece una pesadilla y lucha contra ella; con oscura energía, con penoso esfuerzo quiere librarse de su carga, levantarse del suelo, y siente que se desvanece en un desmayo y se recupera en un aliento a un mismo tiempo. Las aguas se revuelven encima de su cuerpo, le atrapan, le arrastran al fondo; un extraño cansancio, que le crece desde el alma, le traba los músculos, le cierra los ojos; no puede ya luchar contra aquello; ya lo va presintiendo; va a sucederle ahí algo horrible. Mengo se rebela. ¿Contra qué? No lo sabe de fijo, y continúa postrado, de rodillas, resolviendo su perplejidad. Es su cara picada de viruelas, cuya fealdad realzan la estrechez de su frente, las anchas narices aplastadas, los gruesos labios, se ha pintado un gesto despavorido y amargo.

El señor párroco tiene intención de gritarle, de sacudirle del cuello; su ánimo se intranquiliza de veras; a este hombre va a

sucederle algo; don Braulio se ha quedado con la boca abierta, con los brazos suspendidos; no le es ya posible hacer aquello que ha pensado.

Severino Hueldeo viene balanceándose a topetazos con las mesas; Mengo ha vuelto la cara hacia el mestizo y abre los ojos con un aire de súbita idiotez.

—Bien te hará remojar la garganta —tartamudea…

Mengo se empina el vaso de uva y le suena el gaznate: glo, glo, como una botella al vaciarse. El mestizo le acerca un trozo de cordero asado; Mengo se ha reclinado en la banqueta, y como un animal hambriento devora la carne. El párroco se aparta cabizbajo.

Luego suena su voz ronca y firme:

—¡Póngale una Sanjuriana, paloma!

La guitarra en manos de la india Dolores suena apagada por los palmoteos, por los zapateos del baile.

—Vamos haciendo un aro, caballeros…

Estos instantes quisiera aprovechar Mengo para irse; pero le falta el valor, y para cobrarlo, bebe su aguardiente.

Don Ciriaco baila al compás de las palmadas; su pareja brinca, mostrando las desnudas piernas y los pies descalzos que amortiguan el baile.

Ciega quisiera haber sido,
mi vida, para no verte;
porque del verte me nace
la inclinación de quererte…
La inclinación del quererte
me trae fuera de mí,
pues te adoro sin hablarte
desde el día en que te vi…
Desde el día en que te vi
en ti puse mi afición…

El mestizo Hueldeo sirve las copas; bebe el señor cura, beben los caballeros, beben las mozas, bebe Mengo, y sigue la zandunga. La pequeña vivienda del camino tiembla desdel piso al techo.

Se escucha la voz aflautada de Severino Hueldeo:

—En la cama, una tizana;

aguardiente, en la jarana…

Mengo no más no se alegra; el aguardiente no le embriaga; y bebe y bebe; pero no se alivia, y le zumban las sienes, y por sus tripas corre la lombriz del escalofrío. Aguarda desalentado, sin oponerse ya a su llegada, el golpe que ha de derribarle; la enfermedad le va creciendo en su interior como una bola de fuego y su humo caliente y amargo le ahoga, le desasosiega.

Su mirada se torna borrosa, muerta; se apagan en su oído los rumores; le falta apoyo bajo las plantas. Entonces se incorpora como un sonámbulo, se afirma a la pared, sacude el cuello y los hombros; un tiritón le recorre de alto abajo. Oscuramente piensa en el *hualle* colgado, en la botella de *uva*, pero más que en nada piensa en el cinturón de cuero de Liborio Bórquez.

Con el cuello recogido, la cabeza sobre el pecho, sordo, inmóvil, se abisma en su espera; aquello va a sobrevenirle de súbito.

Le sacude ahora un loco estremecimiento; escucha muy dentro de sus orejas el estertor que se escapa del pecho de su víctima. Entonces Mengo se desploma sobre el enraje; sus piernas se arquean, se agitan sus brazos; su cabeza desgreñada bota dos o tres veces.

Un hilo de baba marca el lugar en que reposa.

4.- El Toque del Alba

Día a día la campana menor voltea su badajo, llenando el pueblo con sus alegres sones; pero esta mañana de verano la campana menor ha permanecido silenciosa.

—La campana no ha sonado hoy —le dice Eulogio Álvarez a Román Pérez, el herrero. ¡Qué cosa más extraña!

Román Pérez, que diariamente conduce al anciano en su banqueta hasta la placilla de la parroquia, se ha encogido de hombros.

—No podría decirlo, señor; créame que el sueño no me ha soltado hasta ahorita…

—No, Román; no ha sonado.

Eulogio Álvarez quiere acordar su reloj al toque de las primeras horas; su reloj se ha detenido esta noche, y a no mediar tal suceso, tampoco hubiese sabido que la campana menor ha estado muda.

Eulogio interroga a los vecinos que se dirigen a sus faenas en el campo.

—¿Han oído sonar la campana?

Como Román Pérez, se encogen de hombros, y dicen:

—No podríamos asegurarlo…

Don Remigio Cárdenas asoma, ascendiendo la cuesta de la calle; Cárdenas sube lenta y trabajosamente. Eulogio Álvarez no le ha visto desde el invierno, cuando lo de Krausse; y esto no ha sido por falta de ganas. En dos ocasiones le envió un recado para que fuera hasta él; no parece sino que el viejo le rehuyese; «allá él», piensa, viéndole subir. Mas sucede ahora que don Remigio viene a su lado; Álvarez le está observando; verdaderamente, el viejo ha enflaquecido y un aire de enfermo se desprende de su presencia; pero no le abandona aquel aspecto solemne y ceremonioso; es el mismo hombre que sonríe al rascarse las barbas, que chullequea al andar como un pingüino, y habla reposado, circunspecto, dueño de sí.

—¡Hola! ¡Buenos días! Perdone usted, Álvarez —dice, mientras

le estrecha la mano. Ya lo habrá sabido usted…; la salud, el asma… ¡Je! ¡Je!… Va a creer que me paso las noches en vela… Y salgo rara vez por el pueblo. Estoy hecho una lástima… ¡Je! ¡Je!…

—Cuídese, usted, amigo… —Álvarez no ha encontrado cómo responder—. ¡Oh! Cuánto tiempo que no la veo —agrega, echándole una mirada—. Espere usted…

La silla de ruedas descansa debajo de un árbol en la plazoleta; Román Pérez se ha despedido, y se aleja hacia la herrería.

—Oiga usted, don Remigio —habla Eulogio—; me dirá si ha escuchado hoy la campana… —y levanta el brazo, indicando la torre.

—Está bueno, ¿sabe? Espere…, espere… ¡Vaya! No lo recuerdo —el viejo se golpea la frente. ¡Vaya! ¡Vaya! —arruga el entrecejo; se acaricia las barbas. ¡Je! ¡Je!… Créame, amigo, no lo recuerdo; ha de ser por la costumbre…

—Esto ha sido… ¡Qué va! La costumbre de oírla hace que nadie la oiga ya en el pueblo; mas yo le digo a usted que la campana ha estado muda… Sí, señor…

—¿Será que Mengo ha enfermado? Sí, también puede haber sucedido esto; ¿no le parece a usted?

Ambos han dirigido los ojos hacia la parroquia; las puertas de la iglesia permanecen cerradas. En ese instante, Carmen Gómez atraviesa desde la casa de don Braulio y se detiene frente a ellos. El señor párroco está ausente, ha respondido; del sacristán, ella no sabe nada.

—¡Hum! —refunfuña don Remigio—; la muchacha bien se sabe lo que está diciendo; y mire usted cómo va de acicalada y alegre… ¡Uh! Ahora lo recuerdo…

Álvarez vuelve los ojos para mirar a Carmen.

—El señor cura anda en Tara; esta es la verdad —continúa Cárdenas—; me lo ha dicho él mismo —agrega con aire satisfecho —. ¿No lo sabe, usted? ¡Je! ¡Je!… Liborio Bórquez ha vuelto… —el viejo guiña el ojo maliciosamente—. ¡Uh! ¡Je! ¡Je!… —luego cuchichea—: don Braulio le ha de casar con su sobrina, y ha subido ayer a Tara para traer al mozo por las orejas; me lo ha dicho él mismo —repite por lo bajo—. ¿Lo entiende usted ahora? Esto es lo cierto —concluye, moviendo el dedo índice ante los ojos asombrados de Álvarez.

—¡Oh! Quién lo hubiese creído; ha vuelto, pues, Liborio Bórquez… ¡Está bueno! —la declaración de don Remigio le ha cogido de sorpresa, y no logra fijar justamente sus ideas. Dice usted que el señor párroco…

—Le casará con Carmen; eso mismo, ¿qué? ¿Le extraña a usted? ¡Uh! Don Braulio sí es hombre que sabe conciliarlo todo… ¡Puah! Voy a decírselo a usted ahora mismo…, ¿a qué andarse por las ramas?… ¡Je! ¡Je!…

Cárdenas tose con gran ceremonia; ensaya dos o tres pasos frente a su amigo; se rasca suavemente las barbas y sonríe; si Eulogio le mirase el rostro, podría observar cómo cruza por él un extraño gesto entre reticente y satisfecho; pero Eulogio ha agachado la cabeza y espera.

—No se asombre usted de lo que voy a decirle —adopta ahora una actitud desconfiada—; habrá arreglo, amigo mío; el párroco se ha encargado de las gestiones… Qué hombre es él. ¡Uh! Sabe conducir las cosas como nadie; óigalo usted: como nadie… —dice, con ahogada voz, llena de misterio al oído de Álvarez.

—¿Qué quiere usted decir? —Eulogio no comprende en verdad a qué viene esta confidencia, y alza los ojos, interrogándole con un gesto.

—¿Cómo? ¿No me ha entendido usted? —vacila un momento; enarca las cejas, vuelve a toser. ¡Vaya! ¿No lo sabe usted, acaso? Pues que Adelaida, mi mujer, vuelve a Huitauque, a mi lado; habrá reconciliación; esto es; habrá paz entre nosotros dos —el viejo acciona para explicarse mejor—; y todo es obra del señor párroco… ¿Me ha comprendido? ¡Je! ¡Je!…

Cárdenas se queda observando el efecto que sus palabras producen en el ánimo de Álvarez, y mueve ceremoniosamente la cabeza de arriba abajo, la barba entre los dedos.

—Vea usted, Cárdenas. Hoy ha sido una mañana de sorpresa, ¿sabe? —comenta Eulogio—; vea usted: Mengo no ha tocado la campana, Liborio Bórquez está de vuelta, el párroco le casará con su sobrina… y usted hará las paces con su mujer —sigue diciendo lentamente, pues la noticia de Cárdenas, tan repentinamente llegada, le ha dejado confuso, a punto de no saber qué replicarle.

—Esto es. Así se han concertado las cosas, amigo mío; o así habrá de suceder; cuanto antes se haga así, mejor… ¡Oh! Ya

tendremos ocasión de festivar convenientemente tan grande éxito. ¿A qué empecinarse en mantener una situación incómoda a todas luces? ¿Qué se ha ganado con vivir como el perro y el gato? ¿No le parece a usted?

—¡Hombre! ¿Por qué no me lo ha dicho usted antes?

Por el tono con que pronuncia estas palabras, don Remigio comprende que Álvarez está evitando darle su parecer sobre el asunto; y como en ese mismo instante, torciendo la esquina de la calle, ha aparecido la gruesa figura de Mengo, dice, apuntando con su brazo:

—¡Vea, usted! Ahí viene su hombre… ¡Je! ¡Je!… Ya iré cualquier rato por su casa; adiós —y, balanceándose pausadamente, sigue su destino.

Ceñudo, asombrado, Eulogio, levantando los ojos, le ve alejarse. Las pisadas de Mengo resuenan ya cercanas. El sacristán pasa a su lado, a tranco largo, sin detenerse un instante, sin darle los buenos días. Eulogio espera solo su saludo para interrogarle.

—¡Eh! Mengo; ¿estás ciego, acaso?

Mengo se detiene súbitamente, a dos pasos de él, sin volver la cara, y se lleva la mano a la frente.

—¿De dónde vienes? Bien se ve que has estado ausente; ni siquiera te has quitado las botas.

El sacristán no responde; se siente cohibido; baja la cabeza para contemplarse las piernas y luego echa a andar rápidamente; en un abrir y cerrar de ojos atraviesa el espacio que le separa de la iglesia y se cuela por la sacristía.

—¡Vaya! ¡Vaya! ¡Qué bicho le ha picado al pobre Mengo! De seguro que ha andado de jarana. ¡Que le aproveche!

La mañana está realmente magnífica; el sol va ya en lo alto; las sombras de las casas, de las cercas, de los árboles se recogen, se disuelven en el avance de sus rayos, como si un misterioso conjuro las ahuyentara. Entre las ramas cantan dulcemente los tordos y saltan sobre la hierba de la plazoleta; el color de los humos se confunde con el color del cielo; una paz encantadora surge desde la tierra; el mar cierra el horizonte. El anciano, abstraído en sus pensamientos, perdido entre los brazos de su silla, con la cabeza inmóvil sobre el pecho, con sus largas barbas, su blanca cabellera, solitario bajo el árbol, parece una venerable figura de los tiempos

antiguos, algo así como un patriarca que vigilase por su pueblo.

Ha decidido esperar el mediodía; ahora sí, Mengo hará sonar la campana. A su toque bajarán los labradores; él pondrá su reloj en movimiento.

Lo que acaba de escuchar de boca de don Remigio ha traído a su ánimo una profunda inquietud; ciertamente que aquello le ha preocupado mucho más de lo que él mismo hubiera creído.

¡Hum! Él ha visto a Cárdenas lleno de contento. Allá él; ¿quién entiende los sentimientos de este hombre? Eulogio busca la hebra para deshacer el embrollo. ¿A qué ha venido esto de reconciliarse con Adelaida? Eulogio se inquieta más y más. ¡Oh! Si Adelaida no ha dado señal alguna de arrepentimiento, ¿cómo ha podido Cárdenas creer en su regeneración? ¡Vaya! ¡Otro marido como Cárdenas no hay en el pueblo! Bien sabrá él arreglarse con su conciencia. Cuando lo de Krausse, Eulogio le envió un recado a Adelaida; pero esta no había acudido a su llamado. «¿Qué quiere de mí ese hombre?», le mandó a decir con Enérico Vera. Eulogio intervino entonces ante doña Asunta; quizás ella pudiese tener buen éxito. Doña Asunta fue a consultarse con el párroco; allí estuvo el error. Y no fue posible sacar nada en limpio. No era esta la primera vez que don Braulio se cruzaba en su camino y desbarataba sus planes. Álvarez comprende que al señor cura le desagrada que él intervenga en los conflictos de las familias, como si considerase que invade las atribuciones de su ministerio. ¡Zonceras del señor párroco! ¡Rivalidades que a nada bueno conducen!

Pero así y todo, Álvarez no ha dejado de mano la cuestión. Ha estado aguardando la oportunidad que con el tiempo había de presentársele; pero esta no se había presentado. Y ya lo sabe hoy. Cárdenas ha recurrido al señor párroco. ¡Don Braulio! ¡Qué hombre! ¡Este sí sabe conciliarlo todo! ¿No han sido estas sus palabras de un momento? Ciertamente que estas palabras le han dejado sorprendido. ¿Por qué encomendar estos asuntos a don Braulio? Nadie si no la señora Oyarzún ha sido quien ha iniciado las gestiones. Don Braulio ha ido a consultar con Cárdenas; ha hablado a Adelaida tal vez…

En otro tiempo, Eulogio ha buscado cómo llegar a un buen entendimiento entre los esposos; jamás, eso sí, ha pensado en reunirlos bajo un mismo techo. Esto hubiese sido causa de una

afrenta más. Percibida certeramente por Eulogio, está de por medio la condición de Lorenzo Andrade, pues sus propósitos han sido siempre exigir desde el primer instante un reconocimiento escrito, por parte de Cárdenas, por el cual el mozo recuperaría su patrimonio. No es legítimo que Lorenzo Andrade continúe como ha vivido hasta ahora. Harto ha usufructuado Cárdenas; el muchacho cumplió ya los dieciocho años, y está en la edad de entregarse al trabajo. No todo ha de ser en provecho de Cárdenas. Tiempo es de darle al mozo una oportunidad para que se busque un destino conveniente. Y por estas consideraciones Álvarez ha pensado que Cárdenas deberá reconocer a Lorenzo como a un hijo; darle su nombre, ¡esto es!

Remigio Cárdenas, viejo y achacoso, con un pie en la sepultura, y a quien no se le han reconocido parientes, ni él ha hablado de tenerlos, al reconocer a Lorenzo no hará más de lo debido; esto es lo legítimo; tendrá así tranquilidad; el mozo le reemplazará en sus afanes; se cortarán las habladurías de las gentes y desaparecerá el temor de que Adelaida, como su legítima mujer que es, fuese a quedar dueña de toda su fortuna. No se trata de desheredarla; él sabe que no es posible anular el matrimonio; Cárdenas no se atrevería a repudiarla; seguirían separados. En resumen, lo mejor era, por entonces, proceder de acuerdo con sus planes. El viejo usurero no podría menos que asentir; la gente celebraría la justeza de la solución; Adelaida seguiría gozando de su condición de casada; Lorenzo obtendría su parte, y todo el mundo en paz…; si faltaba algún detalle, si surgía algún estorbo, no sería difícil subsanarlo. Para todo esto, quería, en aquel tiempo, contar con la ayuda de doña Asunta; ella era tía de Adelaida, y nadie desconocía el influjo que ella ejercía sobre Cárdenas. Pero, estaba visto, doña Asunta se había entendido con el señor párroco y Álvarez debió detener la ejecución de su proyecto.

Es por todo eso que, ahora, al recibir de golpe la noticia de una reconciliación, y que don Braulio ha intervenido, y que todo está ya resuelto, Eulogio ha estado la mañana entera dando vueltas y vueltas en torno de ella para encontrar la hebra del enredo.

Llamará a Adelaida; esto ha de ser lo primero; llamará a Lorenzo; luego a Cárdenas. Solo cuando esté cierto del buen término de sus gestiones, se entenderá con el señor cura. Tiempo

hay para todo. Además, el párroco está ausente; lo ha dicho Carmen Gómez; lo ha repetido don Remigio.

¡Hum! El señor párroco anda en Tara; ha vuelto Liborio Bórquez. ¡Vaya! Otro enredo; este sí debe resolverlo don Braulio; este, sí es de su legítima incumbencia.

Eulogio Álvarez ha dejado ya de pensar en Cárdenas y en los enredos; juega con la cadena de su reloj. ¿A qué hora sonará la campana? Echa entonces una mirada hacia la puerta de la torre, esperando divisar a Mengo, pero este no se muestra todavía. El sacristán, desde el otro lado de la cerca, detrás de la casa del señor cura, está atisbándole. «Ese hombre no se va a mover de ahí, piensa, ni siquiera se le acerca un vecino».

El sol está ya en lo alto del cielo; es el mediodía; Mengo aún no se decide a coger la cuerda que pende amarrada al badajo.

Un tropel de caballos viene del lado de Notuco. Eulogio levanta la cabeza. Vienen, y esto sorprende grandemente a Álvarez, el señor párroco, don Ciriaco Guzmán, don José Cárcamo, don Nicolás Vera.

Don Braulio adelanta su caballo y atraviesa la plazoleta de un galope para detenerse frente a Eulogio.

—¿No lo ha sabido usted aún? —grita de improviso. Liborio Bórquez se ha extraviado; su caballo amaneció en Tara, dentro de la pesebrera; mas el mozo no aparece por parte alguna… Todo hace presumir una desgracia, y, sépalo usted, he perdido mi viaje… —todo lo ha dicho a grandes voces.

Don Braulio no ha esperado más que acabar de decirlo y pica su caballo. De un salto está desmontándose frente a la puerta de su casa.

—Es extraño —comenta Álvarez, dirigiéndose a los caballeros que se han apeado a saludarle. ¿Qué puede haberle acaecido a Liborio Bórquez?

—Es extraño —dice uno de ellos, ajustándose el poncho.

—Está visto; hoy no han ocurrido más que sorpresas…

Los caballeros se encogen de hombros.

En este mismo instante, en lo alto de la torre, la campana inicia sus toques; Álvarez se sobresalta y abre los ojos, desatentado; los caballeros sueltan a reír a carcajadas. Y es porque la vieja campana mayor dobla lentamente, como en los oficios fúnebres; toca a muerto.

Pero ha sido cosa de un breve momento. Ahora el aire se puebla de alegres sones que anuncian la hora del descanso; la campana menor voltea enloquecida.

—Mengo ha perdido la cabeza…

Siguen riendo don Ciriaco, don José, don Nicolás… Álvarez pone su reloj en movimiento.

—¡Vaya! ¡Vaya!

Ya no le parecería extraño si alguno de estos caballeros le dijese que el propio señor párroco ha perdido el juicio.

Pronto la calle se va poblando de rumores; bajan los hombres, las mujeres, unos a pie, otros a caballo, y levantan nubes de polvo.

Don Ciriaco, don Nicolás y don José se reúnen a los grupos. Como ellos, Eulogio quiere retirarse; mas Román Pérez no se deja ver todavía, y todo el mundo pasa apresurado hacia sus casas.

—¡Eh! ¡Ven acá, Lorenzo! —grita Eulogio al divisar al muchacho que acierta a pasar por aquel sitio.

Lorenzo viene hasta Eulogio y le conduce a su vivienda.

5.- A la Hora de la Merienda

Aún no oscurece y ya doña Asunta ha hecho encender la gran lámpara, pues le gusta aparecer rumbosa y lucir el menaje. La mesa, adornada de flores, muestra aquel servicio de plata, orgullo de la señora; la luz oscila sobre los tiestos de vidrio, rompiéndose en fugaces reflejos; brilla la porcelana; el espejo de la vidriera abre una brecha en la penumbra.

Desde unos cuadros que cuelgan de lo alto, como si se desprendiesen de las paredes, asoman los negros bigotes de don Paulino Vera y el severo rostro de don Ciriaco Vargas, sus difuntos esposos.

Doña Asunta va y viene, de la ventana al estrado, sin dejar la charla. Se espera la llegada del señor párroco para dar principio a la merienda. Lorenzo Andrade, que por primera vez asiste en casa de la señora, está cohibido, molesto y pasea lentamente por la sala; Eulogio Álvarez reposa en su sillón con las manos cruzadas sobre el pecho y parece dormitar.

—¡Cuánto tarda! ¡Cuánto tarda el señor párroco! Bien sabe él que trataremos de cosas importantes; usted lo sabe, Eulogio; hay que buscarle un arreglo a lo de Adelaida, y el tiempo va pasando. Cárdenas vendrá también. ¡Uh! La tardanza de don Braulio me desazona —habla doña Asunta.

Eulogio ha tenido un sobresalto; ya se lo estaba imaginando; la presencia del señor cura tiene un objeto. Y, claro está, han recurrido a él; la señora le ha llamado para imponerle del asunto. Aquella misma mañana le ha oído a don Remigio que habrá reconciliación. El día termina, pues, con una nueva sorpresa.

—Y mira tú, muchacho, no has de ser bobo. ¿Me estás oyendo? —prosigue la señora, disponiéndose a entrar en materia, como si ya le fuese imposible contener su lengua. Yo me sé que el viejo está dispuesto a restituir lo que en buenas cuentas te pertenece… Has de saber, Lorenzo…

Lorenzo se ha detenido para escucharla, picado en su curiosidad.

Qué extraño le parece oír hablar de esto a la señora.

—Me creo que está muy bien el acuerdo de Cárdenas de hacer las paces con su mujer… ¿Qué? ¿No lo sabías?

El muchacho, frente a ella, abre los ojos con asombro; luego se recobra, y una sonrisa entre incrédula y amarga le cruza por el rostro.

—La hacienda del viejo es crecida… ¡Uh! ¡Y cuánto! —sigue, haciendo con los brazos un vago gesto—; de todo, algo, si no mucho, es tuyo, Lorenzo. ¿Pero te has de fiar en meras palabras? Hace falta un documento; lo he dicho así al señor párroco, ¿sabes? ¿No le parece a usted lo mismo? —agrega con voz chillona y despótica, volviéndose, a Eulogio, quien a su vez se ha vuelto a contemplarla, sin disimular su sorpresa.

—Ciertamente —dice—; ya lo sabe usted, señora —y, dirigiéndose a Lorenzo, que lo mira en silencio, exclama—: mejor sería, sin embargo, que Cárdenas te reconociese como a su hijo; ciertamente, Lorenzo…

Doña Asunta no le ha dejado concluir.

—Olvida usted a Adelaida… Su mujer de Cárdenas es…; esto es la verdad. Ahora su marido le suplica que vuelva a su lado…, y ella ha accedido… En fin, ya lo verán ustedes…

La señora se impacienta.

—Tarda, tarda tanto. ¡Jesús! Que para venir a mi casa a deshoras pudo haberlo advertido…

La noche va llenando de sombras la calle; la luz de la lámpara se hace poderosa y ahuyenta la oscuridad a los rincones.

—¡Cuánto tarda! ¡Cuánto tarda!…

Doña Asunta se asoma a la puerta de la sala.

—¡Vichaa! ¿Has oído?… Ahora mismo empiezas a servir la merienda…

Sus gritos han debido escucharse muy lejos.

—Mujer más sorda la Vicha… —comenta al entrar, y va hasta la mesa; ordena los servicios, sin que le pare la lengua, chillona y terca.

Lorenzo la está mirando con verdadero fastidio; ¿hasta cuándo ha de hablar la señora? Menudita como es, parece en sus ires y venires un abejorro, zumba y zumba.

—No has de ser bobo, Lorenzo… Sabrás exigir de Cárdenas lo

que corresponde… Se ha de ver en ti la casta de los Andrade…

Lorenzo no contesta; se ha acercado a Eulogio para conducirle hasta la mesa; la figura de Álvarez aparece como saliendo de la sombra, y recibe de lleno la claridad de la lámpara; un aire apacible envuelve su cabeza, y su mirada no se aparta de doña Asunta.

—Basta de esperas…

En este instante entra la Vicha con la gran fuente de loza, colmada de mariscos.

Eulogio y Lorenzo esperan que la señora dé la señal y bendiga la mesa. Así lo hace ella, murmurando una breve oración, mientras sus manos pasan como dos mariposas sobre los manteles.

La Vicha va llenando las copas de un licor transparente, aromático, de agradable sabor, que llaman licor de oro, y se da principio a la merienda.

En el zaguán resuenan los tacones del señor párroco. Doña Asunta acude presurosa a recibirle.

—Ya me lo decía yo que no faltaría; no ha de pensar usted en que no se le aguardaba —dice riendo; la presencia de don Braulio le ha llenado de regocijo.

—¡Hola, amigos! —Don Braulio entra en la sala y saluda ceremonioso.

Lorenzo se pone de pie; doña Asunta cede la cabecera al recién llegado. Este bebe su copa de mistela y ya se apresta para comer.

—Cárdenas está prevenido… ¿No ha sido este el encargo? ¡Y vendrá aquí! He cumplido en todo… ¿Lo ve usted, señora Asunta? —dice entre cucharada y sorbo.

—¿Está usted seguro de que él vendrá? —interroga Eulogio.

—Esto he dicho…

Doña Asunta le acerca la redoma de la chicha, le alcanza la bota del vino; obsequiosa como si el señor cura fuese el único invitado, atiende, adivina sus deseos. Eulogio lo está observando; la señora y don Braulio están a partir de un confite.

—¿Vendrá también Adelaida? ¿La ha apercibido usted? —inquiere, distraídamente, el señor cura.

—Se lo he enviado a decir, mas no estoy segura de que ella venga —responde la señora.

Lorenzo abre los ojos sobresaltados; en aquel momento está bebiendo con la bota en alto; el chorro le entra hasta el gaznate; y

al oír el nombre de tía Adelaida, se ha atragantado; le tiembla el pulso, y, dejando la bota sobre la mesa, permanece en una actitud embarazada que ninguno de los presentes ha advertido. Eulogio refleja también en su rostro un gesto de profunda extrañeza.

El párroco, con afable solicitud, se apresura a explicar:

—¿Qué? ¡Vaya! Quién iba a figurarse esto… Cárdenas ha insistido siempre en que su mujer ha de volver a su lado… ¡Qué trabajos los de ese hombre! Descalabrado, perseguido por las malas lenguas, he aquí como ahora el pueblo ha de reconocer su nobleza…; y Adelaida ya no podrá vivir a sus anchas —concluye con un tonillo mortificante.

Lorenzo siente que su sangre se acalora, y bulle en sus venas; la siente en su rostro; se contraen sus labios en una morisqueta desdeñosa, y vuelve los ojos hacia don Braulio, arrugando el ceño, sofocado, de mal talante.

Se hace un breve silencio. La Vicha reaparece entonces, trayendo una cazuela, en cuyo fondo, bajo un núcleo de verduras y olores, pueden verse los muslos, las alas y la cabeza de una gallina. El azafate de las papas humeantes, frescas, lozanas, decora el centro de la mesa.

—Con Enérico Vera qué va a contarse…; ni hace falta… El pobre está para la compasión; una verdadera miseria —comenta don Braulio.

—Cárdenas la perdona a Adelaida; la ha perdonado ya —prosigue la señora—; ¿qué más puede esperar de la bondad de su marido?

—Adelaida ha venido a verme hoy —interviene calmosamente Álvarez—; ha estado en mi casa; ella ha sabido que esta noche nos reuniríamos aquí…

El párroco no le ha dejado terminar.

—¡Vamos! ¿No somos acaso nosotros los llamados a conciliar estas diferencias? Por mi parte, el asunto está concluido…

—Estuvo hoy en mi casa —insiste Álvarez—, y me ha dado un penoso encargo… Para decirlo de una vez, señor párroco, Adelaida Vera no desea volver al lado de su marido… —ha dejado la voz suspendida para continuar.

Doña Asunta y el cura se han mirado perplejos; una repentina expresión de alegría corre por la cara de Lorenzo.

—¿Eso es lo que ella ha dicho?

—Eso ha dicho…, no tengo por qué ocultarlo; su padre está de parte de ella —responde Eulogio, ocultando una sonrisa de ironía entre los pelos de sus barbas.

—Me lo ha dicho a mí, además; me lo ha repetido —la voz de Lorenzo suena distinta, con sospechoso tono de insistencia. ¿Por qué meterse a hablar? ¡Qué intrusidad!

—Eso ha de verse; sí, señores; pronto ha de verse… —salta el señor cura, dándole un tono de misterio y de amenaza a sus palabras.

—Escúchame, Lorenzo, ¿desde cuándo la hablas? No sabía que te vieses con ella… ¿Cómo? —Doña Asunta se calla, mirándole recelosa.

—¿Qué dice usted? —la interroga Lorenzo, pues verdaderamente no ha percibido el comentario.

—¿Qué tienes que ver con tu tía Adelaida? —aclara el párroco.

—Hijo mío…, hijo mío… —prosigue la señora, aflautando la voz.

«Hijo mío…, hijo mío»…; a Lorenzo le ha molestado el oírse llamar así. Va a responder, «madre mía»…; la burla le ha picado de súbito, mas ha logrado contenerse; «no haré eso», ha pensado; el instante ha sido tan fugaz que ha cabido en el breve intervalo que corta la charla de doña Asunta, pues Eulogio se apresura a decir:

—Lorenzo es su sobrino de Adelaida… ¿Qué raro es, pues, que ellos se vean y se hablen? —Eulogio se ha vuelto hacia Lorenzo—. Y has de saberlo —dice—, que Adelaida Vera teme regresar a Huitauque; ella lo teme por ti, Lorenzo; esto ha dicho Adelaida: Lorenzo no ha de permitir que yo regrese.

«¡Ah! ¡Mentiras tuyas, tía Adelaida! ¿Por qué me lo cuentas? ¿Querrás que me vaya del pueblo? ¡Me iré! Entonces, tía…, ¡me iré! Sábelo desde ahora; el día en que tú pongas los pies en Huitauque, me iré; nada me detendrá; me iré lejos, a bordo de una barca; y que me lleve el diablo». Así le ha dicho hoy, lleno de coraje, incapaz de dominarse. ¡Uf! Debes desconfiar de todos. Y él ha salido de su casa como un perro rabioso, ciego, sin saber qué piensa ella de cuanto sucede.

La voz chillona de doña Asunta le saca de sus meditaciones, le hace temblar.

—Necesito decírtelo todo… Créeme que pienso en que me engañas; óyelo bien: sí, tú nos engañas. ¡Vamos! ¿Qué secretos te traes con Adelaida? Con Cárdenas podrás hacer cuanto te plazca; conmigo, no —dice, enérgicamente, con el dedo en alto.

—¿Por qué habla usted así? De haberlo sabido que usted iba a regañarme, no hubiese venido a merendar a su casa; sí, sí, me iré…

Lorenzo se ha levantado con gran ruido.

—¿Qué te irás? ¿Qué te irás? —doña Asunta está de pie a su lado—. ¡Vaya! Cuánta falta te ha hecho una madre —habla, reconviniéndole con amargura.

—¿Lo has oído, muchacho? ¿Por qué faltar en casa ajena? ¿No es acaso doña Asunta una persona mayor? ¿Tu parienta, además? Quién iba a creerlo que obrarías así… —interviene colérico don Braulio.

Una ráfaga de coraje calienta el pecho de Lorenzo; se aparta entonces de la mesa; un ciego impulso le empuja a la calle, y abandona el aposento. Pero una fuerza inexplicable le ha hecho volver desde el zaguán.

—He vuelto —dice, humildemente—, he vuelto —como si en verdad hubiese estado mucho tiempo ausente.

—¡Vaya! ¿Qué te has creído? ¿Estás acaso tratando con una chica? ¡Ah! Tienes el mismo genio de tu padre… ¡el mismo genio! Cuánto me comía la lengua por decírtelo… ¿Ves? Habrás de oírme —grita la señora por encima de Eulogio, como si el grito llevase envuelta una amenaza.

—Perdone usted mi exaltación; ha sido cosa del momento —Lorenzo está mohíno, confuso.

—Esta es una falta mayor; no basta decir: perdone usted; una ofensa a sus canas se lava con un verdadero arrepentimiento; falta te hace acercarte por la iglesia para reconciliarte con Dios —habla el señor párroco, muy taimado, y se echa de un sorbo el trago de chicha que rebasa la copa.

El muchacho vuelve los ojos para mirar al señor párroco; el rencor le oscurece la vista; ¡qué desfachatez! ¡Engañifas, Lorenzo, engañifas!

—Mira tú, Lorenzo…; ¡qué ingrato eres! Ya se lo he dicho a Cárdenas. Más vale callarse… Qué mal pagas, Lorenzo. Bien te lo sabes.

¿A dónde va la señora? ¿En qué irá a parar todo esto? Lorenzo está deseando irse de veras. ¿Por qué se expresa ella en ese tono? No parece sino que ella estuviese impuesta de sus cosas con tía Adelaida. Ciertamente que doña Asunta le inquieta.

—Necesito decírtelo todo… Si Adelaida no vuelve al lado de Cárdenas, tú vas a quedar desheredado; ella y su padre en la miseria; la vergüenza permanecerá en nuestra familia… ¡Qué asco! —las palabras le han salido a borbotones; chilla como un pájaro.

Don Braulio asiente a sus regaños con enérgicos movimientos de cabeza.

—¿Para qué oponerse a su regreso? ¿Por qué ella se excusa contigo? ¿Qué ocurre entre ambos? Espera; deja que acabe… Desde luego, conocerás lo cierto: Cárdenas ha dicho: que vuelva esa criatura y que todo se eche en olvido… Me parece que esta es una legítima advertencia; y que todo termine de una vez; Cárdenas lo ha suplicado, y tú, Lorenzo, debes mostrarte obsequioso; debes ver en Adelaida, antes que a tu tía, a la mujer de don Remigio Cárdenas…, es gratitud, es tu deber…

—Perdone usted, doña Asunta —interrumpe don Braulio. ¿Por qué se niega ahora Adelaida a reconciliarse con su marido? ¿Es que la pícara ha querido burlarse de nosotros? Ella me ha prometido acceder, y ahora se niega. Cárdenas la ha perdonado…, ¿qué más podrá desear? ¿No es esto una injuria? ¿Por qué se disculpa con Lorenzo? ¿Por qué hacer burla como si se tratase de una travesura? Dilo tú, muchacho…; dígalo usted, Eulogio, que me parece verle de parte de ella…

Eulogio pasea sus ojos desalentados en torno de la mesa.

—Cárdenas ha obrado lealmente, me creo; ella lo ha comprendido así, pues Adelaida no se opone a la reconciliación; solamente ha dicho que no iría a Huitauque, a su lado…

—Nadie ha entendido aquí esto —salta el párroco con ánimo provocador—; usted, Eulogio, ha dicho otra cosa hace un momento…

—¡Oh! ¿Que no lo he dicho así? ¡Vaya! Recuerdo que lo he dicho.

La sirvienta ha aparecido en el umbral con un trozo de asado, oloroso a especias; doña Asunta se levanta a recogerlo. Un súbito silencio cae entre la luz, sobre la mesa.

Don Braulio destroza aquella tranquilidad; su cabeza se vuelve a cada uno de los presentes.

—Habla de una vez, muchacho; ¿por qué Adelaida no quiere volver al lado de su esposo? ¿No es esto lo que ella ha dicho?

—¿Qué puedo saber yo? ¿Por qué no preguntárselo a ella? —responde Lorenzo con un tono de sorna.

—¿A qué has salido con esta burla? ¡Ah! ¿Y aún ríes? —le grita de improviso don Braulio, arrebatado de enojo—; sepamos luego, qué ocurre entre ambos… ¡Vamos! Habla ahora mismo…

¿También el señor cura le regaña? Lorenzo le está mirando rencoroso; el párroco le infunde aún respeto; no encuentra cómo responderle.

—¡Vamos! ¿Por qué no hablas? ¿Hasta cuándo se ha de tolerar esa actitud de burla, esa insolencia? Todo el pueblo te señala ya… —don Braulio, arrebatado por la cólera, descarga tan fuerte golpe sobre la mesa, que se han sacudido las botellas, los tiestos de flores, y han sonado los vasos en la vidriera.

—¡Váyase al diablo todo! Venir aquí para escuchar sermones —el pecho de Lorenzo se agita al impulso de su exaltación.

—¿Para qué llevar las cosas a este extremo? ¿Qué necesidad hay de exaltarse? Lorenzo es un mozo sin juicio; torpeza fuera concederle otro sentido a sus palabras —mientras habla, Eulogio vuelve la cabeza; a cada uno le toca un instante de su mirada.

—Nos hemos reunido aquí para reconciliar a estos esposos, para hacerlos vivir en común; mas entre nosotros mismos está el atasco; alguno hay aquí que nos ha traicionado —ha dicho el párroco apresuradamente, como si no pesase el valor de sus palabras; luego saborea una fruta.

Eulogio Álvarez se yergue con dificultad; la luz de la lámpara arroja sobre la mesa su figura de inválido; parece hacer un extraordinario esfuerzo; sus labios, las hebras de sus barbas, su cuerpo entero tiembla, y tiemblan también los utensilios sobre el mantel.

—¿Qué parte tengo yo en todo esto? ¿Qué quiere decir el señor cura? Adelaida Vera me ha encomendado una misión delicada; he cumplido…; y ahora el señor párroco quiere echar feas sospechas sobre mí; no seré yo quien permita se dude de mi inocencia… ¡Y bien! Yo he hablado solo en nombre de Adelaida, de esta pobre

mujer…; si queréis mi opinión… —un golpe de tos detiene el curso de su plática—, mi opinión es esta: me parece adivinar nuevas desgracias si ella accede a lo que se le ha solicitado… ¿Por qué este afán de Cárdenas de llevarla a su lado? Se trata de una reconciliación; eso es; de salvar sus derechos, de restituir un patrimonio, de salvar una herencia… Me creo que no es difícil conciliar todo esto. Cárdenas ha prometido asegurar a Lorenzo lo que a este le corresponde; ha perdonado a su mujer; luego Adelaida ha de seguir siendo su legítima esposa: pero ella ha dicho solo que no puede vivir junto a su marido… ¿Y porque ella no satisface enteramente nuestros deseos, va a perder sus legítimos derechos de esposa? ¿Y Lorenzo va a pagar lo que no le viene? ¡Oh! Eso sería una injusticia, una situación diez veces peor que esta… Y yo quiero que se haga conforme a la justicia: que todos quedemos en paz; y no es difícil resolver el enredo… ¿Dónde está, pues, la traición de parte mía, señor párroco? —apenas ha terminado de hablar, se ha dejado caer sobre la silla.

—¿La quiere usted separar de su legítimo marido? La mujer debe seguir a su hombre; abandonar padre y madre, y seguirle… ¡Vivirás bajo la potestad de tu marido!, es el mandato de Dios —don Braulio se oprime la cabeza entre las manos para expresar su horror.

—Mayor desdicha ha de ser para Cárdenas si ella le sigue. ¿Por qué cegarse? Una mujer joven como Adelaida Vera, que tiene su pasado… No, señor; no va a regenerarse…

Lorenzo abre los ojos sobresaltado; doña Asunta comenta:

—¡Jesús! Qué cosas dice este hombre… Todo se vuelve ponzoña y vicio; ¡Jesús!

—Lo que Eulogio afirma es una injuria —clama don Braulio.

Lorenzo no puede tener ya las manos quietas; destroza las migas del pan sobre el mantel, dibuja caprichosas figuras.

—Señor párroco, ¿por qué devolverme una advertencia con tan malas palabras? ¿A qué propósitos suyos vienen estas sospechas? Me ofende usted, señor cura —acaba de decir dignamente Álvarez.

Don Braulio se ha puesto ya de pie; la movediza sombra de su silueta toca el techo como si fuese la sombra de un gigante; sus brazos suben y bajan al compás de sus palabras.

—No ha de decirme ahora que lo dicho sea una injuria… Ella ha

pedido perdón a Dios por su pecado; ha ido a la iglesia, ha estado ante mí de rodillas, le he otorgado la absolución…; y, ¿qué es si no una injuria, una burla decir: reconciliarse y vivir separados? ¡Líbreme Dios! El matrimonio es un sacramento. Dios es grande y generoso; absuelve de todo pecado… Adelaida está perdonada por Dios y por su esposo. ¿Qué espera? —don Braulio manotea y vuelve los ojos a todas partes; la luz tiembla en sus lentes.

—Cálmese, señor cura —interviene doña Asunta.

—Descuide usted, señora —replica sin miramientos—; que Adelaida venga aquí; envíe usted por ella; ante nosotros, en presencia de su marido, no podrá negar su promesa, no podrá resistirse —termina don Braulio menos excitado.

Un ancho silencio se ha esparcido entonces por toda la sala.

Eulogio, muy severo, monda unas frutas. La merienda toca su fin. Este instante espera Lorenzo para escurrirse, y, pretextando una excusa cualquiera, sale con lentos pasos a la calle.

6.- Cosas Inesperadas

Apenas hubo salido Lorenzo llamaron a la puerta.

—Ha de ser Cárdenas —dijo doña Asunta, alegremente, mientras andaba.

Los dos hombres permanecían en silencio, con la vista clavada en el cuadro de luz que venía del pasadizo. El señor párroco tarareaba una canción, acompañándose con el débil tamborileo de sus dedos sobre la mesa; tal actitud escondía una burla. Eulogio Álvarez estaba severo, con la cabeza erguida en son de romper a hablar apenas Remigio Cárdenas se destacara en el vano de la puerta; ya verá el señor cura cómo él no ha de necesitar injurias para poner en claro sus razones.

De súbito, ambos cruzaron sus miradas con asombro; un mismo gesto de estupor se dibujó en sus semblantes. Quien llamaba era Adelaida Vera, la legítima mujer de don Remigio Cárdenas.

Adelaida se detuvo en el umbral e intentó devolverse; la señora Asunta asomó tras ella y, con cariñoso ademán, la empujó hasta la sala.

Al parecer, a Adelaida le costaba acostumbrarse a la claridad; se restregó los ojos por dos o tres veces con el dorso de la mano y sacudió la cabeza con un vivo movimiento lleno de gracia. A pesar de la sorpresa que le deparaba el encontrarse con ellos, su actitud no era por cierto embarazosa. Con ágiles pasos, contoneando las caderas con donaire, avanzó por la sala. Saludó entonces al señor párroco; luego, con palabras muy cordiales, a Eulogio. Por la frente de don Braulio corrió un ligero enarcamiento de cejas.

Adelaida Vera permanecía de pie en medio de la sala, bajo la luz de la lámpara que le daba de lleno en el rostro; ella volteaba la cabeza para mirar ya al uno ya al otro; sus grandes ojos se movían vivaces bajo su frente; jugaba con las trenzas entre las manos. El color oscuro de la blusa, que cortaba su cuello a la altura de los hombros, acentuaba magníficamente la blancura de su rostro. Las polleras le ocultaban las piernas hasta los tobillos, y este detalle le

hacía aparecer más alta de lo que era en verdad. Todos la contemplaban como si nunca antes de ahora se hubiesen percatado de su belleza. Ella sonreía con una sonrisa fresca y viva como de fruta; de su presencia se desprendía un soplo de salud, de lozanía. Era una mujer de treinta y cinco años, y aparentaba ser tan joven como una moza.

—Se me ha dicho que él, mi marido, ¿verdad?, estaba aquí y quería hablarme —dijo con rapidez. Su voz quedó sonando en el breve intervalo.

La señora Asunta vino a ofrecerle una silla.

—¡Gracias! He llegado tarde, tal vez.

Su mirada fue a posarse en el suelo.

—No me fue posible acudir tan presto —agregó sin tomarse un respiro. ¿O es que él no ha venido?

Adelaida permanecía de pie con la barbilla afirmada sobre el pecho.

Don Braulio se volvió a Eulogio para decirle:

—Lo está viendo; ella estaba advertida y ha venido por su esposo. ¿Aún lo duda usted?

—Cárdenas ha de venir de un momento a otro —interrumpió doña Asunta—; le estamos aguardando… ¡Ea! Siéntate entre nosotros…

—Jesús, tía, que para verle a él no es menester la presencia de estos hombres —exclamó con cierto cohibimiento, interrogándola con los ojos. ¿No hemos de estar a solas? Dígale usted que él puede venir hasta la casa de mi padre, si así lo desea… ¡Seguro! Le esperamos allá; y ahora me voy. Buenas noches. ¡Buenas noches! —concluyó riendo alegremente, e hizo con las manos un ademán de despedida.

—Espera, hija; espera. ¡*Catay*! ¿Has de venir por mi casa desde tanta ausencia para entrar y salir volando como una *pinda*, mujer? ¿Qué te has creído?

Adelaida la miró con extrañeza.

—Se me ha suplicado por parte de él que viniese, que él estaría aquí en mi espera; ahora yo no le he encontrado, ¿qué quiere usted, tía? Si él no está, ¿qué haré yo?

—Téngalo usted en cuenta, señor párroco, lo que ella está diciendo. ¿No le parece a usted que ella está en lo razonable? —

agregó Eulogio.

—Se le ha dicho que su marido va a venir de un momento a otro, que está apercibido; ella lo declara; ¿qué debe hacer, sino esperarle? En cuanto a que les dejemos solos… ¡Vamos! Yo me encojo de hombros…

—Adelaida, hija mía, quiero que me escuches; ¿qué apuros te traes?

—¡Déjele usted, señora Asunta! ¿Para qué sujetarla? Ella misma lo ha exigido: desea hablar a solas con su esposo; ha dicho: a solas… ¿No es esto cuestión de privanza? Si él no está o no viene, lo cuerdo es dejarla que ella decida.

Eulogio dijo esto con tal acento de ternura, como si quisiese consolar a Adelaida.

Adelaida Vera había avanzado hacia la puerta y con una mano afirmada en el marco aguardaba, dispuesta a retirarse.

Don Braulio la observaba con ojos severos.

—¡Debe usted esperar! —habló con voz sorda.

—Bien lo sabe el señor cura que no temo a las reconvenciones que mi marido puede hacerme; pronta estoy a platicar con él; mi marido es, me parece; y solo él deberá entenderse conmigo, ¿saben?

Un gracioso gesto de picardía brilló en su cara para esconder la intención descomedida que en el primer momento la impulsó a responder a don Braulio.

El párroco paseaba ahora muy ceremonioso, con las manos metidas en las faltriqueras de la sotana.

—Mas, antes de irse, puede usted prometernos que acatará el mandato de su esposo: usted misma lo ha dicho: es su mujer. Sepa ahora, Adelaida Vera, que no basta con la reconciliación, con el arrepentimiento; qué valdría decir: «estoy arrepentida, ¿me ha perdonado?». ¡No! ¡Mil veces no! Usted deberá seguirle; solamente de esta manera será verdadero su arrepentimiento: será efectivo el perdón y hallará gracia ante los ojos de Dios…

Una repentina expresión de amor propio inundó el rostro de Adelaida. Encaramó las manos sobre sus caderas, contoneó el busto e hizo un gesto de desprecio:

—Hable usted, don Eulogio. Hable usted. Nadie mejor que usted comprende la vida; defiéndame usted; dígale al pueblo que Adelaida Vera es una mujer desgraciada. ¡No voy a saberlo! Usted

únicamente puede defenderme de las murmuraciones. ¡Ah!

Doña Asunta quiso interrumpirla; la señora se agitaba nerviosa en espera de meter su lengua en aquello; pero Adelaida no se detuvo ya.

—Fue usted, tía Asunta —díjole—, quien me empujó a unirme a este hombre, y gran culpa en mi matrimonio lleva también el señor párroco.

El párroco se había cruzado de brazos frente a ella.

—¿Cómo ha de ser posible que volvamos a vivir juntos? ¿Y en una misma casa? ¿En la casa de Huitauque? ¿En la heredad de Antonio Andrade? ¿Le he amado yo a Cárdenas? ¿Me ha amado él? Bien lo saben ustedes. Yo no le busqué a este hombre; él sí; y así nos casamos, y él fue a vivir a Huitauque; aquello era nuestro; era de Lorenzo Andrade; lo heredábamos de Antonio Andrade; ¿no lo sabían ustedes acaso? Remigio Cárdenas se ha casado solamente para quitarme lo que nos pertenecía. Un mal paso… ¿Para qué negarlo? Esto fue mi casamiento; el pretexto era Lorenzo, porque Antonio Andrade vivió endeudado con este hombre, y mi padre lo estaba además; y esos créditos no se iban a pagar nunca… Mi casamiento fue un sacrificio bastante cruel; a ello me llevaron ustedes; yo misma me entregué al suplicio. Un mal paso me alejó de él; ¿para qué negarlo? Y abandoné aquella casa; la abandoné, engañándole, porque ni siquiera le he temido, y él nada podía importarme ya; he sido, pues, una mala mujer; esta es la pura verdad; díganlo ustedes. ¿No será un mal paso también este que me aconsejan dar ahora?

Adelaida intentaba sujetar los sollozos que le trababan la lengua.

—¿Lo ven ustedes? Esta es mi desgracia. ¡Qué va! Yo no puedo explicarme ante ustedes. Ni hace falta; bien me lo sé. Solamente él podrá comprender mis excusas; él no más puede oír mis quejas; conocer mis sentimientos. Yo sé dónde me aprieta el zapato… Y no es que se me venga a decir: «Adelaida Vera es una mujer desgraciada, porque no vuelve a su marido y quiere vivir a sus anchas; ¡es una *arrecha*!». ¿Quién podría limpiarse la boca con mi nombre? ¡Pobre soy! Y traigo mi carga; mas yo sola me la aguanto, y no me quejo; todos lo saben; todos en el pueblo: «Adelaida Vera es una mujer desgraciada y no se queja»; todos lo saben; «se casó mal; su padre es un borracho; se ha burlado de su marido, le ha

arrastrado sobre la maledicencia…». No hay para qué fingir ante ustedes…

Adelaida volvió las espaldas y salió sollozando, apresurada como una ráfaga.

—¡Qué labia! ¿Ha oído usted, señora Asunta? Nuestro esfuerzo se estrella contra su testarudez…

Entonces Eulogio se encaró con el señor párroco:

—Usted terminará por echar a perder cuanto se ha logrado. ¿Por qué insistir en ciertas condiciones? Ella dice que está arrepentida, que no guarda rencor contra Cárdenas; le espera para una reconciliación; en una palabra, vindicada, perdonada. Si Cárdenas desea vivir en paz con su conciencia, con su mujer, con el pueblo entero, qué preciosa oportunidad se le ha presentado. Como ella, aparecerá vindicado; libre de sospechas, de murmuraciones, y todos han de decir: «¡qué nobleza!»; y han de reconocer la rectitud y bondad de sus intenciones, señor párroco…

—Quien ve más allá de sus narices comprende mis intenciones —replicó disimulando apenas su fastidio.

—Nadie lo duda, señor… No seré yo quien se eche tierra a los ojos; no es esta, lo sabemos todos en el pueblo, la primera vez que el señor párroco pone paz en los matrimonios…

Don Braulio no ocultó ya en modo alguno su ira. Las palabras de Eulogio le picaron en lo íntimo. Comprendía que este hombre sabía como nadie poner el dedo en la llaga. Aun para doña Asunta, la situación del señor párroco se hacía más y más embarazosa. Lo mejor era irse.

Pidió, pues, su sombrero; luego estuvo despidiéndose y salió de la casa con rápido tranco.

Desde la sombra que separaba el huerto del portalón surgió, ante don Braulio, la figura de un hombre. ¡Vaya! ¡Vaya! El párroco no atinaba a reconocerle; mas, al cruzar el cuadro de luz que proyectaban las ventanas de la casa, ¡oh!

—¡Eres tú, Mengo! —exclamó. ¿Qué me esperas?

Ciertamente, era Mengo; se puso a su lado y continuaron marchando hacia la plazoleta.

—La he visto a doña Vitalia; sí, a la madre de Liborio, ¿saben? Ella ha ido a Huitauque, y yo he ido tras ella; hace un momento apenas que he vuelto —hablaba Mengo por lo bajo.

—¡Hum! ¿Y dices que ella está aún en casa de Cárdenas? Debiste detenerla y avisarme; este era el encargo. Qué bobo eres, Mengo.

Mengo no supo qué responder. Habían llegado ya a la plazoleta. La noche era clara y fresca; uno que otro vecino aparecía en lo alto de la calle y se alejaba hacia la marina.

—Mengo…, tú no has dicho la verdad. Primero fue que Liborio iba borracho y le hallaste caído bajo unas quilas, y le diste con el rebenque, y nada más que esto… Así lo recuerdo. ¿A qué ha venido decir ahora que le echaste abajo del caballo y que él quiso golpearte? Y que tú le pedías que no lo hiciese, y has agregado: «Liborio quedó tendido en medio del puente…».

—Esta es la verdad, señor cura; yo no niego que le di duro; «dale duro, dale duro»; así me lo ordenaron usted mismo; y le saqué del caballo… ¡Bueno! Él iba a golpearme con la botella…

—¿De qué botella hablas? Lo estás viendo; nunca acabarás de decírmelo todo.

—¡Vamos! Liborio traía una botella y se me vino encima; yo reculaba y reculaba; ¡zas! Como Liborio estaba borracho, señor cura, tropezó; solamente aquí empecé a darle con el rebenque.

—¿Sabes que se han encontrado el tirador y el sombrero de Liborio? El tirador estaba vacío… Y en el pueblo se dice que en el tirador, Liborio Bórquez guardaba unos dos mil pesos nacionales. Urruztarrazu los ha visto…

—Yo nada sé de esos nacionales; yo le dejé ahí en el puente; luego volví por mi caballo…

—¿Por qué no me lo has dicho antes, Mengo, que el mestizo Hueldeo se tropezó contigo anoche? ¡Qué bobo eres, Mengo!; y tú estabas allá en el cruce de los caminos… Y el mestizo vino a contármelo a la Posada… ¡Qué bobo! ¿No sospechas en quién puede haberle robado? ¡Je!… ¡Je!… El mestizo Hueldeo, Mengo; el mestizo Hueldeo le ha robado… Este y nadie más…

El sacristán detuvo el tranco; se llevó la mano a la boca como para atajar las palabras que acudían atropelladamente a su garganta. ¿Qué iba a decir? «¡Cuídate de abrir la boca, Mengo! ¡De esto nada sabes!»… Se lo ha venido repitiendo a sí mismo desde anoche cuando se recobraba en la Posada. «Seré como una tumba», ha pensado.

Don Braulio le miró con extrañeza; el sacristán temblaba sin

poder ya contenerse.

—Mira tú, qué complicación; maldito hombre el mestizo Hueldeo; apenas le vi llegar anoche a la Posada, me dije: «Las cosas andan malas para Mengo»; ¿quién le había convidado a la fiesta? ¡Nadie!; has de creerlo. Y ahí estuvo de gorra el muy intruso; fue él quien me lo dijo: «Mengo está aguardándole allá arriba, señor cura, en el cruce de los caminos, bajo el *hualle* colgado». ¡Nada! ¡Nada!, le expliqué yo. Le esperarás a Mengo cuando baje al pueblo y le has de decir que entre. ¡Ay! Así lo hizo el muy bellaco. Y vino lo demás; te atacaste de golpe, Mengo; y estuviste ahí rezongando como un idiota; el mestizo no se apartaba de tu lado. ¡Hum! El mestizo Hueldeo tiene ahora los dos mil pesos nacionales del tirador de Liborio… Tú se lo has dicho todo en medio de tu pataleta… ¡Eres un imbécil! Así ha sucedido… Pero ¿qué ha sido de Liborio Bórquez? ¿Qué ha hecho con él?

—Que le ha matado, señor cura; que le ha matado…

7.- Aquella misma Noche…

Lorenzo acababa de dejar la casa de doña Asunta; iba malhumorado e inquieto; allí se incomodaba; le fastidiaron las maneras del señor párroco, los regaños de la señora, y en cuanto a sus advertencias, ¡bah!, ya se lo había propuesto allí mismo: no hacerles caso. No veía necesidad alguna, ni siquiera le interesaba, para seguirlos en sus razones. ¡Allá ellos! Don Braulio era un hombre intrigante, y se las daba de moralizador. Causaba pasmo oírle esta noche. Lorenzo sabía a qué atenerse frente a sus consejos. ¡Vean qué escándalo! Anoche no más don Braulio andaba de jarana por la Posada de Notuco; lo dijeron las mozas que segaban el pasto en el rastrojo de Huicha, y ahora aquí, mientras merendaban, le ha oído hablar de remordimientos, de perdones y otras zarandajas. ¡Engañifas, Lorenzo! ¡Engañifas!…

Mientras subía la calle hacia la casa de tía Adelaida, sin saber cómo, se le vinieron a la boca estas palabras con que Liborio Bórquez se burlaba de él en otro tiempo. ¡Pobre Liborio! Ahora ha de estar muerto, bien muerto, en el fondo del río o de una quebrada; sí; le han muerto para robarle. ¡Cuánto ha de sufrir Carmen Gómez! Naturalmente que Carmen ha de haberle querido a Liborio. El muchacho suspiró.

En aquel momento atravesaba la pequeña plaza frente a la parroquia; de las ventanas de la casa del señor cura se filtraban unos agudos rayos de luz; bien podía suceder que la muchacha estuviese atisbando. Se acercó entonces, con sigilo y apegó la frente sobre los vidrios; en aquel mismo instante la sombra apresurada de una mano apagaba la lámpara.

Lorenzo continuó su camino. Las luces de las farolas tiraban su silueta contra los tingles, seccionándola en franjas horizontales; o bien su sombra se partía en astillas frente a las rejas de los huertos o era tragada de súbito por las negras bocas de los portalones.

La luna ascendía del lado del mar, solemne, íntegra, y resplandecía como un espejo; el aire era liviano y frágil; el pueblo

estaba como sumergido en un secreto sosiego que el mar mecía blandamente.

Lorenzo se juzgaba venturoso; imaginaba que tía Adelaida le aguardaba: además, él era dueño de recogerse a Huitauque cuando le viniese en ganas; don Remigio se lo había dicho: «Eres ya un hombre, Lorenzo, y eres libre de hacer cuanto te plazca». Acariciaba, al pensar en esto, la llave de la casa que Cárdenas había puesto en sus manos. Verdad era que, para todo esto, la Juana intervino porfiadamente ante el viejo.

Para ver a su tía hará como esta tarde, y ella ha de sorprenderse y acabará por reír: «¡Adelante!», oirá decirle cuando él llame a la puerta; mas, él no ha de entrar; esperará a que ella misma venga a abrirle; entonces se ocultará en la sombra. «¡Oh! ¡Qué susto me has dado, Lorenzo!». Después irán juntos por el largo pasadizo que ha de estar a oscuras: se apegará a ella, la cogerá de un brazo. El abuelo ha de estar ausente.

Frente a la casa, se detuvo. La casa estaba sin luz, silenciosa; la puerta cerrada; no se percibía un ruido. Lorenzo arrugó las cejas; permaneció ahí sin moverse apoyado a la puerta. ¿Qué sería aquello?

Retrocedió al medio de la calle. Podría ser que ella estuviese dormida, o tal vez permanecía en el fondo, entregada a sus quehaceres. Él podía voltear por el huerto y llamarla desde el corral. Vino entonces al portalón, tanteó la aldaba; los horcones chirriaron con ese son prolongado y seco de los maderos endurecidos; se aventuró lentamente, medroso, deteniendo el aliento, cuidando de no poner los pies sobre las hortalizas, evitando hacer ruido.

El corral estaba desierto; la luna caía en él como dentro de un pozo. La sombra de Lorenzo se arrastraba sigilosa sobre las piedrecillas; sus zapatos crujían con leve ritmo.

Aquella era la ventana de su dormitorio; ahí, la pequeña escalera que conducía a la cocina.

Lorenzo atravesó el corral y fue a apegar la cabeza a los vidrios. El interior del aposento estaba iluminado por la luna. El mozo golpeó con suaves toques.

«Tía Adelaida no está aquí —se dijo—. ¿Dónde ha ido?».

Se pasó la mano por la frente. Un instante más contempló

aquella ventana y vino a colocarse junto a la escalera. Aquí todo estaba silencioso y oscuro.

Se apartó con lento andar para salir a la calle. Fue entonces cuando le pareció oír un rumor que venía del fondo del huerto; era un rumor acompasado y constante, parecido al que hacen las bestias al rumiar. ¡Vaya! Lorenzo paseó su mirada por el recinto. Una figura de hombre inclinaba y alzaba el tronco, jadeando; ahora podía percibir claramente los golpes de una azada sobre la tierra; los golpes sonaban blandamente. ¿Qué hacía este hombre bajo los manzanos? Lorenzo avanzó hasta él, ocultándose detrás de los árboles, y vino a situarse a sus espaldas. Este hombre era su abuelo Enérico, quien seguía en su misterioso trabajo, sin percatarse de la presencia del muchacho.

Lorenzo sonrió y meneó la cabeza con un signo de lástima. ¡Pobre abuelo Enérico! Ahí estaba dale y dale, en su manía de buscar entierros. Enérico se puso en cuclillas, en actitud de acecho, al borde de un pequeño foso; luego estiró el cuello para mirar la sombra del muchacho que resbalaba sobre las tablas de la cerca. Lorenzo comprendió que el abuelo había notado su presencia.

Lentamente, con una calma que hizo tiritar al muchacho, el viejo fue volteando la cabeza hasta mirarle desde lo bajo con sus ojos de pájaro sorprendido. Lorenzo sintió aquellos ojos dentro de los suyos, como dos candelas, y no se atrevió siquiera a moverse. Enérico empezaba a alzarse con lerdo movimiento, poco a poco, sobre el montón de tierra que yacía al borde del hoyo; le miraba ya desde lo alto. Las mechas de su pelambrera se le apegaban sudorosas a la frente; la boca se le abría en un gesto de extravío y su aspecto era el de un hombre airado.

Sin hablar, le señaló con el brazo extendido, el fondo del hueco. Lorenzo fijó ahí su mirada: era un foso pequeño en cuyo fondo no había sino oscuridad.

—A qué has venido —tartamudeó lleno de coraje—… ¡Vete al diablo!…

El viejo estaba visiblemente excitado; dio un salto; le abrazó por la cintura y lo alzó en vilo. Le interrogaba con los ojos y parpadeaba como si estuviese encandilado. Lorenzo se esforzaba por recobrar apoyo.

—Suélteme ya, abuelo… Va usted a hacerme daño…

Enérico seguía mirándole lleno de extrañeza, con la boca abierta, con los ojos fijos, agudos, brillando sobre el rostro del mozo.

—¡*Catay*! Quién lo hubiese creído que eras tú, hijo…

Le soltó con suavidad, y le acarició la cabeza.

—Ven acá… ¡Chist! ¡Chist! —decía.

Cogido de una mano, lo arrastró a un rincón del huerto, detrás de un grupo de manzanos. A Lorenzo, la actitud misteriosa de su abuelo le parecía sospechosa y grotesca. Se dejaba conducir, sin embargo. En lo más oscuro se detuvieron. El viejo volvía la cabeza una y cien veces, escudriñando las sombras; restregaba las manos contra su pecho, y cavilaba como si esperase una consigna para romper el silencio.

—Has de saberlo para ti solo —empezó a cuchichear—; en este huerto hay un entierro. ¡Oh! Doblones y reales de buena plata… Historia cierta, amigo. ¡Y a ser ricos de nuevo! ¡Uh! ¡Qué patrón de goletas! ¡Como en los viejos tiempos! ¡Uh!

Lorenzo contemplaba atónito al anciano demente: qué facha más estrafalaria; el pecho levantado, los brazos en actitud de pelea, recogido al cuello; los bigotazos se le movían enhiestos como espinas, y respiraba trabajosamente. Una especie de frío, como un cosquilleo, le corría a Lorenzo por todo el cuerpo.

—Vamos dentro, abuelo —murmuró.

Le puso una mano en el hombro y aun se atrevió a empujarle hacia el corral. El anciano pareció no hacerle caso, y se alejó de su lado con el torso doblado hacia la tierra; cada dos o tres pasos se detenía y golpeaba, el suelo con los pies; ahí quedaba inmóvil, en son de escuchar: la mano en la oreja, la vista vigilante, al acecho. Así llegó al sitio en que le sorprendiera Lorenzo, junto al hoyo.

Lorenzo vaciló un buen espacio entre llevarle con él o dejarle entregado a sus afanes de buscador de entierros. Prefirió esto último y, dando un rodeo a través del huerto, se encontró de nuevo en la calle, bajo el *mañíu*, frente a la casa.

El día había sido en extremo agitado para él. Qué diversidad de sucesos, a cuál de todos más inesperado, habían sacudido sus sentimientos. Lorenzo los veía ahora desarrollarse ordenadamente ante sus ojos. Las muchachas segadoras que hablaron de Liborio Bórquez; el párroco que pasó al galope por el camino de Notuco,

seguido de tres caballeros; Eulogio Álvarez que le llamara para llevar un recado a tía Adelaida; tía Adelaida le habló de don Remigio; que este quería llevarla consigo a Huitauque y él perdió el juicio y amenazó y juró y se fue con el corazón angustiado; la señora Asunta y todo aquello de la merienda, y ahora, aquí, el abuelo demente, y la ausencia de tía Adelaida.

La imagen del abuelo bailaba aún en su cabeza; Lorenzo anhelaba, en este instante, desecharla, alejarla; en una palabra, le molestaba vivamente soportar aquello y esto. Así era como porfiaba por traer a su memoria la presencia de tía Adelaida; porfiaba por fijar, por mantener encerrado dentro de su pecho, secretamente, oculto como en un arca, el lindo rostro de su tía. Cuando le parecía que su empeño estaba logrado, surgían en son de pelea los recuerdos del día. Fracasaba, pues, lamentablemente, y por esto le acometía un fastidio semejante al coraje que se apoderaba de él cada vez que, al golpear sobre un clavo, se golpeaba la mano, o también, como le sucedía cuando le fallaba un tiro de lazo en las hierras.

—¡Maldición! ¡Vaya todo al diablo! ¿Qué hacer?…

Paseaba de uno al otro extremo de la calle o se detenía bajo las ventanas. Cada instante que se iba en la espera era como una ráfaga que alentaba penosamente la llama que ardía en su corazón. Sus ideas se corrían hacia ilusionadas reflexiones sobre el destino, sobre lo que él sería mañana o después. Solo así lograba atrapar la imagen de su tía. Qué hermosa es, y qué gracia se desprende de su presencia, al hablar, al mirar, al andar sobre todo; y sabe ser siempre alegre como una muchacha. Cárdenas era un viejo ridículo y achacoso; el asma le mantenía durante las noches en las posturas más grotescas; Lorenzo hacía burlas de él en secreto, cada vez que le veía afirmado en el alféizar del mirador, respirando como una rana, boqueando como un pez fuera del agua. En cambio, él era joven y fuerte, animoso para el trabajo. La convalecencia le había estirado las piernas y era ahora más alto que su tía. ¡Quiá! En el pueblo decían que él era el vivo retrato de su padre, aunque la Juana le recordaba que los ojos y el color blanco de su piel eran de doña Ignacia, su madre, de quien no tenía recuerdo alguno. ¡Pobre mujer la Juana! Enferma de quién sabe qué males, encorvada ya, no dejaba sus trajines y le mimaba con igual afecto, como si él fuese

aún un niño. Ella no olvidaba ir por las noches a su cuarto a taparle las piernas. «Otra cobija te has de echar a los pies, *cuicito*…». Él le remedaba la voz y se dormía riendo, mientras ella abandonaba el dormitorio.

Tía Adelaida se lo ha dicho también: «¡Cuánto has crecido, Lorenzo! ¡Qué palo de hombre! ¡Ejem!». ¡Ay! Tía Adelaida se burlaba un poco de sus actitudes y parecía no hacer caso de sus palabras. Él la amenazaba como a una chicuela. ¡Qué tonterías! Por qué estar siempre diciéndole: «Ya lo has de ver, tía Adelaida: si vuelves con el viejo, me iré; de verdad, tía, ¡me iré de la isla!». Si ella, por desgracia, volviese a la casa de Huitauque, bien lo sabe Lorenzo, él no podrá irse. Pero ella no desea volver; vivirá sola con su padre. El abuelo ha de morirse cualquier día y ella quedará sola en el mundo; y Cárdenas ha de morir también. ¡Ay! ¡Tía Adelaida quedará sola en el mundo! Entonces él seguirá amándola. Le consolaba pensar en que toda espera, todo desaliento han de tener alguna vez su recompensa; mas, se irritaba de inmediato, al considerar que a él le falta aplomo, resolución.

Lorenzo continuaba allí dando vueltas y vueltas por la calle; el fresco de la noche se le metía por el cuerpo.

¿Qué estaba haciendo aquí? ¿Dónde estaba tía Adelaida? ¿Habría tenido ánimo como para ir hasta doña Asunta, a encontrarse con don Remigio? ¿No se conversaba de esto en casa de la señora?

Lorenzo se detuvo sobresaltado. Su aflicción desapareció rápidamente. Él sabía bien que el viejo no iría; su afección al pecho le impedía salir por las noches, y él le había dejado en Huitauque. Mas, era posible que esto no ocurriese.

Lorenzo volvía a inquietarse; lanzó una última mirada hacia la casa del abuelo; la casa seguía a oscuras y silenciosa; el muchacho empezó a andar entonces hacia la plazoleta.

Tía Adelaida subía en este mismo instante. Al reconocerla entre la sombra, se detuvo con alegre satisfacción; con los ojos muy abiertos, sin atreverse a interrogarla.

Ella venía llorosa e hipaba a causa del llanto; se enjugaba los ojos, ocultando la cara.

—¿Qué ha sucedido? ¿Acaso vienes de ver a doña Asunta? —le preguntó con extrañeza. Lo habías dicho que no irías… ¿Cómo?

¿Has llegado allá? ¿Es posible?… ¡Qué torpeza, tía Adelaida!…

En los labios de Lorenzo se movía un gesto que podía ser un tanto de arrogancia como de desprecio. ¡Ah! ¡Si él hubiese permanecido allá!

Adelaida se arrimó hasta tocarle con su hombro como si buscara en él un refugio. Lorenzo abrió los brazos y la acercó con ternura a su pecho.

—Dímelo, pues, tía Adelaida, ¿por qué lloras?

Ella levantó la mirada.

—Yo no sé…, no sé qué tengo… —sollozaba agitada, trémula.

Se dejaba conducir hasta la entrada.

—Vamos adentro; es tarde ya…

La suave claridad nocturna alumbraba el largo pasadizo. Había un silencio de casa deshabitada; de los rincones se desprendía un olor de viejas maderas. Ellos avanzaban, paso a paso, estrechamente unidos, sin hablar; alguna vez un suspiro de Adelaida hacía temblar el brazo de Lorenzo; él la conducía delicadamente, con fina solicitud, como a un enfermo.

Para Lorenzo las cosas comenzaban a tener un sentido; le parecía que Adelaida buscaba en él su apoyo, que ella estaba sola, herida tal vez en su profundo ser; cuánto agravio le han inferido; y que, medrosa, acosada, lloraba de impotencia y despecho. Lorenzo sentía subir de su corazón algo así como una debilidad que se le transformaba pronto en enternecimiento que él intentaba detener, oponiéndose con todas sus fuerzas, sin conseguirlo enteramente. Las lágrimas le llenaban ya los ojos. ¡Siempre había de sucederle esto! Vencido, la acariciaba dulce y tristemente, inclinado sobre su seno.

Cuando hubieron llegado al fondo del pasadizo, dijo ella en voz baja:

—Espera… Mi padre quizás no ha venido…

Él iba a decirle que Enérico estaba en el huerto y que él le había sorprendido, y lo que allí ocurriera entre ambos; mas, no lo hizo. Luego estuvo escuchando sus pasos que se alejaban, que iban y venían de puntillas, ágiles, menudos.

Lorenzo empujó suavemente la puerta de su dormitorio, y estuvo contemplando el aposento. Los bastidores traslucían la claridad del cielo, arrojando sobre las tablas sus cuadros luminosos; había la ancha cuja de elevado marco, la pequeña mesa, dos sillas y el

lavabo en un extremo.

Lorenzo permanecía en medio de la pieza luchando contra una vergonzosa aprensión que era como una pesadumbre real, dura, de materia física, y crecía torpe y seguramente en su interior; eran los mismos escrúpulos, los agudos recelos que le punzaban la conciencia desde algún tiempo; él se había esforzado por matarlos, por olvidarlos; mas, lo estaba viendo, nada de esto estaba conseguido.

Atravesó el espacio que le separaba de la ventana; alzó las cortinas y estuvo ahí contemplando la noche. La luna declinaba ya detrás de las montañas; las estrellas se apagaban, desaparecían misteriosamente; silenciosos, secretos los campos; el mar inmóvil, ceniciento; el aire estaba quieto, suspendido; ni un rumor en el pueblo; parecía como si bajo el cielo la vida fuese apagándose, como si sobre la isla muriesen las cosas y los seres; pero su corazón palpitaba cada vez más poderoso, cada vez más ávido.

Escuchó los pasos de Adelaida que se acercaban; él se apartó de la ventana y fue a ocultarse tras la puerta.

—Mi padre duerme ya —oyó que ella dijo, apenas se acercó al dormitorio. Adelaida se detuvo en el umbral, y le buscaba con los ojos por todo el recinto.

—Lorenzo, ¿dónde estás? —le llamaba suavemente. Avanzó como adivinando su escondite.

Adelaida rió, olvidada ya de su pena, y le cogió de un brazo.

A él le agradaba permanecer en la semioscuridad del dormitorio; extendió los brazos hasta el rostro de Adelaida; lo tomó entre sus manos, y tiernamente, como se hace con un recuerdo querido, lo apegó a su pecho.

—Tú lo sabes, tía Adelaida, que te quiero —dijo; un golpe de sangre le quemó la cara, pero hizo aún un esfuerzo para decir—: te quiero como un hombre.

Sobre su boca sintió la tibia humedad de los labios de Adelaida; ella se acurrucaba entre sus brazos, se apegaba a su cuerpo como una criatura en busca de refugio. Lorenzo creyó entonces que él mismo no existía ahí; estaba vergonzosamente cohibido y padecía una creciente angustia que le empujaba a temblar.

Ella ocultaba la cara entre las manos, ciega, temblorosa, sometida a su dominio; la mano de Lorenzo se metió entre las suyas

para acariciarlas dulcemente. Algo vivo como una llama se movía en sus pupilas.

La presencia de Lorenzo, su voz, su cuerpo iban lentamente haciéndose para ella como una fuerza que la arrastraba a apegarse a él. «Este hombre está cerca de mí y me ama».

—Quiero decirte si me amas, si sufres… —Lorenzo iba a proseguir: «como yo te amo, como yo he sufrido…».

Ella no podía responderle, y le miraba consternada, suspendida de sus ojos. Lorenzo gozaba de un placer singular ante su silencio; la veía rendida, vencida; sentía su dominio sobre ella que estaba ahí, tan cerca de su aliento, tan temblorosa entre sus brazos, tan suya. Por un instante fugacísimo se creyó ausente, solitario como cuando contemplaba su retrato de desposada en el salón de la casa de Huitauque, como cuando él lo besaba en la boca, le hablaba y se respondía a sí mismo.

Adelaida abrió los brazos y con los ojos levantados, los labios entreabiertos, se apegó estrechamente, con todo su ser, al pecho del muchacho.

8.- Dos Hombres que Madrugan

Don Bernardo Bórquez, padre de Liborio, en otro tiempo uno de los hombres más ricos de la comarca, arruinado desde algunos años a esta parte, estaba en deuda con don Remigio Cárdenas. Este le había acreditado diez mil pesos sobre una hipoteca de tierra y de animales. Los plazos se habían cumplido con largueza; periódicas postergaciones elevaron aquella suma, y así, en la imposibilidad de restituir el crédito, pasaban los años y se doblaban los intereses. Cárdenas fijó últimamente un plazo impostergable: la vuelta de Liborio.

Bien sabía el viejo usurero que las faenas en las estancias argentinas —la esquila, el pastoreo, la caza de huanacos—, producían una buena ganancia, y el mozo podría regresar con el tirador colmado de billetes. El dinero que Liborio Bórquez trajese debía serle entregado íntegramente. Si algo sobrase, y ello era lo más improbable, le sería devuelto a don Bernardo; este era el compromiso.

Aquel día Cárdenas estaba ya advertido del regreso de los viajeros; él no esperaba, verdaderamente, que entre ellos viniese Liborio; calculaba que su ausencia sería larga; pero todo iba saliéndole al viejo a pedir de boca. Los viajeros se habían acercado aquella misma tarde por su tienda y habían hecho sus cancelaciones; dos expediciones que partían a la caza del lobo se habían avituallado en su despacho; el administrador del aserradero de la Socidead Explotadora andaba en tratos con don Remigio para adquirir las bodegas; el negocio era magnífico y los papeles serían firmados ahora mismo; luego el párroco vino a noticiarle del buen éxito de su gestión con Adelaida; en fin, el día había sido espléndido. Solamente la salud le flaqueaba; mas, una vez que sus asuntos estuviesen en orden, cuando su mujer regresara a su lado iría con ella a Ancud a consultar al médico.

¡Hum! Cómo hablarían en el pueblo. ¿Eh? ¡Je!… ¡Je!… Pero sus padecimientos tendrían su fin. Él había vivido todo el invierno

acosado por las preocupaciones, lleno de remordimientos; sufriendo la vergüenza de su abandono, el desprecio de los vecinos, el repudio de su mujer. Nunca como entonces había sentido por Adelaida un cariño tan vivo; de nada le valían sus propias razones; Adelaida era una mujer despreciable; sin embargo él la perdonaba; y cada noticia que de ella recibía, el verla pasar a lo lejos, ciertos recuerdos, le picaban cruelmente el ánimo; el tiempo seguía deslizándose, y paso a paso le arrastraba a él hacia su término; lo observaba con pena, a veces, con regocijo, otras. Su pasión amorosa crecía irremediablemente; no le era ya posible resistir los impulsos de su corazón; últimamente se determinó a rogarla, mas, Adelaida le rehuía, sin hacer caso de sus recados. En buena hora había pensado recurrir al señor párroco. Y ahora todo iba a su fin. Don Braulio había sabido conciliar como nadie las diferencias. ¡Oh! Ya lo había escuchado de su boca: «habrá reconciliación»; ahora mismo debía acercarse por la casa de doña Asunta; allí ha de estar aguardándole su esposa… ¡Je!… ¡Je!… Las gentes reconocerán su justicia y seguirán respetándole como en otro tiempo. El viejo se acariciaba las barbas satisfecho.

Por la noche, cuando se disponía a salir de Huitauque para concurrir a casa de la señora Asunta, como estaba convenido con el párroco, Cárdenas se había visto obligado a permanecer ahí; un suceso inesperado desbarataba sus planes. Doña Vitalia Aritzmendy, la madre de Liborio, vino a hablarle.

Su presencia le deparaba una sorpresa desagradable. Cuando le oyó decir que Liborio Bórquez había desaparecido, cien sospechas cruzaron por su cerebro. ¡Hum! No sería él quien diese crédito a tales rumores. Luego, al enterarse del hallazgo del cinturón vacío, no pudo menos que expresar el vivo disgusto que tal noticia causaba en su ánimo. «No ha podido suceder esto», rezongaba, mientras la señora Vitalia le imponía de los pormenores de su desgracia. A todas luces se trataba de una impostura. ¡Estaba bueno! Esperar esta hora para venir a Huitauque a molestarle con tamañas mentiras. Bastante ha tolerado hasta hoy los incumplimientos de Bórquez.

El buen humor del viejo se iba trocando en fastidio y, finalmente, se excitó hasta el coraje.

La madre de Liborio, sumida en gran dolor, no atinaba a

explicarse; para ella su hijo estaba muerto, y ahora sobre su horrible desgracia, la pérdida del dinero que todos habían visto en la taberna, y los plazos vencidos, la miseria. ¿Cómo podía don Remigio sospechar de un engaño? La mujer se deshacía en llantos.

Cárdenas permaneció un largo rato cavilando. Aquella mujer decía lo cierto; si Liborio Bórquez había vuelto, era para ayudar a sus padres; y aquello de la sobrina del señor cura, y todo lo que su padre de él pensara para meterle al trabajo, los juramentos de su madre, confirmaban más y más o don Remigio en la certeza de que algo extraño y grave había ocurrido.

Doña Vitalia seguía ahí suplicándole que se interesase por hallar a los culpables, por encontrar el dinero, que era más de él que de nadie.

El alegre humor que le había alentado durante el día se trocaba ahora en enojo, y se le agriaba más y más el genio. Por último se desistió de ir a casa de doña Asunta.

Al día siguiente se presentó muy de madrugada ante la puerta de la parroquia.

—Ya se ha de ver lo que hay de verdad en el caso de Liborio —le había dicho a la Juana, mientras esta le ensillaba el viejo caballo moro—. No han de estarse burlando de mi paciencia…

—Todo el pueblo lo dice, que a don Liborio les aguardaron para robarles, y les deben haber matado, don…

—¡Hum! Quién lo sabrá… El año pasado fue la enfermedad de su padre, y debí prorrogar los plazos; ahora el mozo ha vuelto trayendo sus ahorros, y le ocurre que se extravía, y luego que el dinero no aparece… La cosa huele a trampa, ¿sabes?

—A esta familia nunca le faltan las desgracias; yo estoy con que don Liborio han sido muerto…

—Ya ha de verse…

Cárdenas le dejó algunos encargos para Lorenzo, quien no había dormido en Huitauque aquella noche; le ordenaba que se acercase por la casa de Adelaida para disculparle de su descortesía, y que a la vuelta de este viaje se detendrá a saludarla; le advertía, además, que asegurase la cosecha de pasto en el potrero de Huicha, y que se diese una vuelta por la tienda. Él estaría de regreso al mediodía.

Subió a su caballo y partió hacia el pueblo.

Iba al paso de su cabalgadura. El día apenas si aclaraba; del lado

del mar soplaba un vientecillo que le trababa los miembros; las olas revolvían sus lenguas sobre los peñascos; las chalupas de los pescadores se movían con manso ritmo, rumbeando hacia la caleta, unas detrás de las otras; un olor vegetal y salino venía a recibirle cada vez que atravesaba algún rastrojo, y si bajaba hasta la playa, el trote de su caballejo asustaba a las gaviotas que armaban grande algarabía, y graznaban los cuervos apostados en las rocas.

El viejo iba pensativo. ¿Qué habría ocurrido en casa de doña Asunta? Él debió concurrir; debió haberlo hecho, a pesar de todo. Maldita señora Vitalia que le ha echado a perder el genio; maldito dinero; ¿por qué el mozo no pasó ayer mismo a cancelar la deuda? ¡Hum! Ahora más que nunca deberá mostrarse inflexible con sus clientes; todos murmuran, todos hablan contra él, quieren hundirle, ahogarle. ¡Je!… ¡Je!… Confían en que él ha de seguir siendo el mismo de antes; pero ya lo ha resuelto; nada de generosidades; hay que apretarles los cabos, tratarlos como se lo merecen. ¡Je!… ¡Je!…

Don Remigio, en verdad, no podía esta vez fijar completamente sus ideas; estas se le escabullían, se apagaban, asomaban su rabo y él les perdía el rastro, y tomaba otro destino. ¡Je!… ¡Je!… Aquel juego le hacía gracia.

Ahora que Liborio Bórquez ha vuelto trayendo sus ahorros… Que le han acechado en la noche… ¡Je!… ¡Je!… ¿No le ha escuchado al señor párroco que él, en persona, iría hasta la casa de sus padres, en Tara, y que traería al mozo por las orejas? Lucido va a quedar ahora don Braulio… ¡Je!… ¡Je!… ¡Mire usted qué tropiezo! ¡Nada! ¡Nada! ¡Aquí hay gato encerrado, señor! Y ahora va a perder medio día en averiguaciones… Ya se las compondrá con el párroco para ver a Adelaida… ¡Je!… ¡Je!… Mas, si realmente hubiese sucedido aquello que decía la Juana…; ¡al mozo lo han matado!… ¡*Jueto*! ¡Entienda el diablo con semejante enredo!

Si don Remigio hubiese tardado un instante más en llegar a la parroquia, no habría tal vez encontrado al señor cura, pues don Braulio, habilitado convenientemente, estaba atareadísimo ensillando su caballo.

—Me parece que también está de viaje como yo —empezó a decirle Cárdenas.

El párroco alzó la cabeza para mirarle un buen rato, sin disimular su disgusto, y en vez de responder a su pregunta, le

interrogó de mal talante:

—¿Por qué no ha venido usted anoche a casa de doña Asunta? Ha de saber que su mujer estuvo aguardándole… ¿Qué cosa tan importante pudo haberle detenido?

Sin abandonar su trabajo y con un tonillo de enojo, el señor cura agregó:

—Me creo que todo se ha ido al diablo.

Cárdenas le contemplaba sorprendido, sin chistar. ¡Estaba bueno! Salirle tan de exabrupto con semejante noticia. ¿No sería una broma? Cómo podía ser verdad lo que estaba oyéndole. Ayer no más el señor párroco le confirmaba que todo iba a un seguro éxito. «Ella está arrepentida y tiene confianza en que usted ha de perdonarla. Cuide usted, amigo, de ganar su cariño, su voluntad, de amarla, en una palabra, y ya verá usted cómo Adelaida se hallará feliz a su lado». Él entonces le había confiado su secreto, su penoso secreto: «yo no vivo tranquilo, señor párroco; aquí donde usted me ve, soy un hombre que sufre; ella se ha adentrado hasta lo más hondo de mis sentimientos; verdaderamente no podré vivir sin tenerla conmigo. ¡La amo sin remedio! ¡Oh! ¡Si a veces me acomete el deseo de hacer una locura!…».

Así con emoción, enternecido, desesperado como el pobre viejo que era, le había hablado a este hombre, y por esto considerábale un cómplice, un firme apoyo, y el señor cura le había alentado en sus propósitos.

Don Braulio contemplaba a Cárdenas con el ceño fruncido, como queriendo adivinar lo que pasaba en su alma; pero el viejo permanecía con la cabeza inclinada sobre el pecho, sumido en sus cavilaciones.

—Mientras usted se quedaba en Huitauque, su mujer le aguardaba… —se lo dijo como un reproche—. Su actitud es imperdonable. ¿Por qué no ha ido? —el señor cura levantaba más y más el tono de voz y adoptaba un gesto duro e insolente—. Su mujer no ha querido oírme, ¿sabe usted? —agregó con terquedad, y se quedó en espera de una respuesta; quería oír de su boca una confirmación a lo que Mengo le denunciara la noche anterior—: doña Vitalia ha estado en Huitauque. Mas, don Remigio no despegaba los labios. Adelaida Vera se ha retirado desairada; piense usted… —don Braulio no se apartaba de su tema, sin decidirse aún

a subir al caballo. E insistía—: luego Eulogio ha metido su cuchara en el asunto, y Lorenzo Andrade ha estado impertinente; todo se ha hecho un enredo del demonio —el señor cura accionaba con los brazos en alto—; Adelaida ha dicho: que venga mi marido, que venga para hablar a solas; esto es; y ha agregado: nada tengo que hacer con ustedes; que venga él hasta la casa de mi padre, y salió furiosa sin despedirse… Y usted, Cárdenas, no se dignó asistir; ni siquiera envió usted una disculpa… ¡Qué torpeza!… Mas, no se crea usted que todo esté perdido. ¡Quia! —ahora don Braulio suavizaba la voz, bajaba los brazos y hundió las manos en las faltriqueras de la sotana.

Estas últimas palabras reconfortaron el ánimo de don Remigio. ¡Cómo podía decirle don Braulio que todo se había ido al diablo! «Que venga mi marido para hablar a solas…». ¿No era acaso lo que él deseaba tan ardientemente? El rostro de Cárdenas se iluminaba; desarrugó la frente; una viva sonrisa asomó a sus labios; en su interior estaba lleno de gozo. El párroco pareció advertirlo; torció la vista hacia su caballo, e hizo un movimiento para acercarlo al escabel de piedra que le servía para montar.

—Me parece que usted ha exagerado —habló el viejo con gravedad, y dejó la voz en suspenso.

Don Braulio se detuvo sin volver el rostro, esperando; mas don Remigio guardó silencio y disimulaba, entretenidísimo en ajustar las argollas de las riendas a los tientos de su rebenque. Estaba evitando hablar de Adelaida y prefería callarse, porque, astuto como era, ya estaba creyendo que don Braulio quería jugarle una mala broma. «Nada hemos convenido en el precio de tales servicios, pensaba. ¡Vaya!… ¡Vaya!…».

El párroco había dado término a los menesteres de la ensilla y aún no se disponía a cabalgar; algo parecía sujetarle ahí, y miraba y miraba por lo bajo al viejo usurero con sospechoso examen. ¿A dónde iría tan de madrugada? ¡Vaya! Le picaba la lengua por averiguarlo. Cárdenas a su turno creía que don Braulio sentíase sorprendido en un delito; y como él, se preguntaba: «¿a dónde irá este hombre tan de madrugada? ¡Hum! De seguro que ya no más me habla de que sus servicios valen tantos pesos… Más, ¿qué tiene uno que meterse en averiguarlo? Bien se le ve; mucho le ha afectado el desaparecimiento de Liborio Bórquez. Allá él…».

El señor cura decidióse por último a cabalgar y puso su bestia junto a la de Cárdenas.

—Me creo que usted no le concede mayor gravedad a lo ocurrido anoche en casa de doña Asunta —insistió una vez más, mientras ganaban la calle que sube hasta el camino de Notuco.

Los ojillos del viejo chispearon. Una súbita ocurrencia cruzó por su cerebro.

—Me consuela comprender que usted tampoco le ha dado gravedad al extravío de Liborio Bórquez. ¿Qué?, ¿no le iba usted a traer al mozo por las orejas? Pienso que el mozo ha sido más listo que su paternidad —y rió de buenas ganas.

El párroco no respondió; arrugó el entrecejo y alzó los ojos hacia don Remigio; parecía interrogarle con su mirada de desafío. La luz de la madrugada se quebraba en sus lentes. Don Braulio estaba visiblemente amostazado. Luego, sin mediar causa alguna, picó los ijares de su bestia, obligando a Cárdenas a imitarle.

—Ojalá que logre hoy traer al mozo por las orejas… ¡Je!… ¡Je!…

Don Remigio, en cambio, estaba alegre.

—Me supongo que irá usted también a la montaña, a casa de los Bórquez, por aquello de la deuda —habló el señor párroco, muy taimado.

—¿A Tara? Se ha equivocado usted… Apenas alcanzaré a Notuco…

—Yo sí voy por aquel rumbo —repuso tercamente el señor cura.

El viejo no manifestó asombro; ya lo había entendido él que don Braulio llevaba ese destino. Después de un momento, se volvió a él para decirle:

—Ha de noticiarme de sus averiguaciones; mire usted que el hallazgo de Liborio Bórquez tiene para mí tanta importancia como para usted… y su sobrina, me parece… ¡Je!… ¡Je!…

Cabalgaban ya por las afueras del pueblo; el sol subía apresurado; el rocío rebrillaba sobre los pastos; la brisa soplaba fresca, saludable; llegaban en ella los rumores matinales; balaban los terneros; cantaban los pájaros entre las ramas. Algunos campesinos madrugadores atravesaban los rastrojos; sobre los techos se columpiaban los humos, y en la primera claridad del día disolvíase el color ceniciento y húmedo del cielo.

A tranco largo los caballos trepaban por la cuesta; el camino apretaba sus vueltas; en la lejanía, como una raya de luz que zigzagueara, se distinguía la angosta huella del canal de Dalcahue, y para el lado de Canán, el ojo tranquilo y puro de la albufera.

Los viajeros iban en silencio. Don Braulio no deseaba otra cosa sino que hablar; mas no atinaba a salir del paso. Cárdenas vino en auxilio de su turbación.

—Anoche ha venido a verme la madre de Liborio, ¿sabe usted? ¡Oh! ¡Maldita señora Vitalia! Aquello fue la causa de mi ausencia… Ella ha perdido ya la esperanza de hallarle vivo a su hijo; ella piensa en que le han muerto… Quién lo sabrá… La verdad es que yo pierdo unos buenos dineros; asuntos de aquella deuda… ¡Hum! Ya habrá de verse claro…

—¡Vamos! ¿Cree usted que Liborio ha debido extraviarse? ¡Yo no lo creo! ¡Je!… ¡Je!… ¿Cómo podría haber sucedido esto? De seguro que aquella misma noche no se extravió usted, ¿eh? Dígalo… ¡Je!… ¡Je!…

Don Braulio torció el cuello con vivo movimiento, y al observar la cara de su acompañante, soltó a reír maliciosamente.

—Ya se ve que usted está informado siempre. Qué me quedaba por hacer… Los amigos me detuvieron en la Posada… Y ¿por qué no decírselo ahora mismo?; aquello, amigo Cárdenas, no era para negarse…

Rieron un buen instante. El párroco estaba ahora por alegrar el genio y se tornó locuaz. Al cabo de su cháchara, volviendo al asunto, dijo muy dueño de sí:

—He de confesarle la verdad, amigo Cárdenas; para mí, Liborio Bórquez ni se ha extraviado, ni le han muerto… ¿Qué? ¡Bah! —acercó su caballo hasta topar con su pierna la montura del viejo, y, alzándose en los estribos, alcanzó la oreja de su hombre. Liborio Bórquez ha huido… ¿Me oye usted? —e hizo un significativo gesto —. El muy bellaco ha sabido armar la comedia bonitamente… ¿No recuerda usted el caso de Alejo Nahuín? ¡Vamos! Pues, esto es como aquello…

Se apartó de su lado para ver el efecto que causaban sus palabras y luego continuó:

—No ha de haber faltado quien le soplase que yo le haría reparar su pecado, y que le casaría con Carmen… ¡Ah! El muy

bribón ha largado su caballo, y ha dejado el tirador vacío y todo lo demás… Como si le estuviese viendo con estos ojos…

Cárdenas le escuchaba atentamente y asentía con la cabeza; como él, el señor párroco tampoco creía en la muerte del mozo; todo cuanto se decía en el pueblo no eran sino paparruchas.

—Liborio Bórquez ha huido… ¡Sí, mi señor! Tal vez ha cortado por Teupa…, y no le será difícil seguir hasta Quellón. También pienso en que ha podido dirigirse a Castro; esto es más probable. Y no ha de parecerle a usted extraño saber un día que el mozo ha pasado en una de las barcas de Euquiza… O que anda en las balleneras de Huafo… Lo ha de ver, amigo Cárdenas…

—Mas, ¿por qué ha vuelto al pueblo? ¿No cree usted que le hubiese convenido más quedarse en la Patagonia? Y ¿a qué huir, dejando el tirador y el sombrero? ¡Hum! El dinero del mozo ha de estar muy bien guardado por estos lugares, si no es en el pueblo mismo… —y con el brazo señalaba las casas que allá y acá iluminaban sus techos al reflejo del sol—. Y él mismo ha de estar escondido en la montaña…

En este mismo instante se oyeron los alegres toques del alba que repicaban en la iglesia de Chonchi. Pasaban volando sobre los campos, despertando a los labradores, anunciando la madrugada.

Don Remigio detuvo su caballo; otro tanto hizo el señor cura; ambos se miraron como si los vivos sones de la campana despertaran a un mismo tiempo mutuos recelos.

—La campana no ha sonado ayer, señor párroco…; —el viejo le clavaba los ojos con aire solemne.

—¿Qué ha dicho usted? —saltó a decir don Braulio, como si le hubiesen picado las costillas, y se encaró con el anciano—. ¿Qué? Torpeza sería creerlo. La campana ha repicado ayer como todos los días…, me creo. ¿Quién podría asegurar otra cosa? —el párroco hablaba como un hombre que se defiende de una sospecha—. ¿Por qué Mengo no iba a dar los toques del alba?

—¡Je!… ¡Je!… ¡El señor cura se ha amostazado!… Ha sido Eulogio Álvarez quien me ha advertido de aquello. Yo mismo no puedo asegurar si ha sonado o no…

El cura guardó silencio. Los caballos iban con lentos trancos; a don Remigio no le era difícil percibir en su acompañante la preocupación que le embargaba, transparentada en su actitud

cavilosa y agria, en la mirada de recelo que le dirigía, en el movimiento de su cabeza. Algo extraño le estaba ocurriendo al señor párroco.

—¡Vaya! ¡Vaya! Dice usted que lo ha dicho Eulogio Álvarez… Puede haber ocurrido que Mengo hubiese estado ausente —dijo don Braulio, encogiéndose de hombros, como si hablase consigo mismo.

Pusieron sus bestias al galope y continuaron hacia lo alto. Pronto dejaron atrás el río, la Posada, los últimos trigales; en un instante más llegarían al cruce de los caminos. Se detuvieron para despedirse.

—Tal vez regrese al mediodía —habló don Braulio—; Dios quiera que Liborio sea hallado; no sabe cuánto me preocupa su suerte…

—Ya sabremos qué pudo haberle ocurrido… Pierda usted cuidado; habré de averiguarlo todo, y a fe que ambos quedaremos satisfechos… ¿Sabe usted? Hay aquí en Notuco un hombre que aclarará mis dudas: el mestizo Hueldeo…

Don Remigio no alcanzó a percibir el brusco movimiento de sorpresa que sacudió de súbito al señor párroco, pues se alejaba ya al trote de su cabalgadura, mientras aquel permanecía inmóvil en medio del camino.

9.- Las Cosas van de mal en Peor

El señor párroco permaneció un largo instante contemplando a don Remigio, quien, al trote de su caballo, se alejaba hacia Notuco, a la vivienda del mestizo Hueldeo. Al señor párroco le afectaba en lo vivo tal diligencia; de seguro que el viejo usurero no subía hasta Notuco para dar un traspiés; le conocía de sobra; el viejo no era hombre de andar perdiendo el tiempo en idas y vueltas, como lo hacía hoy él mismo, yéndose por la casa de los Bórquez, en Tara, en donde, bien lo sabía, nada va a sacar en limpio. ¿Quién, como el mestizo Hueldeo, estaba impuesto de cuanto acaecía en la comarca? Qué torpeza no haberlo pensado antes. ¡Ah! Cárdenas era un lince, y de seguro que no ha creído en nada de cuanto se ha hablado por el camino.

Don Remigio, desde la distancia, volvió la cabeza. El párroco, al advertirlo, se apresuró a seguir, metiéndose por la huella.

¡Vaya! ¡Vaya! ¡Qué ladino ha estado el señor cura!, ahora sí que le entendía claramente. ¡Je!… ¡Je!…; reía el viejo.

A don Remigio ha de bastarle solamente llegar junto a Hueldeo para averiguarlo todo; él conoce a su hombre, y sabe cómo hacerle hablar; además, ¿quién podría por aquí engañar al caballero Cárdenas?

Él sabrá averiguarlo todo. ¡Je!… ¡Je!… El señor párroco quería jugarle una nueva broma, o es que él no le ha comprendido enteramente. ¡Hum! Hoy mismo ha de poner en claro la cuestión; ya llegará la oportunidad de burlarse de don Braulio. ¿Que el mozo ha huido? ¡Vaya! Lo cierto va a ser que don Remigio recuperará su dinero, ¡Je!… ¡Je!…

Cárdenas avistaba ya el rancho de Cheve Hueldeo. La mujer del mestizo le contemplaba subir la cuesta.

Sererino Hueldeo se asomó a la portada para abrir a su mujer, que le llamaba con impaciencia.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Un hombre viene subiendo hacia la casa.

Hueldeo volteó la cara al camino. Al reconocer a don Remigio, abrió la boca sorprendido, perplejo. Su primer impulso fue el de escabullirse, saltar el quincho del huerto y ocultarse en el monte; luego se encogió de hombros, se rascó la cabeza y fue a meterse a la cocina. Su mujer le seguía inquieta.

—Te irás a pastorear esas ovejas al otro lado del río —le dijo—; hazlo ahora mismo y que él no pueda verte; ya iré por allá apenas quede libre.

La mujer obedeció prestamente.

El mestizo sabía ya a qué atenerse frente a Cárdenas; este se anunciaba a gritos, desde la distancia. Hueldeo salió al corral y le hizo apearse junto a la cocina. Luego le ofreció un espacio al canto del fuego.

—¿Gustarán de un pedazo de carne, don?…

Don Remigio le echó una mirada al trozo de cordero que chirriaba sobre las brasas; el apetitoso olor de la carne le picaba en las narices.

—Bueno; un pedazo de carne, ¿sabes? —habló por último.

El mestizo cortó un pedazo de carne asada, ofreciéndoselo en la punta de su cuchillo. El viejo masticaba en silencio. El otro le observaba de soslayo. Ni siquiera había necesidad de eso para comprender el objeto de su visita. El viejo, con disimulo paseaba, a su vez, los ojos por el recinto.

—Qué vida de gente rica te das, amigo… ¡Je!… ¡Je!… —el viejo reía con la mirada fija en el rincón del cuarto en donde un perro olfateaba un cuero fresco.

—El perro me ha matado una cría, una borrega, linda como flor, ¿saben, don? Quién va a despreciar carne de animal muerto… Qué haremos los pobres, señor…

—¡Je!… ¡Je!… Parece que acabara no más de matarla, ¿no? La sangre está fresquita… ¡Je!… ¡Je!…

—¡Seguro! —afirmó Hueldeo con cómica desfachatez.

Ya le estaba pareciendo que don Remigio iba a soltarle la pregunta que sospechaba; en efecto, a poco más le dijo, en tono de reconvención:

—Debes suponer que no he venido a tu casa a desayunarme, ¿eh? ¡Vamos! ¿Qué sabes del mozo de los Bórquez? ¡Hum! Entiendo que no querrás caer en esta rodada, amigo… ¡Vamos!… ¡Habla!…

El viejo se quedó mirándole con sus ojillos de pájaro. El mestizo restregaba una mano con la otra, desasosegado, movía la cabeza, para rezongar que bien poco era lo que él sabía del asunto; apenas lo que se decía en todas partes, y demoraba, disculpándose, reticente, cariacontecido.

—No creerás que hay necesidad de llevarte ante el juez para que lo digas… Y no he de retirarme de aquí sin oírte. ¡Vamos! Cuenta…

Esta advertencia le decidió a desembuchar cuanto sabía.

—Aquella noche, señor, yo subía la cuesta hacia el camino… A la luz de la luna distinguí la figura de un hombre; el hombre estaba al acecho; yo quise infundirle miedo, ¿saben? No era bueno que me reconociese, señor. Aguarden; lo sabrán todo… Don Ciriaco Guzmán me habían enviado por un cordero a la Posada… ¡Ji!… ¡Ji!… —Cheve Hueldeo mostraba las encías riendo maliciosamente —; había que infundirle miedo al intruso y encendí la farola sobre mi pecho; aquel hombre desapareció de su sitio; mas, cuando estuve al borde del camino, le vi acurrucado detrás de su caballo, bajo el *hualle* del cruce; aquel hombre estaba muerto de miedo. Mi primera intención fue hablarle. ¡Bah! No valía la pena; le había reconocido; era Mengo, señor, el sacristán de la parroquia.

Don Remigio irguió el cuello; con voz arrastrada, preguntó:

—¿Estás seguro? ¿No será una fantasía?… ¿Qué podía hacer allí Mengo?

—¡Era él, señor! Mas oigan la historia hasta su fin…

Hueldeo se aprestaba para seguir, vencidos enteramente sus recelos.

—¡Dilo! —Cárdenas se ponía impaciente.

—Cuando vine a golpear a la Posada, había allí una zandunga, como si aquello fuese cosa de *medán*, señor; una de las mujeres vino a abrirme y me introdujo en la sala. Mejor no lo hubiese hecho, don. Así estaban el señor párroco; a don Braulio no les agradaron nadita mi presencia, y se lo dijeron a don Ciriaco; luego el señor cura me llamaron en secreto para preguntarme de Mengo; yo les hablé que Mengo les estaría aguardando en el cruce de los caminos, bajo el *hualle* colgado. Don Braulio se endiablaron. «Qué hombre más torpe», dijeron. Después me pusieron al aguaite, y que si le veía bajar a Mengo por el camino, que le detuviese, pues el señor cura querían hablarle.

El mestizo tomó un respiro.

—¡Hum! Has de decírmelo todo…

—¿Saben? El sacristán venía espantado… Le hice entrar; algo extraño debió haberle ocurrido, pues el pobrecito se atacó de su mal; era una compasión verle; y el señor cura querían traerle a su juicio; una hora larga ha de haber estado el hombre en el suelo, pateando como un chivo, y hablaba sin tino alguno. Le pusieron en una cama, y eso fue todo…

—Algo más sabes, amigo… ¡Vamos! Habla —gruñó Cárdenas más y más impaciente.

—Yo me salí de la Posada, señor; y corté para mi casa…; aún no aclaraba el día…

—Nada has dicho de Liborio Bórquez… ¿Qué tengo yo que hacer con todo cuanto me has referido?

—De este no sé nada, don; créalo usted… No sé nada…

—¿Cómo? ¿No le has visto acaso? ¡Basta! Tú me engañas, Severino… Cuídate de no mentirme… —la mirada del viejo no se apartaba un punto de su rostro.

—No le he visto, señor; ¡se lo juro! Por esto, don, han de creérmelo —el mestizo hacía la cruz en su puño—. Ni siquiera sabía yo que Liborio estuviese de vuelta…

—No me engañes; no me engañes… Tú sabes dónde está Liborio Bórquez… No me engañes… Dímelo, que ha de ser para tu propia conveniencia…

—Bien, señor; esta es la verdad: Mengo, en vez de regresar al pueblo volvió por el camino…

—¿Tú le seguías?

—No, señor; mi mujer le vio esta madrugada cuando bajaba del lado de Tara…

—¡Hum! ¿Pero qué ha sido de Liborio? Ahora sí has de responderme…

El mestizo guardó silencio; Cárdenas le asediaba; su propósito de callar que él le había topado aquella noche, le movía a dilatar una confesión. ¡En qué líos van a meterle!

—Mengo acechaba a Liborio, señor —dijo por último—; mas no han de pregonar que yo lo he dicho…

Cárdenas se levantó y se puso a pasear por el cuarto. ¿Cómo no había caído antes en la cuenta? ¡Qué torpeza!

—¿Tú le viste a Liborio?

—Le vi, señor, subir en dirección al cruce; ahí en donde acababa de sorprender a Mengo…; para mis entendederas, el mozo ha sido robado, y vaya uno a saberlo si no le han matado, don…

Hueldeo dijo estas palabras con timidez, bajando los ojos, para ocultar el vivo espanto que le causara el contemplar a don Remigio, quien, con la mirada absorta, la barba en la mano, tartamudeaba, sin contener su indignación.

10.- Cárdenas Toma sus Precauciones

Era aún temprano cuando don Remigio entró al pueblo. Ahora sí que las cosas se complicaban de veras. Él mismo no hubiese podido pensar jamás en tal embrollo, y, a no mediar el testimonio del mestizo, no creería que el señor párroco tuviese su parte, y qué parte, en el asunto. Ahora sí que le parecía explicable la actitud sospechosa y reticente del señor cura durante el viaje de esta mañana. Don Braulio aún se había permitido fingir enojo; ¡oh! El señor párroco era astuto como una zorra. Pero Cárdenas sabrá decírselo en sus mismas narices; ¿Cómo podrá confiar ahora en su lealtad? Don Braulio trabaja su ruina; ayer no más ha escuchado de su propia boca que los trajines para su reconciliación con Adelaida marchaban seguramente; y he aquí cómo hoy le ha dado a entender que aquello se enreda, y le ha dejado perplejo; hasta le ha culpado: «me creo que todo se ha ido al diablo, ha dicho el señor párroco; ¿por qué no ha ido usted a casa de doña Asunta? ¡Qué torpeza!».

Sin duda que el señor párroco le anda traicionando; pero él le tomará la delantera; acababa de decidirlo; se detendría en casa de Adelaida.

Picó, pues, a su caballo y siguió en dirección de la casa de Enérico Vera; la casa permanecía cerrada; entonces juzgó prudente regresar en otro instante; era lo mejor.

Necesitaba ahora consultarse con Eulogio Álvarez.

—No siempre salen bien las cosas, amigo mío —comenzó a decirle con terquedad a Eulogio.

Eulogio no concluía de observarle. En poco tiempo, el viejo había cambiado un mundo.

—Escúcheme —decía Cárdenas—; Mengo estuvo ausente del pueblo toda aquella noche; ¿no es verdad? ¿No fue ayer, exactamente cuando usted me advirtió que la campana no había dado el toque del alba? ¿Dónde estuvo Mengo la noche del martes? Aquel día el señor cura me lo había dicho: subiré a la montaña, donde los Bórquez y he de traer al mozo por las orejas… No creo

que vaya a resistirse, le repliqué yo; bien lo recuerdo; el cura me decía aquello por lo de Carmen Gómez; ya lo sabe usted… Pero es el caso que el señor párroco no ha llegado por Tara, sino hasta hoy día… Ha de saber usted, amigo Álvarez, que la otra noche anduvo de fiesta por la Posada de Notuco… —dijo, golpeando el suelo con los tacones de sus botas—; el señor cura se divierte de continuo…

Eulogio Álvarez seguía el relato con creciente interés, y pensaba: «¿qué duam se trae este hombre? De seguro que le han metido en Dios sabe qué marañas».

—¿No lo sabe usted? Hoy he subido hasta Notuco y vengo ahora de hablar con el mestizo Hueldeo, el brujo; ya le conoce usted; pues bien, amigo mío, este le vio a Mengo al acecho en el cruce de los caminos —dijo en alta voz Cárdenas, dándole a sus palabras un sentido particular—. ¿Qué hacía ahí el maldito, si no esperar a Liborio Bórquez? ¿No sabemos acaso en el pueblo cómo se arregla el señor cura para cobrar sus cuentas? —se detuvo y lanzó sobre Eulogio una aguda mirada de interrogación, y continuó—: luego Liborio se ha extraviado; se han perdido los dos mil pesos nacionales que llevaba en el tirador, y, ¿sabe usted?, este dinero me pertenecía; sí, señor. Estábamos convenidos en que me serían cancelados. Mas, perdone usted Álvarez; no se extrañe. Si los billetes no están en los bolsillos de Mengo, es porque están en las faltriqueras del señor párroco.

El viejo usurero se excitaba.

—Qué cosas dice usted, amigo.

—Digo lo que me pienso —replicó con énfasis—. ¿Y ha de venir el señor cura con que a Liborio Bórquez no le han robado ni le han muerto? ¡Je!… ¡Je!… Me ha dicho que el mozo ha huido… ¡Je!… ¡Je!… ¿Para qué huir?; ¿para qué abandonar el caballo? ¡Hum! Sabe usted, Eulogio, que los Bórquez me adeudan tanto dinero —suspiró.

—Va a creerme que no he entendido exactamente su plática —dijo Álvarez, sin dejar el tono reticente.

—¿Cómo? ¿Que no está impuesto de lo que sucede con Liborio Bórquez?

—Lo tengo sabido…; mas, ¿a qué viene lo que usted ha dicho?

—¡Je!… ¡Je!… Mengo podría decirnos por qué no sonó ayer la campana, ¿eh? Lo está usted viendo… ¿Qué otra prueba tendría

tanto valor como esta? Nada tengo ya que respetar en don Braulio; la verdad es que me la ha jugado lindamente.

—No diga usted… Vamos… Téngase…

—¿Pues, qué? Mengo no hacía allí otra cosa que acechar a Liborio; le ha vapuleado, claro está… Dese usted cuenta…; el hombre iba borracho; lo ha dicho así Urruztarrazu… ¡Vaya! ¡Vaya!

—Me deja usted perplejo… ¿Qué piensa hacer, pues?

Don Remigio, al parecer no tenía nada en acuerdo, pues demoró un largo rato en responder.

—¡Bueno! Esperaré a que vuelva el señor párroco… Creo que nos entenderemos… Don Braulio es un hombre razonable…

Ambos hombres guardaron silencio; ambos meditaban en la gravedad que trascendía de las palabras ahí pronunciadas, y evitaban mirarse, como si entre ambos hubiese nacido una misma repugnante complicidad de sospecha.

Finalmente Eulogio quiso salir del embarazo, e interrogó a Cárdenas sobre el estado de sus negocios.

—Ahí estamos —dijo este—; dándole y dándole al trabajo… La salud no más no acompaña —sus ojos se iluminaron por un breve instante, y sonrió con viveza—. Ya tendremos tiempo para pensar en esto, e iremos a Ancud, ¿sabe usted?

Fuera de todas dudas, el viejo pensaba en Adelaida; así lo comprendía Álvarez, porque interrumpió comedidamente.

—¿Ha estado usted en casa de su mujer? Anoche ella ha dicho que le espera…

—Ya lo sé, ya lo sé —repitió alegremente—; luego no más iré a verla —Cárdenas sonreía—. ¡Oh! Todo no ha de ser discordias y enredos. ¡Je!… ¡Je!…

—Nada de arrebatos, amigo…; se logra más con persuasiones…

El viejo sonreía, acariciándose las barbas.

—Descuide usted, Eulogio Álvarez; ha dicho usted bien; nada de arrebatos…

—Adelaida Vera está inclinada a oírle; escuche usted sus razones… La responsabilidad ha de pesar sobre sus hombros; no lo olvide usted, amigo mío; todo puede llegar a un feliz término…

El viejo se disponía a retirarse; mas, todavía permaneció allí junto a Eulogio; con graves razones le suplicaba que fuese discreto y que de lo hablado, sabría él convencerle a su debido tiempo.

Se despidió afectuoso y salió a la calle.

Ahora no sabía cómo matar el tiempo; la mañana le parecía interminable; montó su caballo y se fue a dar una vuelta por la parroquia; tiempo perdido; el señor cura no regresaba aún; a Mengo nadie le había visto en parte alguna, y ni siquiera Lorenzo se asomaba por el pueblo. En Huicha la cosecha de pasto permanecía aún sobre el rastrojo; sus trabajadores no habían venido; el tiempo se ponía amenazante; todo se atravesaba en su contra y, como si todo aquello no fuese suficiente atasco, por Chonchi circulaban noticias inesperadas.

Urruztarrazu había sido aprehendido por orden del juez y los guardianes andaban por Notuco en busca del mestizo Hueldeo.

«Qué cosas —se decía Cárdenas, mientras subía la calle hacia el retén, al tranco de su caballo. ¿Qué tenía que ver en esto el tabernero?».

Urruztarrazu se acercó a Cárdenas; su aspecto era el de un hombre abatido; al viejo usurero, la presencia del vasco le produjo una impresión penosa que se reflejó en su mirada, mientras movía la cabeza de un lado a otro compasivamente.

Urruztarrazu presentaba un aspecto de enfermo; era un hombre avejentado: de rostro enflaquecido y seco; unas arrugas le bajaban por ambos carrillos hasta la boca; la nariz se destacaba aguda y firme como para confirmar aún más la terquedad de sus facciones; iba ligeramente encorvado, dando una impresión de cansancio, como si apenas pudiese con su cuerpo; era casi una ruina física, pero un no sé qué de poder, de fuerza se desprendía de su interior; el labio inferior caído y sobresaliente, acusaba aún más la firmeza de su rostro; sus gestos eran siempre enérgicos, su mirada viva, a pesar de todo, y no abandonaba la sonrisa de afable expresión, que permitía mirar sus largos dientes.

La desgracia se había ensañado con el vasco; su hija mayor Elvira, se había fugado de casa de sus abuelos en el campo; Elvira estaba ahora en Ancud; allá vivía amancebada con el señor Ríos, el que fue oficial civil del pueblo, y a quien el Gobierno ascendiera a la capital de la provincia; Sebastiana se había casado, y ahora Urruztarrazu debió recogerla en su casa; su marido era un truhán; iba ya para dos años que no aparecía por el pueblo; el negocio de la taberna apenas bastaba para atender los gastos; habían venido a

Chonchi unos señores con orden de reglamentar el expendio, y exigían patentes y gabelas desconocidas, y para mayor desgracia, al pobre Urruztarrazu, reumático y viejo, le habían arrestado.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó Cárdenas, golpeándole la espalda. El viejo le hablaba con respeto.

—Vaya el diablo a saberlo, señor —el vasco parecía eludir la respuesta.

—¡Vamos! ¿Qué ha sido? Dígalo usted de una vez —gruñía don Remigio—; confíe en mí… —e hizo un gesto como para animarle—; no tema usted decírmelo. ¡Oh! Iré a ver al juez si es necesario; confíe usted en mí…

—Vea, señor; solamente he dicho que Liborio Bórquez no ha salido del pueblo, y que si alguien sabe de él, ha de ser Carmen Gómez, o aquel que le ha fondeado en la bahía… ¡Caray! Y esto ha servido para prenderme; se ha dicho: Liborio estuvo bebiendo en la taberna, y luego nadie le ha visto… Pero yo le digo a usted, sin chancearme, que Liborio sospechaba lo que ha ocurrido; me lo dijo a mí mismo… ¿Y qué? ¿No estuvo acaso el señor cura a verle en la taberna? ¡Estuvo; sí, señor! Por allí asomó sus narices esa tarde… Y ahora, ¿qué? Pues he de repetirlo: el hombre está muerto, y además, le han robado… Y mire usted que no le parece al señor juez, sino que yo soy el ladrón; y me han denunciado… Esta es la sospecha; y está claro; Liborio estuvo hasta la noche en mi compañía; lo he declarado así al juez…

—¿Por qué no me ha llamado usted antes? ¿Qué diablos tiene usted en mi contra? Mire usted que de haber sido amigos, ni Liborio se hubiese extraviado, ni usted estaría a la sombra, ni yo hubiese perdido el dinero que se me debía… ¿Me ha entendido usted? ¿Va a verse? Quédese usted tranquilo.

Y muy solemne, ocultando la satisfacción que le embargaba, al entender que el vasco sustentaba sus mismas sospechas, enigmático el ceño, Cárdenas le dejó; subió de nuevo a su caballo y regresó al pueblo.

Todo lo que estaba ocurriendo no eran más que contrariedades. Los últimos días habían sido agitadísimos; todo se complotaba en su contra. Era como para fastidiar al menos irritable; pero ahora, a don Remigio, qué cosa más extraña, ni se le agriaba el genio, ni echaba pulgas contra nadie; antes, iba con el ánimo alegre y una ligera

sonrisa de confianza alentaba entre sus labios.

Si pensaba en los líos del señor párroco, o en los dineros de Liborio, o si se extrañaba de que Lorenzo no se hubiese presentado por Huicha, o si se abstraía en la sospecha de que Mengo estuviese metido en algún escondrijo, o si daba en recordar al viejo tabernero, mucho más le preocupaba preparar su conciencia para el acto de su reconciliación, asunto de suyo difícil, a pesar de lo que le ha aconsejado Eulogio Álvarez. Pero no se decidía a ir hasta la casa de su suegro en donde le esperaba Adelaida Vera, su mujer. Ansioso está por verla; ¡qué duda cabe!

Cárdenas ocupó la mañana entera en idas y vueltas, como si desease justificar con tal actividad su tardanza, o para decirlo de una vez, su indecisión.

Luego endilgó su caballo por el camino de Huitauque; don Remigio iba sonriente; las gentes le miraban al pasar, con mal disimuladas burlas. ¡Puah! Ya debe haberse corrido la noticia: el viejo *Patranca* hará hoy las paces con su mujer, y, naturalmente, todo el mundo se aprovecha. ¡Je!… ¡Je!…

«No ha de irse usted con arrebatos; se logra más con persuasiones, amigo mío; cuide usted su juicio…». Esto le había dicho Eulogio Álvarez; y esta era también su verdadera preocupación.

En Huitauque la Juana no se había dado un punto de reposo; la casa estaba limpia, ordenada; un viento alegre batía las cortinas; la luz del mediodía se entraba por todas partes; en el huerto —don Remigio no lo había advertido antes—, las flores abrían sus lindas corolas y los manzanos estaban agobiados por el peso de las frutas; abajo, el mar lamía mansamente las piedras del pretil y el pausado golpe de la ola subía en anchos acordes. La vieja casa de Huitauque destacaba su techo de alerce por encima de los muermos floridos; arriba unas nubes plomizas y espesas se movían lentamente, ocultando el sol; se ensombrecían los campos, venían las ráfagas y el sol se mostraba en mitad del cielo, en medio del día; pero el día iba cobrando paso a paso un color ceniciento y triste.

La Juana andaba mohína, con un aire de grave preocupación; parecía no poder ya con su cuerpo; su rostro reflejaba un gran cansancio; ahora don Remigio la encontraba malhumorada y confundida.

El viejo la interrogaba solícito, le golpeaba los hombros cariñosamente. La buena mujer apenas si despegaba los labios para responder a sus preguntas.

—Vamos, hija; ya han de volver los buenos tiempos… ¡Je!… ¡Je!… —le sonreía, se frotaba las manos y se la quedaba mirando de arriba abajo; decididamente quería contagiarla con su alegría.

—Quién lo sabrá, señor… —hablaba como para sí misma, y meneaba la cabeza, al tiempo que por sus ojos pasaba un gesto desolado y terco.

—Lo has de ver; no todo han de ser calamidades; se acabarán las discordias; ¡esto es!, lo verás…, y pronto, mujer… ¡Je!… ¡Je!… Tú seguirás a nuestro lado —el viejo estaba, como nunca, locuaz.

La Juana no respondía palabra; le miró sin disimular el enojo que le causaba oírle.

—¡Oh! ¿Para qué negarlo? Todos echamos de menos la presencia de la patrona —dijo el viejo en voz alta, y recorrió con los ojos el amplio aposento.

La Juana le servía las viandas.

—Lo has de ver, hija; lo has de ver…

La sirvienta seguía empecinada en no hablar, como si le ofendiesen estas consideraciones. Negros augurios se movían dentro de su cabeza, pausados, en constante acecho; su corazón estaba lleno de sobresaltos.

—Lo sabrás de una vez —por un momento el viejo permaneció con la vista clavada sobre su plato; luego dijo lentamente— óyelo, Juana: Lorenzo pasará a ser nuestro hijo, ¿eh? —alzó la cabeza—; ¿qué me dices ahora? Le adoptaremos; es igual; ¡oh! Cómo te ha gustado oírmelo —concluyó con un tonillo de solemnidad.

La Juana volvió vivamente el semblante hacia don Remigio, y se llevó la mano a la boca como para atajar la voz, con los ojos muy abiertos, estupefacta. ¡Vaya una noticia! ¿Qué va a ocurrir ahora?

Don Remigio abandonaba la sala. Sus pasos sonaron en el zaguán; se alejaban a través de las habitaciones; luego la casa quedó en silencio.

La Juana continuaba ahí, inmóvil, desatinada, muda. ¿Qué va a ocurrir ahora? ¿Acaso ella lo sabía? Dios quiera que todo vaya por buen camino.

11.- En busca de su Esposa

Don Remigio Cárdenas se había recortado los bigotes, se había peinado las barbas, y, muy compuesto, luciendo una gorra nueva de color gris, sus altas botas, el chaquetón de pieles, el grueso anillo de oro que brillaba como una brasa, empuñando el bastón de luma, acicalado, de veinticinco alfileres, como correspondía al caballero más principal del pueblo, subía chullequeando por la calle de la parroquia hacia la casa de Adelaida Vera. Iba muy ufano, con la cabeza erguida y un gesto de serenidad entre los labios.

Si las gentes se asomaban a los corredores o se detenían ante sus pasos, era porque ya lo sabían: él iba en busca de su esposa. ¿Qué importaba que cuchicheasen o sonrieran y contestasen burlonamente a sus saludos? Ya se terminarán estos aleluyas y conciertos, ya se verá quién es don Remigio Cárdenas.

Don Remigio Cárdenas cruzaba frente a la casa de Adelaida; subió la breve escalinata del corredor, y, para evitar que los curiosos le vieran en actitud de espera, se metió prestamente en ella; traspuesto el umbral, se detuvo, respiró, haciendo un esfuerzo, como si quisiese sacudir así su cuerpo de una molestia que le sobrevino inesperadamente; estaba bueno. ¡Qué torpeza!

Al cabo se decidió a avanzar; sus pasos sonaron desapacibles. Cuando llegó a la sala, que justamente quedaba a su derecha, se detuvo.

—¿Quién está ahí?

Reconoció la voz de Adelaida Vera, su esposa; un momentáneo cohibimiento se apoderó de su ánimo; iba a responderle, más no lo hizo. ¿Era esta, acaso, la manera de recibirle? Se juzgó ridículo, y aun pensó en retirarse.

—¿Quién va?… ¡Adelante!…

Entonces, sin decidirse aún enteramente, asomó su cabeza al interior de la sala.

—Buenas tardes —dijo con voz cascada; permaneció con el cuerpo inclinado, mientras sus ojos escudriñaban inquietos.

—Buenas tardes.

La voz sorprendida de Adelaida le llenó de regocijo; traspuso el umbral y avanzó por la sala, descubriéndose comedidamente; de improviso, un gesto de profundo estupor cruzó por su semblante. En el estrado, Adelaida y Lorenzo parecían tanto o más asombrados.

Había el brasero encendido, la tetera sobre las brasas; el agua borboteaba y hacía tintinear la tapadera; Adelaida sostenía en una mano el porongo del mate, y le contemplaba con unos ojos que expresaban —él no podía explicárselo— si temor o recelo.

Lorenzo se había puesto de pie en el primer instante; a don Remigio le bastó una mirada para juzgar la turbación que se reflejaba en el rostro del mozo; este no sabía qué hacer con las manos; ya las sumía en los bolsillos, ya las restregaba contra sus piernas, y volvía los ojos de aquí para allá, como si, advirtiendo algún peligro, se apercibiese a buscar un refugio o un escape.

Adelaida iba ya al encuentro de su marido.

—Ha llegado usted en buena hora —le dijo con natural aplomo, al tiempo que le entregaba la mano.

El viejo pareció recobrarse; efectivamente; en sus labios se dibujó aquella sonrisa, aquel gesto habitual de complacencia con que animaba su figura. Retuvo entre las suyas la mano que ella le tendía; Adelaida desvió los ojos; el contacto frío de aquellas manos inundaba su cuerpo; un estremecimiento apenas perceptible pasó a través de sus piernas.

—Pase usted a sentarse —habló, Lorenzo Andrade, inesperadamente.

Adelaida se volvió hacia él, desprendiendo su mano; don Remigio avanzó con perezoso andar y ocupó el sitio que le señalaba Lorenzo. Ella fue entonces al pasadizo, llevando el bastón y la gorra que el viejo había dejado sobre la mesa: luego estuvo en la sala: se inclinó sobre el brasero y apartó el tiesto de la leche.

Cárdenas la contemplaba; Adelaida no vestía como él acostumbraba a verla; llevaba ahora unas polleras de ligero satén rosado, blusa de percala, bajo la cual se dibujaba la dura redondez de sus tetas; ahí él podía observar también la amplitud de sus caderas, la tentadora firmeza de sus piernas.

Ella alzó el cuerpo con gracioso ademán y se estuvo un breve instante colmando de leche la calabaza; sonriendo, con brazo

extendido, vino hasta Cárdenas.

—Tome usted —dijo—; ha llegado en buena hora —repitió.

Don Remigio hizo una amable inclinación de cabeza para agradecer y se dispuso a saborear el mate; ella, en tanto, acercaba la pequeña mesa de servicio en la que había unos trozos de *milcao* y de carne.

Ahora se atrevía a mirarle con desenfado, sin pestañear, entre seria y alegre.

—¿Gusta?…

El viejo chupaba la bombilla; alargó la mano y cogió un pedazo de carne.

A poca distancia, sumido en un sillón, Lorenzo permanecía con los ojos clavados en el techo, entregado a sus pensamientos, aunque de rato en rato el ruido sordo de la bombilla le sacaba de ellos; entonces echaba cautelosamente una mirada al viejo o a Adelaida, quien atizaba el rescoldo, y, a su vez, le observaba a hurtadillas.

—¡Gracias!… —cuchicheó Cárdenas, alzándose apenas para poner el tiesto sobre la mesa; ante un gesto de Adelaida, repitió finamente—: Gracias, gracias. ¡Basta!

Ella volvió a colmar de leche el porongo, y a su turno, Lorenzo saboreaba la agradable bebida que le ofertara Adelaida; mas, en verdad, sus pensamientos le conducían a no sentir aquel sabor del mate, a considerarse ajeno a la presencia de ambos; todos tres continuaban ahí callados, temerosos, en constante acecho.

La presencia de su esposo animaba en el cerebro de Adelaida un tumulto de imágenes que se esfumaban tan fugazmente como habían fluido; con la cabeza inclinada al peso de tales recuerdos, no lograba interpretar el vivo sentimiento de lástima que la embargó de súbito por un breve instante.

—No ha de pasar de esta noche el buen tiempo —habló don Remigio con severa calma, lentamente, dándole a la frase una entonación particular, como si en ella encerrase una sentencia de grave significado e intención.

Lorenzo levantó con viveza los párpados; la frase iba dirigida a él naturalmente, y tropezó con la dura mirada del viejo que le interrogaba a la distancia; queriendo o no evitarla, inclinó la cabeza; el porongo temblaba en su mano.

—Y habrá lluvia, y la cosecha de pasto en Huicha ha quedado

tirada en el rastrojo —agregó con enconado acento, en tono de reprimenda; y ya no se contuvo—. Nadie ha salido al trabajo; ¡está bueno! Que para cuidar de aquello has quedado tú, Lorenzo —dijo —; ¿no tenías acaso el encargo de hacerlo?

Lorenzo movía los brazos, inquieto; el viejo se amostazaba más y más; él le había tenido hasta ahora por un mozo cumplidor, y no era posible que fuese a andar él mismo en persona detrás de sus pasos. ¿Qué significaba aquello? Y ni siquiera se había presentado por Huitauque.

—Le he hecho venir yo —interrumpió suavemente Adelaida—; no he querido estar sola; mi padre se ha puesto insoportable y no es capaz de nada aquí en la casa; yo no tengo a quién recurrir para ciertos trabajos… ¿No lo sabe usted, acaso? Yo soy, pues, la culpable —hablaba con bien fingida seriedad—. Esto ha sido todo —concluyó, mientras aderezaba un nuevo mate.

No había, empero, necesidad de que ella le defendiese; ya Cárdenas recapacitaba; ¿a qué salir con estos regaños? ¡Oh! ¡Se había traicionado! Mas sus palabras no tenían otro fin que el de hacer entender a Lorenzo que su presencia aquí era inoportuna; nada más; no hacía falta exaltarse; así, cuando Adelaida dejó de hablar, él había tomado ya su partido; convenía ser amable; había que reprimirse; ya tendrá la ocasión de hablar con ella a solas.

Cambiando, pues, el tono por otro familiar y hasta afectuoso, empezó a decir:

—¡Ya! ¡Ya! ¿A qué formar cuestión por tan poca cosa?… ¡Je!… ¡Je!… Además, el mal tiempo no ha de durar…; tormenta de verano, ¿saben? Cosa de dos o tres días… ¡Je!… ¡Je!… —y dirigiéndose a Lorenzo—: ¿Has sentido, acaso, sonar las rompientes de Pirulil?… —y se quedó aguardando la respuesta.

—No —repuso secamente el muchacho.

—¿Lo ves? ¿Lo ves? La lluvia no será nada… ¡Je!… ¡Je!… Ya habrá tiempo para asegurar el pasto.

El anciano sonrió bondadosamente y le brillaron los ojillos.

Lorenzo quiso creer que el viejo se ablandaba, y sintióse aliviado; mas de pronto cruzó por su mente una aguda sospecha; ¿no sería quizás que el viejo buscaba cómo tirarle la lengua? Alzó los ojos para contemplar a Adelaida, queriendo hallar en ella algún indicio que viniera a aclarar su pensamiento; esta acababa de

ocupar una silla muy cerca de su esposo; Cárdenas tenía la vista fija en la mujer; el muchacho no pudo sorprender nada en ambos; sin embargo, un sentimiento de recelo y coraje empezó a crecer en su alma. Lorenzo era ya presa del desasosiego; una aguda molestia le punzaba el pecho; por un instante estuvo a punto de resolverse. ¿Por qué no acabar de una vez con la comedia? ¿Era realmente que el viejo sospechaba de él? Esta aflicción le acorralaba; pero también estaba orgulloso de sentirla; ¿no era acaso el amante de su tía? ¡Oh! Un estremecimiento corrió por su espalda; él era, pues, un traidor. Su corazón se lo aseguraba febrilmente, no ya como una simple conjetura, siquiera como una absoluta seguridad. No cabía más que decidir ahí mismo su destino. Esta idea se agrandaba dentro de su cabeza como una boca que amenazaba tragarle; era una idea voraz, de duros dientes, o mejor, era como un abismo que se acercaba a él con rápido paso. Lorenzo sacaba fuerzas de quién sabe dónde para rehuirla, para apartarse de su borde.

Ninguno de ellos rompía el silencio; se miraban a hurtadillas, y cada uno estaba, en verdad, temeroso de pronunciar palabra. Nadie como Adelaida lo advertía mejor; ella quiso entonces levantarse para decirle a Lorenzo que se fuera, que los dejase a solas; esto era lo razonable; mas prefirió aguardar; pudiese suceder que el propio Lorenzo tomase la iniciativa, y, así las cosas, ella sabrá encauzarlas; no faltaba más; estaba apercibida para esto, y nada podía temerse.

Cárdenas, como si le hubiesen privado del poder de hablar, permanecía con los labios fruncidos, muy severo; de tiempo en tiempo sus ojos iban de Adelaida a Lorenzo; estaba al acecho. Cruzó las manos sobre el abdomen y se entretuvo en hacer bailar los pulgares, como era su costumbre. Cárdenas no se engañaba. ¿Cuál otra, si no su repentina presencia, podía ser la causa de tanta sorpresa y confusión? ¿Qué significaba esta frialdad? El viejo los atisbaba como un zorro, adoptando un aire hipócrita. ¿Qué habría detrás de todo este asombro?

Tan angustiosa situación se prolongaba. Adelaida notaba ya la expresión de sospecha que jugaba en el rostro del viejo; su mirada recelosa asomaba al fondo de aquellos ojos duros, horcos, penetrantes; ella conocía bien esa mirada; para evitarla, inclinó la cabeza, y no hubiese podido entender en ese instante el vivo sentimiento de lástima que la embargó de súbito. Pero de algo sí

estaba consciente; si esta debilidad va en aumento, pensaba, ¿qué será de mí; qué será de Lorenzo?

Adelaida no hubiese reído como lo hizo, si el viejo no hubiese hecho aquel guiño; a ella le pareció grotesco en el primer instante; ¿a qué venía eso de cerrarle el ojo? Pero ahora lo interpretaba en su sentido verdadero; ¿había en tal guiño la expresión de un deseo de complicidad? Estaba claro; aquello quería decirle: haz de manera que Lorenzo se vaya. A Adelaida le bastó un gesto —el viejo la miraba entretanto con severidad— para significarle que su risa no era sino la confirmación a su deseo; y estuvo lista para aprovecharse de la coyuntura. Se levantó entonces y se acercó a Lorenzo, e, inclinándose, le habló en secreto. Los ojos del anciano se movían lerdos como dos gusanos de pequeña cabeza negra. Lorenzo, azorado, alargaba el cuello para escuchar. Ahora su embarazo era mayor de lo que él mismo había creído, porque no podía fijar su mirada en Adelaida, ni podía burlar el asedio de Cárdenas, y ella estaba tan cerca de su pecho, que era esto una espina, y él se veía tan cerca de su rostro, y esto era un vértigo. Sin embargo, él sonreía sin que sus labios denotaran movimiento alguno; se veía sonreír; estaba sonriendo y ninguno de ellos lo sabía. El silencio de la sala parecía estar lleno de eso que queda tras el término de una conversación.

Adelaida volvió a su sitio. El muchacho se alzó vivamente. Un gesto de amenaza brilló en su semblante; un pulso ardiente y apresurado golpeaba sus sienes.

Don Remigio alzó la cabeza.

—¿Te vas? —sus ojos sonrieron burlones—; no olvidarás darte una vuelta por el rastrojo, ¿eh? —en seguida se volvió a Adelaida.

Lorenzo se sintió vergonzosamente derrotado; en él quedaba aún un resto de respeto por Cárdenas; mas, ¿a qué venía esta burla?

—¿Qué ha dicho usted? —preguntó con rabia no disimulada.

—Te he pedido que salgas —habló entonces Adelaida, y se acercó nuevamente a Lorenzo; le llevó hasta la ventana y platicaron en secreto.

El viejo no hablaba ni se movía; permanecía ahí en el estrado como una momia; pero él no podía resistir más; estaba harto.

—¿Por qué he de irme?

El viejo percibió claramente la pregunta.

—¿Tiene gracia, no? No parece sino que Lorenzo fuese el dueño de casa —dijo calmadamente.

Adelaida volvió el rostro, presa de grave angustia.

—No haga usted caso —dijo reponiéndose—. Lorenzo ignora el motivo de su visita —y sonrió con natural aplomo.

El muchacho, ante el gesto avinagrado del viejo, seguía irresoluto. Pero Adelaida había tomado ya su resolución, le saltaba el corazón bajo la blusa. Lorenzo paseaba de un lado a otro por el cuarto.

—Lorenzo ha de ir en busca de mi padre —habló al tiempo que ocupaba su sitio.

Cárdenas sonrió perplejo. ¿Qué falta podía hacer aquí Enérico Vera? ¿Por qué buscar un motivo como este para que Lorenzo los dejara a solas? Aquello parecía travesura de chicos. El viejo se rehacía; atisbaba el instante; pero el muchacho no manifestaba apremio alguno por retirarse.

Adelaida se movía inquieta; ¿quién mejor que ella podía evitar que allí ocurriera algo grave? Por otra parte no había razón alguna para prolongar tal estado de cosas. Pero no era esto solamente lo que la preocupaba. ¿A qué estarse con engaños? En resumidas cuentas, nada la obligaba con su marido, y su decisión era irrevocable.

—Han debido decirle mi recado —empezó a hablar nerviosa y ágil.

El viejo se volvió a ella sonriendo.

—Me lo ha dicho Eulogio Álvarez, y he venido —balbució.

Lorenzo detuvo sus pasos y afirmó sus espaldas en un rincón; ella le había prometido ahora hablar, y he ahí que lo hacía.

Cárdenas miraba a su mujer en espera de sus palabras, y ya le parecía que ella y él retrocedían al pasado; una mano invisible rasgaba el cendal que les separaba de aquellos tiempos.

—Pues ha sido el señor párroco quien me ha advertido de todo lo que ha acordado usted…

Adelaida jugaba con sus trenzas.

Don Remigio estaba pendiente de sus palabras; sonreía. ¡Vaya! ¡Vaya! Por su cabeza pasó el recuerdo tan lejano de su primera visita a Huitauque; entonces, como ahora, Adelaida jugaba con sus trenzas; Lorenzo era un niño pequeño.

—Has de saberlo todo, Adelaida —intervino, al observar que ella vacilaba—; ¡Je! ¡Je! —y echando una mirada a Lorenzo, agregó—: Ni era preciso que este estuviera ausente; ¿lo ves?; has hecho bien en quedarte entre nosotros —el viejo se enternecía.

El muchacho y Adelaida cambiaron una mirada.

—Por mi parte todo está olvidado… ¡Je! ¡Je! ¿Para qué vivir en discordia? Todo se ha resuelto en nuestro bien y tú no irás a oponerte a recibir a Lorenzo como un hijo…

Adelaida Vera se estremeció; el muchacho avanzó frente a Cárdenas.

—¿Qué dice usted? ¿Cómo ha dicho? —en estas palabras estallaban sus celos; le era imposible contenerse, y contemplaba al viejo con los ojos muy abiertos, húmedos de odio; era una mirada atroz y perversa.

—¿Qué haces? —preguntó Cárdenas medio trastornado, intentando ponerse de pie; una extraña aflicción se apoderaba de su pecho—; has de oírme —gritó, impulsado por la ira que le causaba la actitud insolente del mozo—; has de oírme, pero también debes responderme; ¡qué demontres! ¡No he venido aquí para escuchar impertinencias! No entiendo nada de todo esto. Qué ingratitud. ¿Lo has oído, Adelaida? ¿No he venido acaso en busca de mi mujer? ¿A qué te entrometes en lo que no te importa? ¿A qué salir con sandeces semejantes? Ahora, largo de aquí —gritó, acabando por perder la paciencia.

Adelaida meneaba la cabeza; aquel incidente la aturdía; algo como un desconsuelo brotaba del fondo de su alma.

Lorenzo se ahogaba; la retahíla del viejo se le vino encima como una descarga; quería detener su rabia y lograba solo aumentarla. Su rostro estaba trémulo.

—Yo no sé…, no sé lo que digo… —se agarraba la cabeza entre las manos—; no sé lo que digo —insistía con triste obstinación, reprimiéndose.

—¡Lorenzo! ¿Por qué no te vas? No me agrada que permanezcas aquí —suplicó Adelaida.

Cárdenas replicó que no era preciso hacer aquello. ¿Para qué? Tal vez fuese mejor dejarle; esperaba mayor comedimiento.

El viejo se había serenado; severo y circunspecto se arrellanaba en su sitio. Lorenzo le miraba rencoroso, taimado; daba la

impresión de estar haciendo un esfuerzo en el cual todo su cuerpo, cabeza, pecho, piernas, brazos, tomaban parte.

—No quiero engañarle —le dijo, plantándose a su lado—; se lo digo a usted de hombre a hombre… —miró a Adelaida y suspiró.

Adelaida no esperaba de Lorenzo tal determinación; un gesto angustiado se dibujaba en su rostro; sus ojos estaban fijos en sus labios. A su turno, Cárdenas se había vuelto al muchacho.

—¿Qué es lo que vas a decirme? —inquirió.

—Sépalo usted de una vez por todas: Adelaida, tía Adelaida no regresará con usted a Huitauque…

Adelaida gritó desatinada.

—No lo digas, Lorenzo.

El viejo no salía de su asombro, y volteaba la cara de un lado al otro entre entontecido y avispado.

—¡No se irá! Yo se lo aseguro a usted… ¿Por qué extrañarse? Ya lo ha dicho: ella no se irá… —y se apartó de ahí presa de agitación extrema.

Por un instante don Remigio se creyó ausente; le pareció que estaba lejos, a gran distancia, entre la sombra. Lorenzo, aquel mozo a quien quería profundamente, le traicionaba con vileza; ¡ni la sombra de su padre! ¡Ah! ¡Aquel hombre sí fue un hombre! Después de dieciocho años de aquel tiempo venía a reconocerlo. ¡No! Lo sabía desde entonces. Todo sucedió por culpa de aquel maldito crédito; entonces él había estado presto a reparar los daños. Efectivamente. ¿No era esto, acaso, lo que le guió a tomar a Lorenzo bajo su protección? ¡Cómo esperaba del mozo! ¡Válgame el cielo! Se sorprendió, le sorprendieron Adelaida y Lorenzo diciendo en voz apenas perceptible: ¡Qué hacer, Dios mío! Apretaba los puños y los dientes, y respiraba por las narices. ¿Qué hacer, Dios mío? Su mirada amarga y fría vagaba en torno; una mueca estúpida vacilaba entre sus labios; se le recogía la piel sobre la frente y en las sienes se le movían las arrugas como patas de araña. Hizo un penoso esfuerzo; lentamente volvió su rostro a Adelaida y preguntó con voz sorda:

—¿Por qué no habías de volver por Huitauque? ¿Acaso no estabas convenida? —Iba a agregar: «¿Desde cuándo le oyes a Lorenzo esto que ha dicho?»; se guardó de hacerlo; el mozo parecía haber perdido el juicio.

Adelaida permaneció un buen instante con la cara oculta entre sus manos. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Esa era la verdad —sollozó, sin alzar la vista.

Cárdenas abrió los párpados; sus ojos brillaron como chispas; se alzó levemente.

—Dile también que me amas…, que eres mía; dilo, Adelaida.

Lorenzo se había acercado a ella; la tomó de las manos y avanzó con ella al centro de la sala.

Ella se dejaba conducir dócil, vencida, la cabeza apoyada sobre el hombro del muchacho, los ojos entrecerrados.

Las pupilas del viejo se nublaron; levantó los brazos, y cayó sobre el estrado. La incertidumbre que le agobiaba hasta este mismo instante, se transformaba súbitamente en desconsuelo, en el cruel desconsuelo que trae la certeza de saberse engañado miserablemente. Algo oscuro y pesado se derrumbaba con brusquedad dentro de su alma; temblaba su cuerpo; se enternecía su pecho, pusilánime como un niño.

A ellos, la espera se les hacía eterna.

—Tente, Lorenzo. ¡Guay de ti! ¿Qué haces? ¿Es verdad lo que has dicho?

De verdad lo era; menester será creerlo; podía parecer absurdo, ¿no era todo esto cosa de locos? El cerebro del viejo iba a estallar; nunca le había acontecido algo tan grave; pero también comprendía que todo era posible, y que en la vida los sucesos se realizan comúnmente de esta guisa.

—¡Tente, Lorenzo! —el viejo se puso de pie y anduvo hacia ellos. ¡Carajos! ¡Válgame el cielo! —¡Era el amante de su mujer! El querido de su propia tía Adelaida. Agitaba las manos amenazante; sacudía la cabeza. ¡Váyase todo al diablo! —su cara se hinchó monstruosa como una vejiga—. ¿Qué hacer? —Cárdenas se arrojó de improviso a los pies de Adelaida, y sollozaba lastimeramente, le abrazaba las piernas, resollaba como un animal herido. Ella se apegaba a Lorenzo y temblaba.

El muchacho no podía ya contenerse; ¡oh!, Lorenzo, no odies, no revientes. Una violenta desesperación sacudía su pecho; veía a Cárdenas humillado, cobarde, y esto pareció conmoverle; el viejo se alzaba ya; el rostro descompuesto, los ojos extraviados, frenético. Todo ocurría con viva rapidez. Ciego de coraje, levantó la mano y

descargó sobre la cara de Adelaida una sonora bofetada. Lorenzo quedó alelado: mas de súbito se echó contra él. ¡Que salga lo que saliere! El anciano rodaba ya por el suelo.

—¡Salga usted de aquí!… ¡Váyase usted lejos! —el pelo le caía revuelto sobre la frente; estaba rojo de rabia; juraba como un privado, al tiempo en que le golpeaba con las botas, tumbándole en cada esfuerzo por levantarse.

Adelaida corrió a interponerse. Lorenzo la contuvo.

—¿Qué? —la encaró con violento arrebato; luego la cogió por los hombros—; que él lo sepa —gritó; la apretó a su cuerpo con fuerza y la besaba ardientemente. Ella se sintió dominada, y le dejaba hacer.

El viejo torcía el cuello para mirarlos; se arrastraba a gatas en dirección de la puerta, sin articular palabra. Lorenzo fue tras él; en el umbral se inclinó para alzarle. El intento del viejo para hablar, para decir algo, se pintaba dolorosamente en su semblante. El muchacho le tapó la boca con la mano, y, sacudiéndole del cuello, le sacó hasta la calle.

12.- El Cruce de los Caminos

Los comentarios sobre el desaparecimiento de Liborio Bórquez andaban de boca en boca.

Por testimonio de los viajeros que regresaron con él de la Patagonia, se sabía que Bórquez llevaba en su tirador hasta unos dos mil pesos nacionales; el mismo Urruztarrazu lo declaró ante el juez; él se le había ofrecido para guardárselos.

—Que me entregues esos dineros, le dije, señor juez; acaso vaya a suceder que te extravíes o te duermas en el camino o te metas en la Posada, y Dios sabe si no los pierdes…

Pero como el mozo estaba bebido porfió por irse y se fue. Ya en el caballo, había exigido una nueva botella de aguardiente que se llevó consigo.

Al día siguiente, el propio padre de Liborio encontró el tirador en el patio de su casa, a pocas varas de la puerta; estaba a la vista que alguien lo había arrojado al interior por encima del cerco. El tirador no contenía más que unos papeles que sirvieron para identificarlo; el dinero había sido robado. Este hallazgo motivó, naturalmente, cien conjeturas y malas sospechas, que hirieron en lo vivo la probidad de don Bernardo Bórquez.

Poco después, unos caminantes que bajaban al pueblo recogieron en el camino principal el sombrero del mozo; los caminantes fueron minuciosamente interrogados por el juez, que lo era por este tiempo don Nicasio Cárcamo, hombre muy severo. De las averiguaciones apenas si quedó en claro que, antes de ellos, otros habían pasado ya por aquellos lugares; un poco de atención sobre el terreno que circundaba el *hualle* colgado, reveló huellas confusas de caballos y peones, a las cuales no se les concedió ninguna importancia.

Don Bernardo Bórquez en persona dirigía las búsquedas.

Al otro lado del río, entre las murras, fue hallada una vara de luma de regular tamaño, uno de cuyos extremos mostraba manchas frescas de sangre. Este hallazgo fue suficiente causa para que se

pensara en que Liborio había sido ultimado a palos, y, como era de rigor, se culpó del crimen a los indios de los alrededores, varios de los cuales fueron traídos codo con codo hasta el retén; los guardianes se encargaron del consiguiente vapuleo; sin embargo, estas y otras diligencias no arrojaban luz alguna.

El pueblo entero se preocupaba más y más del asunto; pero un misterio impenetrable envolvía el destino de Liborio.

Quienes sostenían que el mozo había sido lanzado al cauce del río por su propia cabalgadura —el caballo era huidizo— al cruzar el puente del Buqueldeo, y que su cadáver debía estar enredado entre las raíces del *tepual* que se agarraba a sus orillas, o que la corriente le había llevado tal vez muy lejos, hasta la desembocadura. Cuales pensaban que el jinete debió apearse con tan mala suerte que perdió pie sobre unos de los barrancos que bordean el angosto camino que sube a Tara, arriba de Cudehué; otros, en fin, que el hombre había sido asesinado por un viandante afuerino, de esos que vienen de las islas; le habrían acechado en la noche y su cadáver permanecería oculto en medio de algún macizo de árboles.

Se exploraron ambas riberas, los barrancos, el tepual, el cauce hasta la desembocadura, sin resultado; unos lemuyanos que estaban de paso por el pueblo, fueron apresados; a estos no les fue difícil comprobar su inocencia.

En suma, nadie esperaba ya que Liborio Bórquez apareciese con vida.

Su anciana madre había recorrido a pie el largo camino; estuvo en Chonchi a verse con el juez; por la noche se encaminó a Huitauque, a casa de don Remigio. Cárdenas se mostró receloso; a él le afectaba en lo vivo la pérdida del dinero; finalmente, prometió hacer algunas averiguaciones.

Esta mañana, doña Vitalia regresaba a su vivienda. Iba por el camino, deteniéndose en cada recodo, metiéndose por los bosques, huroneando entre las *murras*. Ella no perdía enteramente la esperanza de hallar algún rastro de su hijo. Los pasajeros le miraban sin disimular sus lástimas, y casi todos se detenían a condolerla. Ella seguía su viaje, obstinada, sin importarle el pesado caminar; si el cansancio la rendía, o si le martirizaba la sed, ella se echaba a reposar bajo la sombra y bebía el agua de las vertientes.

Había salido del pueblo al toque del alba. La mañana iba ya para

el mediodía; el calor era sofocante; los fuegos de los roces caldeaban el ambiente; apenas una ligera brisa movía las hojas de los árboles; los animales buscaban el amparo de los bosques. Ella no cejaba en su marcha.

Alcanzaba el cruce de los caminos. Se detuvo para tomar un descanso bajo el *hualle* colgado; la hierba que crecía en el interior del tronco, la frescura de aquel refugio la invitaban al reposo. Además, bien lo estaba recordando, por este mismo sitio unos caminantes habían encontrado el sombrero de Liborio; su hijo había estado, pues, aquí; «ha de haber pasado la noche bajo este abrigo; aquí estuvo Liborio», suspiraba; se lo decía su instinto; ahí las huellas de sus botas, los restos de sus cigarrillos; más allá las pisadas de su caballo; el caballo es huidizo, así lo ha dicho su esposo.

Como obedeciendo a un irresistible impulso, fue derechamente a asomarse al borde del parapeto. La hondonada abría abajo su ojo inmenso, secreto, inescrutable. El mar sacudía las olas sobre los acantilados. Los ojos de la anciana se extraviaban siguiendo las asperezas de aquella garganta. Un hálito poderoso y caliente subía desde el fondo.

Doña Vitalia se asomaba al camino; luego rondaba el *hualle*; se metía por el matorral del recodo; iba y venía por el pequeño espacio que circundaba su refugio.

Tirada sobre el pasto, al canto de las piedras, distinguió de súbito la botella de uva que, antes de ella, nadie había visto. Se precipitó ansiosa a recogerla; su pecho se hinchó en un suspiro; quería reconocer a su hijo en sus propios ojos reflejados en el vidrio como en un espejo; los ojos de Liborio la contemplaban a su vez. Se estremeció convulsa y rompió a llorar a gritos, acariciando tristemente aquel objeto.

Por el camino se acercaba un tropel de caballos; ella fue a esconderse apresurada.

Un penoso sentimiento la invadió y se apegaba a aquel objeto como a un recuerdo querido, de pronto hallado, de pronto reconocido en su angustia. La certeza de que su hijo había estado allí aquella noche se clavó fijamente en su cerebro.

No atinaba a irse; algo la sujetaba con vehemencia; en lo profundo de su ser maternal, prisionero de sus entrañas, su instinto

se revolvía agudo y potente; sus ojos, su oído, su cuerpo todo, estaban al acecho. No ha de faltar un indicio, una señal de su presencia, y se ha de estar ahí, junto a las huellas del hijo querido, aguardándole.

El día avanzaba perezosamente; sin embargo, ella lo sentía pasar veloz.

Unos viajeros bajaban a Chonchi, y otros subían hacia Notuco o Pinda; iban al trote de sus bestias, despreocupados, y ninguno acertaba a fijar su vista en aquel sitio. La anciana vio descender por la huella de Tara al señor párroco; a punto estuvo de salir a detenerle.

—¡Señor cura! ¡Señor cura!; aquí está la botella de uva que Liborio traía la otra noche.

Pero el señor párroco pareció no oírla y apuró su caballo y tomó la vuelta del cruce, al galope.

Agotada por el cansancio, sin tomar bocado durante el día, se rindió al sueño.

El sol iba declinando detrás de la montaña, y las sombras de la oración apagaban sus últimos resplandores; los rumores del día se extinguían; el aire era fresco; empezaban a parpadear las primeras estrellas. Ella despertó sobresaltada, medrosa; sacudió la cabeza y, por un instante, pareció no atinar a nada; a su lado descansaba la botella; la tomó en sus manos y se dispuso a levantarse.

Fue en este mismo momento cuando observó que un jinete paraba su caballo a pocos pasos del árbol. El hombre descendió calmadamente; anduvo luego con recelosa lentitud, y ocultó su animal detrás de las ramas; ella apenas contenía el aliento.

El hombre volvía con paso sigiloso, inclinado el torso, y volteaba la cabeza de cuando en cuando para espiar hacia el camino. El paso de un viajero le hizo correr rápidamente y fue a situarse detrás de su bestia. La anciana le sentía ahí, a sus espaldas. ¡Qué extraña le estaba pareciendo la presencia de aquel hombre!

Dos viajeros cruzaron el camino hacia el pueblo; hablaban en altas voces: el eco de su marcha fue apagándose y todo quedó en silencio.

Aquel hombre se escurrió otra vez hacia la muralla; se mostraba más y más inquieto; rebuscaba entre las hierbas, acompañándose de gestos, y murmuraba algo que para doña Vitalia resultaba

ininteligible. Sin duda alguna, él buscaba algo.

La anciana se estremeció; una súbita idea había cruzado por su frente; el hombre avanzaba ahora hacia el árbol con la vista fija sobre el pasto; o también atisbaba temeroso hacia el camino. Ella no lograba mirarle el rostro. De pronto, con rápido movimiento, el hombre se volvió de espaldas y fue a mirar al borde del parapeto, inclinando medio cuerpo sobre la hondonada. Aquello duró un instante brevísimo, pues, como si hubiese recibido un misterioso golpe, retrocedía turbado con los brazos en alto, la cabeza agachada sobre el pecho.

Un sentimiento que no podría explicarse agitaba a la anciana, y cuando aquel hombre asomó su rostro para escudriñar el interior del hueco, al reconocerle, al escuchar su ahogado grito de pavor, al percibir en los suyos la espantosa mirada de aquel hombre, ella se levantó ruidosamente, impulsada por la desesperación.

Mengo, el sacristán de la parroquia, presa del estupor más horrible, retrocedía con las manos sobre los ojos, balbuceando palabras sin sentido, suplicante, temblando como un paralítico, y de su garganta salían sordos ronquidos; él creía estar frente a una aparición; aquel ser que se movía dentro del hueco tenía el mismo semblante de Liborio, aquellos mismos ojos de muerte, aquella misma morisqueta que él viera antenoche entre sus labios, y jadeaba como jadeaba Liborio Bórquez, y extendía los brazos y se acercaba a su pecho en su último deseo de vivir. La aparición se levantaba de lo oscuro. La anciana, empujada por una secreta fuerza, se abalanzaba hacia él, enarbolando la botella.

El sacristán corrió hacia su caballo, enloquecido, a brincos, como si un fantasma le chicoteara las piernas. La anciana le seguía de cerca.

—¡Perro inmundo!… ¡Perro inmundo!…

Mengo, perdida la conciencia, trémulo, espantado, sacudido por mortal angustia, se detuvo una vez más junto a su cabalgadura. Los ojos le brillaban como chispas que se revolviesen dentro de las órbitas. Agitaba las manos cual si quisiese borrar de su vista la inesperada visión que le perseguía.

—¡Perro inmundo! Tú le has matado… Tú le has matado; ¡hijo de perra!…; le has matado… Ya te arrancaremos el alma…

La pobre madre rodó sobre las hierbas; de un brinco, Mengo

estuvo sobre la montura; chicoteó su bestia; de un salto se apartó de aquel sitio y echó a correr al galope, como si el mismo demonio le persiguiese. Iba sintiendo en sus orejas las voces de la anciana.

«Tú le has matado, perro inmundo… Te arrancaremos el alma…».

Doña Vitalia se levantó con penoso esfuerzo; un sudor de muerte le lavaba el rostro. Estuvo así un largo espacio; su cabeza parecía dar vueltas y vueltas, y dentro del pecho el corazón le saltaba vivamente.

Se acercó al parapeto. La anciana se estremeció como ante el vértigo, y rompió a llorar sin consuelo.

Las sombras de la tarde caían espesas y ciegas dentro del ojo inmenso, secreto, inescrutable del barranco.

13.- Los Dineros del Sacristán

Don Remigio Cárdenas abandonaba la casa de su esposa; iba desatinado, enfermo de rabia, maldiciendo como un privado; ni siquiera atendía a donde le encaminaban sus pasos. Él no quería más que estar lejos, solo; aun esto mismo era, dentro de su cabeza, un confuso deseo.

Un nudo áspero se apretaba a su cuello y le hacía resollar penosamente. Jadeaba de coraje; apretaba los puños y los dientes, y un temblor incontenible le sacudía. Sentía como si en su garganta hubiese una argolla de fuego que se avivaba al ritmo de sus pulmones, y una pesada carga le afligía los hombros; las piernas no le resistían ya. Desfallecido se detuvo.

Ni siquiera había recogido la gorra y el bastón que Lorenzo le arrojara desde la puerta, mientras le insultaba a gritos.

Era casi de noche; en torno, cercas, árboles, murras; el mar en la distancia; ¿dónde se hallaba?

Cárdenas intentó recobrarse. Meneó la cabeza; qué difícil le pareció en el primer instante fijar el sitio en que se hallaba. Una maldición brotó de sus labios. Entre la sombra, la torre de la parroquia perfilaba su cono; ahí no más se abría el terreno que daba a la plazoleta; más acá reconoció la culata de la casa de su suegro. ¿Cómo era esto posible? A don Remigio le había parecido hasta este momento que él caminaba hacia Huitauque, y he aquí que permanecía a solo veinte pasos de aquella vivienda.

El viejo volvió sobre su marcha. Al poco rato, como si un repentino obstáculo le atajase, se detuvo. ¿Volvería a cruzar la calle bajo la casa de Adelaida? Ni siquiera alcanzó a pensarlo totalmente. Con vivo movimiento ganó el terreno que conducía a la plazoleta. De ahí, no le sería ya difícil endilgar hacia Huitauque.

Cárdenas se deslizó a través de las estacas de una cerca y volteó por la iglesia; ¿Por qué no encaminarse a casa del señor párroco? La idea se le vino de golpe. Decidido a ello, avanzó para atravesar el breve espacio que le separaba de la parroquia.

Entonces distinguió un grupo de gentes que corrían dando voces; el viejo se detuvo desconcertado, anhelante; ¿qué podía ser aquello? Una confusión de sospechas se apoderó de su ánimo. Se creyó asediado, perseguido; su situación se tornaba más y más incómoda; ¿a qué este tumulto? Revolvía los ojos en busca de un escape; él podía tal vez escapar apegado a la cerca, sin ser visto. Pero todo se ponía en su contra. La gente corrió hacia aquel sitio. La gritería de los muchachos llegaba a sus orejas; los hombres hablaban amenazadores; entre todos, el señor párroco, con altas voces, aconsejaba la calma; luego don Braulio avanzó a la cabeza, llevando una farola; la luz se balanceaba sobre las hierbas, alumbrando en torno; el vocerío crecía más y más.

Cárdenas, con el pecho apretado de sobresaltos, corrió a agazaparse bajo la sombra de la iglesia.

Las gentes pasaron muy cerca de su escondrijo; su corazón se paralizaba; le zumbaban las sienes; no respiraba casi.

—¡Se ha colgado!… ¡Se ha colgado!…

—¡Vamos! ¿A qué armar tal escándalo? —gritaba el señor cura.

Cárdenas se alivió súbitamente; no era, pues, él ese a quien buscaban; su corazón se desahogó, calmando su aflicción. Como si su cerebro se iluminase lentamente, surgió desde lo profundo, con vivo relieve, su pensamiento.

Aquella turba no había advertido su presencia; él escogió el momento más propicio y, sin vacilar, se mezcló entre todos; aún más: avanzaba hasta alcanzar ya al señor párroco.

De entre la noche surgió el alto triángulo del campanario; el cura balanceaba la farola en el extremo de su brazo: el grupo se detuvo en silencio.

Don Braulio y Cárdenas salvaron casi a un tiempo el umbral de la pesebrera: les seguían los otros. La luz llenó el recinto: los ojos se dirigieron hacia el techo. Un rumor ahogado, ronco, llenó el espacio; luego se hizo un medroso silencio.

Mengo, el sacristán de la parroquia, miraba hacia abajo, colgante de una coyunda, con los ojos desorbitados, blancos, fijos; la lengua, amoratada y repugnante, salíale hasta un jeme por entre los dientes; tenía los labios recogidos: la cara estaba ennegrecida, y un horrible gesto de agonía se helaba en su boca.

Don Remigio Cárdenas abrió los párpados, estupefacto; él mismo

se sorprendió con las manos crispadas en la actitud del ahorcado: un pulso de muerte corría por sus venas.

El señor párroco apoyó la farola sobre un pértigo, y se volvió con pausado movimiento hacia los circunstantes.

—¡Vamos! ¡Ánimo! ¡Desatad la soga!…

Nadie obedeció; la gente volvía la cabeza o miraba hacia la oscuridad de los rincones; la sombra del cadáver se dibujaba en las paredes.

—¿Qué? ¿Acaso tenéis miedo? ¡Desatad la soga!

Cárdenas seguía con los ojos la dirección de la coyunda; esta cruzaba tirante por encima del envigado; su extremo parecía anudarse al pie del comedero que se adivinaba entre la sombra.

—Yo he de hacerlo —tartamudeó.

Don Remigio se movió entonces hacia aquel sitio; el párroco acercó la farola para alumbrarle de cerca; los curiosos atisbaban en silencio. A los pocos pasos, el viejo cayó sobre el pasto que le enredaba los pies; se levantó con penoso esfuerzo; en este mismo instante, el caballo de Mengo surgió de la sombra que llenaba el otro extremo del campanario: el párroco retrocedió con rápidos trancos, dejando en el suelo la farola; al pasar, tocó con sus hombros los pies del ahorcado; algunos huyeron a la puerta; la sombra del cadáver se columpiaba torpe y pausada sobre el suelo; el caballo levantó la cabeza. Todos podían verlo: mascaba impasible el manojo de pasto que acababa de extraer del comedero.

Don Remigio intentaba ya desatar el nudo que sostenía la coyunda. Cárdenas estaba en cuclillas, estirando su brazo bajo las estacas; de súbito, el cuerpo de Mengo se vino al suelo con sordo golpe; el caballo se movió asustado; la gente intentó la fuga.

—¡Vamos! Que debemos conducirle a la iglesia —gritó don Braulio.

Algunos hombres se detuvieron en la puerta.

Cárdenas continuaba allí de rodillas, hurgando bajo las estacas; sus manos se movían inquietas; revolvía la paja con avidez; no escuchaba las voces del párroco.

Cuando este volvió los ojos hacia aquel sitio, se sorprendió de veras al verle tendido sobre el suelo; entonces acercó la farola; los curiosos se extrañaban a su vez, y cuchicheaban.

El viejo se alzaba ya, afirmándose en las estacas. Ahora estaba

de pie; avanzó con rápido tranco; el párroco permanecía con la farola en lo alto.

—Vea usted, señor párroco —exclamó el viejo con voz ronca y emocionada—; vea usted —su rostro se iluminaba en un gesto de triunfo—. Vea usted; aquí está el dinero de Liborio Bórquez… Lo he recogido de ahí; ¡venga usted!

Cárdenas agitaba en su mano un fajo de billetes; el muy bribón de Mengo los había ocultado bajo aquel trasto…

Don Braulio le clavó los ojos perplejo; soltó la farola; se allegó a su lado; los circunstantes no salían de su asombro.

Sobre el cadáver de Mengo, ante las miradas atónitas de aquella gente, el señor párroco abrió los brazos y se apretó al pecho de Cárdenas, trémulo de emoción.

14.- Gente sin Destino

Las amenazas de Cárdenas se cumplían una por una. De nada valieron las razones de Eulogio Álvarez, las súplicas de doña Asunta; el viejo usurero se mantuvo firme en su porfía.

Enérico Vera y Adelaida debieron abandonar la vieja casa del cerro de la parroquia, la casa de sus mayores, en la cual habían vivido tantos años. Y no fue esto solamente. El viejo retuvo para sí lo mejor del menaje; con ello Enérico cancelaba hasta el último centavo de sus trampas; y, desde ahora, no tendrían qué llevarse a la boca. La gente estaba consternada; aquello era cosa nunca vista en el pueblo. Cárdenas cerraba los ojos a la misericordia. Se trataba de saldar una cuenta, de vengar un agravio, y él había prometido ser inflexible. ¿Qué le importaban a él los comentarios? ¿Qué mayor generosidad podían exigirle? Lo legal estaba de su parte; lo exigía, además, su dignidad de esposo ofendido. Ni le importaban los trajines de Lorenzo Andrade. ¡Oh! ¡Ya habrá tiempo para entenderse con el mozo!

Cárdenas estaba resuelto a todo; se lo había advertido así a Lorenzo; pero este se trasladó a Castro a querellarse. Don Remigio no temía a la justicia. ¿Por qué iba a devolverle al mozo la posesión de su herencia? Lorenzo no heredaba únicamente las tierras y la casa de su padre; no, señor; heredaba también sus deudas; y luego que él le había criado, ¿quién iba a pagar los gastos de la crianza? ¡Oh! Cárdenas tenía sus papeles en orden; allí estaban los documentos de Antonio Andrade, el libraco de las cuentas.

«Si Lorenzo desea trabajar en lo propio, que cancele la deuda de su padre», habíale dicho a Eulogio. Y don Remigio sabía bien que esto no podrá hacerlo el muchacho. Las tierras de Quilán y la casa de Huitauque valían algo más que el crédito adeudado; pero en el pueblo no había un solo vecino que se interesase por comprarlas. Cárdenas lo sabía de sobra.

Si a Lorenzo le aconsejaba Eulogio Álvarez, a don Remigio lo amparaba el señor párroco. Lo primero, le había dicho este, era

evitar que el juez de letras aceptase la querella. Y Cárdenas lo decía en todas partes: no repararía en gastos; no aceptará un nuevo escarnio, y los aplastará como a gusanos.

La actual vivienda de Enérico Vera estaba en la marina. Era una casa de aspecto miserable, empotrada sobre los pilotes de luma, a dos pasos de la taberna. A Urruztarrazu le condolían las desgracias ajenas, y estuvo presto para ofrecerle aquel refugio; la casa estaba medio derrumbada y en completo abandono; parecía más bien una vieja lancha desrodada, inservible, arrojada ahí por las mareas. En ella vivían Enérico y Adelaida. Lorenzo estaba ausente y no regresaría hasta el término de sus gestiones.

Esta mañana la parroquia había dado ya el toque del alba, y, a pesar de la hora, el terraplén de la playa se encontraba desierto. Como en los días anteriores, el tiempo se mostraba revuelto, achubascado, cosa por lo demás frecuente en el verano, y por esto, las labores de la cosecha estaban suspendidas.

Luego atracaron al embarcadero las chalupas de la pesca. Venían atestadas de róbalos, de grandes sierras. Silenciosos, bajo la llovizna, los pescadores se dieron a amontonar sus cargas sobre la plataforma. Las gaviotas revolaban y chillaban inquietas.

Empezaron a acudir los marchantes; se amparaban de la lluvia bajo el alero de la taberna, o se iban a sus casas, cada uno con un *quimpe*, alegres y apresurados.

El viejo Morruco, apoyado en la roda de su bote, que el mar mecía con tardo vaivén, la gorra de cuero sumida hasta las cejas, impávido bajo la lluvia, aguardaba, sin decidirse a saltar al embarcadero.

—¡Eh! —gritó Morruco—; tiene gracia, ¿no? —su brazo apuntaba la casa de Enérico.

Los presentes volvieron la cabeza.

En el hueco de la portada, la rolliza figura del viejo demente se destacaba bamboleante; de seguro que estaba borracho; la expresión de su cara, desfigurada por las gesticulaciones, produjo verdadero espanto en el ánimo de todos. El pobre idiota dio un paso hacia ellos; su pie resbaló sobre la liudez de los tablones; el tumbo le obligó a apoyar las espaldas contra el tingle; alzó los brazos desesperado; doblároнsele las piernas y cayó pesadamente.

Dos hombres corrieron a levantarle, y le metieron en su casa. Al

poco rato uno de ellos se asomaba a la puerta.

—¡Eh! ¡Avisad al señor párroco; luego, luego! ¡Que se muere! —gritaba; el hombre accionaba como un privado.

La gente se miró con extrañeza, y nadie atendió a la súplica; algunos cuchicheaban; las mujeres que allí había alargaron el cuello.

—¿Qué ocurre? —preguntó una.

—¿A qué meterse en lo ajeno? No ha de ser nada —comentó otra, y se encogió de hombros.

—¿Se ha visto mayor descomedimiento? —exclamó Antuco Miranda, dirigiéndose a su compañero que aún gritaba desalentado; cerró de golpe la puerta de la casa de Vera y echó a correr por la calle de la parroquia.

Ahora todos querían saber con certeza qué estaba ocurriendo allí, y uno a uno se acercaban; iban con aire misterioso; se miraban con recelo, simulando una contrición que nadie sentía.

La puerta de la casa se abrió lentamente. Enérico se mostraba otra vez ante los ojos aterrados de los curiosos; un gesto idiota bailaba entre sus labios; su mirada lastimosa de bestia herida se posó un instante sobre el corro; estos desviaron la vista; retrocedieron en silencio. El viejo abría y cerraba las quijadas, como un paralítico, sin poder articular palabra; alzó los brazos, invitándolos a que le siguieran; nadie lo hizo; entonces él les volvió las espaldas y la puerta se cerró tras él.

Las gentes permanecieron atónitas; un comentario confuso surgió de sus bocas. ¿Qué ha sucedido? Lo habían escuchado hacía un momento: ¡se muere! Aquello los intrigaba.

Antuco Miranda regresaba ya de la parroquia; atravesó el terraplén como una ráfaga.

—¿Qué ha pasado?…

—Cuenta…

—¿Acaso está herido?…

Miranda no atinó sino a decir:

—Doña Adelaida está en las últimas… Se muere…; se muere sin remedio.

Y en cuatro trancos estuvo a la puerta y se coló al interior.

Las gentes se miraron consternadas; luego fueron acercándose; se empujaban unas a las otras para mirar a través de las rendijas,

estirando el cuello por encima de las cabezas.

Ahora Morruco contaba lo que él sabía; los curiosos estaban colgados de sus palabras. Aquella noche, al desatracar la chalupa, él había escuchado unos gemidos; luego eran llantos y la voz ronca de un hombre; él se había acercado entonces hasta la casa de Vera por entre los pilotes de la taberna. Adelaida gritaba desde un sitio que Morruco no pudo observar. Enérico debía estar borracho; eso estaba claro; y castigaba a su hija. Ella seguía berreando; sus lamentos partían el alma. Morruco pensó ir a la taberna a despertar al vasco; era la casa más cercana; pero había preferido seguir su destino.

Las gentes le estaban escuchando y le interrumpían para intercalar alusiones y reflexiones maldicientes.

—Las cosas hay que decirlas como son…; desque Enérico ha perdido el seso, no hace más que loqueras…

—Y luego que Adelaida se ha de haber merecido el vapuleo…; ¿no ha sido acaso el escarnio de su familia? Y ha rechazado el perdón de su marido… Lo sabemos todos eso de sus enredos con Lorenzo Andrade.

—¡Está claro!…; Enérico cumple con sus deberes de padre; cualquier otro hubiera hecho lo mismo…

—Qué vergüenzas seguirán viéndose…

Urruztarrazu llegaba en aquellos instantes.

—¡Si no parece más que todos se han vuelto locos! —dijo en alta voz—; hablan cada cosa… ¡Qué diantres! —Y agregó—: Que el viejo Enérico no ha pasado esta noche en su casa, es más verdad que Dios, amigos. Yo mismo le he traído al amanecer; han de creerlo…; tirado bajo el *mañíu*, allá arriba, frente a la que fue su casa, le hallé esta madrugada; y no le vi yo solamente; el indio Pallacar vino a avisármelo… El hombre porfiaba que aquella sí era su vivienda…

La gente le miraba incrédula.

—Doña Adelaida estaba sola en su cuarto —siguió hablando Urruztarrazu—, y me parece que se quejaba; en su cama la vi, con estos ojos, sí, amigos. Esta es la verdad.

—¿Qué ha sucedido, pues?

—Pues, hay que averiguarlo.

Urruztarrazu cruzó entre todos; se allegó a la puerta dispuesto a entrar; algunos le seguían. Mas debieron detenerse. El señor párroco

se anunciaba desde el otro extremo de la calle; le acompañaban el subdelegado y el juez.

Don Braulio se detuvo un momento para advertir a los curiosos que ahí entrarían solamente las autoridades, y que se abstuvieran de provocaciones. «Este asunto es delicado», dijo con severidad. Llamó aparte a uno de los mozos y le ordenó correr a Huitauque, en busca de don Remigio Cárdenas; «él debe venir ahora mismo; de parte mía, adviértele…».

El juez estaba ya junto a la puerta; golpeaba discretamente; el señor cura se impacientaba.

—Golpee usted más fuerte —le dijo—; ¿no es acaso la autoridad?

Don Nicasio accedió; la espera se prolongaba. Urruztarrazu rezongó algunas palabrotas, sin abandonar su sitio. Los curiosos aguardaban en silencio.

—¡Vaya! ¡Vaya! Qué contratiempo —murmuraba el párroco—; ¿por qué no abrir la puerta de una vez?

El juez empujó entonces los maderos; ni hacía falta; la puerta se abrió sigilosa, y otra vez la miserable figura de Enérico se recortó en la penumbra del zaguán. Don Braulio se coló el primero; tras él, el juez y el subdelegado. El viejo idiota hizo un gesto vagaroso con las manos, y se hundió en la sombra.

La novedad había corrido ya por el pueblo y era mayor el número de los curiosos apostados frente a la casa de Enérico Vera, en la marina. Se aventuraban cien suposiciones.

—¿Dice usted que Enérico no la ha apaleado? —interpelaba una mujer al vasco—; ¿lo dice usted? Vaya si la ha apaleado… Dese usted cuenta… El hombre está sin juicio…

—Calle usted, doña…; ¿a qué se mete usted en lo que no le importa?

—Ha de verse…

Don Remigio Cárdenas asomaba por el terraplén; andaba de prisa; ni siquiera respondía a los saludos. Se detuvo para informarse. Quedáronse todos mirándole con la boca abierta, más desconcertados que antes. El viejo usurero no sabía nada.

—El señor párroco me ha hecho venir —dijo—; ¿qué ha sucedido?

—Entre usted ahí —habló Urruztarrazu con voz de tumba,

indicándole la puerta.

Cárdenas se movió con tardo paso.

—Tal vez ocurre alguna desgracia —dijo, mientras andaba.

Podía observarse en su rostro un persistente parpadeo; no dominaba su nerviosidad; se enjugó la frente con el pañuelo, y se detuvo otra vez junto a la entrada. El párroco salía en ese mismo momento, y, al verle, hizo un rápido gesto de sorpresa; le cogió de un brazo y le empujó al fondo.

—¡Su mujer está agonizando!… Luego no más estoy de vuelta —le dijo—; voy por los sacramentos; hay que apresurarse; espere usted ahí, al lado de su esposa.

Enérico vio entrar a Cárdenas y se levantó a recibirle; la mirada del pobre idiota tenía una expresión lánguida, repulsiva; se acercaba a don Remigio con pausados ademanes de sonámbulo; apegó su cabeza al hombro de Cárdenas y rompió a sollozar. Este se desprendió de sus brazos con brusco movimiento y fue a colocarse al borde de la cama en que yacía su mujer.

Allí estaba Adelaida Vera; tenía los ojos muy abiertos, perdidos en el techo; la respiración entrecortada; gotas de sudor brotaban en la frente.

El viejo buscó su rostro; y al dar con los suyos en los ojos de Adelaida, la mujer entornó los párpados con dificultad, y un leve estremecimiento pasó bajo las ropas. Don Remigio vacilaba. Adelaida parecía reconocerle. Él se dio cuenta de ello en seguida; apartó la vista, mas por ahí y por allá, en las paredes, en el aire, en los ojos del juez, en el pecho de Enérico, en todas partes, los ojos de su esposa agonizante le perseguían; el juez decía algo y su voz sorda y lúgubre sonaba en sus orejas como un ruido de piedras. Nadie podría imaginarse el estado de pavor que le afligía. El viejo no dejaba de pensar; un pensamiento oscuro, helado se movía bajo su frente; aquello era temor, era cobardía; era el miedo a la muerte que él acababa de ver asomada a las pupilas de su esposa. De improviso le acometió un estremecimiento; se llevó las manos a las barbas, como si necesitase agarrarse de ellas para sostener su cuerpo trémulo. Creyéndose sorprendido en tal postura, volvió el cuello para mirar a los presentes; mas nadie le observaba.

El juez paseaba de un lado al otro del aposento; el subdelegado permanecía junto al ventanuco que daba al mar. Enérico se

acercaba al lecho.

Vera se llevó el dedo a los labios; iba de puntillas con el cuello levantado, cuidando de no hacer ruido.

—¡Chist! —cuchicheó en la oreja de Cárdenas—; ella ya no se queja; tal vez duerma. ¿Cree usted que Adelaida desea verle? ¿A qué ha venido usted?

Cárdenas le miraba perplejo, impaciente.

—¡Vea usted! ¿No ve?…

Vera se inclinaba sobre el cuerpo de su hija, y con torpe ademán le abrió los labios para dejar ver sus encías amoratadas, repugnantes; su lengua hinchada y blanca. Una expresión de odio desfiguraba aún más el rostro de Enérico, y le temblaban los bigotazos de foca, y recogía los brazos en actitud amenazante. Aquello resultaba grotesco.

—Basta ya —replicó Cárdenas con voz arrastrada.

Enérico retrocedió sin apartar los ojos del viejo, y en su rincón seguía rezongando. El juez detuvo sus pasos junto a don Remigio.

—No cabe sino traer al médico —le dijo, y, torciendo el cuerpo hacia el subdelegado—, ¿no es usted de este parecer? —preguntó.

—El médico está ausente…; lo he sabido en Castro —respondió, viniendo hasta ellos.

El semblante del viejo usurero estaba pálido, sin sangre, y revolvía los ojos para esconder la turbación que le embargaba.

—Traer al médico —repitió. ¡Vamos! ¿Lo ordena usted así?; pues yo mismo podría habilitar una montura… Dígalo usted.

A don Remigio no le hacía pizca de gracia la ocurrencia del juez.

—El médico está ausente —volvió a decir el subdelegado.

El viejo alzó vivamente los ojos; un rápido gesto de alivio cruzó su rostro.

—Tal vez no haya remedio ya —habló.

Había cogido una mano de Adelaida. ¿Por qué hacía esto? En aquel momento él había decidido irse. ¿A qué hablar del médico? ¿No sabían acaso que él sabía reconocer a los enfermos? Hubiera sido mejor no hablar de esto. ¿Quién ignoraba en el pueblo que el médico estaba ausente? ¿Qué quería decir el juez?

Cárdenas continuaba ahí con la cabeza gacha, sintiendo en sus yemas el lento pulso de Adelaida. Su actitud silenciosa y contrita contagiaba a los presentes.

—Tal vez no haya remedio —volvió a decir sordamente.

Luego alargó la mano y acarició el rostro de su esposa. Los ojos de ella se iluminaron fugazmente; un golpe de sangre hermoseó su cara; su pecho se alzó dos o tres veces bajo la ropa; un débil esfuerzo movía sus párpados; de sus labios se desprendió un suspiro; parecía querer decir algo; un gemido seco se quebró en su garganta.

Los presentes inclinaron la cabeza; Cárdenas tornó a mirar el rostro de Adelaida; ahora sus ojos se abrieron hasta el extremo de parecer que salían de sus órbitas; su pecho jadeaba. El viejo respiraba por las narices, se cogía las barbas: y movía la cabeza de un lado al otro; le era imposible ocultar su turbación; se apartó finalmente y fue a asomarse al ventanuco.

—¡Vamos! —dijo el juez—; ¡ánimo, amigos! No tardará el señor cura…

La puerta se abrió con estrépito; el señor párroco avanzó apresurado. Tras él, doña Asunta Oyarzún asomaba su cabeza, empujando la silla de ruedas sobre la cual reposaba Eulogio Álvarez. La aparición del inválido causó un efecto extraordinario en don Remigio, quien desde este instante no pudo ya conseguir sosegar aquella nerviosidad que la presencia del anciano le causaba.

—¿Qué ha ocurrido? —interrogó el párroco con su ronca voz de pájaro.

Nadie dijo nada. Doña Asunta estaba ya junto al lecho. En las mejillas de Adelaida había un color negruzco, aterciopelado, aceitoso; la frente le sudaba; en sus ojos centelleaba el ansia de un grito. Doña Asunta desvió la vista.

—Venga usted aquí; su lugar es este —dijo don Braulio, dirigiéndose a Cárdenas.

—Está mala de verdad; agoniza ya —susurró doña Asunta al oído de Eulogio.

Don Remigio avanzó para situarse al lado de Adelaida. El párroco, con actitud solemne, púsose a rezar la oración de los difuntos, mientras signaba los párpados, las orejas, la boca, las manos de Adelaida. Don Braulio cumplía aquel rito con la familiaridad y rapidez de quien no ha hecho otra cosa en su vida. Doña Asunta rezongaba el latín de las respuestas. Después el párroco cogió una mano de Cárdenas, e interrogó a Adelaida:

—¿Reconocéis en este hombre a vuestro marido?

Los presentes cambiaron entre sí una mirada; aquello parecía grotesco.

Un fugaz gesto de terror, apenas perceptible, se dibujó en el semblante de la enferma; un suspiro profundo como un chasquido se exhaló de su garganta; todos los ojos se clavaron en ella. Adelaida estaba con los párpados muy abiertos; sus pupilas fijas en Cárdenas; por sus labios entrecerrados asomó su lengua, hinchada y blanca como un huevo. Eulogio meneó la cabeza lastimeramente. Doña Asunta anduvo de puntillas y fue a colocarse a la cabecera. Los demás comprendieron por todo esto y por el silencio que envolvía el instante, que la agonía estaba cercana, y se mantenían en espera, inmóviles, sin respirar. El párroco no quitaba los ojos de los labios de Adelaida; aguardaba que ella dijese algo; en su cerebro no cabía otra ocurrencia que esta: reconciliar a los esposos.

Se oía el prolongado silbar del viento, el golpeteo de la lluvia en el techo y el eco muriente de la ola que lamía las piedras.

La voz de doña Asunta surgió con lúgubre son.

—¡Adelaida se muere!

Las caras se demudaron; Adelaida entraba en agonía. Un resuello prolongado, inacabable se retorcía dentro de su boca, se escapaba de sus labios, surgía en el aire como una voluta; se mecía sobre las cabezas como un aro, y se apagó de pronto como una débil llama.

—Adelaida Vera ha muerto —habló Eulogio Álvarez, con respetuoso gesto.

—Pueda que se haya reconciliado con Dios —exclamó el señor párroco.

—Sí; ella está muerta ya —repitió doña Asunta, al tiempo que cubría el rostro del cadáver.

—Como la vida es la muerte, señores —empezó a decir el señor cura.

Eulogio le miró con encono; estaba ya a punto de replicarle; ni era aquel el sitio y ni esta la ocasión de salir con tales advertencias.

El golpe de un cuerpo que se derrumba, un gemido ronco, confuso, les hizo volver las caras con presteza. Don Remigio Cárdenas yacía en el suelo, respirando trabajosamente. Le alzaron y le pusieron sobre una banqueta.

Enérico cruzó rápidamente el trecho que le separaba de la cama, y descubriendo el rostro de su hija, le acarició la frente con ternura; los sollozos le estremecían convulsivamente. En seguida retrocedió hacia la puerta; todos le miraban desalentados, compadecidos, temerosos.

Enérico estaba ya en el umbral: el viento penetró a la sala, trayendo los rumores de la calle.

Afuera, los curiosos permanecían bajo la llovizna, en espera de noticias. Los ojos de Enérico miraban lejanos; los brazos le colgaban flácidos; su insana actitud aterraba a los presentes.

—¡Mi hija ha muerto!… —tartamudeó—. ¡Uh! ¡Ha sido el brujo!… Esto es; el brujo le echó su mal… ¡Ay! ¡El brujo la ha flechado!… —Enérico abría la boca dolorosamente; le temblaban las barbas; parecía que ahí no más iba a desplomarse; su garganta gemía; se hinchaba el pecho bajo la cotona.

La gente seguía atónita. El señor párroco apareció entonces en el vano de la puerta; Cárdenas se mostró tras él.

—Venga usted conmigo —habló don Braulio—; es necesario apercibirse para los funerales; usted dirá si velamos el cuerpo aquí o en Huitauque…; hay que preparar los detalles… —el señor cura le echaba un brazo por la espalda.

Las gentes se movieron para abrirles paso. Don Remigio avanzó cabizbajo, receloso, con los brazos caídos; Enérico Vera continuaba allí; tenía el rostro demudado, temblaba como un paralítico; aquella expresión de extravío que bailaba en sus ojos producía en los ánimos de los curiosos, compasión, lástima, coraje.

—¡Ha sido el brujo!… —resollaba el pobre idiota, gesticulando —; ha sido el brujo…

Cárdenas volteó la cara hacia su suegro; por un instante el viejo perdió la serenidad; estaba descompuesto; mas, se repuso visiblemente; sus ojos centellearon de odio; un rápido gesto de amenaza se desprendió de su semblante, e intentó decir algo; el señor cura, con vivo ademán, le apartó de aquel sitio.

Las gentes se miraban confusas, aterradas; entonces, como si la verdad se hubiese mostrado de súbito ante los ojos de todos, mientras Enérico, como un sonámbulo cruzaba por en medio del corro en pos de don Remigio, un murmullo de voces hostiles creció sordamente; y luego un grito ronco y lúgubre se escapó de aquellas

gargantas:

—¡Ha sido el brujo!… ¡Válganos el cielo! ¡El brujo la ha flechado!…

15.- El Buque de Arte

«… la fragancia del oscuro espíritu cubierto de rocío y capturado, por un momento todavía, entre el gran resplandor del cielo y el intenso brillo del desnudo mar».
J. Conrad, Victoria.

En el pequeño caserío de la playa, las puertas permanecían cerradas; las sombras de la tarde empezaban a cubrir el cielo; el mar copiaba profundamente los contornos, las sosegadas copas de los árboles; se esfumaba la costa hacia Lemuy; la Roca de los Cuervos ocultaba su informe silueta bajo el reposado surgir de la marea, y en la bahía cabeceaban las embarcaciones.

Del lado de Lincay, sobre el verdor espeso de las aguas, una barca enfilaba al puerto. Urruztarrazu fue a apoyarse sobre la baranda del embarcadero que el mar batía con tardo vaivén.

—Ha de ser la goleta de Ciriaco Álvarez —dijo, apuntando con su brazo.

Lorenzo Andrade vino a situarse a su lado.

—No parece —habló este, al cabo de un instante.

Urruztarrazu le miró con extrañeza; aquella mirada era como una pregunta; el muchacho adoptó un aire indiferente. Los ojos del vasco se iluminaron y algo como una sonrisa se desprendió de su semblante.

—¡Por todos los demonios! ¡Vaya tu tranquilidad!… Sea o no la goleta de Ciriaco Álvarez, debes estar apercibido para el viaje. No faltaba más. ¿No es esto, acaso, lo convenido?

Lorenzo no se dignó responder; en sus labios bailaba un gesto que podía ser de burla o de arrogancia; tal actitud pareció desazonar al vasco.

—¡Vaya un negocio! ¿No has oído cómo se murmura de ti en el pueblo? ¿Qué esperas para irte de la Isla? ¿O vas a pasarte la vida lloriqueando como una mujerzuela?… ¿Eh? ¡Quién iba a creerlo!

—¿Para qué insistir siempre en esto? —habló Lorenzo, en tono

de disgusto, y se encogió de hombros.

—¡Caray! —los ojos de Urruztarrazu brillaron maliciosos y una risa mortificante se ajustó a sus labios—. Cuánta vergüenza, amigo…, cuánta vergüenza; no faltaba sino que ahora fueras a agachar la cabeza… Remigio Cárdenas es zorro viejo, amigo; ¡hum!, y hará cuanto le plazca; está visto… ¿Acaso piensas que hará como se lo ha ordenado la justicia?… Le has ganado la querella…; ¿y qué?… Él ha de tener siempre un recurso para burlar la sentencia… Mira, tú, si no estaré en lo cierto… Te lo digo por tu bien muchacho; ¿por qué no te vas ahora mismo? ¡Vamos! ¡Habla! —estas palabras las dijo con enconado acento, plantándose ante el mozo.

Lorenzo le escuchaba con la cabeza inclinada, absorto en sus pensamientos.

—¡No faltaba sino que fueras a agachar la cabeza! ¡Vamos! En tu lugar, yo no titubearía… Primero, a hacerte hombre… Nada vas a ganar con maldiciones y lágrimas. Te avergüenzas, ¿eh?

La actitud de Urruztarrazu era solemne; había cruzado los brazos sobre el pecho; alzaba la cabeza con arrogancia, y le miraba fijamente; la retahíla subía de tono; el vasco se amostazaba de veras.

—¡Ea! Ya me parece que en ti no queda nada de la casta de los Andrade… Cuánto agravio a la memoria de tu padre…

Lorenzo volvió el cuerpo, con presteza; se comprendía que las palabras de Urruztarrazu le herían en lo vivo; entre sus labios se destacó un signo de hostilidad mal contenida; había empuñado las manos y avanzó un pie en son de pelea, como si realmente estuviese frente a un enemigo. El vasco resistió aquella mirada; le observaba a su vez con el ceño fruncido, hosco, impávido; mostraba los dientes; de todo su rostro se desprendía un sombrío gesto de amenaza.

—¿Qué haces? —le gritó exaltándose; luego, como un padre que regaña a su hijo, le tomó de los hombros para decirle—: veo que no eres sino un niño…

—No ha de ser usted quien ha de enseñarme lo que debo hacer… ¿Estamos? Y ha de verlo —agregó—; nadie ha de decir que Lorenzo Andrade es un cobarde… —siguió hablando precipitadamente; la expresión de su cara era doblemente

conmovedora; se traslucía ahí su rabia, y también el esfuerzo con que quería ocultarla. El rostro le ardía; un estremecimiento de impotencia conmovió su pecho; sus ojos estaban empañados por las lágrimas; ahora se esforzaba por contenerlas; luego se allegó a Urruztarrazu y, apoyando la frente en el hombro de su amigo, sollozó un buen espacio.

A Urruztarrazu todo esto le llenaba de secreto regocijo; así quería verle. ¡Oh! Él mismo sentía un nudo que le ahogaba el aliento; como Lorenzo, el vasco estaba enternecido y le acariciaba como a un hijo en desgracia.

—Vamos adentro —le dijo, empujándole con suave ademán—; nos beberemos una copita.

Pero Lorenzo, desprendiéndose, echó a andar hacia la playa; ni siquiera había atinado a despedirse. El vasco se quedó contemplándole, y meneaba la cabeza. ¡Vaya con el mozo! Él lo entendía de sobra; el muchacho se hallaba aún bajo el peso de las atribulaciones que estuvieron a punto de enloquecerle cuando la muerte de Adelaida; y él le había salvado del peligro; ahora quería alejarle; le veía desgraciado; Remigio Cárdenas hacía mofa de sus amenazas, y nada se había conseguido con la querella; el viejo sabía arreglar siempre las cosas a su favor. ¡Uh! A Lorenzo no le convenía sino irse; y así lo había acordado; pero el mozo se manifestaba poco dispuesto a embarcarse. Ya veremos en qué para su decisión.

A todo esto, la embarcación surgía a dos cuadras de la costa; cayeron los trapos sobre la cubierta; sonaron las cadenas, el golpe sordo del ancla, el rechinar del cabrestante, los gritos del piloto.

Ahora sí que Urruztarrazu estaba verdaderamente sorprendido; no sabía decir cuál barca era esta que, faltando a la costumbre, no atracaba al embarcadero; ni hubiese podido decir de dónde venía. Él conoce cuanta embarcación fondea en el puerto; conoce a los pilotos por sus nombres, y puede distinguirlos desde lejos. «De seguro que esta goleta no ha surcado hasta hoy la bahía de Chonchi. Ya saldremos de dudas», se dijo, y fue a situarse en el umbral de la taberna; desde allí podía observarla a sus anchas.

La chalupa de a bordo se desprendió de la barca, en dirección al muelle; luego atracaba a los pilotes, y dos hombres saltaron sobre el pequeño espacio de la plataforma. El vasco no acababa de mirarlos; a pesar de la sombra, conoció que eran forasteros; uno era alto, de

afilado rostro; el otro era bajo, gordo. Permanecían allí sin decidirse a dar un tranco. El hombre gordo sacó el brazo por entre las haldas de su manta para apuntar la entrada de la taberna, bajo cuyo alero se cobijaba Urruztarrazu; el hombre largo encogió el cuello como un pájaro para mirar a su compañero; algo debió decirle, pues el hombre gordo hizo un gesto de aprobación con la cabeza, y echaron a andar hacia la taberna. El vasco se adelantó a recibirlos.

—Acabamos de fondear aquí —dijo el hombre bajo, después de saludar—, y queremos informarnos.

—Sí —afirmó el otro—; queremos informarnos…

Urruztarrazu movía la cabeza con lento balanceo, sin cesar de observarlos.

—Favor de entrar en mi casa —dijo amablemente.

Los hombres le siguieron. El vasco les señaló una mesa, y fue al mostrador para servirles algo de beber.

—¿Vendrán de pasada, tal vez? —inquirió Urruztarrazu, haciéndose el indiferente, al tiempo que les colmaba las copas.

—Luego no más zarpamos; lo ha dicho así el piloto —dijo en voz baja uno de los forasteros.

—De seguro que usted es el hombre que buscamos —añadió, riendo, el hombre gordo, y le miraba de soslayo; su acompañante le guiñó el ojo, animándolo a proseguir. ¿No es acaso usted el tabernero?…

—Lo hemos comprendido al primer vistazo; sí, señor… ¡Vamos! No podría usted negarlo…

Urruztarrazu asintió con la cabeza, y les clavaba los ojos, mientras volvía a llenarles las copas.

—Dicen bien —repuso finamente, invitándoles a beber—; estoy a sus órdenes.

—Se trata de un encargue que le traemos, señor; o para mejor decirlo, buscamos un hombre decidido… Asunto delicado, ¿eh? —el hombre volteaba los ojos para cerciorarse de que estaban a solas.

El vasco le clavó su mirada de águila.

—Ustedes dirán —repuso con calma—; y nada teman, que nadie ha de venir, ¿saben? Aquí estoy para servirlos —comentó, mientras pensaba para su coleto: «sin duda que vienen avisados».

Los hombres no eran lerdos; el aguardiente les soltaba la lengua, y se franqueaban con su huésped.

—Dilo tú —habló de pronto el gordo.

El aludido no se hizo el flojo, y, apurando un nuevo trago, explicó en pocas palabras el objeto del arribo.

—Vamos para el mes que navegamos de aquí para allá, sin rol ni señales, ¿sabe usted? ¡Oh! Ni para qué decirlo… El contrabando corre por cuenta de nosotros…; mas no se trata de esconderlo aquí, ni a eso venimos… Ya lo he dicho: buscamos un hombre que sepa arriesgarse… ¡Oh! Usted comprende; las autoridades están sobre aviso, y luego que nos aguardan, y se nos conoce… Ha sido el piloto quien nos ha enviado a usted…; él nos ha informado de su astucia; ¡vamos!, de su discreción; ¿ha comprendido usted? Y aquí estamos. ¡Oh! Nos repartiremos una fortuna; hay que decidirlo pronto; diga usted… ¿Podríamos contar con este hombre?

Urruztarrazu había escuchado atentamente. La relación de aquel marinero produjo en el ánimo del vasco un atropellado bullir de recuerdos. Estaba emocionado verdaderamente. He aquí cómo se había creído abandonado; mas lo cierto era que no faltaba quien recordase sus servicios a los contrabandistas. ¿Cuántos años hacía que él no navegaba? ¿Y no había corrido en otros tiempos aventuras semejantes? ¿Acaso no lo sabían los pilotos, los viejos y los nuevos, que Urruztarrazu tenía su pasado? ¡Uh! ¡Cuánto le agradaba recibirlos de tiempo en tiempo, y permanecer con ellos, haciendo recuerdos de la vida! Y les servía en cada oportunidad; si necesitaban una ruta, él sabía dirigirlos; otras veces llegaban buscando un escondite, y él les ocultaba el cargamento, y sabía hacerlo de manera que nadie pudo enterarse jamás de tales enjuagues; solamente el viejo Cárdenas parecía sospecharlo. ¡Uh!, conjeturas apenas; esto es…

Cuando Urruztarrazu se asomó a la marina, era ya de noche. Juan, el lamparero, corría a lo largo de la calle, llevando su largo hisopo encendido, que llameaba a cada golpe de viento; las farolas parpadeaban macilentas, pugnando por surgir de entre el cendal de sombras suspendido sobre el pueblo.

El vasco caminaba con rápido paso; lo había resuelto de súbito; ¿cuándo iba a presentarse una oportunidad como esta?; «ahora es el tiempo de resolverlo», se iba diciendo, mientras caminaba en dirección de la casa de Enérico Vera; estaba seguro de encontrar allí a Lorenzo; le regocijaba pensar en que el mozo asentiría; «y luego

que el viaje le hará olvidar, le reconfortará, y dejará de gemir por Adelaida, y será un hombre, y entonces, ¡vamos!, sabrá también vengarse del viejo Cárdenas, y todo saldrá con bien». Urruztarrazu no cabía en su pellejo, de tan alegre como iba.

Un rumor de conversaciones le movió a escuchar a la puerta. Las voces de Enérico y Lorenzo se confundían; le pareció que se peleaban, o cosa así; pero también pudo distinguir que dentro de aquella casa había otra persona. Urruztarrazu se decidió a entrar.

Lorenzo se volvió hacia la puerta y permaneció al acecho, como si una alucinación le conturbase de súbito. El viejo Enérico se paseaba lentamente de arriba abajo, las manos en la espalda, sumido en quién sabe qué cavilaciones; la débil luz de la lámpara agrandaba la sombra del pobre idiota, arrojándola desde el techo al piso. La Juana Chacón se destacó tímidamente del lado del brasero, y fue al encuentro del vasco.

La Juana había envejecido un mundo; rendida de espaldas, la cabeza blanca de canas, el rostro arrugado y flaco; una verdadera ruina. En el último tiempo, cuando la muerte de Adelaida, la Juana quiso abandonar la casa de Huitauque, huir del lado de Cárdenas, dejar el pueblo; sentíase llena de vergüenza; lo había decidido, se iría a cualquier parte; no tenía nada que hacer aquí; se lo había dicho a todo el mundo: ella no tenía cara para presentarse ante la gente.

Urruztarrazu avanzó hasta ponerse junto a Lorenzo, quien continuaba inmóvil, con los ojos fijos en él; la Juana se había detenido en mitad del aposento; Enérico, desde un rincón, contemplaba al vasco, sin revelar sorpresa alguna.

—He venido a buscarte —habló Urruztarrazu, después de un breve instante—; ahora mismo debes decidirte…

—¿Qué quiere usted de mí? —el tono de la pregunta traslucía su malhumor.

—Pues que he venido a buscarte; ¡anda! ¿Qué bicho te ha picado? Has de saberlo ahora mismo —habló con firmeza—; sígueme…

Enérico se había acercado a ellos:

—Hay tiempo para todo —dijo este, con cómica desfachatez, sin mirarles.

Urruztarrazu, con las manos en las caderas, miraba al uno y al

otro, desconcertado. El viejo idiota no le dejó hablar.

—El diablo anda suelto por el pueblo, amigo; ¿no lo ha visto usted todavía? —y cogiéndole fuertemente de un brazo, le llevó a la ventana.

El vasco estiró el cuello para mirar; en la distancia, arriba, en el cerro de la parroquia, Juan, el lamparero, encendía una última farola.

—¿Lo ha visto usted? ¡Ajá! Vea usted ahora cómo huye… ¡Je!… ¡Je!…

—No haga usted caso —repuso el tabernero, y se alejó de la ventana.

Lorenzo venía a su encuentro.

—¿Lo ha dicho usted de verdad? ¿Qué ha sucedido? —le preguntó.

—Alguien ha venido por ti, y te espera allá en la taberna; ya podrás imponerte de todo; sígueme.

—¿Vendrás pronto? —interrogó la Juana desde su sitio, junto al brasero.

—Ya lo has oído —le dijo Lorenzo, acompañando sus palabras con un cariñoso ademán de despedida.

—¡Hum! Han de haberse ido a la siga del diablo —comentó seriamente Enérico, apenas quedaron a solas.

—Déjense de disfarear, señor; ¿de dónde le han salido tamaña ocurrencia?

El viejo idiota se allegó otra vez a la ventana y ahí permaneció un largo rato. La Juana le observaba a hurtadillas, aunque nada comprendió de cuanto rezongaba el pobre viejo. Ella se entretuvo aderezando la cena para el regreso de Lorenzo. Fue en este instante cuando Enérico sin advertirla, cogió su gorra y salió al pueblo.

—Tu abuelo se han ido siguiéndoles —le dijo a Lorenzo, cuando este estuvo de vuelta; y mostrándole el sitio en el cual humeaba la sopa—, anda —prosiguió—; me parece que aún no has merendado.

—Está bueno —repuso el muchacho—; se agradece —y atravesó al fondo de la sala. La Juana le escuchó aún— tú no abandonarás este cuarto; ahora aguardarás al abuelo…

Lorenzo se movía de aquí para allá, recogiendo algunas ropas; se detenía junto al lecho; silbaba un aire triste.

—¿No lo sabías? Me voy, Juana; ahora mismo; esto es; confiarás

en que a mi vuelta se arreglarán las cosas…

La Juana no acaba de comprender.

—¿Qué has dicho? ¿Te has vuelto loco, acaso?

El muchacho seguía en sus trajines.

—Por poco tiempo, ¿sabes? ¿A qué afligirse?

—¡Ay!, Lorenzo; no lo hagas; ¿qué va a ser de tu abuelo, qué será de mí? —La Juana lloriqueaba.

Pero Lorenzo parecía no hacer caso de sus palabras; permanecía con los ojos clavados en la pared, inmóvil; él mismo no sabía qué aguardaba para irse, qué le sujetaba, ni por qué callaba. Una sensación de ausencia, de vacío se iba apoderando de su alma; le desagradaba permanecer ahí cerca de la Juana; largo rato estuvo sintiéndose como adormilado; ¿había acaso un corazón mejor que el de esta mujer? ¿Abandonaría la casa en que se refugiaban? ¿Podría esperar? Si pudiese siquiera no irse; pero su suerte estaba echada y nada lo hará ya vacilar. Un escalofrío recorrió su cuerpo; en aquel mismo instante una súbita ráfaga penetró por la puerta y vino a mover las ropas de la cama y se coló bajo los muebles. Lorenzo volteó la cabeza con asombro, y como si le hubiesen pinchado de pronto, se movió con rápido paso. Morel, el viejo perro de Huitauque, estaba en medio del aposento, y le miraba desde lo bajo, con la cabeza ladeada, las orejas caídas. Algo como una mano de frío cayó sobre el pecho de Lorenzo.

—Ven acá, Morel —habló la Juana.

El perro anduvo hacia ella con lerdos pasos; movió la cola y fue a echarse junto al fuego. Lorenzo vino a su lado. Morel, apenas si abrió los ojos, unos ojos pitañosos, de color lacre que brillaban aún más al reflejo de las brasas; los labios le colgaban como repugnantes jetas; su hermoso color gris de otros tiempos era ahora sucio, espeso. La Juana los contemplaba a ambos, enternecida, llorosa.

De nada le valió al muchacho reprimirse; estaba vencido por la debilidad; su corazón se ahogaba; su boca se contrajo en un vuelco de llanto.

—Debo dejarte —le dijo, al tiempo que la abrazaba.

La Juana rompió entonces a llorar a gritos; Morel gruñía con la cabeza entre las patas.

Lorenzo se apartó para recoger el rollo que contenía sus prendas; se cubrió con la gorra, y sin detenerse un paso, cruzó hasta la

puerta.

La Juana se abalanzó en su seguimiento, y le llamaba a voces:

—¡Lorenzo!… ¡Lorenzo!…

Pero el muchacho había ganado ya la calle.

La noche se movía sobre los cerros y el mar, ciega, lenta, cargada de nubes y neblina; se escuchaba el ronco retumbo de las olas.

En el embarcadero le aguardaba Urruztarrazu.

—¡Vaya! Ya pensaba en que te hubieses arrepentido —le dijo; luego señalando la chalupa que se balanceaba bajo ellos; agregó—: todo está listo.

Lorenzo seguía junto al vasco, indeciso; quería abrazarle y le faltaba ánimo; Urruztarrazu, a su vez, le contemplaba, deseando prolongar el momento; algo debía decirle y no hallaba exactamente las palabras. La voz repentina de uno de los forasteros les hizo volver el rostro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Urruztarrazu.

—¡Vea usted allá!… ¡Demonios!

El vasco abrió los ojos desmesurados, y se puso a andar con la ligereza que le permitían sus piernas, por el corredor, hacia la marina.

—Se incendia el pueblo —gritó con voz ronca.

Lorenzo corrió a su lado.

—¡Fuego! ¡Fuego!

Una viva claridad surgió de entre la niebla, arriba, en el cerro de la parroquia.

Urruztarrazu se apoyó en el hombro del mozo.

—Ya lo decía Enérico: el diablo anda suelto —el vasco acariciaba en su cabeza una idea horrible, espantosa; le ocurría como si sus manos se movieran en busca del hisopo que llameaba sobre la cabeza de Juan, el lamparero. Ahora sí que las cosas iban en grande.

Lorenzo permanecía con los ojos fijos en las llamas; luego alzó un brazo.

—El fuego corre hacia la playa —dijo.

Escuchaban las agudas voces de las gentes que corrían, el sonar estrepitoso del carro cargado de toneles, arrastrado hacia la playa por los más animosos, y el loco repicar de la campana. Las cortinas

de la niebla ardían de abajo a arriba; las llamas cruzaban sus espirales sobre los techos, y chisporroteaban al apagarse en la altura como juegos de luces. Una espesa humareda se embolsaba bajo el cielo.

El vasco se lanzó a la calle.

—Vete a bordo —le gritó—; ya tendré tus noticias.

La primera intención de Lorenzo fue seguirle; más se contuvo al escuchar las voces de sus compañeros que le llamaban desde la chalupa; y permaneció allí otro instante.

El cielo se había enrojecido; el aire chispeaba como si una lluvia de estrellas cayese sobre el pueblo; un olor a maderas quemadas iba en el viento que soplaba cual si quisiese participar en la gravedad del siniestro. Los gritos de la gente que bajaba despavorida del cerro, cobraban ya el tono de los alaridos; corría todo el mundo; la calle de la marina se llenaba por momentos de hombres, mujeres y niños, que gritaban, iban y venían como cucarachas, sin hallar un refugio en qué guarecerse. Lorenzo podía desde su sitio distinguir a los vecinos que no atinaban en su desesperación más que a cargar con sus efectos, camas, ropas, muebles, para amontonarlos junto a la playa. Otros corrían, cayendo y levantándose, dando órdenes, conduciendo agua en cubos, en jarras, o se metían en las olas a mojar sus cobijas, o se ponían de rodillas con los brazos en cruz, clamando la protección divina. Le era doloroso verlos bajo la hoguera que alumbraba las nubes, que se levantaba desde el cerro de la parroquia, que avanzaba con seguro pie hacia las casas de la playa. El pueblo le pareció semejante a una montaña que ardía como ardían los roces en las noches de verano, avivados por el ventoral.

Lorenzo retuvo el aliento. Acababa de ver a don Remigio Cárdenas bajo una nueva claridad que surgió frente al astillero. Vestía su chaquetón de pieles, sus altas botas; llevaba en la mano su pañuelo de hierbas, y se balanceaba al andar. Morel iba siguiéndole.

Las gentes le dejaban el paso; frente a su tienda se detuvo; el viejo abría y cerraba los brazos como si hubiese enloquecido de pronto. El fuego asomó su ancha lengua por debajo de la techumbre. Unos hombres corrieron llevando cubos de agua, que arrojaban contra el tingle. Lorenzo se echó a reír con un poco de tristeza; sus ojos se nublaron. «Viejo del demonio», pensó, y le

pareció que le flaqueaban las piernas. La figura de Cárdenas bailaba dentro de su cabeza; su boca se contrajo en un gesto de odio, en una fea mueca; todo encajaba siniestramente. «Ahora Cárdenas ha de reventar como un sapo sobre las brasas», pensó; y al volver la vista hacia aquel sitio no pudo contener un grito de espanto; el viejo se desplomaba sobre el polvo; él podía contemplarle en medio de un corro, a la luz de las llamas que envolvían el ruinoso edificio de la tienda.

En aquel mismo instante, del lado de la cerca que separaba el astillero de las construcciones vecinas, Enérico Vera asomó su cuerpo, balanceando en un brazo el hisopo de Juan, el lamparero; luego se mezcló con los hombres que venían empujando el carro de los toneles, y con ellos se perdió en la vuelta de la calle que sube hacia Huitauque. Lorenzo meneó la cabeza.

Desde la chalupa, los forasteros le llamaban con apuro; pero Lorenzo no se hallaba capaz de dar un paso.

Un grito desgarrador le sacó de su pasividad; reconoció de súbito ese grito; era la voz de la Juana que cruzaba frente al corredor de la taberna; la vio aún detenerse, en medio del corro, allí donde yacía Remigio Cárdenas; volvió a escuchar su voz, aguda como un lamento:

—¡Lorenzo!… ¡Lorenzo!…

Él no podía resistir; volvió el rostro; otra vez se halló cobarde; su pecho se llenó de suspiros; un súbito impulso le empujó al embarcadero.

—¡Ea! —gritó a sus acompañantes.

—¿Es que vas a estar ahí toda la noche? El acuerdo ha sido zarpar de inmediato… ¿Qué aguardas?

—¡Listo! —volvió a gritar, al tiempo que saltaba a la chalupa; y con voz imperativa y dura agregó. ¡Vamos!

La chalupa se apartó bruscamente como si quisiese huir de aquella zona de fuego y de desgracia.

El confuso rumor de los gritos, el sordo golpe de los derrumbes, los furiosos ladridos de los perros, el repique de la campana, se prolongaban en el viento hasta muy lejos. El cabrilleo de las aguas se extendía hacia la boca del canal; el pueblo ardía entero.

Las gentes vieron surgir, aterradas, del fondo de las aguas aquella embarcación, a cuyo bordo Lorenzo y sus compañeros

apresuraban las maniobras del zarpe. La goleta avanzó entonces con todo el velamen desplegado, rojo de fuego, a través de los reflejos del incendio; cruzó a lo largo del terraplén, iluminando su ruta a llamaradas, pronta a perderse tras la Roca de los Cuervos.

Las gentes se movieron entonces al borde de la Isla; unos caían con la frente en tierra; otros huían a ocultarse tras los pilotes, o volteaban el rostro hacia las llamas; se golpeaban el pecho, conturbados, o alzaban los brazos al cielo en actitud de penitentes. Un sordo clamor se arrastró sobre las aguas:

—*El Caleuche… El Caleuche…*

Resonaban los gritos despavoridos en la inmensa soledad del mar, y el eco, agrandándolos, los devolvía hacia la costa.

FIN

Glosario

AIPE
Pequeña siembra de papas, hecha en el huerto de la casa.

AITUS
Papas de gran tamaño.

AMANCAY
Especie de azucena silvestre.

ANCHI
Molestia fisiológica; se sufre en la soledad de los bosques.

ARRECHA
Mujer de vida airada.

AUMEN
El eco en la montaña.

BAEMES
Panes grandes que se dan en las *mingas*.

BARCOICHE
Uno de los nombres de *El Caleuche*.

BOCHE-BOCHE
Una enredadera de flores rojas.

BUQUE DE ARTE
Uno de los nombres de *El Caleuche*.

CACHIN
Mal echado por los brujos; enfermedad incurable, a menos

que el poder de otro brujo, o la justicia de *La Cueva*, la curen.

CAMAHUETO
Animal mitológico: unicornio.

CAMBRAY
Tela de colores; pañuelo de hierbas.

CAMPANARIO
Choza o cobertizo que hace de pesebrera.

CANCAGUA
Piedra arenisca, con la cual se hacen hornos, braseros, etc., labrados de una sola pieza.

CASEMITA
Edificio pequeño, contiguo a las capillas, y destinado a despensa.

CASTELLANO
Gente blanca; descendientes de los colonizadores españoles.

CATAY
Interjección; expresa asombro.

CIERRO
Vallado; potrero.

COO
Pájaro de mal agüero; chuncho de pequeña alzada.

CUEVA
(La). Escondido sitio en donde habita el Supremo de los Brujos; allí están el *Macho*, el *chayanco*, y cuanto aparejo de brujería se nombra. El tal lugar existe en Quicaví (Isla Grande).

CUICITO
Voz familiar: pequeñuelo.

CURANTO

Comida cocida sobre piedras caldeadas dentro de un hoyo abierto en la tierra: ahí se amontonan choros y toda especie de mariscos; carne de cordero y cerdo, queso, milcaos, aves, chorizos, etc. El cocimiento adquiere así un sabor deleitoso.

CHANGAO
Tierras bajas y fangosas.

CHASQUE
Correo o propio.

CHAYANCO
Extraño aparato de *La Cueva*, que revela el pasado, el presente y el futuro, y cuanto desee conocer el que consulta al Supremo Gobernador de los Brujos, en Quicaví.

CHIGUA
Medida de capacidad, equivalente a seis almudes.

CHOAPINO
Alfombra pequeña, tejida en los telares caseros.

CHUCAO
Ave agorera; especie de tapaculo.

CHUNGA
Vasija hecha de una sola pieza de madera.

CHUNGUNGO
Gato de mar.

CHUEC-CHUEC
Canto de buen agüero del Chucao.

DUAM
El mensaje de vida o muerte que los brujos envían con la voladora a casa de los enfermos.

EL ARTE
La brujería.

EL CABILDO

Congregación de campesinos principales, encargada de la atención de los oficios y servicios religiosos de las capillas. Consta de tres Alcaldes; su origen es antiquísimo.

EL CALEUCHE
Buque fantasma de la mitología chilota.

EL MACHO DE LA CUEVA
Macho cabrío (Demonio), al cual adoran los brujos en Quicaví.

FIURA
Animal horrendo; mitológico.

FLECHAR
Causar daño o enfermedades por arte de brujería.

FUIDO
(De Fuir: arcaico). Fugado.

GUALPUTRA
Hierba forrajera, semejante a la alfalfa.

GENTE DEL ARTE
Los brujos.

GENTILES
Los indios Payos, o los no bautizados.

GOBERNADOR
Uno de los miembros del Cabildo.

GÜIPE
Rebenque de largo chicote.

GÜI
(Hacer güi); perder la orientación en la selva por arte de los brujos.

HUALLE
Especie de roble.

HUEMA
El hijo mayor de la familia.

HUICHROYCHEU
Canto de mal agüero del Chucao.

HUILLICHE
Indio chilote.

HUILLIN
Roedor, que habita en la vecindad de las lagunas o ríos.

HUIÑIPORRA
(Huiñi). Tela de tejido burdo.

IME
Espina que corona la vaina del grano de trigo.

JUETO
Interjección; expresa gran estupor.

LLACHI
Cerca de ramas entretejidas.

LLOCO
Regalo de cosas de comer recientemente hechas.

LLOLE
Cesto rústico, de totora.

LUMA
Árbol de madera muy dura; especie de mirtácea.

MACUÑG
Chaleco luminoso que llevan los brujos por las noches y les sirve para volar.

MACHI
Persona entendida en enfermedades; curandero; también brujo.

MAJA

La fabricación de la chicha de manzana.

MAL TIRADO
Enfermedad causada por los brujos.

MEDAN
Congregación de gentes que acuden a ayudar a algún vecino necesitado, cuando este los llama.

MELI
Árbol de madera muy dura y apreciada; especie de mirtácea.

MILCAO
Pan de papas.

MINGA
Congregación voluntaria de gentes que van en ayuda gratuita de algún vecino necesitado.

MUERMO
Ulmo. Árbol de flores blancas.

MURRA
Zarzamora.

NADIES
Nadie, refiriéndose a personas blancas se usa en plural.

NOTRO
Árbol de madera muy apreciada: ciruelillo.

PANGUE
Planta de hojas enormes y gruesos tallos, llamados nalcas.

PATRANCA
Pingüino.

PAUTO
(Pautar-Pactar). Embrujar; hacer pacto con el diablo.

PAYOS
Indios del sur de la Isla Grande e islas adyacentes.

PELRUDO
Metátesis de perludo: con perlas.

PEYU-PEYU
Planta medicinal.

PILCÁN
La marea más alta.

PICHICATO
Mezquino; avaro.

PIEDRAS CAPUCAS
Piedras de sílice porosa, a pares, que llaman macho y hembra; están constituidas por infusorios; los supersticiosos labradores las frotan macho contra hembra para fecundar la tierra al tiempo de sembrar.

PINCOYA
La sirena, ser mitológico.

PINDA
Colibrí pequeñísimo; pájaro mosca.

PILLUNTEAR
(Pilluntearse). Cuchichear.

PIURE
Marisco sabrosísimo.

POLMAY
Guiso de mariscos con arroz.

PONCHO
Manta cuadrilátera, abierta, con una ranura en el medio, que se coloca sobre los hombros.

POPO
La cría de la loba de mar.

PUELO
Hierba que cura los males echados por los brujos, sin

necesidad de ir a Quicaví. Se cultiva en lugares muy secretos, tapándola por las noches para que no la arranquen los brujos. (En realidad la tal hierba no existe).

QUECHATUNES
Las aporcas.

QUEBRADURA DE TELA
Hernia.

QUEPUCHE
El hijo menor; el último.

QUIMPE
Sarta de pescados.

QUISCAL
Lugar de quiscos: plantas espinudas que dan el fruto llamado chupón, de sabor muy dulce.

RAYADO
Contabilidad que llevan los comerciantes: cada raya tiene una equivalencia en dinero, previamente acordada.

REVISORIA
El chayanco.

SIN DESO
No obstante; a pesar de.

SUPREMO
El Alcalde Mayor en El Cabildo.

TENIU
Madera muy dura.

TEPU
(Tepual). Árbol de madera dura; crece a la orilla de los ríos; sus raíces son gruesas y firmes, y sobresalen de la tierra.

TRAIGUÉN
Caída de agua en los ríos; cascada en donde se bañan los

brujos o se bautizan los hijos de estos.

TRAUCO
Ser mitológico; duende, pequeño ser humano que acecha a las mozas en los bosques, o se introduce en las casas a causar daño.

TRIPULADO
(Tripular). Mezclado; surtido.

UVA
Aguardiente de uva.

¡VELO!
Interjección; expresa asombro.

VITELO
Ternero mamón.

VOLADORA
Una especie de bauda, pájaro que sirve de mensajero de los brujos: portador del *duam*.

RUBÉN AZÓCAR, escritor chileno, (Arauco, Región del Biobío; 25 de mayo de 1901 - Santiago, 9 de abril de 1965)

Nació 25 de mayo de 1901 en Arauco, Chile. Contrajo matrimonio con Leontina Carmela Mason Guzmán, hija de Jorge Mason Candiacon. Tuvieron dos hijos Víctor Edgardo Azócar Mason y Juanita del Carmen Azócar Mason.

El narrador escritor y poeta chileno fue entrañable amigo de Pablo Neruda, compañero de aventuras y confidente, uno del otro, de amores y desvelos. Neruda tuvo en Albertina Azócar, hermana de Rubén, al gran amor de su vida.

Concluidos sus estudios en el Seminario de Concepción, hizo cursos especializados de gramática castellana, historia de la literatura española y en particular de la literatura chilena. Fue también alumno de la Facultad de Derecho, pero no llegó a graduarse. Completó el curso de pedagogía, recibiéndose de profesor de Estado en la asignatura de castellano (gramática y literatura).

Desde 1922 ejerció como profesor de gramática y literatura. Adscrito a la Generación de 1927, escribió libros de poesía como *Salterio Lírico* (1920) y *La puerta* (1923), el poema *El cristal de mi lágrima* (1928) y la antología *La poesía chilena moderna* (1931).

Sin embargo, su título más conocido es la novela neorrealista *Gente en la Isla* (1938), en la que describe la vida de los habitantes de Chiloé y que, en opinión de Pablo Neruda, es una de las mejores novelas chilenas.

Rubén Azócar falleció el 9 de abril de 1965, a las 17:40 horas en la Clínica Boston de Santiago, enfermo de un cáncer pulmonar. La noche antes de morir, su imaginación fabuladora le permitió ver a la Muerte que venía a buscarlo, junto a su cama. Acaso guiado por esa misma intuición, despidió a Ricardo Antonio Latcham en su funeral unas semanas antes de seguirlo en el viaje misterioso.

OBRAS:

Salterio Lírico, Poesía, 1920.

La Puerta, Poesía, 1923.

El Cristal de mi Lágrima, Poesía, 1925.

Gente en la Isla, Novela, 1938.

Notas

[1] La construcción sintáctica del verbo en tercera persona del plural es modismo chilote, que, en señal de respeto, usa el indio, el mestizo, el niño, y cualquier persona de inferior categoría para hablar con el caballero, la señora, el patrón, o con toda presencia respetable. < <